László Krasznahorkai

# Melancolía de la resistencia

TRADUCCIÓN DE ADAN KOVACSICS

Tragicómica y melancólica, esta novela nos presenta un mundo plúmbeo y totalitario, dominado por fuerzas ciegas e impersonales. Un escenario humano desolador en el que la inteligencia es anulada por la fuerza bruta y la violencia, y en el que el caos arrastra irremediablemente a unos personajes que, entre el conformismo y la insignificancia, no aciertan a crear un orden nuevo menos cruel y menos gris. El estallido de violencia no alcanza siquiera el rango de revolución y la vida transcurre, en esta pequeña y anónima ciudad húngara, sumida en una atmósfera de terror y amarga ironía. *Melancolía de la resistencia* es una obra maestra del humor negro.

László Krasznahorkai

# Melancolía de la resistencia

**ePub r1.2**
**Titivillus** 10.11.2022

Título original: *Az ellenállás melankóliája*
László Krasznahorkai, 1989
Traducción: Adan Kovacsics

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1

# CIRCUNSTANCIAS EXTRAORDINARIAS

## *Introducción*

Como el tren de pasajeros que unía las poblaciones ateridas por las heladas en la zona sur de la Gran Llanura, entre el río Tisza y el pie de los Cárpatos, no acababa de llegar a pesar de las confusas explicaciones del ferroviario, que iba y venía, desconcertado, junto a los raíles, y de las promesas cada vez más decididas del jefe de estación, que, nervioso, salía una y otra vez al andén («Qué le vamos a hacer, ha vuelto a esfumarse…», señalaba el ferroviario con ademán de menosprecio y expresión entre amarga y maliciosa), el convoy de emergencia —compuesto por dos vagones destartalados con bancos de madera y una locomotora anticuada y enferma del tipo 424, que únicamente podía utilizarse en casos llamados «especiales»— se puso por fin en marcha más de una hora y media después de lo indicado por un horario que, de todos modos, no le atañía. Así, los lugareños, que se habían resignado con bastante indiferencia al retraso del tren procedente del oeste, podrían llegar a sus destinos a lo largo del trayecto de cincuenta kilómetros que aún faltaba por recorrer por un ramal secundario. De hecho, todo esto no sorprendía a nadie, por cuanto las circunstancias reinantes afectaban de igual manera al tráfico ferroviario que a todo lo demás: el orden de las costumbres había quedado en entredicho, el caos se expandía sin freno y destruía los

hábitos diarios, el futuro era pérfidamente oscuro, el pasado, imposible de recordar, y el funcionamiento de la vida cotidiana se había vuelto hasta tal punto imprevisible que solo se podía reaccionar con resignación, pues incluso era concebible que ya no se abriera ninguna puerta y que el trigo creciera hacia el interior de la tierra. De este deterioro disolutivo solo se percibían los síntomas; las causas, en cambio, seguían inasibles e imponderables, de suerte que a las personas no les quedaba más remedio que abalanzarse con tenacidad sobre todo cuanto podían atrapar, como hacían en aquel momento en una estación de pueblo, asaltando las puertas del tren, difíciles de abrir por causa de la helada, con la esperanza de ocupar unos asientos normalmente escasos. En la lucha (inútil, pues, como no tardó en descubrirse, nadie quedó sin asiento) también participó intensamente la señora Pflaum, que, después de apartar a empellones a quienes estaban delante y detener con fuerzas impropias de su pequeña estatura a quienes venían detrás, consiguió por fin un asiento junto a la ventanilla, en el que viajaría de cara al sentido de marcha del tren. Aun así, durante un buen rato no pudo distinguir su indignación por aquel tumulto implacable de una sensación que oscilaba entre el temor y la rabia por la necesidad de aguardar allí —con su billete de primera clase, envuelta en olor a chorizo con ajo, a aguardiente de mala calidad y a tabaco barato, rodeada por un círculo amenazador de «vulgares campesinos» que no cesaban de gritar y de eructar— la respuesta a la única pregunta importante de aquel viaje, arriesgado como todos en aquellos días: concretamente, a la pregunta de si llegaría a casa. Sus hermanas, que vivían en absoluto aislamiento y totalmente inmovilizadas a causa de su avanzada edad, jamás la habrían perdonado si hubiera aplazado su habitual visita de principios de invierno, de suerte que por ellas no renunció a la arriesgada empresa, aun siendo perfectamente consciente, como todo el mundo, de que algo había cambiado de forma radical en su entorno y de que en tales circunstancias lo más razonable era no asumir riesgos. Al mismo tiempo, sin embargo, no era tarea fácil mostrarse

razonable y valorar con objetividad lo que estaba por venir, ya que —como si se hubiera producido una repentina y profunda, pero indemostrable alteración en la composición eterna del aire— el principio innominable e inaccesible que siempre había funcionado a la perfección, el principio que regía el mundo, como suele decirse, y cuya única huella era precisamente este mundo, de pronto parecía haber perdido vigor. Por eso mismo, el común presentimiento de que algo podía pasar en cualquier momento resultaba ser más insoportable incluso que la angustiosa conciencia de un peligro seguro, y precisamente ese algo, la ley que mostraba su propia debilidad, era más inquietante que cualquier desgracia personal, y despojaba a la gente de la facultad de ponderar las cosas desde cierta distancia. Orientarse entre los acontecimientos cada vez más frecuentes y terroríficos de los últimos meses no solo resultaba imposible porque las noticias, rumores, conversaciones y experiencias no podían relacionarse los unos con los otros (cómo encontrar, por ejemplo, un nexo entre la helada centelleante y prematura de principios de noviembre, las misteriosas tragedias familiares, la serie de accidentes ferroviarios y el aumento de las bandas de jóvenes gamberros y de las profanaciones de monumentos, según las inquietantes informaciones procedentes de la lejana capital), sino también porque ninguna de estas novedades significaba nada por sí sola; al parecer, solo eran señales de una «inminente catástrofe», que así la llamaba un creciente número de personas. La señora Pflaum también había oído hablar de ciertas alteraciones perceptibles en el comportamiento de los animales y, aunque esto pareciera el augurio de una situación futura y, por el momento, una alarma injustificada e irresponsable, era desde luego seguro que, contrariamente a los que el caos inabarcable les venía como anillo al dedo (a juicio de la señora Pflaum), una persona honrada apenas osaba salir de casa, por cuanto allí donde los trenes casualmente desaparecían, «¡así sin más!», allí, añadía ella, «ya nada valía nada». Se preparó, pues, para el viaje de regreso, que sin duda no sería tan fácil como el de ida, realizado al amparo

del billete de primera clase, ya que en ese «espantoso tren de provincias», pensó ella con nerviosismo, cabía esperar lo peor; así las cosas, se sentó muy erguida —cual si quisiese volverse invisible —, con las piernas muy juntas, como una muchachita, y con una expresión de rechazo, y también de cierto desprecio, en medio del alboroto causado por las ya menguantes disputas por los asientos, y mientras en el reflejo de las ventanillas observaba con tensa desconfianza aquel conjunto terrorífico de rostros difuminados, pensaba, fluctuando entre la angustia y el deseo, ora en la siniestra distancia que la separaba de ellos, ora en el calor ausente de su hogar: en las agradables tardes con la señora Mádai y la señora Nuszbeck, en los paseos dominicales de antaño entre los árboles frondosos de la Papsor y, por último, en el orden tranquilo y radiante de los muebles ligeros y las suaves alfombras, de las cuidadas flores y los simpáticos cachivaches, un orden que, bien sabía ella, servía de isla en medio de la imprevisibilidad universal, que solo permitía el recuerdo de aquellas tardes y domingos y que significaba la única protección y el único refugio para una señora solitaria como ella, simplemente deseosa de vivir en paz y de no ser molestada. Sin entender nada y con cierta envidia a pesar del desprecio, constató que sus ruidosos compañeros de viaje, todos rudos campesinos que a buen seguro malvivían en las oscuras granjas y aldeas de la región, eran capaces de adaptarse con rapidez incluso a estas difíciles circunstancias: como si no hubiese ocurrido nada extraordinario, empezaron a crujir a su alrededor los papeles parafinados que envolvían las provisiones, a detonar los corchos de las botellas y a caer las chapas de las cervezas sobre el suelo cubierto de aceite, aquí y allá se pudo oír también la masticación ruidosa, «ofensiva para el sentido de la belleza», pero, a su juicio, «normal en este tipo de gente», y, en diagonal frente a ella, cuatro de los más vocingleros incluso se pusieron a jugar a las cartas. Solo ella seguía muda y rígida en medio del creciente alboroto de voces humanas, seguía sentada sobre el papel de diario puesto debajo de su abrigo de piel, con la cabeza vuelta persistentemente hacia la

ventanilla, y mientras apretaba el bolso contra el vientre con expresión de desamparo y de obsesiva desconfianza, ni siquiera se dio cuenta de que la locomotora, proyectando sus dos faros azules hacia la fría oscuridad, se ponía en marcha en el exterior, allá en la parte delantera, en aquella noche de invierno. El murmullo de satisfacción, del que ella no participó a pesar de su alivio, y el posterior alborozo desahogado y chillón por el hecho de que por fin les ocurriera algo después de tanto frío y tanta espera no duraron mucho, ya que el convoy, como si hubiese recibido una contraorden, se detuvo de nuevo al cabo de unas cuantas torpes sacudidas, a poco más de cien metros de la estación, ya sumida en el silencio. Sin embargo, el griterío de descontento pronto se convirtió en carcajada de incredulidad y venganza, y cuando se dieron cuenta de que la situación no cambiaría y aceptaron que su viaje —probablemente a causa de la expansión del caos provocado por aquel tren que circulaba fuera del horario habitual—, que su viaje, pues, sería una triste e interminable retahíla de arranques y paradas, todos cayeron en una serena indiferencia, en la sorda apatía de la obligada resignación: esto ocurre cuando, para reprimir el miedo causado por un verdadero estremecimiento, el hombre interpreta la anarquía de los hechos como una molesta muestra de incompetencia, a cuya irritante repetición reacciona entonces con la fuerza cáustica de la burla. Si bien el espíritu grosero inherente a las diversas «declaraciones» que se sucedían sin cesar («¡Ojalá traqueteara yo así con mi señora en la cama…!») escandalizó, como era de suponer, su alma sensible, la señora Pflaum se fue relajando un poco en medio del chaparrón —menguante, por cierto— de bromas vulgares, cada una de las cuales pretendía mejorar la anterior, y entonces, al oír algún comentario acertado —a decir verdad, no había manera de protegerse contra las risotadas que estallaban a continuación—, ella tampoco era capaz de reprimir del todo una tímida sonrisa. Con cuidado y disimulo, se atrevió a lanzar alguna fugaz mirada, no a los vecinos inmediatos, por supuesto, sino a quienes estaban sentados a cierta distancia; y entonces, en

ese ambiente monstruoso de estúpido buen humor —pues entre aquellos hombres que se golpeaban los muslos y aquellas mujeres sin edad que reían con la boca llena, el público del vagón ya no le parecía temible y peligroso como al comienzo—, trató de moderar sus fantasías plagadas de inquietud y procuró convencerse de que quizá no estuviera expuesta a las amenazas latentes con las cuales, a su entender, la asediaba aquel hatajo intratable de horrendos plebeyos, y de que solo se debería a su hipersensibilidad hacia los presagios funestos y a su inmensa soledad en aquel mundo gélido y ajeno el hecho de volver a casa agotada por su estado de permanente tensión, pero sin haber sufrido daño alguno. Así y todo, la confianza en un desenlace positivo carecía de fundamento, pero la señora Pflaum simplemente ya no pudo resistirse a la falsa seducción de la esperanza: si bien el convoy volvió a detenerse durante varios minutos en la llanura desierta, aguardando una señal luminosa que le diera paso libre, constató aliviada que «a pesar de todo hemos avanzado», y su impaciencia, irritada por las esperas inmóviles y los frenazos chirriantes, que por desgracia se sucedían sin cesar, se vio también atenuada por el calor que emanaba de la calefacción, que a buen seguro entró en funcionamiento en el momento de ponerse en marcha el tren, de modo que por fin pudo quitarse el abrigo de piel sin miedo a resfriarse cuando se encontrara con el viento helado a su llegada. Arregló los pliegues del abrigo a su espalda, extendió la estola de piel sintética sobre su regazo, juntó las manos sobre el bolso abultado por el pañuelo de lana metido dentro y, con la postura rígida de siempre, volvió a mirar por la ventanilla, cuando de pronto se percató por el reflejo de aquel vidrio mugriento de que un hombre de barba hirsuta y «asombrosamente taciturno», sentado frente a ella sorbiendo un aguardiente hediondo, tenía la mirada clavada («¡ávidamente!») en sus fuertes pechos, que quizá destacaban un poquito en exceso (en ese momento solo los cubrían la blusa y la chaquetita del traje sastre). «¡Ya lo sabía!», pensó volviendo la cabeza con la velocidad de un rayo, y si bien se sintió inundada por un intenso calor, hizo

como si no se hubiera percatado de nada. Permaneció inmóvil durante unos minutos, mirando ciegamente a la oscuridad, pero luego, al ver que trataba en vano de recordar el aspecto de aquel hombre a partir de la casual percepción de antes (solo se acordaba de su rostro hirsuto, del abrigo de paño «un tanto sucio» y de la mirada desagradable, taimada, indisimulada que luego la asombraría profundamente…), poco a poco deslizó la vista por la ventanilla —confiando en poder hacerlo sin ningún riesgo— y enseguida la retiró, por cuanto «aquel» no solo seguía con ese «descaro», sino que sus ojos incluso se encontraron. Ya le dolían los hombros, el cuello y la nuca debido a su rígida postura, pero, con todo, no habría sido capaz de mirar a otro sitio ni aunque hubiera querido, ya que tenía la sensación de que, fuera del marco oscuro de la ventanilla, aquellos ojos terriblemente inmóviles, que dominaban el vagón con total libertad, «enseguida la harían prisionera» adondequiera que ella clavara la vista. «¿Desde cuándo me mira?», se preguntó de golpe la señora Pflaum, y al pensar en la posibilidad de que la atención indecente del hombre «se centrara» en ella desde el comienzo del viaje, la mirada le pareció aún más aterradora que antes, cuando las miradas se cruzaron por un fugaz momento. Esos dos ojos ocultaban, además, una profunda repugnancia tras aquella «sucia lubricidad», e «incluso», pensó estremeciéndose, emanaban «un frío desprecio». Si bien no podía considerarse «precisamente» una anciana, era consciente de haber sobrepasado la edad en que tal interés —bastante vulgar, por cierto — resultaba natural, de suerte que pensó con asco en el hombre (¿qué clase de hombre es aquel que siente deseo por las mujeres mayores?), es más, incluso consideró, atemorizada, la siguiente posibilidad: ese delincuente, que olía a alcohol, solo quería burlarse y mofarse de ella, solo pretendía humillarla y tirarla luego «como un trapo». El tren aceleró la marcha con unas torpes sacudidas, las ruedas empezaron a traquetear brutalmente sobre las vías, y un pudor confuso, intenso y hacía tiempo olvidado se apoderó de la señora Pflaum, mientras empezaban a escocerle y a arderle los

pechos pesados y turgentes bajo los rayos de aquella mirada violenta y desinhibida. Los brazos, que al menos podrían haberlos tapado, simplemente no obedecían a su voluntad: como alguien que, estando atado, no puede hacer nada contra la infamante desnudez, se sentía cada vez más indefensa, más desnuda, y tuvo que constatar, impotente, que cuanto más deseaba ocultar su plenitud femenina, tanto más se ponía esta de manifiesto. Los jugadores acababan de finalizar entre broncas una partida de naipes, y en medio del alboroto que disolvía la continuidad paralizante del hostil murmullo —y abría en su voluntad entumecida una brecha hacia la liberación, por así decirlo— sin duda habría podido vencer aquel desgraciado aturdimiento, si no hubiera ocurrido algo peor, con el único fin, pensó ella, desesperada, de culminar las pruebas a las que se veía sometida. Impulsada por un pudor instintivo y por una suerte de resistencia involuntaria, la señora Pflaum inclinó la cabeza con un discreto movimiento para ocultar los pechos, su espalda se encorvó y sus hombros se doblaron hacia delante, y entonces se dio cuenta sobresaltada de que, sin duda debido a la postura poco habitual del cuerpo, se había abierto atrás el cierre del sujetador. Alzó la vista y, a decir verdad, no se sorprendió al ver que dos ojos seguían clavados en ella, los de aquel hombre que parecía estar al tanto del ridículo accidente que acababa de tener y le hacía un guiño de complicidad. La señora Pflaum sabía perfectamente lo que ocurriría, pero el funesto accidente la confundió de tal manera que se quedó sentada, paralizada, y con el movimiento irregular del convoy, que avanzaba cada vez a mayor velocidad, tuvo que soportar una vez más, impotente, con la cara encendida por la vergüenza, aquel par de ojos, llenos de sorna y al mismo tiempo seguros y despreciativos, clavados en los pechos que, liberados del sostén, saltaban alegremente arriba y abajo al compás de las sacudidas del vagón. Una vez más, no se atrevió a alzar la vista para cerciorarse, pero estaba segura: ya no solo el hombre, sino también todos aquellos «odiosos campesinos» observaban sus inútiles esfuerzos, y ella

creía ver cómo la rodeaban poco a poco esas caras deformes, ávidas y burlonas, y el humillante tormento quizá no habría acabado nunca si el revisor —un joven de cara pueril y llena de granos— no hubiera entrado en el vagón procedente del coche de atrás; la voz estridente y juvenil («¡Billetes, por favor!») la liberó por fin de la vergonzosa trampa; sacó el billete del bolso y cruzó los brazos bajo los senos. El tren volvió a detenerse, esta vez allí donde debía, y cuando, para no mirar los rostros realmente aterradores en aquellos momentos, leyó de forma mecánica el nombre de la población escrito en el tejado de la estación apenas iluminada, estuvo a punto de gritar de júbilo y de alivio, pues sabía por el horario de trenes, que ella conocía de memoria y que además siempre repasaba antes de emprender cualquier viaje, que solo faltaban escasos minutos para llegar a la capital de la comarca, y allí a buen seguro se libraría de la persecución («¡Se va a bajar! ¡Se tiene que bajar!»). Con tenso nerviosismo observaba al revisor, que se acercaba poco a poco debido a las sarcásticas preguntas de los interesados por conocer los motivos del retraso, y aunque decidió pedirle ayuda tan pronto como llegara, aquella cara de niño atemorizado por los hombres que chillaban a su alrededor estaba tan lejos del semblante protector propio de una autoridad, que cuando se detuvo a su lado, ella solo atinó a preguntar, aturdida, dónde se encontraba el lavabo. «Pues ¿dónde va a estar? —respondió irritado el joven, mientras agujereaba el billete—. Pues donde siempre. Uno delante y otro detrás». «¡Ay!, claro» —susurró la señora Pflaum, acompañando la frase con un gesto de disculpa; acto seguido se levantó del asiento y, apretando el bolso contra el cuerpo, se dirigió hacia atrás tambaleándose a izquierda y a derecha al ritmo del tren que acababa de ponerse en movimiento; cuando se dio cuenta de que había dejado el abrigo de piel en el colgador junto a la ventanilla, ya estaba en el sucio WC y apoyaba la espalda contra la puerta cerrada. Sabía que debía actuar con la máxima celeridad, pero tardó al menos un minuto en volver en sí, renunciando a regresar a toda prisa en busca del costoso abrigo: tambaleándose por las continuas

sacudidas, se quitó la chaqueta del traje sastre, se despojó de la blusa en un santiamén y, con la chaqueta, la blusa y el bolso bajo el brazo, se subió la enagua rosada hasta los hombros. Con manos temblorosas por la premura, giró el sujetador sobre el cuerpo y suspiró aliviada al ver que el cierre («¡Alabado sea Dios!») no se había roto; lo ajustó a toda prisa y, jadeando, empezó torpemente a vestirse de nuevo, cuando a sus espaldas, fuera, alguien llamó a la puerta con suavidad, pero de manera claramente audible. Había en esos golpes cierto matiz de familiaridad que, por supuesto, la asustó después de todo lo ocurrido, pero luego pensó que sin duda la imaginación excitada le estaba jugando una mala pasada y solo sintió enfado por el hecho de que le dieran prisa; prosiguió, por tanto, el movimiento interrumpido, echó un fugaz vistazo al espejo embadurnado, y estaba a punto de poner la mano sobre el picaporte, cuando los golpes se repitieron con impaciencia, y al cabo de unos instantes se oyó una voz: «Soy yo». Aturdida, retiró la mano, y al tomar conciencia de la identidad del hablante, se sintió arrinconada, si bien este sentimiento se vio superado por uno de incomprensión desesperada, puesto que en esa voz masculina ronca y un tanto apagada no se percibía ni una gota de violencia ofensiva o vulgar, sino más bien la monótona insistencia en que ella, la señora Pflaum, abriera por fin la puerta. Durante un rato, ninguno de los dos se movió, como si cada uno esperara una explicación del otro, y la señora Pflaum solo comprendió que era víctima de un vil malentendido cuando su perseguidor perdió del todo la paciencia, golpeó, irritado, el picaporte y gritó, enfadado, hacia el interior: «¡Oiga, qué pasa! ¿Ligar sí y mojar no?». La señora Pflaum se quedó mirando la puerta aterrorizada. Meneó la cabeza con amargura, como alguien que no cree lo que oye, y le cerró la garganta el asombro de quien se siente «estafado con prácticas diabólicas» y a quien la agresión le llega del lado menos esperado. Asqueada por la injustificada acusación y por la indisimulada obscenidad, poco a poco fue comprendiendo que —aunque pareciera increíble, por cuanto ella, de hecho, se había resistido

hasta el final— el hombre de la barba hirsuta había creído desde un buen principio que era ella quien se le insinuaba; paso a paso fue tomando conciencia de cómo había entendido aquel «monstruo perverso» el hecho de que se quitara el abrigo de piel, el penoso accidente y su pregunta por el lavabo: como una oferta, como una prueba irrefutable de su deseo, en una palabra, como una bochornosa retahila de trucos baratos de una lascivia pecaminosa, hasta tal punto, que en ese momento ya no solo se enfrentaba a una agresión contra su honor y su respetabilidad, sino también a la circunstancia de que un hombre vil, sucio, repugnante, que olía a aguardiente hablara con ella como con «una mujer de última categoría». La rabia ofendida que sintió en ese instante resultó ser más dolorosa que su desamparo, de modo que —incapaz de aguantar más tiempo aquella trampa sofocante— le gritó, retorciéndose por el atrevimiento y con una voz que se ahogaba por la excitación: «¡Largo de aquí! ¡Si no, chillo pidiendo socorro!». Después de un instante de silencio, el hombre golpeó la puerta con el puño y luego susurró, con un desprecio gélido que dio escalofríos a la señora Pflaum: «Diviértete con otro, vieja decrépita. No vales ni para que fuerce la puerta y te ahogue en el inodoro». Por la ventanilla de la cabina entraron de forma discontinua las luces de los barrios periféricos de la capital de la comarca, el tren empezó a pasar traqueteando por las agujas, y la señora Pflaum tuvo que agarrarse del pestillo para no caerse.

Oyó los pasos que se alejaban, el portazo estridente de la puerta que separaba el interior del vagón de la plataforma, y como entendió que, con ese gesto, el hombre definitivamente la liberaba con la misma altanería glacial con que la había agredido, la señora Pflaum, con todo el cuerpo temblando por la agitación, se echó a llorar. Y si bien de hecho solo transcurrieron unos instantes, pasó una eternidad hasta que se vio a sí misma en aquel estado de desamparo y de llanto convulso, como si desde lo alto se proyectara una fogonazo deslumbrante; fue cuando, en la densa oscuridad del inmenso espacio nocturno, una carita miró por la ventanilla

iluminada de un tren que esperaba y que parecía una caja de fósforos: era la suya, abatida, desgraciada, desamparada. Porque si bien de las palabras sucias, extrañas y amargas podía deducir con total seguridad que ya no debía temer más insultos, su salvación la angustió con la misma intensidad que la agresión, por cuanto tampoco resultaba explicable la causa de tan inesperada liberación. No podía creer que su voz ahogada y desesperada ahuyentara a su perseguidor, ya que tenía la sensación de haber sido durante todo ese tiempo el triste objeto de la implacable voluntad de aquel hombre, así como era el objeto cándido e ingenuo de un mundo hostil contra cuya árida frialdad tal vez no había, según ella, manera de protegerse. Como si el hombre de la cara hirsuta la hubiera violado de verdad, se tambaleó, rota y llena de presentimientos funestos, en la cabina con el aire viciado y hediondo por el olor a orina, y en el caos de una angustia imposible de expresar con palabras, empeñada en abrir una zanja a su alrededor ante la amenaza generalizada, solo una dolorosa amargura se fue perfilando en ella: tuvo la sensación de una profunda injusticia al ver que no se convertía en una tranquila superviviente, sino en una víctima inocente, ella que «toda su vida solo había anhelado la paz y nunca había hecho daño a nadie», y tomó conciencia al mismo tiempo de que todo esto ya carecía de importancia. ¿Dónde apelar, a quién protestar? Apenas podía abrigarse la esperanza de detener aquello que se había puesto en marcha. Después de tantas habladurías y de tantos rumores espantosos, ella tuvo que experimentar en carne y hueso el hecho de que «todo avanzaba en una dirección» y comprendió, por otra parte, que solo una cosa había acabado, el incidente padecido por ella, y que, por lo demás, la demencial decadencia seguía su curso implacable. Desde fuera le llegaron ya los murmullos inquietos de los pasajeros que se disponían a apearse, y el tren también empezó a aminorar la marcha de manera perceptible; se estremeció al pensar que había dejado el abrigo de piel a su suerte, de modo que subió a toda prisa el pestillo, salió en medio del gentío (que antes, al subirse, asaltaba

las puertas sin tener en cuenta que ya carecía de sentido) y, tropezando con el montón de bolsas y maletas, se abrió paso hasta su asiento. El abrigo de piel continuaba en su sitio, pero en el primer momento no encontró su estola de piel sintética, y mientras trataba de recordar si la había llevado al lavabo y, desesperada, se puso a buscarla, le llamó la atención que, en medio de la confusión, no veía por ninguna parte al agresor: habría sido uno de los primeros en bajarse del tren, pensó la señora Pflaum aliviada. El convoy, efectivamente, se detuvo en ese momento, pero el vagón, aireado durante un minuto gracias a los pasajeros que habían bajado, de pronto se llenó de nuevo con una horda de viajeros más grande y, si tal cosa era posible, era más temible todavía debido a su silencio. Y así como no le costó comprender que la multitud le daba motivos suficientes para preocuparse en los veinte kilómetros restantes, sí tuvo que esforzarse para entender algo más: que las esperanzas relativas al hombre de cara hirsuta se habían frustrado amargamente. Pues cuando por último salió, tras ponerse sobre los hombros el abrigo y la estola, que finalmente había encontrado debajo del banco de madera reluciente por el desgaste, decidida a continuar su viaje en el otro coche para mayor seguridad, apenas pudo creer lo que veían sus ojos al divisar allí, frente a ella, tirado sobre el respaldo de un asiento un tanto alejado, el abrigo de paño («Como si me lo hubiera dejado…»). Se detuvo de golpe y luego siguió a toda prisa, salió por la puerta trasera, entró en el otro vagón y, tras abrirse paso a través del gentío, tan mudo como en el otro coche, volvió a sentarse, desesperada, en la mitad y de cara al sentido de marcha del tren. Se pasó un buen rato observando la puerta, dispuesta a levantarse de un salto, aunque, de hecho, ya no sabía a quién temer ni de dónde la amenazaba el peligro, y como no ocurrió nada (el tren seguía parado en la estación), trató de reunir las fuerzas que le quedaban para estar preparada por si continuaba la terrorífica aventura. Un cansancio infinito le sobrevino, sus débiles piernas ardían, por así decirlo, en las botas forradas, y tenía la sensación de que sus hombros doloridos estaban «a punto de

caer», y a todo esto todavía no se atrevía a relajarse, a distenderse un poco, solo se decidió a mover con lentos giros de la cabeza los músculos doloridos del cuello y a arreglarse con mecánicos gestos, inclinada sobre la cajita de polvos, la cara anegada por el llanto. «Se ha acabado, se ha acabado, ya no debes temer nada», se decía mientras estaba convencida, sin embargo, de que no podía concebir ninguna esperanza, es más, de que ni siquiera podía apoyar la espalda tranquilamente en el respaldo sin correr algún riesgo por desprevenida. Porque el vagón, como el anterior, no solo contaba con quienes ya venían en el tren, sino que había sido ocupado, además, «por la misma tropa de malcarados» que tanto la habían asustado antes, cuando se había levantado de su anterior asiento, de tal suerte que solo podía confiar en que, a modo de garantía de protección, al menos los tres asientos que la rodeaban, los tres últimos del vagón, quedaran vacíos. Por un momento existió alguna posibilidad, por cuanto durante casi todo un minuto (la locomotora silbó dos veces entretanto) no entró ningún otro viajero, pero de golpe, a la cabeza de una última oleada, apareció en la puerta, resoplando, jadeando y haciendo un ruido enorme, una campesina gorda con la cabeza cubierta por un pañuelo, con un inmenso hato, con una cesta y con una buena cantidad de bolsas llenas a rebosar, volvió la cabeza a un lado y a otro («Como una gallina», se le cruzó por la mente a la señora Pflaum) y luego se dirigió decidida hacia ella con el fin de apoderarse, entre suspiros y crujidos, de los tres asientos, con una energía que no admitía réplica alguna, de tal modo que con sus innumerables bultos formó, por así decirlo, una barricada para defenderse a sí misma, y de paso también a la señora Pflaum, de la despreciable turbamulta que la seguía. La señora Pflaum no pudo decir ni una palabra, claro está, y, tragándose su enfado, consideró una suerte que, ya que no podía mantener su espacio protector, al menos no quedara ocupado por aquella banda silenciosa; a todo esto, sin embargo, no pudo consolarse mucho tiempo, por cuanto la desagradable compañera de viaje (y eso que la señora Pflaum solo albergaba un deseo: que

la dejaran en paz) se soltó el pañuelo desanudándolo bajo la barbilla y se abalanzó sin titubear sobre ella. «Al menos han puesto la calefacción, ¿qué le parece?». Al oír aquel graznido y al ver aquella mirada penetrante y maliciosa que emergía del triángulo formado por el pañuelo, decidió que, como no podía dejarla ni ahuyentarla, lo más conveniente sería no prestarle atención, de manera que volvió la cabeza de forma ostensible y miró por la ventanilla. Pero la mujer, después de pasear una mirada despreciativa por el vagón, volvió a la carga sin inmutarse: «¿No le importa, no, que le hable? Entre dos se le da mejor a la sin hueso, ¿no cree? ¿Usted para dónde va? Yo, hasta la última estación, a ver a mi hijo». La señora Pflaum la miró con cara de pocos amigos, pero no tardó en comprender que, si seguía sin prestarle atención, tarde o temprano le resultaría embarazoso, de modo que asintió con la cabeza. «Porque, claro —dijo la otra, cada vez más animada—, es el cumpleaños de mi nietecito. Me dice, en Semana Santa me dice, cuando estuve allí, me dice la criaturita: ¿vendrás, no, mama? Porque así me llama mi nietecito, mama me llama. Pues nada, que ahora voy para allá». La señora Pflaum esbozó una sonrisa forzada, pero enseguida lo lamentó, pues a partir de ese momento la mujer habló hasta por los codos. «¡Y mire usted que si supiera la criatura lo que le cuesta a su abuelita a esta edad!… Se pasa una servidora todo el santo día de pie en el mercado con estas piernas varicosas y a la noche acaba rendida, claro. Porque, sabe usted, tengo un huertecito y vendo en el mercado, porque, claro, la jubilación no le alcanza a una para nada. Oiga, que no sé de dónde saca la gente toda esa cantidad de Mercedes relucientes y toda esa fortuna que tienen. Pero ya se lo diré yo, escuche. Robando y estafando, claro que sí. El buen Dios ya no tiene nada que decir en este mundo torcido. Y ¿qué me dice del tiempo horroroso que hace? Cómo va a acabar todo esto, dígame. Porque ya está aquí, claro. La radio dice que hay diecisiete grados, bajo cero, cómo no. Y mire que solo estamos a finales de noviembre. ¿Sabe usted lo que va a pasar? Ya se lo digo yo. Para primavera vamos a estar todos congelados, eso. No hay ni carbón.

Solo me gustaría saber qué hacen esos gandules de los mineros en las minas. ¿Lo sabe usted? Pues ya ve». A la señora Pflaum le zumbaba el cerebro bajo esa cascada de palabras, pero por mucho que le costara soportarla, no se animaba a interrumpirla o a obligarla a callar, de modo que, al darse cuenta de que la mujer ni siquiera esperaba de ella que le prestara atención y que bastaba con asentir de vez en cuando con la cabeza, se quedó mirando por la ventanilla en intervalos cada vez más largos con el fin de poner cierto orden en sus agitados pensamientos, siguiendo las luces que pasaban poco a poco, pues a todo esto el tren ya había abandonado la capital comarcal; pero en vano trataba ella de borrarlo de su mente, el abrigo olvidado en el respaldo la inquietaba más que toda aquella gente terrorífica y amenazadora que miraba al vacío. «¿Lo habrán molestado? —se preguntó—. ¿O se habrá emborrachado? ¿O lo habrá dejado con toda la intención…?». Decidió no torturarse con adivinanzas, y, aunque pareciera arriesgado, aclarar si el abrigo seguía allí; así las cosas, salió, pues, a la plataforma del vagón sin hacer caso a la mujer y pasando por entre los pasajeros que viajaban de pie, cruzó el puente de hierro que unía los dos coches y, con sumo cuidado, espió por la puerta entornada. Su presentimiento de la necesidad de averiguar la inesperada desaparición del hombre de la cara hirsuta no la engañó, por cuanto, para su asombro, el hombre estaba sentado de espaldas a ella en el vagón atestado, allí donde había dejado el abrigo, y se remojaba el gaznate con aguardiente, echando la cabeza hacia atrás. Para que ni el hombre ni ninguno de los viajeros mudos se diera cuenta de su presencia (pues en tal caso ni Dios podía quitarle el sambenito de haberse metido ella sólita en el lío), la señora Pflaum contuvo la respiración y volvió al vagón trasero, donde constató estupefacta que su breve ausencia había sido aprovechada por un tipo tocado con un gorro de piel para ocupar descaradamente su asiento, de suerte que ella, como única mujer, tuvo que proseguir el viaje de pie en un extremo del coche y reconocer, al mismo tiempo, su estupidez al imaginar que el hecho de no ver al hombre del abrigo de paño durante unos

minutos ya significaba haberse librado de él. A estas alturas daba igual si había ido al lavabo o si había bajado («¿Sin abrigo?») en busca de otra botella de aguardiente hediondo y, a decir verdad, la señora Pflaum tampoco temía que el hombre realizara otro intento en el vagón, protegida como estaba, a su juicio, por la multitud —si es que no se volvía contra ella («a esos ya les bastará mi abrigo de piel, mi estola o el bolso…»)— y por la inaccesibilidad de los coches atestados de gente; al mismo tiempo, sin embargo, su descuido la obligó a considerar una posibilidad peor, es decir, que en virtud de una maldita desgracia («de una orden incomprensible e insondable») fuera prisionera y ya no pudiera liberarse de aquel hombre. Esto era, además de absurdo, lo más desesperante, porque, tras superar el peligro inminente y al recordar de nuevo la escena, ya no le resultaba tan amenazador el que quisiera violarla («¡ay!, ¡qué terrible pronunciar tan solo esta palabra!»), sino el que pareciera una persona que «no conocía ni a Dios ni al ser humano» y, como no temía nada, ni siquiera a las llamas del infierno, era capaz de todo («¡de todo!»). Volvió a ver aquella mirada gélida, la cara tosca y peluda, el guiño oscuro de complicidad; volvió a oír la voz apagada y burlona que le decía: «Soy yo», y estaba segura de que más que haberse topado con un canalla lujurioso, se había salvado de un rabia irracional y destructiva, incapaz de hacer nada que no fuera arrasar con todo cuanto estaba intacto, pues a un delincuente de esta calaña, todo —el orden, la paz, el futuro—, todo le resulta insoportable. «Usted en cambio», la sorprendió la voz chirriante de la verdulera, la cual acribillaba ahora al nuevo compañero de viaje con su interminable perorata, «usted en cambio tiene bastante mal color, no sé si se ha dado cuenta. Mire usted, yo no me puedo quejar. Solo de la edad, y de lo que conlleva. Y de la dentadura. Mire —añadió, abriendo la boca, inclinándose hacia su vecino del gorro de piel y separando con los dedos los labios agrietados para que el hombre pudiera echar un vistazo a su interior —, el tiempo se lo ha comido todo. Pero, claro, yo no dejo que le metan mano. ¡A mí, el médico que no me venga con cuentos! Hasta

la tumba ya llego mascujando con lo que tengo, ¿no le parece? Esos salteadores de caminos no se van a enriquecer a mi costa, claro que no, ¡que el diablo les arranque las tripas, caray! Porque mire usted —señaló, mientras sacaba un soldadito de material sintético de una de las bolsas de plástico—, mire lo que cuesta esta porquería. Me crea o no me crea, treinta y un florines me costó. ¡Esta chorrada! ¿Y qué lleva? Pues nada, un fusil y la estrella roja. ¡Y tuvieron la cara de pedirme treinta y un florines! Pero, claro —dijo, al tiempo que guardaba el juguete en la bolsa—, los niños de hoy no se contentan con menos. ¿Y qué hace una servidora? Pues a comprar. A regañadientes, pero a comprar. ¿O no?». La señora Pflaum volvió, asqueada, la cabeza y miró rápidamente por la ventanilla; luego, al oír un estampido sordo, tornó a dirigir brevemente la mirada hacia ellos, pero la apartó y no se atrevió a moverse. No sabía si la mujer había recibido un puñetazo, y el imperturbable silencio tampoco permitió deducir las causas de lo ocurrido, pues aquel vistazo somero e involuntario solo le permitió ver que la verdulera se inclinaba hacia atrás, su cabeza se doblaba hacia un lado y su cuerpo se quedaba inmovilizado por los bultos, y el hombre de enfrente («El que me birló el asiento…») se reclinaba poco a poco en el respaldo, con expresión impávida, desde su posición agazapada. Cuando alguien mata una mosca molesta, se produce algún murmullo, pero en este caso no se oyó ni pío, nadie dijo nada, todos seguían sentados o de pie, inmóviles e indiferentes. «¿Lo estarán aprobando tácitamente? ¿O vuelvo a fantasear?», se preguntó la señora Pflaum. Sin embargo, desechó acto seguido la posibilidad de una alucinación, pues de todo cuanto había visto y oído solo podía deducir una cosa: que el hombre había propinado un golpe a la mujer. Harto de la cháchara, le había dado un puñetazo en plena cara, sin mediar palabra, pensó la señora Pflaum; no pudo ocurrir de otro modo, y era todo tan terrible que se quedó paralizada, al tiempo que un sudor frío le inundaba la frente. La mujer está desmayada, pensó mientras sentía bajar el sudor; el hombre del gorro de piel permanece impávido, la gente también,

¿adónde he ido a parar, por el amor de Dios, entre qué clase de gentuza? Paralizada por la impotencia, solo veía la ventanilla, y el marco de la ventanilla, y su reflejo en el sucio vidrio; luego, cuando el tren, obligado a esperar durante varios minutos, volvió a ponerse en marcha, se quedó contemplando con el cerebro embotado, agotado por las imágenes confusas, encajadas unas en otras, el paisaje vacío y oscuro que se deslizaba en el exterior y la masa compacta del cielo que apenas se destacaba a pesar del resplandor de la luna. Aun así, ni el paisaje ni el cielo le decían nada, y solo se dio cuenta de que estaba a punto de llegar cuando el tren pasó entre las barreras —levantadas— de la carretera que conducía a la ciudad. La señora Pflaum salió a la plataforma, se detuvo ante la puerta y, utilizando la palma de la mano a modo de visera, echó un vistazo a los sombríos establos de la cooperativa agrícola del lugar y a la enorme torre del agua que se alzaba sobre ellos. Desde la infancia, las barreras de la carretera y esos edificios largos y bajos sumidos en las emanaciones del calor animal le anunciaban que había llegado sana y salva a casa; y aunque esta vez tenía especiales motivos para percibir tal sensación de alivio, por cuanto suponía el fin de extraordinarias adversidades, ni siquiera recordó los intensos latidos del corazón con que reaccionaba antaño cada vez que volvía de la capital comarcal después de visitar a unos parientes o de asistir, dos veces al año, con la familia entretanto desmembrada, a una opereta, su forma musical preferida; pues si bien en aquella época, la localidad, con su amistosa calidez, le parecía una fortaleza natural alrededor de su hogar, desde hacía dos o tres meses, pero en particular después de reconocer que el mundo estaba lleno de hombres de cara hirsuta y abrigo de paño, no quedaba nada de aquel mundo entrañable, salvo un gélido laberinto de calles vacías donde hasta las ventanas, al igual que las personas sentadas detrás de ellas, miraban ciegamente al vacío, y el silencio sepulcral solo se veía interrumpido por «los desgarradores ladridos de perros pendencieros». Contemplaba las luces cada vez más cercanas de la ciudad, e incluso cuando el tren

pasó por el parque de máquinas de la cooperativa para seguir al abrigo de la hilera de álamos paralela a las vías, apenas visible en la oscuridad, intentó buscar con el corazón oprimido, bajo la luz tenue y lejana de las casas iluminadas y del alumbrado de las calles, el edificio de tres plantas que albergaba su vivienda; con el corazón oprimido, sí, ya que la sensación punzante de alivio causada por su proximidad enseguida fue reprimida por la preocupación de saber que, debido a las dos horas de retraso, ya no podía contar con el autobús nocturno, de suerte que debía hacer, por tanto, el recorrido entre la estación y su casa a pie («y sola»); aparte de que, antes de poder reflexionar sobre el futuro más inmediato, aún tenía que apearse del tren. Por debajo de la ventanilla pasaron pequeños huertos y casitas de madera con los candados puestos, luego se perfiló en la oscuridad el canal helado y, detrás, el viejo molino; sin embargo, la señora Pflaum no veía en ellos una salvación, sino las angustiosas estaciones de una nueva prueba, pues casi se derrumbó al pensar que, mientras ya estaba tan cerca y solo le faltaba un paso para la liberación, a sus espaldas podía producirse en cualquier momento una agresión del todo incomprensible. Bañada en sudor, desesperada, observaba las innumerables pirámides de troncos de pino en el extenso aserradero, luego la decrépita casucha del guardavía, la locomotora a vapor parada en una vía muerta y la luz tenue que se filtraba por los muros enrejados de los talleres ferroviarios. Detrás de ella aún no había movimiento alguno, y seguía sola en la plataforma. Cogió el picaporte helado de la puerta, pero no podía tomar una decisión: si la abría antes de tiempo, podían empujarla al exterior, si lo hacía demasiado tarde, la «banda inhumana y asesina» la alcanzaría. El tren empezó a aminorar la marcha al lado de un convoy de carga inmóvil e interminable y frenó con un chirrido. La puerta se abrió, la señora Pflaum saltó, por así decirlo, al suelo, vio la grava esparcida entre las traviesas, oyó que la seguían y no tardó en encontrarse en la plaza situada ante la estación. Nadie la atacó, pero como una señal de mal agüero relacionada con su llegada, de repente se apagó el

alumbrado público de los alrededores y, pronto lo averiguaría, de toda la ciudad. Sin mirar ni a izquierda ni a derecha, sino solo delante de los pies para no tropezar en la oscuridad, se dirigió a toda prisa a la parada, confiando en que el autobús hubiera esperado al tren o en llegar a tiempo para tomar el último de la noche. Pero no había allí ningún vehículo y tampoco podía contar con un «autobús nocturno», por cuanto, según el horario expuesto al lado de la entrada principal de la estación, el último era precisamente el que se marchara poco después de la hora prevista para la llegada de su tren… Para colmo, además, el horario estaba tachado con dos gruesas líneas… En vano había intentado adelantarse a los demás, pues mientras descifraba el horario, un auténtico bosque de gorros de piel, gorras con orejeras y grasientos sombreros campesinos fue llenando la plaza, y cuando reunió fuerzas suficientes para ponerse en marcha y se preguntó de súbito, aterrada, qué quería toda esa gente en el fondo, de pronto tuvo la sensación de ver a aquel al que había olvidado del todo, a aquel cuyo terrible recuerdo había sido borrado, como quien dice, por los viajeros del vagón de atrás, al hombre del abrigo de paño, allá a la izquierda, al otro lado, en medio del gentío; le pareció que miraba alrededor, como si buscara algo, y que luego se daba la vuelta y desaparecía de la vista. Todo ocurrió con tal celeridad, y el hombre se hallaba a tal distancia (aparte de que, en aquella tiniebla, ya no podía distinguir lo real de lo irreal), que no podía estar del todo segura de su identidad, pero la mera posibilidad la asustó tanto que se abrió paso entre la gente, que seguía allí sin hacer nada y que no auguraba nada bueno, y se dirigió casi corriendo hacia su casa por la avenida que conducía al centro de la ciudad. En cuanto al hombre, la señora Pflaum, de hecho, ni siquiera se sorprendió, puesto que, por muy absurdo que resultara (¿y no había sido todo su viaje un absurdo?), algo le sugirió ya en el tren, cuando lo encontró de nuevo y se frustraron sus esperanzas, que su historia con el personaje de la cara hirsuta —el escalofriante intento de violación— no había concluido en absoluto; y como ahora ya no solo

había de temer que los «bandidos» la atacaran «por la espalda», sino también que el hombre («si en efecto era él… y no una mera fantasía…») se plantara ante ella surgiendo de cualquier sitio, de cualquier portal, la señora Pflaum caminó como alguien incapaz de decidir si lo más conveniente era retroceder o echar a correr. Había dejado bastante atrás el siniestro rectángulo de la plaza de la estación, así como el cruce de la calle Zöldág que conduce al hospital infantil, pero en la avenida que transcurría en línea recta por debajo de unos castaños pelados no vio la señora Pflaum ni un alma —y eso que le habría supuesto una salvación encontrarse en esos momentos con algún conocido—, y tampoco oyó nada salvo su propio aliento, el ligero ruido de sus pasos, el zumbido del viento que le soplaba a la cara, así como el resoplido suave y continuo de algún aparato lejano e inidentificable que recordaba, más que nada, el ruido de las antiguas sierras a vapor. En medio de la ausencia total de alumbrado y de un silencio rígido y sepulcral, no dejaba de luchar contra el poder de las circunstancias que le iban carcomiendo el ánimo; aun así, poco a poco se iba sintiendo como una presa abandonada a su suerte, pues adondequiera que mirara, buscando con la vista la claridad que emanaban las viviendas, tenía la impresión de hallarse en uno de esos lugares sitiados que, al considerar inútil y superfluo todo esfuerzo adicional, renuncian a cualquier signo que revele la arriesgada presencia de seres humanos, confiando en que, a costa de entregar calles y plazas, quienes se ocultan tras las gruesas paredes de las casas estén a salvo de cualquier peligro. Caminando por la acera, irregular debido a la basura congelada en su superficie, pasó por delante del pequeño escaparate de ORTOPED, la otrora popular tienda especializada de la cooperativa de zapateros del lugar, y antes de cruzar la siguiente calle, echó un vistazo, por mera costumbre (pues, debido a la falta de gasolina, apenas circulaban coches, ya incluso el día en que partió para visitar a sus hermanas), a la calle Sándor Erdélyi, llamada simplemente calle «de los Tribunales» por los lugareños, por cuanto transcurría a lo largo del patio de los

tribunales (y de la cárcel), cuyos altos muros estaban rematados por alambres de espino. A cierta distancia en la calle, alrededor del pozo artesiano, creyó vislumbrar la sombra de un grupo silencioso, y de pronto tuvo la sensación de que aquel sigilo se debía a que estaban golpeando a alguien. Asustada, echó a correr, y solo aminoró la marcha cuando, después de volver la cabeza una y otra vez, dejó atrás el sólido edificio de los tribunales (y de la cárcel) y nadie salió de allí para abalanzarse sobre ella. Nadie salió de allí, nadie la siguió y nada perturbaba la calma de la ciudad muerta salvo aquel resoplido cada vez más audible, y en la aterradora plenitud del mutismo —ni grito de dolor, ni ruido de golpes, el crimen cometido en torno al pozo artesiano, porque qué podía ser sino un crimen, respondía con su insonora historia al silencio sepulcral del entorno —, ya no le parecía extraño que no hubiera al menos unas cuantas personas; de hecho, en circunstancias normales debería haberse encontrado con uno o dos transeúntes a pesar del aislamiento casi de cuarentena, al menos en este lugar, en el tramo de la avenida Béla Wenckheim próximo al centro urbano. Impulsada por los malos presentimientos, poco a poco empezó a sentirse como si caminara por una pesadilla; luego, al acercarse cada vez más a la fuente de aquel resoplido ya claramente perceptible y ver de pronto, a través de la verja formada por los troncos de los castaños, el enorme artilugio, consideró seguro que estaba simplemente fantaseando a causa del cansancio y del esfuerzo por combatir el miedo, pues en el primer momento, aquello que vio no solo le pareció asombroso, sino directamente increíble. Delante de ella, a escasa distancia, un ingenio fantasmal avanzaba en solitario por el centro de la amplia calzada, si es que podía calificarse de movimiento el triste triquitraque con que el satánico vehículo, luchando por cada centímetro con la exasperante lentitud de una apisonadora, se dirigía hacia el centro de la ciudad: no era como si rodara sobre la superficie venciendo un viento huracanado que soplaba de frente, sino como si tuviera que abrirse paso por una materia densa, viscosa y resistente. El camión, revestido con una chapa ondulada

de color azul y cerrado por todos lados, recordaba un gigantesco vagón de tren, estaba pintarrajeado con letras de un color amarillo chillón (y con un incomprensible dibujo marrón oscuro en el centro) y era mucho más largo y mucho más grande, constató perpleja la señora Pflaum, que los enormes camiones turcos que antaño solían atravesar la ciudad; el artilugio, increíblemente tosco, que emanaba un olor dulce a pescado, era tirado, con enorme esfuerzo, por una chatarra antediluviana, humeante y grasienta que parecía un tractor. Cuando lo alcanzó, aminoró un poco el paso a su lado, movida por una curiosidad que relegaba sus temores a un segundo plano, pero en vano contempló las letras extrañas y deformes, signos de una mano poco acostumbrada a escribir, pues su sentido siguió oculto para ella («¿será eslavo…?, ¿será turco…?»); así las cosas, no pudo entender qué objetivo perseguía ni qué buscaba allí el vehículo, en pleno centro de una ciudad muerta, barrida por el viento y asolada por el hielo, ni podía comprender cómo había llegado allí, pues a la velocidad de tortuga con que avanzaba habría tardado años en llegar del pueblo vecino, y tampoco resultaba concebible (aunque no cabía otra posibilidad) que lo hubieran transportado en tren. Aceleró el paso y cuando acababa de dejar atrás el terrorífico transporte y volvió la mirada, vio en la cabina acristalada del tractor a un hombre alto, peludo, de expresión impávida, vestido con una simple camiseta; tenía un cigarrillo en la boca y, al verla en la acera, puso una cara burlona y levantó con parsimonia la mano derecha del volante, saludando así a la mujer que lo miraba desde fuera. Todo esto ya resultaba extraordinario (y solo se veía superado por el hecho de que la torre de carne casi desnuda sentada al volante parecía tener mucho calor en la cabina demasiado caldeada), y la señora Pflaum, mientras se alejaba y volvía una y otra vez la mirada, ya lo veía como un monstruo exótico que, devorando sin remedio todo cuanto encontraba a su paso y dando a entender que todo cuanto dejaba a sus espaldas ya no volvería a ser nunca lo que era, se arrastraba con imparable lentitud bajo las ventanas oscuras de unos ciudadanos que no intuían nada de nada. A partir de ese

momento se sintió verdaderamente prisionera de una pesadilla que le provocaba sudor frío y de la que no había manera de despertar; sin embargo, sabía perfectamente que todo esto era real, y mucho. Y entonces tomó también conciencia de que los escalofriantes acontecimientos en que participó, sea como implicada como testigo (el vehículo onírico e inexplicable, la riña en la calle Sándor Erdélyi, la desconexión calculada, por así decirlo, del alumbrado, el gentío inhumano delante de la estación y la figura espantosa del hombre del abrigo de paño, que dominaba todo aquello con su mirada impávida y glacial), no eran solo productos arbitrarios de su imaginación, siempre dispuesta a figurarse lo peor, sino que existía entre ellos una relación indiscutible, un nexo preciso que apuntaba a un objetivo concreto. Al mismo tiempo, sin embargo, empleaba también todas sus fuerzas para no creer en esta idea inconcebible, y confiaba en encontrar una explicación convincente, aunque desoladora, para la presencia de aquella multitud y de este artilugio, para la violencia desatada o, al menos, para el apagón, ya que incluso en esa situación incomprensible no podía resignarse a que, con el orden y la seguridad de la ciudad, desapareciera también la racionalidad. En este sentido, no sufrió una decepción: si bien nada pudo averiguar durante un tiempo respecto al alumbrado apagado, el objetivo y la utilidad de aquel asombroso transporte no permanecieron mucho tiempo a oscuras. Pasó por delante de la casa de György Eszter, una personalidad de gran prestigio en la ciudad, dejó atrás el rumor inquietante del parque que rodeaba el viejo teatro de madera y llegó a la minúscula iglesia evangélica, cuando su mirada se clavó en una cartelera; se detuvo de golpe, se acercó y se quedó parada. Como si no pudiese creer cuanto leía, leyó una y otra vez el texto que parecía obra de unos vagabundos de la periferia; de hecho, le habría bastado echar un somero vistazo, por cuanto la explicación evidente estaba allí, en ese anuncio que tapaba todos los demás y que había sido puesto hacía poco, como lo demostraba la cola aún fresca desparramada por los bordes.

# ¡ATRACCIÓN!

## ¡FANTÁSTICA ATRACCIÓN!

## LA BALLENA GIGANTE

**MÁS GRANDE DEL MUNDO**

**Y otras sensasiones SECRETAS de la naturaleza**

**en la plaza Kossuth (plaza del Mercado a la derecha)**
**¡días 1, 2 y 3 de disiembre!**

**¡Tras exitosa jira europea!!!**

**Billetes a 50**
**(niños y soldados a mitad de presio)**


# ¡ATRACCIÓN!

## ¡FANTÁSTICA ATRACCIÓN!

Creyó que si algún día pudiera ver con claridad al menos un fragmento de este caos, le resultaría más fácil orientarse y, por tanto, defenderse en caso de un «eventual derrumbe» (aunque «Dios me guarde de que sea necesario»). Sin embargo, allí delante del anuncio, bañado por una luz escasa, su angustia no hizo más que crecer, ya que así como hasta ese momento el problema había residido en la ausencia de racionalidad en todo cuanto había experimentado como testigo y como víctima, ahora —como si esta «escasez» («La ballena gigante más grande del mundo y otras sensaciones secretas de la naturaleza») fuera de pronto demasiado—, ahora se veía obligada a reflexionar sobre si, en todo esto, no actuaría una razón sólida, pero al mismo tiempo irracional.

Porque ¿un circo? ¿Aquí? ¿Cuando nadie sabe si no se va hundir la tierra mañana mismo? ¿Dejar entrar este íncubo tirado por una bestia maloliente? ¿Cuando la ciudad es toda ella una continua amenaza? ¿Quién tiene ganas de divertirse en medio de este caos? ¿Qué broma de mal gusto es esta? ¡Qué idea más inconcebible y cruel! ¿No será que… de eso se trata, precisamente, de que… ya todo da igual? ¿De que alguien… «se divierte en la confusión»? A toda prisa, dio la espalda a la cartelera y cruzó la calle. Al otro lado se levantaban unos edificios de dos plantas y por algunas ventanas se filtraba una luz tenue. Apretando el bolso contra el cuerpo, se inclinó un poco hacia adelante para hacer frente al viento. Al llegar al último portal, miró otra vez atrás, abrió la puerta y la cerró tras entrar. La barandilla estaba helada. La palmera, un toque de color muy cuidado y querido en la casa —de la que antes de la partida de la señora Pflaum ya se sabía que no habría forma de salvarla—, se había helado de forma irremediable en el descansillo. Un silencio ahogado rodeaba a la señora Pflaum. Había llegado. En su puerta la esperaba un mensaje escrito en una tarjeta y encajado en el resquicio superior del picaporte. Le echó un vistazo, torció el gesto y entró; cerró con llave las dos cerraduras y enseguida puso también la cadena de seguridad. Apoyando la espalda contra la puerta,

entornó los ojos: «Dios mío, estoy en casa». El piso era, como suele decirse, el fruto merecido de años de esmerado trabajo. Cuando, hacía cinco años, tuvo que enterrar a su segundo marido, bendita sea su memoria, fallecido de forma trágica y repentina (tras una apoplejía), y luego, poco más tarde, la vida en común con el hijo nacido de su primer matrimonio —que, según ella, había heredado por desgracia las tendencias de su depravado padre— se tornó insoportable «por las eternas huidas, el continuo vagabundeo y, en general, la pesada carga que suponía la nula perspectiva de una mejora», de modo que el joven se trasladó finalmente a una habitación realquilada, ella no solo se conformó con lo inalterable, sino que incluso sintió algo así como alivio, pues si bien las pérdidas la deprimían (se había quedado sola tras perder a dos maridos y a un hijo, aunque este no contara), sí veía con claridad una cosa: no había más obstáculos para que ella, la «estúpida criada de otros» hasta entonces, por fin pudiera vivir para sí misma. Cambió la casa unifamiliar, ya demasiado amplia para ella —la diferencia de precio era considerable y fue pagada al contado—, por este «simpático» pisito situado en el centro de la ciudad («¡con portero automático!») y, mientras los amigos rodeaban a la señora Pflaum con el respeto que merece la doble viudedad y con la discreción debida al hijo, cuya «vida de vagabundo» era de todos conocida, ella se entregó, feliz y emocionada, por primera vez (ya que hasta entonces, además de su vestimenta, solo le había pertenecido la ropa de cama) a las profundas alegrías de la propiedad. Compró unas alfombras «persas» blandas y sintéticas para el suelo, así como cortinas de tul y persianas «de aspecto alegre» para las ventanas y, después de deshacerse del «mueble-biblioteca» antiguo, pesado e incómodo, colocó uno nuevo en el cuarto; equipó la cocina al estilo moderno, siguiendo los agudos consejos de una tienda llamada CULTURA DEL HOGAR, bastante popular en la ciudad, y cambió los enormes radiadores de gas que había en el piso, así como todo el baño. Desconocía la palabra cansancio y, tal como comentaba la señora Virág en tono elogioso, estaba llena de energía; pero, a decir

verdad, solo empezó a sentirse en su elemento cuando, después de las grandes obras, por fin pudo empezar a acicalar su «nidito». Se le ocurría una idea tras otra, su imaginación no conocía obstáculos y de su recorrido diario por las tiendas siempre traía algo, un espejo con marco de hierro forjado para el recibidor, un práctico corta-cebollas o un decorativo cepillo para la ropa, en cuyo mango uno podía admirar, incrustada, una vista de la ciudad. A pesar de que dos años después de la triste mudanza de su hijo —se fue llorando, apenas hubo modo de echarlo de la casa, y la señora Pflaum no pudo liberarse («¡durante días!») de una sensación difusa y desagradable—, a pesar, pues, de que dos años después de aquella mudanza ya no quedaba ni un solo hueco libre en virtud de su febril actividad, ella seguía sintiendo de manera desesperada que le faltaba algo. Complementó, por tanto, las simpáticas figuritas de porcelana que guardaba en la vitrina, pero no tardó en percatarse de que tampoco llenaban del todo el vacío; se devanaba los sesos, miraba aquí y allá, pedía consejo a la vecina, hasta que una buena tarde (mientras trabajaba en un «bordado Irma», sentada en el cómodo sillón) fijó, para descansar, la vista en las muchachitas de porcelana inclinadas hacia atrás —símbolos de dicha y ensueño— que había al lado de los cisnes, de las gitanas que tocaban la guitarra y del muchacho que lloraba, y de pronto se dio cuenta de lo que «tanto» le faltaba. Flores. Tenía dos ficus y un esquelético asparagus (que había traído de la casa vieja), pero estas plantas no servían en absoluto como objeto de su inesperadamente resucitado «instinto materno», como decía ella. Y dado que entre sus conocidos no le costó encontrar a quienes, como ella, «estaban enamorados de lo bello», no tardó en entrar en posesión de innumerables y maravillosos tronquitos, bulbos y esquejes, hasta tal punto que, con tantos entusiastas amigos de lo verde, los alféizares se le llenaron de palmeras enanas, filodendros y sansevierias, todos perfectamente cuidados y atendidos en los años transcurridos en compañía del doctor Provaznyik, de la señora Mádai y, por supuesto, de la señora Mahó; pero primero tuvo que pedir una y

luego tres jardineras en una herrería situada en el barrio rumano, por cuanto ya no sabía dónde colocar las fucsias acuáticas, las pileas y la enorme cantidad de cactus, tal era la abundancia de plantas en su piso convertido, según ella, en un «hogar que animaba el corazón». ¿Y era posible entonces que todo eso —las suaves alfombras, las cortinas de aspecto alegre, los cómodos muebles, el espejo, el corta-cebollas, el cepillo para la ropa, sus célebres flores, toda esa tranquilidad, seguridad y feliz convencionalismo—, que todo eso se acabara? Sentía un cansancio infinito. La tarjeta que sostenía en la mano izquierda se le escabulló entre los dedos y cayó al suelo, Abrió los ojos, miró el reloj de pared colocado sobre la puerta de la cocina, vio cómo el ágil segundero saltaba de un punto a otro, y si bien parecía indudable que a partir de ese momento no la amenazaba ningún peligro, no sintió a su alrededor la seguridad que tanto necesitaba: sus pensamientos se sucedían sin cesar, ora esto, ora aquello le parecía lo más sustancial, así que —después de despojarse del abrigo, de quitarse las botas, de masajearse las piernas hinchadas y de ponerse las cómodas y abrigadas pantuflas— echó primero un vistazo a la avenida vacía desde la ventana del cuarto (pero: «ni un alma, ni una sombra al acecho… solo el camión del circo… y ese insoportable resoplido…») y luego, para cerciorarse de que todo seguía en su sitio, abrió uno tras otro los armarios y empezó a lavarse minuciosamente las manos, operación que, sin embargo, interrumpió al tener la sensación de omitir lo más importante si no controlaba las cerraduras de la puerta de entrada. Entonces, un tanto más tranquila, recogió, leyó y tiró furiosa a la basura de la cocina la tarjetita (que ponía cuatro veces, las tres primeras subrayadas: «Te he buscado, mamá»), regresó al cuarto, subió la calefacción, y para poner fin de una vez por todas a tan nerviosa actividad, examinó una tras otra las plantas, ya que, pensó, si todo estaba en orden a su alrededor, su inquietud disminuiría sin la menor duda. No la decepcionó su simpática vecina, que había recibido el encargo de ventilar a diario la vivienda durante su

ausencia y, sobre todo, de cuidar sus mimadas plantas: la tierra seguía húmeda en los maceteros y su amiga, una mujer «un tanto simple y abierta, pero de buen corazón y concienzuda en el fondo», incluso se ocupó de quitar de vez en cuando el polvo a las hojas de las palmeras más delicadas. «¡Mi querida Rózsika es realmente impagable!», pensó con un suspiro emocionado, mientras veía ante ella la figura voluminosa y siempre ajetreada de aquella mujer. Luego se sentó en uno de los sillones de color verde manzana, repasó con la mirada los objetos intactos de su piso y de pronto todo le pareció «en perfecto orden»; el suelo, el techo, las paredes revestidas con un papel floreado la rodeaban con una determinación tan indudable que su calvario podía ser incluso una alucinación, el juego perverso de unos nervios extenuados y de una fantasía morbosa. Sí, podía tratarse de una alucinación, puesto que ella, que llevaba años viviendo entre las pequeñas alegrías y preocupaciones propias de la preparación otoñal de conservas y de la gran limpieza primaveral, del bordado de la tarde y de la atención apasionada a las plantas, estaba acostumbrada a contemplar desde la benéfica protección de una honrada distancia el ajetreo enloquecido del exterior, que, al hallarse fuera de este mundo interior, solo era incertidumbre nebulosa y bruma informe, de suerte que ahora —que podía estar sentada bajo la hasta entonces impecable protección de una puerta cerrada— las angustiosas experiencias de su viaje poco a poco fueron perdiendo verosimilitud, y como si hubiera caído ante ella un velo apenas transparente, ya solo veía de forma borrosa a los chillones pasajeros del tren de cercanías, al hombre de cara hirsuta, mirada glacial y abrigo de paño, a la verdulera que se inclinaba hacia un costado, de forma aún más difuminada veía el extraño circo y la cruz que con trazo grueso tachaba el horario en el papel ya amarillento, y lo más desdibujado de todo era ella misma buscando desesperada el camino a casa, corriendo aquí y allá, como en un laberinto. Todo se volvió más nítido a su alrededor, y más inverosímil se tornó todo cuanto había vivido en las horas precedentes, pero las terribles imágenes del WC con su olor a orina,

de la sucia grava entre las vías y del feriante que la saludaba desde la cabina del camión seguían dando vueltas veloces e insoportables en su interior. Cada vez más consciente de su invulnerabilidad no temía allí, entre sus flores y sus muebles, ninguna agresión, de modo que se liberó de los tormentos de su reciente estado de tensión y alerta, pero no encontró remedio a la angustia generalizada que pesaba sobre toda su personalidad como una papilla indigerible en el estómago. Cansada como nunca, decidió acostarse enseguida. Se duchó en cuestión de minutos, lavó la ropa blanca y, después de ponerse una bata abrigada sobre el grueso camisón, se dirigió a la despensa; como no era capaz de una «cena de verdad», al menos tomaría un poco de compota antes de irse a dormir. La despensa —situada, por así decirlo, en el eje de la vivienda— guardaba una cantidad impresionante de víveres, teniendo en cuenta la situación excepcional que se vivía: colgaban allí jamones, chorizos y tocinos ahumados rodeados de ristras de pimientos rojos, y abajo se almacenaban, perfectamente alineadas, las provisiones de sal, arroz, harina y azúcar en cantidad suficiente para levantar una pequeña barricada; en los laterales de la despensa se hallaban el café, las semillas de amapola, las nueces, las especias, las patatas y las cebollas, y, así como el piso estaba coronado por el placer visual de las flores, tal fortaleza de alimentos, tal abundancia, testimonio de una enorme previsión, se veía coronada por una cantidad increíble de sonrientes conservas puestas en orden militar en las estanterías de la pared central. Allí encontraba todo cuanto había podido preparar en conserva durante las primeras semanas del verano, desde las frutas dulces y los encurtidos en vinagre hasta las nueces puestas en miel, pasando por la crema de tomate, de tal suerte que, como solía hacer siempre, paseó la vista un tanto desconcertada por los relucientes destacamentos de potes de vidrio, hasta que, por último, regresó al cuarto con una conserva de guindas al ron, y antes de instalarse en el sillón de color verde manzana, encendió el televisor. Se reclinó, acomodó las piernas doloridas sobre un pequeño puf y, animada por

la ducha, envuelta en un calor agradable y viendo que, además, para gran alegría suya volvían a dar una opereta por la televisión, tuvo la sensación de que aún cabía la esperanza de reencontrar en su casa la paz y la tranquilidad de antaño. Sabía perfectamente que el mundo la superaba de manera inconmensurable —igual que «la luz superaba la visión», como solía repetir hasta la saciedad su hijo enamorado de las estrellas— y era también consciente de que, mientras las personas como ella, habitantes de nidos tranquilos, de pequeños oasis de honorabilidad y prudencia, pensaban aterrorizadas en cuanto ocurría en el exterior, toda la ralea bárbara e irrefrenable del tipo de la cara hirsuta se movía allí con instintiva seguridad: sin embargo, ella nunca se rebelaba contra este mundo, asumía sus incomprensibles leyes, sentía gratitud por sus pequeñas alegrías y confiaba, no sin cierta razón, se decía ella misma para animarse, en que el destino le ahorraría los golpes. Preservaría y protegería esta pequeña isla de su vida y no dejaría, pensó la señora Pflaum buscando las palabras, que ella, que siempre había deseado solo paz y tranquilidad para todo el mundo, acabara arrojada al mundo exterior como una presa. Las suaves melodías («¡La condesa Maritza!», pues enseguida las reconoció con placentera emoción) llenaron de gracia y deliciosos perfumes el espacio, como si una brisa primaveral lo inundara, y cuando, meciéndose «sobre las olas de dulces sones», volvió a recordar el vulgar pasaje del tren especial, ya no sintió miedo, sino desprecio, lo mismo que sintiera al comienzo del viaje, cuando vio a esa chusma por primera vez en aquel vagón inmundo. Mezclando los dos tipos de carga, «los juerguistas y rumiantes» y los «criminales silenciosos», tuvo la sensación de poder mirarlos por fin desde arriba y de elevarse sobre sus deprimentes experiencias, como la música fluente se alza sobre los horrores del mundo. Porque puede ser, pensó, cobrando valor ante la pantalla y aplastando otra exquisita guinda en la boca, puede ser que esta gentuza reine por un tiempo en las tinieblas y en la noche, en las espantosas profundidades de las granjas y de las tabernas, pero solo para

volver, cuando sus arrebatos ya resulten insoportables, al lugar de dónde vienen, tal y como corresponde: porque su lugar es allá, allá, pensó la señora Pflaum, fuera de nuestro mundo justo y pacífico, fuera, para siempre y de manera irrevocable. Sin embargo, mientras no les llegue la merecida sentencia, añadió cada vez más segura para sus adentros, el infierno desenfrenado puede estallar, pero que ella no le prestaría atención alguna, por cuanto nada tenía que ver con esta destrucción, con el poder inhumano de estos hombres merecedores de la cárcel; en esta situación, decidió, no pondría más el pie fuera de la casa, pues habían ocupado incluso las calles, se retiraría de cualquier acontecimiento futuro y nadie sabría nada de ella mientras durara la infamia, mientras la claridad no reinara de nuevo y la comprensión mutua y la sobria moderación no gobernaran la vida cotidiana. Arrullada y al mismo tiempo fortalecida por la música, contemplaba la triunfal conclusión, cuando el conde Tasilo y la condesa Maritza se encontraban a despecho de todos los obstáculos, y estaba a punto de sumirse con los ojos húmedos en la dicha y el entusiasmo del final de la pieza, cuando de pronto sonó el timbre del portero automático. Asustada, se llevó la mano al corazón («¡Me ha encontrado… me ha seguido!») y miró luego enfadada el reloj de pared («¡Imposible, no puede ser!»), para dirigirse a continuación a la puerta de entrada. No podía ser ni un vecino ni una amiga, por cuanto la gente no solía visitarse después de las siete de la tarde en la ciudad, antes por buena educación y ahora más bien por cobardía, de modo que, después de descartar al hombre del abrigo de paño, personaje más que nada de pesadilla, ya no le cabía duda de quién era. Desde que se mudara al cuarto de realquiler de los Harrer, no pasaban tres días, por desgracia, sin que su hijo se presentara intempestivamente, bien para atormentarla durante horas, oliendo a vino, con sus ideas fijas sobre el cielo y las estrellas, bien para halagar, sobre todo en los últimos tiempos, con lágrimas en los ojos y con flores —robadas, a juicio de la desilusionada madre— «a la persona a la cual tanto dolor había causado en contra de su voluntad». Le dijo —cuando abandonó por

fin la casa, y desde entonces mil veces más— que no volviera, que no la molestara, que la dejara en paz, que no quería verlo, que él no debía entrar más en su casa; y, en efecto, no quería verlo, ya había tenido bastante con los veintisiete años pasados con él, en los cuales día tras día, minuto tras minuto, se le caía la cara de vergüenza de tener un hijo como este. Confesó a sus confidentes más comprensivos que lo había probado todo, y declaró luego que, a su entender, una madre no debía pagar por la incapacidad del hijo de llevar una vida normal. Ya había pagado bastante por el viejo Valuska, su primer marido, totalmente destruido por el alcohol, y ya había pagado bastante por su hijo, repetía una y otra vez a quien quisiera oírla. Le aconsejaron «que no dejara entrar a su enloquecido hijo mientras este no renunciara a sus malas costumbres», pero ella debía admitir que no era la solución, «difícil de aguantar para un corazón materno». En vano le ordenaba que no apareciera mientras no se fortaleciera su voluntad —ausente— de llevar una vida normal; Valuska seguía vagabundeando y al tercer día se presentaba de nuevo para comunicar con expresión radiante que su voluntad se había «fortalecido». Agotada por la desesperada lucha y consciente de que el joven, en su irremediable candidez, ni siquiera entendía lo que quería su madre, últimamente lo había echado en cada ocasión, y lo mismo quiso hacer esta vez, pero cuando respondió al portero electrónico, en vez de las palabras balbuceadas y oídas innumerables veces («Mamá… soy… yo…»), se oyó una voz femenina arrulladora y familiar. «¿Quién es?», volvió a preguntar sorprendida la señora Pflaum, al tiempo que alejaba el auricular. «¡Soy yo, Piri! ¡La señora Eszter!». ¿La señora Eszter? ¿Aquí, a estas horas?, se preguntó asombrada y se arregló la bata. La mujer en cuestión pertenecía a aquellas mujeres frente a las cuales la señora Pflaum —y, según tenía entendido, toda la ciudad — «mantenía una prudente distancia». Así pues, como no existía ninguna relación entre ellas, y aparte de los saludos de rigor en la calle, inevitables, pero fríos, solo intercambiaban tal vez dos frases al año sobre el tiempo, su visita resultaba más que sorprendente. La

señora Eszter era un tema eterno de las conversaciones con sus amigas, no solo por «su pasado escandaloso, su moral licenciosa y su confusa situación familiar», sino también porque, mostrando una indiferencia y un desprecio descarados, ora escandalizaba a las buenas familias con un comportamiento arrogante, maleducado y violento y con «una manera de vestir llamativa y de mal gusto, teniendo en cuenta su cuerpo semejante a un barril», ora provocaba indignación y resistencia con su zalamería impertinente y su hipocresía, capaz de avergonzar hasta a un camaleón. Para colmo, aprovechando la distracción causada por el caos y la angustia de los últimos meses y apoyándose en su amante, el jefe de policía, consiguió ser nombrada presidenta de la Comisión Femenina, con lo que se volvió todavía más presuntuosa y, con su papada que temblaba de orgullo y malicia y, tal como señaló acertadamente la vecina, con «esa sonrisa simpática y repugnante en su rostro desgastado», lograba entrar, so pretexto de una visita de cortesía, en casas de familias que antes le habrían cerrado la puerta en las narices. Así las cosas, no le costó adivinar a la señora Pflaum que la señora Eszter venía con tal propósito, de modo que bajó las escaleras con la intención decidida de abrir la puerta y, acto seguido, aleccionarla por su descaro («Esta mujer ni siquiera sabe, por lo visto, cuándo se puede tocar el timbre de una casa») y mandarla a paseo como primera expresión simbólica de una retirada general. Sin embargo, no ocurrió así.

No ocurrió así, ni pudo ocurrir, porque la señora Eszter sabía perfectamente con quien se las veía, de modo que no le supuso problema alguno arrollar a la testaruda señora Pflaum con su cuerpo —que, según le susurraba a diario su amigo, el comisario de policía, «por peso y estatura parecía al menos el de un gigante… amén de otras cosas»— y también con su innata arrogancia y su determinación, siempre reacia a admitir que se la contradiga: entrelazando alguna que otra palabra halagadora —«querida», por ejemplo—, explicó con voz masculina y retumbante que era muy consciente de la hora, pero que tenía que hablar con ella de un «asunto privado inaplazable»; luego, aprovechando el previsible susto de la señora Pflaum, la empujó con puerta y todo hacia dentro, subió visto y no visto las escaleras y, ladeando la cabeza como era su costumbre («A ver si me doy un golpe para colmo…»), entró por la puerta de entrada abierta al recibidor; para distraer en un principio la atención del urgente motivo de su visita, dejó caer algunos fríos comentarios sobre la «excelente situación» de la casa, el «hermoso dibujo» de la alfombra del vestíbulo y el «exquisito buen gusto, digno de ser envidiado», de cuya «vulgaridad característica» se convenció, sin embargo, tan pronto como examinó con una fugaz mirada el mobiliario de la vivienda mientras colgaba el abrigo en la percha. No se puede afirmar, desde luego, que la «maniobra de distracción» escondiera la verdadera naturaleza de su objetivo, ya que, a decir verdad, todo valía para el auténtico fin de su visita: hablar esa misma noche, por un asunto urgente, durante un cuarto de hora con la madre de Valuska, para remitirse a dicha conversación al día siguiente por la mañana, cuando lo encontrara. Sin embargo, no eligió la solución más lógica (es decir, sentarse enseguida en uno de los sillones de mal gusto y exponer «el juvenil afán de acción, propio de la renovación que vive el país y, en particular, el entusiasmo de la Comisión Femenina Municipal, que se ha visto fortalecida en todos los sentidos»), pues si bien ya esperaba algo parecido, ver aquel «pequeño y asqueroso hogar», que rezumaba ociosidad envuelta en aire viciado, simpatía

edulcorada y adoración blandengue a la comodidad, le dio tal puntada que, disfrazando hábilmente su primer impulso, examinó con suma minuciosidad el equipamiento de su anfitriona. Así pues, seguida de una señora Pflaum furiosa y confusa, que ni se atrevía a abrir la boca, recorrió los cuartos, todos atestados de objetos hasta provocar asfixia; mientras, mostrando un aparente deslumbramiento (porque «no había llegado aún el momento de poner las cartas sobre la mesa»), halagaba con su retumbante voz de contralto a la sonrojada ama de casa que le pisaba los talones y a cada instante ponía en su sitio los cachivaches que quedaban descolocados («Pues sí, no cabe la menor duda, la mujer llena de contenido los objetos inertes y solo ella es capaz de proporcionar un encanto propio al hogar»), pero por dentro —muy en su interior— apenas podía reprimir el deseo de coger con su enorme puño cualquiera de esas repugnantes bagatelas y aplastarla como si fuese un cuello de pollo, porque el tejido asfixiante, pegajoso y sobrecaldeado de guardapeines y mantelitos de encaje, de ceniceros con forma de cisne y alfombras persas aterciopeladas y sintéticas, de cortinas de tul tan finas que semejaban un aliento y de las pocas novelas sentimentales colocadas detrás de una vitrina, le mostraba a las claras adonde había ido a parar el mundo por culpa del desenfreno insolente de una «holgazanería lujuriosa y una voluntad blandengue». Lo ojeó y lo registró todo, nada escapó a su atención y, aprovechando la ocasión para acerar sus fuerzas, por así decirlo, aspiró con placer autotorturante y amargo el aire que apestaba a ambientador: precisamente ese hedor nauseabundo de las «delicadas casitas de muñecas» que anunciaba desde lejos el lamentable estado de sus habitantes y por el cual («¡siempre!») le entraban «serias ganas de vomitar» ya en el mismo umbral, como solía contar, indignada, al comisario de policía cuando volvía de alguna visita de presentación. Fuera simple burla, fuera auténtico malestar, su amigo podía estar seguro de que la fortaleza anímica de la señora Eszter se veía sometida a pruebas extraordinarias, pues desde que «la voluntad pública por fin reencontrada»,

reconociendo sus décadas de trabajo, la rescató del puesto de directora del coro masculino (cuyas pejigueras indignas de su persona solo se veían atenuadas por un «repertorio exclusivo», consistente en oberturas, canciones obreras y cantos primaverales), la nombró presidenta de la Comisión Femenina Municipal y la convirtió en su líder implacable, había de pasar todos los días («¡horas enteras!») en aquellos pisos, con el único fin de convencerse de nuevo de una cosa: aquello que hasta entonces solo intuía era una certidumbre absoluta. Porque así como veía con total claridad que precisamente este ambiente irrespirable de conservas demasiado azucaradas y plumones demasiado abrigados, de flecos de alfombras peinados y sillones cubiertos con fundas protectoras frenaba cualquier impulso enérgico, que esta ciénaga mortal de portadores de pantuflas que tragaban operetas y trataban a la gente sana y sencilla con descarado desprecio ahogaba cualquier iniciativa, también conocía la explicación de por qué, por ejemplo, el importante movimiento de limpieza impulsado por la presidenta aún no había levantado vuelo y hasta había fracasado tristemente, a pesar de los esfuerzos realizados durante meses. A decir verdad, no esperaba otra cosa, y no se sorprendió, por tanto, cuando se demostró que esa sociedad exquisita de parásitos engreídos rechazaba fríamente sus minuciosos proyectos: en el fondo de sus engorrosas excusas (por ejemplo: «¿Campeonato de limpieza en diciembre? Más adelante, quizá en primavera, en la época de las grandes limpiezas…»), la señora Eszter percibía con total nitidez el fundamento de su resistencia: observaba, concretamente, que la patológica incapacidad de actuar y el cobarde servilismo podían remontarse a un temor inmotivado, pero al mismo tiempo justificado en este tipo de personas, que veía en la renovación general una decadencia también general; en el invencible deseo de lo nuevo, la señal de mal augurio de un caos igualmente invencible, y, de modo acertado, una fuerza que en vez de proteger lo irremediablemente muerto, lo destruía de forma implacable, y que sustituía el tedio del egoísmo que se consumía en

la propiedad por la «pasión estimulante de la acción común». Sin duda, ella, con esta excepcional interpretación de los acontecimientos anormales e irregulares ocurridos en el pasado reciente, se encontraba bastante sola en la ciudad —exceptuando a algunos íntimos, al comisario de policía y a algunos hombres de bien—, pero este hecho no la confundía ni la descorazonaba en absoluto, por cuanto algo le sugería que «la victoria que la justificaba no tardaría en llegar». Claro que si le hubieran preguntado en qué consistía tal victoria, no habría sido capaz de contestar con una o dos simples frases, pero su fe se asentaba tan en lo hondo que «esa pequeña y exquisita comunidad de portadores de pantuflas», por muy amplia y resistente que fuera, no le daba ningún miedo, por cuanto el verdadero enemigo —y de este modo la disputa pública se convertía al mismo tiempo en una lucha personal — era ni más ni menos que György Eszter, un personaje considerado extravagante que vivía totalmente recluido y, de hecho, solo era víctima de una pereza patológica. Este hombre, su marido nominal, era tratado con una mezcla de respeto y temor; contrariamente a ella, «no podía demostrar ninguna actividad pública» y llevaba años tumbado en la cama como una suerte de eminencia gris de la ciudad para echar al menos una vez a la semana («¡Digamos!») un vistazo por la ventana… ¿El verdadero enemigo? Era más que eso, para la señora Eszter era «el infierno sin salida de los obstáculos insuperables» y, al mismo tiempo, su única posibilidad, si no quería renunciar de forma definitiva a un puesto digno entre las personalidades determinantes de la ciudad; era, pues, una trampa, un cepo que funcionaba sin remisión, del que no había escapatoria y que no podía destruir. Porque, como siempre, la llave de la solución, el eslabón decisivo para la realización de los ambiciosos planes de la señora Eszter era el propio Eszter, precisamente aquel que años antes, remitiéndose a sus «problemas vertebrales», renunció a la dirección del Conservatorio de Música local, se jubiló y se limitó a comunicar con increíble cinismo a su mujer que «en un futuro ya no precisaba de

sus servicios conyugales», de suerte que al día siguiente ella se vio obligada a alquilar, con el dinero ahorrado, un piso situado al lado de la plaza del Mercado. Era precisamente ese hombre que, queriendo dar por concluidas sus apariciones conjuntas —por ánimo de venganza a buen seguro—, renunció también a la dirección de la Orquesta Filarmónica Municipal, supuestamente, como se enteró ella más tarde, porque él, Eszter, ya solo se interesaba por la música, exclusivamente por la música, y a partir de ese momento solo estaba dispuesto a dedicarse a la música, aunque, a decir verdad, únicamente una persona, la propia señora Eszter, podía decir cómo desentonaba ese hombre aporreando el piano que había desafinado a propósito, pero, claro, solo cuando lograba sacar el cuerpo, debilitado por la eterna holgazanería, de debajo de un montón escandaloso de blandos cojines y mantas de viaje. Cuando recordaba todo eso y rememoraba la serie infinita de humillaciones sufridas en los últimos años, habría querido tirarlo todo por la borda y despedazar con un hacha al insolente marido en su propia cama, pero era precisamente esto lo que ella no podía permitirse de ninguna manera; pues debía admitir que la ciudad no podía se conquistada sin Eszter y que, cada vez que emprendiera algo, se tropezaría con él. Justificó las vidas separadas aduciendo que su marido necesitaba calma y soledad para el trabajo, se vio obligada a mantener la apariencia de un matrimonio y a rechazar incluso la mera idea del ansiado divorcio, y hasta tuvo que aceptar que, con la colaboración del ardiente seguidor y favorito de Eszter, el irremediablemente chiflado Valuska, el hijo degenerado del primer matrimonio de la señora Pflaum, ella misma le lavara la ropa sucia, sus «calzoncillos mugrientos», a escondidas de él, pero al mismo tiempo a la vista de toda la ciudad. La situación parecía desde luego difícil, pero la señora Eszter no se arredró: si bien no sabía si convenía dar preferencia a la venganza personal o a la «lucha por el bien público», ni si era más importante vengarse en Eszter («¡por todo!») o consolidar de forma definitiva su «posición» un tanto insegura, sí estaba convencida de que la desagradable situación no

duraría eternamente y de que, desde la altura de un poder merecido y de un rango conseguido a fuerza de luchar, en un futuro no muy lejano ajustaría las cuentas con ese miserable canalla que se burlaba de ella y le amargaba la vida «con toda la intención del mundo». Y tenía buenos motivos para creer en ello, por cuanto (aparte de que «sería así porque así tenía que ser») el puesto de presidenta no solo significaba la posibilidad de una «actividad libre y responsable», sino que era también la señal esperanzadora de un menor grado de dependencia, amén de que, desde que descubrió cómo ganarse a los ciudadanos recalcitrantes para la primera acción a gran escala de la Comisión y cómo atar por esta vía de nuevo a Eszter, su autoconfianza —nunca del todo ausente— se tornó ilimitada, y ella se sintió segura de estar en el buen camino, de ir directo a su objetivo y de no verse frenada por nadie… Porque el plan era impecable y, desde luego, sumamente sencillo, como «suele ocurrir con todos los proyectos geniales», aunque, como suele suceder también, tardó en encontrar esta simple solución; sin embargo, desde el anuncio de la campaña veía con claridad que solo podía romper la indiferencia y la resistencia mediante la «movilización» de Eszter. Si él fuera obligado a participar en los trabajos, si él se dejara convencer de ponerse a la cabeza de la organización, la ahora vacua consigna de «PATIO LIMPIO, CASA ORDENADA» y el programa considerado ridículo y abocado al fracaso enseguida se convertirían en un punto de partida potente para una amplia y auténtica campaña. Pero ¿cómo? Esa era la cuestión. Tardó semanas e incluso meses, podría decirse sin temor a exagerar, hasta que, tras desechar por inútiles una serie de ideas que iban desde la simple persuasión hasta la coacción con la ayuda de las fuerzas del orden, vislumbró la única posibilidad de ponerlo entre la espada y la pared; y a partir de ese momento, desde que se dio cuenta de que solo necesitaba al «buenazo de Valuska» y a la señora Pflaum, que, como todos sabían, se había distanciado de él y precisamente por eso era tanto más querida, se apoderó de ella una calma de la que nada ni nadie podía sacarla; hasta tal punto

que, mientras permanecía sentada con un cigarrillo encendido en la mano, entre las suaves alfombras y los pulidos muebles de la ama de casa, una mujer bajita «¡pero todavía pechugona!», se divertía viendo cómo el semblante de la señora Pflaum «se encendía en un sentido metafórico» cada vez que la ceniza del cigarrillo caía al suelo. Observó con alegría que la impotencia furiosa de su anfitriona («¡Me tiene miedo!», constató satisfecha) iba apartando poco a poco la indignación, de modo que, repasando con la mirada aquel cuarto atestado de plantas, donde ya se sentía como en un prado o en una era o entre malas hierbas, volvió a comentar en tono arrullador y con el único fin de divertirse tranquilamente: «Pues sí. El eterno deseo del urbícola es llevar la naturaleza a su vivienda. Nos pasa a todos, querida Piri». Pero la señora Pflaum no abrió la boca, y se limitó a asentir forzadamente con la cabeza, de lo cual la señora Eszter dedujo que era preferible ir al grano. De hecho, aunque la anfitriona no lo intuía, ya había dado el sí al no impedir la impetuosa entrada de la señora Eszter en la casa, pues su mera presencia en ella ya era el «grano». Su acuerdo o desacuerdo con la mediación, su disposición o su escepticismo carecían de importancia. Sea como fuere, después de esbozarle la situación (es decir, «no creas, querida, que yo desee implicar a Eszter, la ciudad lo quiere, y solo tu simpático y bondadoso hijo es capaz de ganar para la causa a ese hombre tan atareado, como todo el mundo sabe») y de clavarle una mirada amable, pero penetrante, se vio sin duda sorprendida y se sintió afectada por el rápido y contundente rechazo. Pues comprendió con claridad que la señora Pflaum y Valuska «habían roto relaciones hacía años» y que para ella, o sea, para la señora Pflaum, era un «deber materno» distanciarse de cualquier actividad de Valuska, aunque se podía imaginar el dolor y la amargura que significaban decir algo así de un hijo «que no solo no era bondadoso, sino que era directamente ingrato e inútil»; pero vio también que, reuniendo en esa negativa decidida toda la rabia reprimida de su debilidad e impotencia, simplemente quería devolver a la señora Eszter las ofensas padecidas en los últimos minutos,

quería hacerle pagar por el hecho de que ella era débil y pequeña y la señora Eszter, en cambio, alta y fuerte; y también porque, por mucho que quisiera negarlo, debía admitir que su hijo, ese «inquilino de la taberna de Hagelmayer», era el tonto del pueblo, al que solo le alcanzaba para emplearse como repartidor de periódicos en la oficina de correos local; y encima ahora debía reconocer todo esto ante una extraña mal vista por sus amigas. Podría haberlo interpretado como una confesión de que la señora Pflaum, «esa enana», estaba totalmente desvalida ante ella y, por tanto, podría haberse sentido resarcida habiendo aguantado durante veinte minutos aquella «sonrisa untuosa» y aquella mirada hipócrita, pero lo cierto es que se levantó de un salto del sillón color verde manzana, dijo acto seguido que debía marcharse, atravesó la densa vegetación, tiró con el hombro un pequeño tapiz de la pared del recibidor, apagó el cigarrillo en un cenicero de porcelana jamás estrenado y se puso sin decir palabra el enorme abrigo de piel artificial. Pues si bien era capaz de mantenerse aparentemente serena y se consideraba una persona a la que ya nada sorprendía, enseguida se apoderaba de ella la ira cuando alguien osaba darle una negativa, como en esta ocasión la señora Pflaum, ya que, a decir verdad, tampoco tenía una idea clara de cómo reaccionar en el caso de un «no» hostil. Ardía de ira, la corroía la rabia, y no era de extrañar, pues, que después de abrochar la última hebilla metálica del abrigo y de lanzar, apretando los labios, una mirada centelleante al techo, gritara de pronto a la aterrorizada señora Pflaum, cuando esta planteó, nerviosa, una pregunta, al tiempo que se frotaba las manos («Me siento tan intranquila… acabo de llegar esta noche de ver a mis hermanas… y apenas he reconocido la ciudad… ¿Se sabe, por ejemplo, por qué no funciona el alumbrado de las calles?… Antes no pasaban cosas así…»). «Hay motivos de sobra para inquietarse. Estamos ante una época más dura, más abierta y más sincera. Vienen tiempos nuevos, querida Piri». Al oír estas palabras cargadas de significado y, sobre todo, al ver que la señora Eszter levantaba, amenazadora, el dedo índice al tiempo que

pronunciaba la última frase, el semblante de la señora Pflaum empalideció; pero esto no bastó a la señora Eszter, pues aunque disfrutaba viendo lo que veía y sabiendo que, mientras no llegara a la planta baja y cerrara la puerta, la «enana pechugona» confiaría hasta el último minuto en que su visita irreflexiva y enfadada le dijera al menos una palabra tranquilizadora, y aunque debería haberse dado por satisfecha con esta situación, el «no» que la señora Pflaum había hincado en su autoestima, abriendo allí una herida, siguió temblando un buen rato como una flecha envenenada que se clava en la madera, y ella tuvo que admitir para su vergüenza que no sentía un simple escozor, sino un dolor cada vez más intenso (y eso que había logrado claramente su objetivo, comparado con lo cual, el minúsculo fracaso carecía de importancia). Si la señora Pflaum hubiera asentido con el esperado entusiasmo, habría seguido siendo la simple marioneta de unos acontecimientos que le pasaban por encima y que, además, nada tenían que ver con ella, con lo cual su insignificante papel en el asunto habría concluido como correspondía. Pero no fue así («¡No fue así!»): con su negativa, la señora Pflaum elevaba descaradamente su prescindible personalidad a un plano de igualdad, es decir, apuntaba con su insignificancia de enana a la indudable superioridad de la señora Eszter o, si se quiere, la hacía descender a su propia inanidad con el fin de vengarse en la radiante eminencia de aquella mujer a quien no podía ni soportar ni superar. Y aunque todo esto, o sea, su sentimiento ofendido, no duró eternamente, tampoco puede afirmarse que pasara a la ligera del «asunto»; no habría sido lo correcto. No pasó a la ligera cuando —ya en casa— relató lo sucedido a su confidente, pero omitió algunos detalles y solo mencionó que «el aire fresco, maravilloso, sobrecogedor» la animó apenas sacó los pies del asfixiante portal de la señora Pflaum y «tuvo un efecto balsámico» sobre su capacidad de juicio, de modo que al llegar a la carnicería Nadaban volvía a ser la de siempre: decidida e invulnerable, equilibrada y segura de sí misma. Y este hecho, es decir, la influencia decisiva de los ya dieciséis grados bajo

cero sobre su agotado sistema nervioso, no era una exageración, por cuanto la señora Eszter pertenecía en efecto al tipo de persona, en el sentido estricto de la palabra, «enferma de primavera y sobre todo de verano», para la cual el calor enervante, la canícula relajante, el sol ardiente del cielo, suponen la encarnación del horror que obliga a guardar cama con insoportables dolores de cabeza y fuertes hemorragias. Pertenecía, pues, al grupo de aquellos para los que el frío no significa el Mal insoportable contemplado desde la guarida de una estufa caliente, sino el estado natural de la vida, al grupo de los que, por así decirlo, resucitan cuando por fin empiezan las heladas y sopla el viento polar procedente del norte; pues en tales personas el invierno purifica la visión, enfría las pulsiones incontrolables y reorganiza el tumulto de pensamientos desintegrados por los sudores veraniegos. Así, mientras se apoyaba contra el viento helado en la avenida Báró Béla Wenckheim, el frío terriblemente prematuro, a juicio de la gran mayoría, ponía orden en la señora Eszter y la capacitaba para pasar por encima de la espinosa respuesta de la señora Pflaum de una manera digna de su peso recuperado. Porque había cosas alentadoras y había cosas para ver: mientras el frío atravesaba agradablemente todos sus poros y ella impulsaba, por la acera recta como una flecha, su importancia de muchos kilos de peso como si fuese el cuerpo liviano de un pájaro, constató satisfecha que el proceso irreversible de destrucción, desintegración y ruina continuaba de acuerdo con sus rigurosas leyes, y día tras día se estrechaba el círculo, dentro del cual los «asuntos» funcionaban y seguían con vida; veía que hasta los edificios, en su insuperable abandono, esperaban a que se cumpliera su destino, puesto que los inmuebles y sus habitantes ya se habían separado: el revoque caía en grandes trozos, los marcos carcomidos de las ventanas se desprendían de los muros y el creciente número de cumbreras rotas a ambos lados de la calle indicaba también que la estructura de las vigas de madera —como de la piedra, de los huesos, de la tierra— perdía cada vez más estabilidad. La basura tirada en la acera y en la calzada —pues ya

nadie tenía ganas de llevársela— cubría de forma creciente la ciudad, y los gatos increíblemente prolíficos que rodeaban los montones cada vez más altos y asumían el poder, por así decirlo, ya no le tenían miedo a nada durante la noche, hasta tal punto que incluso ante la señora Eszter, que avanzaba con andar pesado, solo se apartaban con cierta pereza en el último instante para abrirle paso en medio del bosque de sus tropas día tras día más obesas. Veía todo esto y veía también las persianas oxidadas y cerradas desde hacía semanas con candados en los escaparates de las tiendas, veía los armazones caídos de las farolas ya ciegas, veía los coches y autobuses abandonados con los depósitos vacíos… y de pronto una sensación dulce y cosquilleante le recorrió la columna vertebral, ya que esta dura decadencia hacía tiempo que no representaba para ella un final decepcionante, sino aquello que pronto ocuparía el lugar de este mundo ya maduro para el desastre; es decir, no suponía una conclusión, sino un punto de partida, la materia prima de un orden nuevo «que no se levantaría sobre la mentira, sino sobre la verdad implacable» y que no conocería nada más importante que «el fortalecimiento del cuerpo y la fuerza y la belleza del afán de acción». Ya contemplaba la ciudad desde la perspectiva de futura propietaria y audaz heredera, y su convencimiento de estar a las puertas de una «era nueva, prometedora y radicalmente diferente» no solo se fundamentaba en este tipo de síntomas cotidianos del derrumbe de lo viejo, sino también en varios acontecimientos inexplicables y particularmente solemnes que podían experimentarse a diario y que apuntaban todos a que la ineludible renovación sería forzada por el poder inmenso y misterioso del cielo, en el caso de que «las intenciones combativas del hombre» no fueran suficientes. Anteayer, la enorme torre del agua situada en un extremo de los jardines Góndócs empezó a balancearse durante minutos por encima de las pequeñas casas, de forma que ponía en peligro la vida de sus habitantes, y lo hizo de una manera del todo «incomprensible» según el dictamen emitido a toda prisa por el profesor de física y matemáticas del

instituto de enseñanza secundaria y colaborador del observatorio instalado en lo alto de la torre, que, interrumpiendo sus horas dedicadas en solitario al juego del ajedrez, bajó corriendo para comunicar la nueva. Ayer, sin ir más lejos, el reloj de la iglesia católica situada en la plaza Mayor, que llevaba décadas sin moverse, asustó a las personas (¡y electrizó de paso a la señora Eszter!) cuando tres de los cuatro mecanismos oxidados se pusieron simplemente en marcha, aunque en su día se habían desmontado las agujas, para señalar con sones sordos y en intervalos cada vez más breves el paso del tiempo. No era de extrañar, pues, que al llegar a la esquina del hotel Komló con el pasaje Hétvezér, y ver de pronto el gigantesco álamo, ni siquiera se asombrara, pues ya desde el anochecer esperaba algo de este tipo, segura de que ese día tampoco faltaría una nueva «advertencia elocuente». El coloso, de casi veinte metros de altura, que guardaba el recuerdo de las grandes inundaciones del cercano río Körös ocurridas en otros tiempos —un excelente refugio para las tropas de gorriones y una atracción del lugar desde hacía generaciones— se apoyaba sin vida, rebasando la calle, en la fachada del hotel que daba al pasaje Hétvezér, y no cayó en aquel estrecho pasaje porque las ramas densas y peladas se detuvieron, atrapadas por el canalón en parte arrancado; el tronco no se había partido por una ráfaga de viento, tampoco la madera había tenido que soportar los ataques de los gusanos o de la lluvia generadora de podredumbre, sino que las raíces habían abierto una larga brecha en la acera, en el hormigón de la calzada y en el suelo duro como hueso. Por supuesto, ya se contaba con la posibilidad de que el viejo árbol se derrumbara algún día, pero, según la señora Eszter, tenía un significado especial que esto ocurriera precisamente en ese momento, que las raíces se desprendieran de la tierra precisamente en ese momento. Contempló el espeluznante espectáculo del álamo atravesado en diagonal en el espacio oscuro de la calle, observó luego con la sonrisa cómplice de los iniciados: «Clarísimo. No podía ser de otra manera» y prosiguió su camino con una sonrisa en la comisura de

los labios, como quien sabía que las sorpresas, los llamados «presagios desafiantes», no habían concluido en absoluto. Y no se equivocaba. Apenas dio unos pasos cuando su mirada, empeñada en cazar nuevos acontecimientos extraordinarios, topó con un pequeño grupo de hombres que permanecía en silencio en la esquina de la calle Part y cuya presencia a esa hora carecía de explicación, porque se necesitaba valentía, desde luego, para atreverse a salir de las casas en la ciudad oscura. No podía imaginar ni quiénes eran ni qué buscaban a esas horas nocturnas; a decir verdad, tampoco le preocupaba en exceso, ya que enseguida interpretó este hecho, al igual que las historias de la torre del agua, del reloj de la iglesia y del álamo, como la estimulante profecía del paso de la ruina a la elevación, de la destrucción a la reconstrucción; sin embargo, cuando al final de la avenida llegó a las acacias desnudas de la plaza Kossuth y descubrió más y más grupos de hombres que esperaban allí sin decir palabra, de pronto la inundó una sensación de calor, pues le vino a la cabeza la incierta posibilidad de que, después de la esperanza abrigada durante meses («¡años, años!»), hubiera llegado («¡tal vez!») el momento decisivo en que los preparativos se veían sustituidos por la acción y «se cumplía una profecía». Según pudo constatar desde el otro lado de la plaza, unos cincuenta o sesenta hombres permanecían en grupos de dos o tres sobre el césped helado y, por tanto, resbaladizo del mercado; llevaban botas bajas o altas, gorras con orejeras o grasientos sombreros campesinos y algunos tenían un cigarrillo encendido en la mano. Incluso la oscuridad permitía observar que eran todos extraños, lo cual —cincuenta o sesenta desconocidos en plena noche en medio de un frío que pelaba— ya resultaba más que sorprendente. A todo esto, su silencio e inmovilidad eran aún más asombrosos, y la señora Eszter los contemplaba tan fascinada desde la desembocadura de la avenida como si viera a los ángeles del Juicio Final disfrazados.

Debía atravesar la plaza y pasar entre ellos, pues era el camino más corto para llegar a su vivienda situada en el pasaje de la Defensa

Nacional, al otro lado del mercado, pero por un sentimiento instintivo al que se sumaba una gota —¡solo una gota!— de miedo, dio un rodeo en forma de L a esos grupos inmóviles y, conteniendo la respiración, pasó como una sombra por el otro lado. No puede decirse que se viniera abajo cuando, al volverse en la esquina del pasaje de la Defensa Nacional, vio un artilugio de inconcebibles dimensiones, el vehículo del circo que ya llevaba días anunciado a bombo y platillo, pero cuya hora exacta de llegada no se conocía, pero sí puede afirmarse que sintió una profunda decepción al comprender, tras un vistazo, lo siguiente: no se trataba de los «mensajeros disfrazados de los nuevos tiempos», sino con toda probabilidad de «harapientos revendedores de entradas de circo», capaces, en su insaciable avidez, de aguantar toda una noche en el frío con el único fin de comprar las entradas a la mañana siguiente, cuando abriera la caja del circo, y sacar así unos sustanciosos beneficios. Grande fue su amarga desilusión al despertar de pronto de sus febriles fantasías, y sintió desaparecer también el sabor de esa alegría real y orgullosa que habían significado para ella personalmente la contratación y la llegada de la ya célebre compañía circense: pues consideraba que uno de sus primeros triunfos importantes en la vida pública había sido vencer hacía más o menos una semana —con la poderosa ayuda del comisario de policía— las reticencias de los pusilánimes miembros de la Comisión Ejecutiva Municipal que no querían dejar entrar el circo en la ciudad, remitiéndose a las noticias y a los incontrolables rumores provenientes de las aldeas y granjas de la zona, a tenor de los cuales la extraña compañía había provocado el terror por doquier e incluso un gran caos en ciertos lugares. Pues sí: fue su primer triunfo importante (en opinión de algunos, su discurso pronunciado allí sobre «los derechos de la curiosidad natural del ser humano» hasta podría haberse publicado en un periódico) y ahora no podía disfrutar de su victoria por cuanto, al haberlo identificado demasiado tarde, debía precisamente al circo el haber entendido mal la verdadera naturaleza de los hombres allí parados y haber hecho,

por tanto, el ridículo. Como el dolor punzante de este ridículo era más fuerte en ella que el atrayente misterio del gigantesco furgón, la señora Eszter no se acercó a dar una vuelta alrededor de ese vehículo exótico, que daba la razón a las habladurías y a satisfacer así su «natural curiosidad humana», sino que dio la espalda con una mueca de menosprecio a aquella «ballena hedionda y a aquellos canallas descarados» y se dirigió con paso retumbante por la angosta acera a su casa. Como antes, cuando acababa de ver a la señora Pflaum, ladraba más que mordía, como suele decirse, de modo que, tras llegar al final del pasaje de la Defensa Nacional y cerrar de un portazo la desvencijada puerta del jardín, consiguió superar la desilusión: le bastaba pensar que a partir del día siguiente ya no sería sujeto pasivo, sino dominadora de su destino. Así las cosas, respiró aliviada y volvió a sentirse como la que era: como alguien que «testarudo y deseoso de triunfar», desprecia decididamente las ilusiones precipitadas. En la parte delantera vivía la propietaria, una anciana que comerciaba con vino, y ella habitaba el cuarto trasero de esa casa campesina que amenazaba ruina, y aunque al lugar le hacían falta algunas reformas, ella no se mostraba insatisfecha: pues si bien era cierto que el techo bajo le impedía enderezarse como era debido y obstaculizaba, por tanto, su movilidad en la habitación, y los ventanucos —que no cerraban— y las paredes —que se descascaraban por culpa de la humedad— dejaban mucho que desear, la señora Eszter se mostraba como una partidaria ferviente de la llamada falta de pretensiones y ni siquiera prestaba atención a estas bagatelas, por cuanto, en su opinión, si una «vivienda» tenía una cama, un armario, una lámpara y un lavabo y, además, no entraba la lluvia, las necesidades de la persona estaban plenamente cubiertas. Así pues, contaba con una enorme cama de hierro con colchón de muelles, un armario de una sola puerta, una jofaina puesta sobre un taburete, una jarra y una bombilla desnuda; además de eso, no toleraba ni alfombras, ni espejos, ni cortinas, sino a lo sumo una mesa de cocina y una silla despojada de su respaldo para las comidas y para el papeleo oficial

cada vez más copioso, un trípode plegable para leer las partituras cuando tenía que ensayar en casa y un perchero de pared para que las visitas, si las había, pudieran colgar sus abrigos. En cuanto a las visitas, ya no recibía ninguna desde que conociera al comisario de policía, pero a este sí lo recibía, cada noche; pues a partir del día en que se dejó encandilar por la bandolera y el cinturón, las botas relucientes y la pistola colgada de la cintura, no solo veía en él al amigo, al hombre capaz de apoyar a una mujer solitaria, sino también a un aliado de confianza con el que podía compartir sus profundas preocupaciones sin riesgo alguno, e incluso podía sincerarse con él las pocas veces en que cedía a la tentación de esa debilidad. A pesar de una fundamental armonía, la relación no carecía de ciertos nubarrones, ya que una «fatal tragedia en su vida familiar» —la esposa había muerto en la flor de la edad y los dos hijitos se quedaron sin su cariñosa madre— había convertido en esclavo del alcohol al comisario de policía, hombre tendente a la silenciosa pesadumbre, aunque por otra parte también al pronto colérico, y si bien a la pregunta planteada cientos de veces siempre contestaba con entusiasmo, afirmando que solo en el calor femenino de la señora Eszter encontraba verdadero consuelo para su amargura, hasta el día de hoy no había logrado liberarse de su esclavitud. Hasta el día de hoy, sí, pues la señora Eszter temía que el comisario —que debía haber llegado bastante tiempo antes de ella— se viera atormentado por su pesadumbre en alguna fonda de las afueras, de modo que, al oír pasos en el exterior, enseguida se dirigió a la mesa de la cocina y cogió la caja de bicarbonato y el vinagre, sabedora de que esta vez, como en tantas otras ocasiones, solo este serviría, solo ese mejunje, desgraciadamente bastante popular en la ciudad, que, en contraposición a la opinión generalizada, ella consideraba el único —sí, y vomitivo— remedio no solo contra los dolores estomacales del día siguiente, sino también contra la borrachera de ese mismo día. Para su asombro, sin embargo, quien estaba en la puerta no era el comisario de policía, sino Harrer, el casero de Valuska, el albañil denominado «el

Buitre» en la ciudad debido a cierto lejano parentesco de tal nombre con su cara picada de viruela; de hecho, estaba tumbado, como pronto pudo constatar la señora Eszter, porque sus piernas, incapaces de sostener por más tiempo aquel cuerpo que no cesaba de perder el equilibrio, acababan de declararse fuera de servicio antes de que las manos, aleteando con desespero, pudieran asirse del picaporte. «¿Usted qué hace allí tumbado?», le gritó, furiosa, la mujer, pero Harrer ni se inmutó. Era un hombre flaco y bajito —tal como estaba allí tumbado en el umbral, hecho un ovillo, con las piernas debilitadas encogidas bajo el cuerpo, bien podría haber cabido en una cesta jardinera más o menos grande— y olía hasta tal punto a aguardiente barato de orujo que el espantoso hedor inundó en cuestión de minutos todo el patio, se introdujo por los resquicios de la casa y hasta sacó de la cama a la anciana que, tras descorrer la cortina de su ventana que daba al patio, solo atinó a preguntarse «por qué no bebía vino esa buena gente». Pero entonces, como si se lo hubiera pensado, Harrer recobró el conocimiento y se levantó de un salto del umbral, con tal rapidez que la señora Eszter creyó que se trataba de una simple broma. No obstante, enseguida se descubrió que no lo era, pues el albañil, que se tambaleaba peligrosamente con una botella de orujo en una mano y un diminuto ramo de flores en la otra, la miró con ojos de bitoque carentes de cualquier indicio de buen humor; y en ella tampoco apareció ni una chispa de compasión cuando, tras deducir de las palabras tartamudeadas por Harrer que él solo deseaba que la señora Eszter lo abrazara como en otros tiempos (porque «¡solo usted, señora, solo usted puede consolar mi corazón entristecido…!»), lo cogió de las hombreras, lo levantó y lo arrojó sin broma alguna hacia la puerta del jardín. El pesado abrigo, parecido a un saco que apenas contenía alguna cosita, cayó al suelo en algún sitio (precisamente ante la ventana de la anciana que seguía mirando y meneando la cabeza); Harrer, que no sabía a ciencia cierta si esta nueva caída guardaba alguna relación con los otros embates vividos hasta el momento, pero sí intuía algo, se largó corriendo; la señora Eszter,

en cambio, volvió a su cuarto, cerró la puerta con llave y, para superar esta nueva ofensa, encendió la radio de bolsillo que tenía al lado de la cama. Las agradables melodías que sonaron —«música popular variada»— surtieron, como otras veces, un efecto benéfico y poco a poco lograron apaciguar sus tumultuosos sentimientos, cosa harto necesaria ya que, si bien no era la primera vez que uno de estos tipos —para colmo, infieles— perturbaban su paz nocturna y, por tanto, ella ya podría haberse acostumbrado, siempre se enfurecía cuando a alguno de sus viejos conocidos, como Harrer (con el cual se había divertido en otros tiempos —«¡alguna vez, sí, alguna!»— y, desde luego, sin nada que objetarle), «le importaba un bledo su nueva posición social», en una época en que la persona no puede permitirse la más mínima relajación, pues el enemigo, al que la señora Eszter casi veía frente a ella, «solo esperaba esa oportunidad». Pues sí, necesitaba paz y tranquilidad, consciente de que al día siguiente se decidiría el destino de todo el movimiento y debía estar, por tanto, descansada, de suerte que, al escuchar los pasos siempre identificables del comisario en el patio, primero solo deseó que se fuera a su casa con su cinturón, sus botas y su pistola, con todo su equipamiento, en definitiva; luego, sin embargo, cuando le abrió la puerta y miró de arriba abajo a aquel hombre dos cabezas más bajo que ella, un tanto delgado y otra vez bastante borracho, le entró de pronto un deseo muy diferente, ya que él no estaba rabioso ni empezó a gritar enseguida, sino que se presentó con ese espíritu combativo propio de una «pantera dispuesta a saltar», de lo cual la señora Eszter enseguida dedujo lo siguiente: aquí no hará falta bicarbonato, sino entrega irreflexiva, por cuanto su compañero, amigo y aliado —superando con creces sus esperanzas de esa noche— apareció como un soldado hambriento ante el cual ella, una vez más, se mostraría —lo presentía— inerme. No podía afirmar que ella careciera alguna vez de determinación viril ni que no supiera «apreciar debidamente a un hombre que procuraba elevar a su mujer a las cimas tantas veces inalcanzables del éxtasis», pero sabía al mismo tiempo qué importancia poseían esas ocasiones en

que una capacidad normalmente modesta prometía, como en este caso, superarse con creces a sí misma. Así pues, no dijo ni palabra ni exigió explicaciones ni echó al visitante, sino que, ante las miradas cada vez más intensas, cada vez más ardorosas y prometedoras del otro, se quitó la vestimenta sin más preámbulos; con parsimoniosos movimientos, tiró al suelo la ropa interior; se puso el picardías bien cuidado, delicado y transparente de color naranja que era la debilidad del comisario, como si obedeciera a una orden, y con una sonrisa avergonzada se puso a cuatro patas sobre la cama. Entretanto, su «compañero, amigo y aliado» también se había arrancado el uniforme, había apagado la luz y se abalanzó sobre ella con sus botas pesadas gritando, como siempre, «¡alarma!». No se equivocaba la señora Eszter, pues el comisario consiguió ahuyentar esa noche todos los recuerdos confusos, y cuando ambos se tumbaron de espaldas sobre la cama tras su salvaje acoplamiento y ella —después de mostrar con rectitud militar su reconocimiento al hombre ya un tanto más sobrio— informó con ciertas restricciones de lo ocurrido con la señora Pflaum y con la «gentuza» de la plaza del Mercado, su cuerpo se vio inundado por una calma tan serena, por una sensación tan dulce de paz, que no solo se le antojó que le esperaba una victoria clara al día siguiente, sino también que nadie podría despojarla de los frutos definitivos de su lucha. Se secó con una toalla, bebió un vaso de agua y luego se acostó de nuevo en la cama revuelta; solo escuchó a medias el incoherente informe del comisario, pues en ese momento nada le resultaba más importante que su «calma serena» y esa «dulce sensación de paz», esos mensajes dichosos que le venían, alegres, desde todos los rincones del cuerpo. Qué importaba que algún «obeso director de circo» retuviera «por una autorización oficial de tipo corriente» al comisario, que este viera a un «caballero de pies a cabeza» en el director de la compañía de prestigio internacional, a un hombre elegante que, sin embargo, olía a pescado y que, con una botella de «coñac francés sin abrir» en la mano, incluso había pensado, como partidario decidido del orden público, en pedir

modestamente una garantía de las fuerzas del orden (y en solicitar que le fuera dada por escrito) para que los tres días de actuación transcurrieran sin perturbaciones, qué le interesaba a ella todo eso si sentía de verdad que todo carecía de importancia ahora, cuando «el cuerpo empezaba a hablar» y no había nada tan dulce y estimulante como el momento en que los muslos, el trasero, los pechos y el vientre ya no pedían nada excepto la acariciante suavidad del sueño. Tan satisfecha estaba con su hombre, que le confesó no necesitarlo más por el momento y lo despachó dándole algunos consejos maternales relativos a los «huerfanitos». Solo después de estremecerse varias veces se atrevió a emerger del plumón el comisario, en el que ella pensó no con amor, pues siempre había rechazado las estupideces novelescas, sino con cierto orgullo, cuando lo hizo salir al frío glacial; después se metió de nuevo en la cama, tras cambiar el seductor picardías por un camisón de franela, para «conciliar por fin el sueño». Alisó con el codo la sábana que se había arrugado a su espalda, utilizó los pies para acomodar el edredón que se había desplazado, buscó luego la posición más agradable para su cuerpo, volviéndose primero a la izquierda y luego a la derecha, y cerró los ojos ocultando el rostro en el calor blando del brazo. Solía dormir bien, de modo que al cabo de unos minutos ya se había quedado traspuesta, y las piernas que se agitaban, las órbitas que se movían con lentitud bajo los finos párpados y el movimiento ascendente y descendente, cada vez más regular, del edredón indicaban a las claras que ya apenas tenía conciencia de cuanto ocurría a su alrededor y que se alejaba cada vez más de una fuerza bruta que al día siguiente despertaría, pero que en aquel momento se esfumaba con rapidez, y que en las horas de vigilia le susurraba de manera indiscutible que ella era la patrona de unos objetos pobres y fríos y que de ella dependía su destino. Desaparecieron la jofaina y el vaso intacto con el bicarbonato, desaparecieron el armario, el perchero y la toalla manchada arrojada en un rincón, dejaron de existir para ella el suelo, las paredes y el techo, por cuanto ella tampoco era más que un objeto

entre los otros, uno de los miles de millones de indefensos entes durmientes, un cuerpo que cada noche vuelve a llamar a esa triste puerta de la existencia que solo una vez podrá franquear, pero de manera irreversible. Se rascó el cuello, pero ya no era consciente de su gesto; su cara hizo una mueca convulsa por un instante, pero ya no iba dirigida a nadie; soltó un suspiro entrecortado, como un niño que tarda en tranquilizarse después del llanto, pero ya no expresaba nada, pues solo era la respiración en busca de equilibrio; los músculos se relajaron, el mentón bajó poco a poco como el de un moribundo, y mientras el comisario llegaba a casa aterido de frío y se tumbaba sobre la cama con ropa y todo, al lado de sus hijos, que dormían profundamente, la señora Eszter ya se hallaba sumida en la densa materia de un sueño… Todo parecía inmóvil en la oscuridad compacta del cuarto: el agua sucia ni siquiera palpitaba en la jofaina esmaltada, el jersey, la bata y el abrigo enguatado colgaban del perchero de tres ganchos rígidos como pesadas costillas de cerdo sobre el mostrador de la carnicería, y tampoco se balanceaban ya las llaves en la cerradura, pues habían gastado definitivamente el impulso que les transmitiera la señora Eszter. Y como si solo hubiesen esperado este momento, como si la inmovilidad total y la calma absoluta hubieran sido la señal, tres jóvenes ratas emergieron de debajo de la cama de la señora Eszter en medio del inmenso silencio (o precisamente de él). Primero se deslizó con cuidado la primera, seguida poco más tarde por las otras dos, que enseguida se detuvieron levantando las cabecitas, listas para saltar; luego corretearon con sumo sigilo por la habitación, poniéndose rígidas casi a cada metro, obligadas por el instinto de una desconfianza ancestral. Cual audaces exploradoras de un ejército invasor, que antes de un asalto estudian en zona enemiga el qué y el dónde, qué puede acarrear riesgos y qué resulta inofensivo, así escrutaban ellas las bases de las paredes, los rincones que se descascarillaban y las anchas grietas en el suelo podrido, y cartografiaban, por así decirlo, las distancias exactas entre su refugio bajo la cama, de un lado, y la puerta, la mesa, el armario, el

taburete un tanto inclinado y el alféizar, de otro. Luego, sin haber tocado nada, se ocultaron en un santiamén bajo la cama pegada a la pared y desaparecieron por la entrada de su escondite que, a través de la pared, conducía al exterior. Un solo minuto necesitaron para la huida, y luego se vio que su inesperada fuga se produjo porque, antes de que ocurriera nada, ya habían percibido sin lugar a dudas que algo sucedería: el simple, pero seguro presentimiento de un suceso imprevisible las llevó a elegir la rapidísima escapada. Lo cierto es que la señora Eszter solo se movió bastante después de su marcha, rompiendo el silencio hasta entonces absoluto; las tres ratas ya acechaban fuera, plenamente protegidas, al pie del muro trasero de la casa, cuando ella, como quien asciende por unos minutos desde las profundidades marinas del sueño a una capa más transparente debido a la proximidad de la vigilia, empujó con un movimiento violento de la pierna el edredón para quitárselo de encima y estiró las extremidades como si poco a poco se preparara para levantarse. Pero aún no era hora de despertarse, de modo que —después de unos cuantos profundos suspiros— volvió a sumergirse en las honduras marinas desde donde había ascendido. Su cuerpo —tal vez precisamente porque nada lo cubría— se volvió más grande si cabe, demasiado grande en comparación con la cama y el cuarto, como un enorme saurio prehistórico en un diminuto museo en el que no pudiese saberse cómo entró, ya que, evidentemente, no podía haber entrado ni por la puerta ni por las ventanas. Estaba tumbada de espaldas sobre la cama, con las piernas abiertas, su panza —comparable con la barriga abultada de ciertos hombres mayores— se alzaba y descendía como una lenta bomba; el camisón se le había subido a la cintura, y como ya nada la abrigaba en aquel cuarto helado, se le puso carne de gallina en los voluminosos muslos. Pero el frío solo afectaba a la piel y durante un buen rato no perturbó a la durmiente, y como el anterior ruido no se reprodujo ni fue seguido por otra señal alarmante, las tres ratas osaron volver a la habitación, volvieron a recorrer por el suelo los caminos antes descubiertos y lo hicieron con cierta familiaridad,

aunque siempre en tensión y listas para emprender la huida en el acto. Eran tan veloces, se deslizaban con tal sigilo, que su esencia apenas traspasaba la delicada frontera de la existencia real, y sin desprenderse ni un solo instante de su carácter de meras manchas casi imperceptibles e imposibles de perseguir, se balanceaban sin cesar por aquella frontera amplia y peligrosa para que nadie se diera cuenta: esos tonos más profundos en la oscuridad del cuarto no eran una ilusión de unos ojos cansados, no eran las sombras de unos pájaros nocturnos e incorpóreos que se deslizaban por las profundidades, sino tres animales misteriosamente cautelosos que buscaban con tenacidad algún alimento. Pues por eso vinieron cuando la durmiente hubo callado y por eso volvieron, aunque no subieran enseguida a la mesa de la cocina en pos de aquel medio pan que había quedado entre migajas desparramadas; solo lo hicieron tras convencerse de que no les esperaba ninguna sorpresa. Comenzaron por la corteza, pero, introduciendo sus morritos puntiagudos, empezaron a morder con creciente placer también la miga, y si bien sus rápidos movimientos no contenían ni una pizca de impaciencia, el pan, impulsado en una y otra dirección desde tres puntos diferentes, acabó resbalando de la mesa y fue a parar, rodando, debajo del taburete. Al oír el golpe, las tres volvieron a paralizarse, estiraron las cabecitas, espiando por ver si habían de refugiarse enseguida, pero no se oyó ningún ruido desde la cama, sino solo la lenta respiración de la señora Eszter, de modo que al cabo de más de un minuto se deslizaron rápidamente al suelo y se metieron bajo el taburete. No tardaron en percatarse de que era mejor así, pues, además de que la oscuridad más densa y compacta las protegía mejor allí abajo, podían introducirse con mayor sigilo y menor riesgo bajo la cama y salir de allí al exterior cuando su instinto infalible y sumamente sensible les sugiriera que ya era hora de abandonar aquel trozo de pan mordisqueado hasta el punto de dejarlo irreconocible. La noche tocaba a su fin, el gallo ya cantaba con voz ronca y el perro furioso ya ladraba fuera, y entre los miles y miles de durmientes inquietos, la señora Eszter también llegó a su

último sueño al percibir la proximidad del amanecer. Las ratas ya trajinaban con otras muchas entre los zuros correosos y helados esparcidos en el granero destartalado del vecino, cuando ella —como quien se estremece ante un espectáculo dantesco— soltó un bufido desesperado, se sacudió, volvió la cabeza hacia uno y otro lado sobre la almohada y se incorporó de pronto en la cama con los ojos abiertos de par en par por el terror. Jadeando, tomó aire, recorrió con la mirada la habitación que empezaba a aclararse, y cuando tomó conciencia de dónde estaba y de que todo cuanto había dejado atrás ya no existía, se frotó los ojos ardientes y los miembros ateridos, subió el edredón que se le había resbalado hacia abajo y volvió a tumbarse con un suspiro de alivio. Pero ya no pudo volver a dormirse, pues apenas se hubo disipado el terrible sueño en su cabeza y hubo recordado las tareas que la esperaban, una sensación agradable que no le dejó adormilarse de nuevo recorrió su cuerpo. Se sentía fresca y lista para actuar. Enseguida decidió no quedarse ni un minuto más en la cama, y como estaba convencida de que la acción debía seguir de inmediato a la decisión, salió sin vacilar de debajo del edredón, se detuvo un tanto insegura en el suelo helado, se puso los zuecos, cogió la jarra vacía y se dirigió al patio a buscar agua para lavarse. Respiró hondo aquel aire gélido, alzó un instante la vista para contemplar la bóveda melancólica y gris de las nubes y se preguntó si había y podía haber algo más estimulante que las mañanas viriles e implacables de invierno, en que cobardemente se esconde todo lo débil y «emerge aquello que vale para vivir». Si algo amaba, era esto: la tierra espantada por la helada, el aire afilado como una navaja, la fortaleza incontestable de arriba, del cielo que devolvía como un muro las miradas ávidas de ensueño para que la vista no se confundiera en medio de las distancias de todos modos engañosas de la inconmensurable bóveda celeste. Dejó que el viento le avivara la piel bajo el abrigo enguatado que se abría a cada movimiento, y aunque los pies desnudos enseguida le empezaron a arder en los zuecos, ni se le ocurrió acelerar el paso. Ya pensaba en el agua, en

cómo le quitaría el calor restante de la cama, pero sufrió una decepción que la enfureció, pues no contaba con tal coronación de sus vivencias matutinas: el pozo no funcionaba debido al frío reinante, en vano habían envuelto el grifo con trapos y diarios el día anterior; así que no le quedó más remedio que apartar la capa sucia de jabón que se había posado la noche anterior sobre el agua y, en vez de lavarse bien, tuvo que contentarse con humedecerse la cara y los pequeños pechos, mientras que con las peludas partes pudendas no pudo hacer más que secarlas militarmente, pues «cuando el agua está tan inmunda, una no puede agacharse sobre la jofaina como de costumbre». Le molestó, claro está, renunciar a ese gélido placer, pero esas pequeñeces («¡en un día como este!») no podían disminuir su buen humor, de modo que cuando acabó de secarse e imaginó la cara de consternación que pondría Eszter en unas horas al inclinarse sobre la maleta abierta, enseguida olvidó la embarazosa posibilidad de «oler mal» durante todo el día y empezó a trajinar mecánicamente por su cuarto. Despachó las faenas a toda velocidad, y cuando acabó de amanecer, no solo ya se había vestido, había barrido y había hecho la cama, sino que, tras descubrir las huellas de la invasión nocturna (que, de hecho, no la molestaba porque, además de estar acostumbrada, de alguna manera incluso quería a esas valientes y pequeñas alborotadoras), roció el trozo de pan mordisqueado con un «matarratas de los buenos» para que «esas simpáticas bestezuelas» se saciaran hasta la eternidad si tenían la cara de volver a su habitación. Y como ya no le quedaba nada por hacer, ni ordenar ni recoger ni arreglar, sacó, con gesto solemne y con una sonrisa de superioridad en la comisura de los labios, la desgastada maleta de encima del armario, la abrió, se arrodilló ante ella en el suelo, echó un vistazo a las blusas y toallas, a la ropa interior y a las medias guardadas en los estantes en columnas regulares, y en cuestión de minutos lo trasladó todo al profundo vacío de la maleta. Fue cerrar los cierres oxidados, ponerse el abrigo y marcharse por fin, ligera cual mariposa, con el equipaje; fue actuar, por tanto, después de tantos

preparativos y contenciones: llevaba tiempo anhelándolo, lo cual explicaba también que considerara su acción, apuntalada hasta en el más mínimo detalle, más importante de lo que era en realidad. Porque no cabía la menor duda: el exceso de cálculo y de seguridad y la precaución desmesurada resultaban superfluos —como ella misma constató más adelante—, por cuanto solo hacía falta que el hombre encontrara algo del todo sorprendente, en vez de camisas, calcetines, camisetas y calzoncillos lavados en esa bien conocida maleta; se trataba concretamente de «la primera y última advertencia de la víctima consciente de sus derechos», y si aquel día suponía un cambio, era solo por el hecho de que la guerra conducida hasta entonces desde un cobijo seguro —contra Eszter y «por un futuro más bello»— se convertía a partir de ese instante en ataque abierto. Pero allí, todavía en la acera angosta, helada y resbaladiza del pasaje de la Defensa Nacional, al poder pasar de la asfixia del acto tanto tiempo aplazado al aire extasiante de la acción, ninguna precaución le pareció poca, de modo que, mientras avanzaba braceando, por así decirlo, hacia la plaza del Mercado, buscando las fórmulas y palabras más adecuadas, volvió a desmenuzar las frases que, a su llegada, simplemente desarmarían a Valuska. No tenía dudas ni miedo a un vuelco inesperado de los acontecimientos y estaba segura de sí misma, en la medida en que una persona puede estarlo. No obstante, todo su sistema nervioso se concentraba en la inminente conversación, hasta tal punto que cuando llegó a la plaza Kossuth y divisó la muchedumbre de «asquerosos revendedores», una multitud ya inmensa esa mañana, no se sorprendió, sino que se enfadó, consciente del riesgo que corría de no poder pasar por en medio sin una lucha cuerpo a cuerpo, porque «en la situación actual» no podía permitirse «ninguna pérdida de tiempo». Sin embargo, no le quedaba más remedio que atravesar la multitud, pues esos personajes inmóviles (y carentes de todo encanto, a ojos de la señora Eszter, que los tenía bien abiertos, eso sí) no solo ocupaban la plaza, sino también la desembocadura de las calles circundantes, y ella se vio obligada

a dirigirse a la calle Híd ora utilizando la maleta como arma, ora levantándola por encima de su cabeza, y a soportar que aquí y allá una mirada centelleante se clavara en ella y una mano tosca tratara de tocarla. La gran mayoría eran forasteros, todos campesinos, pensó la señora Eszter, venidos al enterarse de la noticia de la ballena; sin embargo, también observó un rasgo extraño e inquietante en el rostro de los pocos lugareños a los que, como habitantes que eran de la periferia rural de la ciudad, solo conocía de vista, del ajetreado mercado semanal. Los del circo, según pudo deducir desde la aglomeración y desde la distancia que los separaba, no daban señales de inicia pronto su sin duda extraordinaria producción, y como a eso atribuyó la fría tensión inherente a las miradas que se clavaban una y otra vez en ella, no se preocupó particularmente por ese nerviosismo y esa impaciencia; por un momento, incluso se dijo con orgullo y satisfacción (cosa esta que no le había sido dada la noche anterior) que toda esa cantidad de gente, si bien no tenía ni remota idea de su existencia, se lo debía todo a ella, porque sin ella, sin su decidida y memorable intervención, «no habría ni circo, ni ballena, ni ningún tipo de espectáculo»; pero eso solo duró un mínimo instante, porque tan pronto los dejó atrás y se encaminó hacia la plaza Báró Vilmos Apor, pasando entre las viejas casas de la calle Híd, se vio obligada a recapacitar, pues debía concentrarse en algo muy diferente. Agarró con gesto aún más furioso el asa chirriante de la maleta, y golpeando el empedrado de la acera con los tacones y mostrando una furia aún más guerrera, no tardó en recuperar el hilo de sus pensamientos interrumpido para su fastidio; hasta tal punto se adentró en el laberinto de las palabras destinadas a Valuska, que cuando se topó con dos policías, que probablemente se dirigían a la plaza del Mercado y que la saludaron con sumo respeto, ni siquiera les devolvió el saludo, y cuando tomó conciencia de lo sucedido y les hizo un gesto distraído con la mano, ellos ya se habían alejado. Llegada al cruce de la calle Híd con la plaza Apor, ya no tuvo que darle más vueltas al asunto, pues ya se había tranquilizado tras

alcanzar el final de su hilo de pensamientos; según ella, dominaba con autoridad cada palabra y cada fórmula y, con independencia del desarrollo de los hechos, no cabía esperar ninguna sorpresa: decenas de veces se imaginó de qué modo empezaría y qué diría el otro, y puesto que a este lo conocía como si fuese ella misma, después de dar, conforme a sus intenciones, los últimos retoques a la impresionante construcción de las frases más oportunas, no solo estaba en condiciones de predecir, sino que estaba segura del resultado satisfactorio de los acontecimientos futuros. Le bastaba imaginar la triste figura de Valuska —su tórax hundido, su espalda encorvada, el cuello flaco de pavo, todo rematado por esos «ojos cálidos»—, le bastaba recordar su andar siempre tambaleante, rememorar cómo se arrimaba a la pared con el bolso deforme de cartero pegado al costado, y cómo se detenía cada tanto y agachaba la cabeza como si a cada metro viera una y otra vez aquello que nadie sino él veía, le bastaba todo eso para convencerse, sin la menor duda, de que Valuska haría cuanto de él se esperaba. «Y si no —pensó ella con una sonrisa fría, mientras se pasaba la maleta a la otra mano—, le aprieto un poco los cojones marchitos. Un alfeñique. Un don nadie. A un tipo así me lo como crudo». Se hallaba ante la casa de Harrer, un edificio con tejado de dos vertientes, echó un vistazo a los trozos de vidrio clavados en el hormigón que remataba la valla y abrió el portón de tal modo que incluso Harrer, que enseguida la descubrió con su penetrante «mirada de buitre», se había dado cuenta: allí no había tiempo para charlas, ella «lo aplastaría sin miramientos como la mala hierba con que se tropezaba en el camino». Y para hacer más hincapié en lo dicho, balanceó la maleta; pero el hombre —sin duda convencido, equivocadamente, de que la señora Eszter quería ver por esta vez a la señora Harrer— no se arredró ante nada: cuando ella se disponía a doblar a la derecha, bordeando la casa, para dirigirse por el jardín al viejo lavadero que servía de vivienda a Valuska, Harrer salió por la puerta, se plantó ante ella y, levantando la cabeza, le lanzó una mirada desesperada y suplicante propia de un perseguido. La

señora Eszter, sin embargo, que se dio cuenta al momento de que su visitante de la noche anterior esperaba algo más que silencio, concretamente, una palabra de perdón, se mostró implacable: lo miró de arriba abajo con desprecio, luego lo apartó con la maleta, sin abrir la boca, como si fuese una rama caída que le obstaculizaba el paso, y prosiguió su camino como si el otro no existiera, como si la vergüenza y el sentimiento de culpa, que de la noche a la mañana habían convertido a Harrer —¡porque se acordaba!— en un hombre destrozado, no contaran en absoluto. Y, a decir verdad, no contaban para nada, como no contaban la señora Pflaum ni el álamo desarraigado, y tampoco interesaban ya el circo, ni la multitud, ni el recuerdo del rato —tan hermoso, por cierto— pasado con el comisario; de modo que se limitó a soltar un «¡No hay perdón!» a Harrer, cuando este, con la tenaz inventiva de los desesperados, rodeó el edificio, se acercó desde la dirección contraria, con la cara roja como un tomate «por la vergüenza y la conciencia de culpa» y se plantó ante ella, sin decir palabra, en el camino que conducía a la cabaña de Valuska. Ella siguió andando, pues solo dos cosas ocupaban su mente extasiada por la acción: de un lado, la maleta y la imagen de Eszter inclinándose sobre ella y comprendiendo que no había salida de esta trampa; de otro, Valuska, tumbado —como siempre vestido— en la cama de su cueva sucia y oscura, mirando a lo alto en medio del olor acre a nicotina, con los ojos radiantes de quien no es capaz de comprender que desde arriba no lo mira el cielo luminoso, sino un techo abombado. La señora Eszter abrió, pues, la enclenque puerta después de llamar dos veces y, en efecto, la recibió exactamente lo que ella esperaba: bajo el techo abombado y en medio del olor acre a nicotina, la cama revuelta… Pero esos «ojos radiantes» no estaban en ningún sitio… como tampoco, claro, el cielo luminoso.

# LAS ARMONÍAS DE WERCKMEISTER

*Debate*

Como el señor Hagelmayer, propietario de la taberna Péfeffer y Co. situada en la calle Híd y más conocida por el nombre de «Péfeffer», ya empezaba a anhelar a esa hora las sábanas y a mirar con expresión cada vez más hosca el reloj —lo cual significaba que, para dar más consistencia a su tono áspero y airado («¡Hora de cierre a las ocho, señores!»), se ponía a apagar las luces y la estufa de aceite que ronroneaba en un rincón e invitaba a acercarse, y abría también la puerta para inducir a sus clientes a marcharse, expulsados por el frío helado que entraba—, como el señor Hagelmayer anhelaba, pues, la cama, Valuska, sentado con mirada alegre en medio de una densa aglomeración de chaquetas de piel y abrigos enguatados, desabotonados y puestos sobre los hombros, no se extrañó en absoluto cuando los otros parroquianos se dirigieron a él y lo animaron a que «demostrara cómo funcionaba aquello de la tierra y de la luna», por cuanto eso mismo habían hecho el día anterior y el otro y quién sabe en cuántas ocasiones más en el transcurso de los últimos años, cada vez que querían desviar la tenaz atención del soñoliento hostelero y hacerle olvidar la hora de cierre, todo ello por la urgente necesidad de lo que denominaban el «último vaso de vino con sifón». Por supuesto, a nadie interesaba la explicación, ya trillada por innumerables

repeticiones y convertida en simple espectáculo. No interesaba a Hagelmayer, hombre que ponía el placer del sueño por encima de todo y que, «por mantener el orden de las cosas», anunciaba la hora de cierre hacia las siete y media para que no creyeran que «cualquiera podía tomarle el pelo con un truco tan barato», ni interesaba a la unánime asamblea de cocheros, cargadores, pintores y panaderos venidos de los aledaños; sin embargo, todos se habían acostumbrado a la escena, como al sabor horroroso del riesling barato, y se aferraban a ella como a sus jarras marcadas por los rasguños, de modo que hacían callar y reprendían a Valuska cuando a veces se embalaba en su entusiasmo y, con el fin «de conducir a sus queridos amigos a las dimensiones vertiginosas del cosmos», trataba de exponerles el sistema de la vía láctea, pues todos ellos estaban convencidos de que el vino nuevo, las jarras nuevas y los nuevos pasatiempos «solo podían ser peores que los antiguos», y no deseaban ningún tipo de cambio dudoso y consideraban una ley general su tácita y común experiencia de que toda reforma y transformación, toda corrección e intervención eran sinónimos de empeoramiento. Y si así transcurrían las cosas normalmente, más aún en esos momentos, cuando, además de centrarse en ciertos hechos inexplicables sucedidos en los últimos tiempos, su atención se fijaba sobre todo en el frío paralizante, extraordinario para comienzos de diciembre, en esas heladas, de entre quince y veinte grados bajo cero, que habían irrumpido sin un solo copo de nieve y que contradecían las anteriores experiencias relativas al funcionamiento de la naturaleza y al cambio periódico de las estaciones; por consiguiente se vieron obligados a pensar en un cambio radical producido en su entorno («¿en el cielo?, ¿en la tierra?»). Llevaban semanas sumidos en la confusión, en la inquietud y en una suerte de tristeza nerviosa, y como se enteraron, además, por los carteles pegados esa misma noche, de la inminente e irremediable llegada de una ballena gigante, rodeada de ineludibles malos presagios debido a los rumores procedentes de los pueblos de los alrededores, todos se encontraban borrachos

(pues «quién sabe cómo va a acabar esto, quién sabe lo que nos espera») cuando Valuska llegó, a la hora de siempre, a esta estación de su eterno peregrinaje. Ponía cara de desconcierto, claro, meneaba la cabeza preocupado cuando lo detenían en algún sitio y se dirigían a él («La verdad, János, no entiendo, no entiendo este maldito tiempo…») y también escuchaba con aparente interés lo que la gente contaba allí en el «Péfeffer» sobre aquel circo de mala fama y extrañamente misterioso, así como sobre sus posibilidades en la ciudad. Sin embargo, no conseguía darle mucha importancia, de modo que, pasando por alto la indiferencia con que recibían sus manifestaciones, era, de hecho, el único que no se aburría, el único que no cesaba de entusiasmarse por el tema, hasta el punto de que la mera posibilidad de compartir sus vivencias con otros, de revivir con ellos «aquel momento sagrado de la naturaleza», ya lo colmaba de febril emoción. Qué le importaba que la ciudad sufriera por las heladas, qué le interesaba que «al menos volviera a caer por fin la nieve»: solo confiaba en que, una vez concluida su actuación correctamente y sin variación alguna, esa emoción febril, esa intensidad en su interior, en aquel silencio dramático de solo unos instantes de duración, se convirtiera de pronto, una vez más, como siempre, en alegría dulce, pura, insuperable… hasta el punto que ni siquiera le resultaba desagradable el extraño sabor del vino mezclado con sifón que, según mandaba la costumbre, le ofrecían como premio y que, por cierto, nunca logró beber a gusto en el curso de los años (al igual que el aguardiente o la cerveza); pero tampoco quería rechazarlo, porque si rehusaba la muestra de amor de sus «queridos amigos», manifestada una y otra vez y sin duda también aquel día, o si disimulaba su repugnancia bebiendo algún licor dulce (para confesar por fin que, a decir verdad, solo le gustaban los zumos), el señor Hagelmayer no toleraría por mucho tiempo su presencia en el «Péfeffer». Por una bagatela así no podía jugarse la frágil confianza del tabernero y de los clientes fijos, pues una vez concluidas las tareas en casa de su célebre y queridísimo benefactor (cuyos

sentimientos afectuosos hacia él no solo resultaban incomprensibles para los habitantes de la ciudad, sino también para el propio Valuska, de modo que procuraba agradecérselos mostrando la máxima entrega), o sea, después de poner orden en la casa y dejar solo al señor Eszter, pasaba día tras día desde tiempos inmemoriales, en el transcurso de sus interminables paseos, por aquel establecimiento a ver a «toda esa buena gente» entre las paredes seguras de un local que le resultaba acogedor precisamente por su rígida inalterabilidad, y como tomaba por su segundo hogar esa taberna del señor Hagelmayer situada detrás de la torre del agua (y a veces se lo confesaba al dueño, el cual lo miraba con expresión indiferente), no era de extrañar que no deseara correr ningún riesgo por culpa de una copita de licor o de vino. Y al hablar de su «segundo hogar», bien podría haber dicho el «primero», por cuanto allí, en el «Péfeffer», encontraba la desenvoltura y liberación que le faltaban —debido precisamente a su respeto atemorizado y cohibido— tanto en la penumbra permanente de la habitación siempre velada por las cortinas de su amigo, un señor mayor a quien cuidaba con sumo esmero, como —debido a su soledad— en el antiguo lavadero que le servía de vivienda en el jardín trasero del señor Harrer. En la taberna era aceptado, según él, y solo debía interpretar correctamente su papel, es decir, repetir día tras día, sin errores y cuando se lo pedían, «un acontecimiento extraordinario producido por el movimiento de los cuerpos celestes». Lo aceptaban, pues, y aunque de vez en cuando había de convencerlos del pleno acierto de la confianza depositada en él mediante exposiciones más que apasionadas, bien podía sentirse un elemento imprescindible del local del señor Hagelmayer, a pesar de su «facha», diferente de las demás y, por tanto, objeto único, inocente y siempre dispuesto de las bromas groseras de los parroquianos. Sin embargo, aunque este continuo reconocimiento de su pertenencia estimulaba, lógicamente, el ardor de sus palabras, que trastabillaban de tanto entusiasmo, no era capaz, por sí solo, de mantener vivo el fuego; solo el «tema» podía hacerlo, esa

posibilidad continua y, por lo general, realizada de vislumbrar «la grandeza monumental del cosmos» ante una comunidad —fraterna, a su juicio— de cocheros, pintores, panaderos y trabajadores del transporte que se tambaleaban por los efectos del vino y miraban tontamente al vacío. Cuando sonaba la palabra que lo animaba a hablar, se esfumaba a su alrededor el mundo, que de todos modos percibía de manera confusa, y no sabía ni dónde estaba ni con quiénes, como si, tras recibir un único golpe de la varita mágica, se trasladara de repente al espacio de un cuento de hadas; así pues, desaparecía ante él todo lo terrenal, pesos, formas y colores se disolvían de pronto en una levedad definitiva, al tiempo que se desvanecía también el propio «Péfeffer», y Valuska tenía la sensación de que esa comunidad fraterna se hallaba ya bajo el cielo libre de Dios y alzaba la vista hacia la «grandeza». Desde luego, esto último no ocurría en absoluto, por cuanto la peculiar y tozuda asamblea se quedaba en el «Péfeffer» y ni se le ocurría emprender una aventura tan incierta; de hecho, ni siquiera daba señales de prestar su atención, ya totalmente apagada, a algún que otro grito aislado referido a Valuska («¡Mirad, János vuelve a mostrarlo!»). A algunos, a los que el sueño había tumbado en el rincón de la estufa, bajo el perchero o al lado de la barra, no se los podía despertar ni a cañonazos, otros, que habían perdido el hilo de la conversación, centrada en el monstruo cuya llegada se esperaba para el día siguiente, y se mantenían de pie con ojos vidriosos, apenas eran capaces de entender de qué iba la cosa, si bien —pensando en el propietario del local, que no cesaba de mirar con mala cara el reloj— todos, tanto los tumbados como los erguidos, se mostraban unánimes en su aprobación del espectáculo, aunque solo uno de ellos, un aprendiz de panadero de rostro azulado, consiguiera expresarlo asintiendo enérgicamente con la cabeza. Valuska, claro está, veía en el unánime silencio una señal inequívoca de la inminente atención y, con la ayuda del hombre que había hecho la propuesta, un pintor salpicado de cal desde los pies hasta la cabeza, y con el resto inconsciente, por así decirlo, de capacidad de

orientación que aún le quedaba en la tierra, empezó a abrirse un hueco en aquella taberna que parecía flotar envuelta en el denso humo de los cigarrillos: empujaron hacia atrás las dos mesas altas utilizadas para consumir de pie, que llegaban a la altura del pecho y obstaculizaban el paso, y, como el enérgico grito de su ayudante ocasional («¡A ver si os retiráis un poco hacia la pared!») resultó inútil debido a la resistencia mecánica de los hombres que se aferraban a sus jarras, tuvieron que repetir la misma operación con ellos; los parroquianos solo mostraron síntomas de espabilarse cuando, una vez concluido el pequeño barullo provocado por el obligado movimiento hacia atrás, Valuska se plantó en el espacio que había quedado libre y, no sin cierto miedo escénico, eligió, por ser los más cercanos, al mencionado pintor y a un cochero bizco y estirado, así como a un cargador de enormes dimensiones al que allí llamaban «Serguei». Respecto a la aptitud y disposición del pintor, que todavía se encontraba asombrosamente despierto, no cabía la menor duda, como había demostrado su habilidad durante los preparativos; sin embargo, no podía decirse lo mismo de los otros dos, pues no solo no tenían ni la menor idea de lo que allí estaba ocurriendo ni de por qué los habían empujado de un sitio a otro, sino que, además, se quedaron de bastante mala gana en medio de la taberna, desprovistos del apoyo de la multitud, mirando al vacío sin comprender nada de nada y luchando, en vez de prestar atención a la introducción general de Valuska, no contra el entusiasmo fervoroso que irradiaba —y que ellos de todos modos no podían seguir—, sino contra una creciente presión sobre los párpados, que se cerraban una y otra vez, ya que, sumidos como estaban en las crecientes tinieblas de la noche y del alcohol, sentían un mareo terrorífico, cuyo caos voraginoso nada tenía que ver, desde luego, con la impresionante órbita de los cuerpos celestes que habían de representar. Pero a Valuska, que acababa de concluir su habitual prólogo, presentado siempre a trompicones, sobre el «modesto papel del hombre en el universo» y se acercaba hacia sus tambaleantes asistentes, todo esto no le preocupaba en exceso,

porque, a decir verdad, apenas veía ya a sus tres compañeros; pues contrariamente a sus «queridos amigos», cuya imaginación dormida difícilmente podía sobreponerse al letargo sin la ayuda de los tres elegidos (suponiendo que, en general, pudiese ponerse a funcionar), él no necesitaba nada para transportarse; de hecho, ni siquiera le hacía falta transportarse para pasar de aquí, de la aridez devoradora de esta minúscula población terrenal, al «océano inconmensurable del firmamento», ya que en la imaginación y en el pensamiento, que en su caso nunca se separaban, llevaba treinta y cinco años navegando por el mágico silencio del cielo estrellado. De hecho, no poseía nada —toda su propiedad se resumía en un abrigo de cartero y en los demás elementos del equipo, un bolso con la correa para colgárselo del hombro, una gorra y unas botas—, de modo que podía medir todo cuanto tenía con las vertiginosas distancias de la cúpula ilimitada; y así como se movía con total libertad, como en casa, por aquel espacio inmenso e inabarcable, no encontraba, prisionero de su libertad, su lugar aquí abajo, en la estrechez de esta «aridez devoradora» que no podía compararse con el cosmos sin límites, y clavaba la mirada radiante en los rostros amables, pero también oscuros y atontados, como hizo también esta vez, al plantarse ante el estirado cochero para repartir los bien conocidos papeles. «Usted es el Sol», le dijo en voz baja a la oreja, y ni siquiera se le pasó por la cabeza que no fuera del gusto del hombre, que no quisiera ser, confundido con otro, precisamente él que no podía oponerse, ocupado como estaba en los párpados que se le cerraban y en la noche amenazadora. «Usted es la Luna», señaló luego Valuska, volviéndose hacia atrás, hacia el robusto cargador, el cual, sin pensar, se encogió de hombros, dando a entender que le daba igual, y acto seguido empezó a girar y a bracear desenfrenadamente, tratando de recuperar el equilibrio perdido por causa de aquel movimiento imprudente. «Y yo soy entonces la Tierra», se adelantó luego el pintor, asintiendo con la cabeza, mirando a Valuska y cogiendo luego a «Serguei», que se tambaleaba con movimientos convulsos; lo plantó en el centro del

círculo, lo volvió hacia el cochero, que se había ensombrecido del todo por los embates del implacable crepúsculo, y, diligente como era, enseguida se puso detrás de ellos, como quien sabe lo que hace. A todo esto, ora bostezando ostensiblemente, ora haciendo chocar los vasos y abriendo y cerrando con estrépito diversos compartimientos detrás del mostrador, el señor Hagelmayer, totalmente oculto por los hombres que rodeaban como un anillo a los cuatro, llamaba la atención sobre el paso inexorable del tiempo a sus huéspedes, que daban la espalda a la barra; Valuska, en cambio, prometía una explicación nítida y comprensible para todos, un resquicio por el cual, decía, «nosotros, las personas sencillas, podemos comprender algo de la inmortalidad», para lo cual solo pedía que saliesen con él al espacio ilimitado, donde la «eternidad, la paz y el vacío que sustenta la amplitud eran amo y señor» e imaginasen que allí, en ese silencio inconcebible, interminable y retumbante, estaban por doquier las impenetrables tinieblas. A estas alturas, la injustificada solemnidad de dichas palabras, conocidas hasta la saciedad, ya dejaban del todo indiferente al público del «Péfeffer», contrariamente a los tiempos pasados, cuando el asunto habría sido recibido con sonoras carcajadas; aun así, no les resultó en absoluto difícil obedecer al llamamiento, ya que, por qué negarlo, por el momento no veían más que oscuridad «impenetrable» a su alrededor. Sin embargo, tampoco faltó la diversión acostumbrada, puesto que, a pesar de su lamentable estado, no pudieron renunciar a algunos bufidos de alegría cuando Valuska les comunicó que el cochero bizco y totalmente apagado por el vino era, en esa «noche interminable», la «fuente de toda vida y calor o, para expresarlo con otras palabras, la luz». Ni que decir tiene que, en contraposición a las dimensiones inconcebibles del cosmos, había poquísimo espacio en aquel lugar, de modo que, cuando por fin llegó el momento de iniciar el movimiento celestial, Valuska renunció a todo maximalismo en su deseo de representar las cosas de forma fiel a la realidad, y ni siquiera intentó hacer girar al cochero asustado y desamparado, situado con la cabeza gacha en el centro del círculo; antes bien, se

centró, con las instrucciones de siempre, en «Serguei» y en el cada vez más espabilado pintor. Aun así, al principio las cosas no funcionaron demasiado bien: contrariamente a la Tierra, que sonreía hipócritamente a los espectadores cada vez más despiertos y que resolvía el doble giro alrededor de sí misma y del estirado Sol con una liviandad y una habilidad que habrían avergonzado a cualquier acróbata, la Luna cayó derribada por el primer ligero toque de Valuska como si acabara de recibir una noticia espantosa, y dado que, a pesar de las buenas intenciones y de toda la delicadeza puesta en su ejecución, los siguientes intentos no mejoraron el triste resultado, de modo que hubo que ponerla en pie una y otra vez, hasta Valuska, que corría de un sitio a otro lleno de entusiasmo e interrumpía continuamente sus sublimes explicaciones («… aquí… por el momento… solo vamos a… experimentar… el movimiento… general…»), llegó a la conclusión de que quizá fuese preferible buscar a un ayudante más adecuado que ese cargador sumido en el más lamentable de los estados. Pero entonces la Luna se concentró de nuevo inesperadamente en medio de las crecientes risas del público y, como si hubiese encontrado un medicamento eficaz para combatir los terribles mareos de su organismo, empezó a girar intrépidamente, apoyando las robustas piernas formando un ángulo agudo cada vez que realizaba medio giro; rotaba, eso sí, en dirección contraria a lo indicado, y le cogió el truco hasta tal punto que no solo demostró aguante en este movimiento planetario —parecido más que nada a los pasos del popular csárdás—, sino que incluso recuperó, hasta cierto punto («¡queque… tete… cocorrcort… elpescucue…!»), la capacidad de hablar. Estaba, pues, todo en orden, y —después de enjugarse la frente y apartarse un instante, para no obstaculizar ni por asomo la vista a nadie y para que todos, sin excepción, pudiesen maravillarse sin molestias de la armonía divina inherente al funcionamiento perfectamente organizado de la Tierra, la Luna y el Sol— Valuska fue al grano; se levantó por un momento la gorra para atusarse el cabello que le caía sobre la frente y le tapaba los ojos, atrajo la atención, según él ya tensa, de

los espectadores con un ademán violento y levantó hacia el cielo el rostro ya colorado por el fervor interno. «Al principio, por así decirlo… ni siquiera nos damos cuenta de los extraordinarios acontecimientos de que somos testigos —dijo en voz muy baja, casi susurrando, de modo que de pronto se hizo un silencio absoluto en la taberna, en la esperanza de una carcajada posterior tanto más vehemente—. La luz radiante del Sol… —prosiguió, y señaló con un amplio gesto al cochero que, rechinando los dientes, luchaba contra todos los males que se le venían encima y luego al pintor que, extasiado, daba vueltas alrededor del otro —inunda de calor… y de luminosidad la cata… de la Tierra que mira hacia él—. Detuvo con suavidad a la Tierra, que guiñaba el ojo maliciosamente hacia el público, la giró hacia el Sol, a continuación se puso detrás, se apoyó en ella y la abrazó, al tiempo que, pestañeando debido a la "luz cegadora", miraba por encima de su hombro al tambaleante cochero, como si solo fuese el médium de los otros, la mirada exclusiva de todos ellos. Nos encontramos inundados por este… resplandor. Luego, de pronto… solo vemos que el disco de la Luna… —a lo cual cogió a "Serguei", que giraba con obstinados pasos de *csárdás* alrededor del pintor, y lo empujó entre el Sol y la Tierra—… que el disco de la Luna… provoca una abolladura… una oscura abolladura en la esfera llameante del Sol… Y esta oscura abolladura crece y crece… ¿Lo veis? —preguntó, emergiendo de detrás del pintor y empujando con suavidad al cargador que por este motivo se enfureció definitivamente, pero que aun así no pudo hacer nada—… así pues… ¿veis?… al cabo de un rato, como la Luna lo tapa cada vez más… solo vemos del Sol… una hoz angosta… y cegadora… en el cielo. Y en el instante siguiente —susurró Valuska con voz ahogada por la emoción, mientras paseaba la mirada entre el cochero, el cargador y el pintor, los tres puestos en línea—… supongamos que es la una del mediodía… y de golpe nos convertimos en testigos de un vuelco dramático… Porque… en cuestión de minutos… inesperadamente… se enfría el aire alrededor… ¿lo sienten?… se cubre el cielo… y luego… ¡todo se

oscurece! ¡Los perros guardianes aúllan! ¡La liebre se agazapa asustada! ¡La manada de ciervos huye aterrada! Y en este horripilante e incomprensible crepúsculo… hasta los pájaros (“¡Los pájaros!, gritó Valuska y levantó las manos, animado por la consternación, de tal modo que los amplios faldones de su abrigo de cartero se desplegaron como las alas de un murciélago)… hasta los pájaros se confunden y vuelan a sus nidos… Y se hace… el silencio. Y… todo lo viviente enmudece. Y… se nos atasca la palabra en la garganta… ¿Se pondrán las montañas en movimiento? ¿Se precipitará sobre nosotros… el cielo? ¿Se abrirá la tierra bajo nuestros pies? No lo sabemos. Se ha producido el eclipse solar total”. Estas últimas frases, aunque pronunciadas como las anteriores en el orden de siempre y con la misma inspiración profética de los últimos años, y sin apartarse ni un ápice del tono de voz acostumbrado (de modo que, de hecho, no podían provocar ninguna sorpresa), estas palabras de una fuerza particular, así como la forma en que los miró después de pronunciarlas, agotado y despeinado, arreglándose la correa del bolso de cartero que no cesaba de resbalarle del hombro, todo esto tuvo un efecto imprevisible y desconcertante sobre los presentes, ya que durante medio minuto no se oyó ni un suspiro en la taberna atestada de parroquianos, y los clientes fijos, que sin duda habían vuelto en sí, pero que tornaban a sentirse turbados y por eso miraban a Valuska con expresión vacua, se detuvieron, por así decirlo, confusos, ante sus sentimientos, ansiosos de un final agradable, como si hubiera para ellos algo decididamente inquietante en el hecho de que, mientras el “loco de János” no podía volver a esta “aridez devoradora” porque nunca había dejado aquel “océano celestial”, ellos, peces del desierto vistos en el espejo de sus jarras talladas, jamás se hubieran movido de aquí».

¿Se había vuelto de golpe demasiado estrecha la taberna?
¿O era el mundo demasiado ancho?
En vano habían escuchado innumerables veces

estas palabras,
el campanilleo feroz
del «cielo que se oscurece»,
de la «tierra que se hunde»,
de los «pájaros que buscan su nido»,
¿volvía a mitigar algo en ellos,
de cuyo cosquilleo ardiente
no podían tomar conciencia hasta entonces?

Difícilmente. Antes bien, como suele decirse, «dejaron abierta la puerta» por un instante o simplemente no se percataron del final, precisamente por esperarlo. Sea como fuere, cuando el silencio que pesaba sobre el «Péfeffer» se alargó demasiado, todos recuperaron de pronto la conciencia, y así como quien cree volar por el mero hecho de observar las suaves ondulaciones del vuelo de un pájaro, se recobra al reencontrar de pronto sus pasos arraigados en la tierra, así un repentino despertar barrió, al ver el humo de los cigarrillos que flotaba con parsimonia, la lámpara de latón que se mecía sobre ellos, las jarras de vino que tenían agarradas y a Hagelmayer que se abotonaba el abrigo detrás de la barra, así barrió el despertar, pues, aquel sentimiento informe, borroso, fugaz e indefinible. En el bullicio que se armó mientras rodeaban con sarcásticas ovaciones y palmaditas en el hombro al pintor, que irradiaba orgullo, y a los dos confusos cuerpos celestes, que ya definitivamente no entendían nada de nada, Valuska recibió su vino y se quedó solo por un momento. Con torpes movimientos se apartó del montón de chaquetas de piel y abrigos enguatados agolpados junto a la barra, para retirarse a un rincón más aireado, y como ese día tampoco podía contar con los demás, él continuaba siendo el único que prorrogaba, como fiel y entusiasta observador, la pasmosa historia del encuentro de los tres cuerpos celestes, pues luego, recordando el espectáculo y regocijado por el bullicio, que tomaba por gritos de júbilo, seguía solo, en estado de éxtasis, el recorrido de la Luna que se alejaba poco a poco de la esfera

ardiente del Sol… Porque quería ver y veía, en efecto, la luminosidad que retornaba a la Tierra, quería percibir y percibía, en efecto, el calor que la inundaba de nuevo, y quería vivir y vivía, en efecto, la profunda emoción que uno siente al comprobar que se ha liberado del peso terrible de la angustia provocada por una oscuridad aterradora, gélida, parecida a una condena. Sin embargo, no había nadie a quien pudiese comunicar todo esto, nadie con quien hablar siquiera, pues el público, fiel a su costumbre, ya no estaba interesado en la «cháchara vacía», consideraba concluida la conferencia con la aparición del crepúsculo espectral y asediaba al tabernero con el fin de conseguir un último vino con sifón. ¿El retorno de la luz? ¿El calor que inundaba? ¿Emoción y liberación? En ese momento, Hagelmayer intervino, coincidiendo sin querer con los pensamientos de Valuska, como si les hubiese seguido el hilo: después de servir la «ultimísima ronda», apagó la luz, les abrió la puerta y empezó a gritar con aparente indiferencia («¡Afuera, borrachuzos, afuera!») mientras pestañeaba soñoliento. Qué remedio, tuvieron que resignarse al final de aquel día, a la expulsión y a la libertad de marcharse adonde quisieran. Salieron, pues, sin decir palabra, y si bien la mayoría ya no mostró ningún interés por seguir allí fuera con la juerga, nunca faltaban algunos que —después de que Valuska se despidiera amablemente de sus queridos compañeros delante de la taberna (de los que era posible, claro está, porque alguno que otro, sobre todo los que habían estado durmiendo y habían sido despertados y echados, empezaron a vomitar enseguida junto a la pared, apenas expuestos al aire helado)— algunos que, como aquel día, seguían con la mirada la figura que se alejaba, como lo hicieran el día anterior y el otro y quién sabe cuántas veces en los años anteriores, mientras él, tras dejarlos junto a la taberna, se marchaba por las calles vacías, se alejaba a pasitos cortos, emocionado por la visión que aún quedaba en él, encorvado, inclinado hacia adelante, agachando la cabeza. Al principio se reían con disimulo, pero luego, cuando doblaba por la esquina de la torre del agua, soltaban una sana y sonora carcajada,

por cuanto difícilmente encontraban otros motivos para reírse, sobre todo en los últimos tiempos, en que cocheros, cargadores, pintores de brocha gorda y panaderos, todos tenían la sensación de que «la vida se había parado», y él, Valuska «se prestaba gratis», como decían, y con su aspecto ridículo —sus ojos de cervatillo siempre iluminados, su nariz parecida por su color y sus dimensiones a una zanahoria, su inseparable bolso de cartero y el abrigo que le cubría el cuerpo enjuto y le llegaba hasta los tobillos—, con su aspecto, pues, impedía de extraña manera el aburrimiento y resultaba ser, por tanto, una fuente inagotable para los escasos momentos de buen humor. De hecho, los que se hallaban delante del «Péfeffer» no estaban del todo equivocados, puesto que Valuska tenía de verdad «asuntos urgentes por resolver». Tal como él mismo explicaba un tanto turbado cuando respondía a una pregunta planteada a sus espaldas a voz en grito y en tono burlón, «tenía que correr antes de acostarse», correr por el bosque de farolas que desde hacía unos días ya se apagaban a esta hora por inútiles, tenía que echar un vistazo a la ciudad helada en medio de aquel rígido silencio que iba desde el cementerio de San José hasta el cementerio de la Santísima Trinidad, tenía que pasar por las plazas muertas desde la ciénaga de Bardos hasta la estación de ferrocarril y tenía que bordear el hospital público, el palacio de los Tribunales (y la cárcel), así como, naturalmente, el castillo y el palacio de los Almássy, un edificio gigantesco, ruinoso, imposible de reparar y por eso mismo repintado cada diez años. Nadie sabía con exactitud para qué servía todo esto ni qué fin perseguía, y la nebulosa tampoco se disolvía cuando —a veces, como respuesta al insistente interrogatorio de algún ciudadano— Valuska señalaba poniéndose de pronto de todos los colores que, por desgracia, lo «impulsaba una misión interna y permanente». De hecho, solo se debía a que, como era incapaz de distinguir (ni estaba dispuesto a ello) entre el antiguo lavadero que le hacía de vivienda en el jardín del señor Harrer y las casas de los lugareños, entre la oficina de distribución de periódicos y el «Péfeffer», entre el centro postal de la Compañía

de Ferrocarriles y las calles y pequeñas plazas, es decir, como era incapaz de establecer una diferencia sustancial e ineluctable entre su vida y la de los otros, él habitaba, en el sentido más estricto de la palabra, toda la ciudad: desde la carretera de Nagyvárad hasta la fábrica de leche en polvo. Por esto mismo tenía que recorrer día tras día toda la ciudad, como el propietario su finca, y, protegido por su fama de lunático —debido a su confianza absoluta que lo abarcaba todo y a su imaginación insaciable, acostumbrada a la «inmensa libertad del cosmos»—, iba y venía desde hacía treinta y cinco años de manera incansable y casi a ciegas, como si caminara por un minúsculo nido. Y como, de hecho, toda su vida era un único recorrido sin fin entre los escenarios habituales de sus días y noches, cuando decía «antes de acostarse» y «correr», se expresaba de un modo un tanto simplificado, puesto que se limitaba a dormir un par de horas antes del amanecer (vestido y, además, manteniéndose en una suerte de duermevela, de modo que difícilmente podía hablarse de un «acostarse» en el sentido tradicional de la palabra) y, en cuanto al correr, ya llevaba unos veinte años sin hacer otra cosa que corretear de aquí para allá por la ciudad, donde el cuarto del señor Eszter con sus cortinas echadas, la oficina, el centro postal, el Komló (desde donde llevaba el almuerzo para su amigo enfermo) y también la taberna situada detrás de la torre del agua eran más puntos de contacto que estaciones de su eterno correteo. Al mismo tiempo, sin embargo, este continuo trote —que, lógicamente, bastaba a los lugareños para considerarlo no como uno de los suyos, sino como una mancha característica en la imagen de la ciudad— no llevaba implícita una observación continua, preocupada y tenaz, y menos aún una inspección obsesiva, aunque, sea por una tendencia a la simplificación, sea por la presión de unos reflejos ancestrales, muchos sostenían esta opinión cuando se hablaba del tema. Lo cierto era que Valuska no «veía» la ciudad, acostumbrado como estaba a mirar únicamente el suelo a sus pies, ya que no podía contemplar siempre la mareante cúpula de la bóveda celeste. Con

las botas muy andadas, el pesado abrigo de servicio, la gorra adornada con un escudo, el bolso de piel provisto de hebillas al costado, bolso que parecía formar parte de su cuerpo, la espalda encorvada y sus peculiares pasos anadeantes perfectamente identificables, trazaba sin parar círculos entre los edificios de su ciudad natal amenazados de ruina, pero ver, lo que se dice ver… solo veía el suelo, o sea, las rectas y curvas de las aceras, de los caminos asfaltados o pavimentados con adoquines y de los senderos de la periferia, casi intransitables para los otros debido a la basura pegada al hielo, y así como conocía mejor que nadie las subidas y bajadas, las grietas y los baches (con los ojos cerrados podía precisar dónde se encontraba, por el mero contacto de sus suelas), no tenía ni la menor idea de los minúsculos detalles de muros, verjas, portones y canalones que iban envejeciendo al mismo tiempo que él, por el simple hecho de que la imagen que tenía de ellos en su interior no admitía el más mínimo cambio, de suerte que solo era consciente de su esencia (es decir, de que existían), y otro tanto ocurría con el país, con las estaciones que se iban sucediendo y con las personas que vivían a su alrededor. Ya en sus primeros recuerdos —más o menos de la época en que enterraron a su padre— recorría estas mismas calles (una vez más, a *grosso modo*, pues al principio solo conocía la zona de la plaza Maróthy, que era la única a la que podía aventurarse un niño de seis años cuando salía de su casa paterna), y, a decir verdad, entre su yo de aquel entonces y su yo actual no solo no se abría ningún abismo, sino que ni siquiera mediaba una mínima línea fronteriza, puesto que desde que la viera por vez primera (¿cuando volvía del entierro tal vez?), siempre lo había cautivado una y la misma cosa: el cielo estrellado, las luces centelleantes en la inconmensurable lejanía. Creció, perdió peso, empezó su pelo a encanecer en las sienes, pero ni antes ni ahora le decían nada los socorridos criterios utilizados para orientarse aquí, como tampoco intentó cambiar el flujo indivisible del universo, del que él era parte (fugaz), por un sabio sentimiento de transitoriedad y, por tanto, de llegada. Sin

ninguna emoción ni interés personal, reaccionaba con una incomprensión triste, en cierta medida, ante los sucesos humanos que poco a poco iban fluyendo a su alrededor, y todos sus esfuerzos por entender y penetrar en lo que realmente querían unos de otros sus «queridos amigos» resultaban inútiles, por cuanto su simple y asombrado saber, referido a una totalidad mayor, excluía a su ser de la facultad de orientarse en el mundo (para vergüenza imborrable de su madre y para disfrute de los lugareños) y lo incluía en la burbuja irrompible de un instante eterno, invulnerable y transparente. Andaba, callejeaba, correteaba «de manera incansable y casi a ciegas», llevando en el alma «la belleza incurable de su cosmos personal», como solía decir no sin cierta causticidad su gran amigo, y el cielo se mantenía desde hacía décadas idéntico arriba, y los recorridos de las aceras y senderos seguían casi inalterados bajo sus pies, y si alguna historia tenía su vida, esa solo podía consistir en la continua ampliación de los círculos de sus andanzas, en el hecho de que, partiendo de las inmediaciones de la plaza Maróthy, a sus treinta y cinco años se había apoderado de toda la ciudad, ya que, por lo demás, continuaba siendo de modo pasmoso el que fuera en su infancia, y lo mismo que de su destino podía decirse también de sus pensamientos: es decir, que no habían sufrido transformación esencial alguna, ya que el asombro —aunque dure dos veces treinta y cinco años— carece de historia. Al mismo tiempo, sin embargo, sería un error pensar (como creían, por ejemplo, los clientes del «Péfeffer» cuando hablaban a sus espaldas) que no se daba cuenta de lo que sucedía a su alrededor, que no tenía la menor idea de su fama de chiflado y, sobre todo, que no se percataba de la curiosidad generalizada, siempre acompañada de algún guiño, en medio de la cual había de vivir. Todo esto lo tenía muy claro, y cuando en la fonda o en la calle, en el Komló o en la oficina de distribución se despertaba de pronto de sus vuelos etéreos al oír que alguien le gritaba sonriendo («Oye, János, ¿qué? ¿Qué pasa en el cosmos?»), percibía en las honduras del tono burlón las huellas de cierta natural benevolencia, como si

hubieran vuelto a descubrir que, de hecho, «no vivía en la Tierra»: y entonces se sonrojaba, bajaba la vista y balbuceaba algo con voz apagada de falsete. Pues él mismo admitía que, por mucho que lo cautivara esa gran maravilla, quizá ni siquiera mereciera la simple visión de la «regia calma del universo» y que, durante sus eternos arrobamientos (que solo tenían una excusa: tratar de compartir este su pequeño saber, como todo lo demás, con el señor Eszter, tan deprimido muchas veces, y con sus compañeros del «Péfeffer»), le espabilaban con justa razón, para recordarle que es preferible prestar atención a su propio y lamentable ser a su propia lastimosa inutilidad, antes que centrarla en la enigmática serenidad del orbe. No solo entendía la sentencia irrevocable del público, sino que incluso —lo cual no era ningún secreto— coincidía plenamente con él; en repetidas ocasiones declaraba ser un «verdadero loco»; que ni se le pasaba por la cabeza protestar contra la evidencia y saber muy bien hasta qué punto había de sentirse agradecido a la ciudad por «no encerrarlo allí donde debía» y por comprender que, a pesar de todos lo arrepentimientos, no fuese capaz de apartar la mirada de aquello que «Dios creara para los tiempos eternos». Eso sí, Valuska jamás revelaba la profundidad de su arrepentimiento y, de todos modos, nunca conseguía quitar de cielo sus tantas veces ridiculizados «ojos radiantes» esto, desde luego, no debía ni podía entenderse en sentido literal de la palabra, por cuanto la obra inmaculada «creada por Dios para toda la eternidad» estaba casi siempre cubierta —al menos en esa región protegida por los Cárpatos—, ora por una espesa bruma, ora por una niebla flemosa, ora por unas nubes infranqueables, de modo que él mismo solo vivía de los raquíticos recuerdos de unos veranos cada vez más breves, que transcurrían a una velocidad que los tornaba casi imperceptibles, cuando rememoraba felizmente —según la expresión como siempre inimitable del señor Eszter— «la fugaz visión del universo despejado», al tiempo que examinaba, bajo un cielo que enseguida había vuelto a taparse para todo un nuevo año, las irregularidades de los senderos y la orografía de las gruesas

capas de basura. Lo que veía lo aplastaba por su grandiosidad y enseguida lo levantaba de nuevo, y si bien no sabía hablar de otra cosa, convencido de que «interesaba a todos», nunca estaba en posesión de las pocas palabras capaces de expresar de forma aproximativa aquello que veía. Cuando afirmaba no saber nada del universo, no le creían ni entendían lo que quería decir, pero Valuska en verdad no sabía nada del universo, pues su saber no era, de hecho, un saber. Le faltaba la capacidad de establecer nexos y comparaciones y le faltaba también, la obsesión nerviosa por explicarse, el hambre de medirse con el funcionamiento puro y radiante de las «mudas ruecas celestiales», y estaba, además, seguro de una cosa: del hecho de que él se relacionara con el todo no podía deducirse necesariamente que el todo se relacionara con él. Y cuando veía esto, y veía la tierra y la ciudad en que vivía, y ya que, según su experiencia, todos los hechos y sucesos, todos los movimientos e intenciones, se repetían sin cesar, él se movía entre sus compañeros con la convicción inconsciente de ser alguien incapaz de ver cambios donde no los hay y empeñado, por tanto, únicamente, en llevar a cabo sin parar lo que le ha sido encomendado, como una gota que se ha desprendido de su nube. Pasó por debajo de la torre del agua, rodeó el gigantesco anillo de hormigón entre los robles dormidos de los jardines Góndócs, pero como también había hecho este recorrido por la mañana y por la tarde, ayer y antes de ayer, en innumerables mañanas y tardes, ahora que volvía a doblar a la calle Híd, paralela a la avenida, y se dirigía por ella hacia arriba, realmente no veía ningún sentido en separar este paseo de los anteriores y por eso mismo no lo separaba. Pasó por el cruce con la calle Sándor Erdélyi y, si bien solo los veía como manchas confusas, saludó amablemente a unos hombres que, vistos desde su posición, parecían estar casi inmóviles junto a un pozo artesiano; llegó con sus peculiares pasos anadeantes hasta el final de la calle Híd y, después de rodear la estación, entró en la distribuidora de periódicos y bebió un té bien caliente, brindando «por el tiempo espantoso» con un ferroviario que

se quejaba de las caóticas llegadas de los trenes y se mostraba preocupado por un «vehículo terrible»: todo esto no solo era una repetición precisa de lo ocurrido el día anterior y el anterior al anterior, sino, por así decirlo, exactamente eso, los mismos pasos en las mismas direcciones, la indivisible perfección que, tras la apariencia perceptible de la dirección y el movimiento, concentra todo acontecimiento humano en un único interminable instante… Oyó el silbido de un tren de pasajeros nocturno procedente de Vésztö (que también llegaba por casualidad a ese momento) y luego oyó cómo el traqueteante convoy se detenía ante el jefe de estación que, desconcertado, hacía una reverencia; desde la ventana de la distribuidora vio un espectáculo poco frecuente a esas horas, vio de pronto llenarse de gente el andén, dio a continuación las gracias al ferroviario, pasó junto a la locomotora que lanzaba bocanadas de humo, se introdujo en la multitud de pasajeros que seguía allí sin saber qué hacer, salió a la plaza de la estación, para proseguir su camino entre la galería de la avenida Báró Béla Wenckheim, pero no de cualquier manera, sino pisando las huellas de sus propias botas en la acera crujiente y centelleante por la helada. Mientras se arreglaba una y otra vez la correa del bolso que no cesaba de resbalarle del hombro, dio unas cuantas vueltas a los tribunales (y a la cárcel), rodeó varias veces el castillo y el palacio de los Almássy, pasó por debajo de los sauces pelados del canal del río Körös hasta llegar al puente del barrio alemán, para doblar después hacia el cementerio del barrio rumano, sin prestar atención a los grupos mudos e inmóviles que, por así decirlo, habían asaltado la ciudad y a los cuales —cosa esta que él no podía ni intuir ni imaginar— estaría unido por un cordón irrompible a partir de la noche siguiente. Sin ser molestado, anduvo entre ellos y entre los coches y autobuses abandonados a su destino, pero al tiempo que recorría aquel paisaje desolado caminaba también sin ser molestado por su propia vida, cual si fuera un diminuto planeta que no quiere averiguar a qué fuerza de atracción obedece y solo se alegra de poder participar de un nexo cuidado e intacto, aunque solo sea con

un único latido del corazón. En el pasaje Hétvezér topó con un álamo caído, pero no llamó su atención aquel gigante cuya copa pelada se había enganchado en un canalón, sino que su interés se centró en la bóveda celeste que poco a poco empezaba a clarear, así como más tarde, en el hotel Komló, adonde había entrado para calentarse, se vio obligado a ignorar las palabras del portero de noche, que, sentado en su asfixiante jaula de cristal y todavía acalorado por las vivencias de la noche («Anoche, entre las ocho y las nueve…»), se puso a hablar del asombroso carro de circo que había pasado («¡János, te aseguro que no has visto nunca una cosa así! ¡En comparación, tu pequeño cosmos no vale ni un peine…!»), porque él ya estaba cautivado por la inminente aurora, por «la promesa una vez más cumplida» de que la tierra saldría de las sombras con él y con la ciudad y, después de un suave albor, alcanzaría la luz… El portero podía decir lo que quisiera de la «diabólica atracción, como afirmaban los rumores», pintarle «la multitud supuestamente embrujada», incitarlo a salir con él a la puerta del hotel para llevarlo enseguida al lugar (porque «tienes que verlo, compadre».): Valuska —aduciendo su obligación de ir a buscar las últimas ediciones de los periódicos a la estación— no se dejó seducir, pues aunque él también sentía, a su manera, curiosidad por la ballena, prefería quedarse un rato solo bajo el cielo cada vez más claro, y contemplar, por así decirlo, «el pozo celestial» (invisible, por cierto, debido a una espesa capa de nubes) «del que volvería a manar, inagotable, la luz hasta la noche». Debido a la muchedumbre que fluía hacia la plaza del Mercado, solo a duras penas pudo recorrer el camino de ida y vuelta a la distribuidora de la estación, pues tenía que refrenar una y otra vez las piernas acostumbradas a galopar para no chocar con la gente en la estrecha acera; de hecho, sin embargo, ni se daba cuenta de sus esfuerzos por avanzar, y como si caminar en medio de esa lúgubre marea humana pensando en algo impresionante y conmovedor, sin prestar atención alguna a la inesperada multitud, fuera lo más natural del mundo, se concentró plenamente en esos momentos para él

sublimes y, en su condición de diminuto habitante de la tierra vuelta hacia el sol, se sintió inundado por tal entusiasmo que cuando llegó a la desembocadura de la avenida en la plaza del Mercado (con unos cincuenta diarios del día anterior en el bolso, por cuanto, como descubrió en la distribuidora, las últimas ediciones habían vuelto a quedar atascadas en algún sitio) le entraron ganas de pedir a gritos que dejaran todos la ballena y echaran un vistazo al cielo… No obstante, aquel ejército inquieto y aterido que ya ocupaba casi toda la superficie de la plaza Kossuth solo podía ver, en vez de una bóveda celeste brillante y anchurosa, un bloque yermo y desolador de color gris, como una chapa, y la tensión de la espera —una espera casi «tangible», cosa bastante extraña tratándose de un mero circo— ponía de manifiesto que ninguna fuerza era capaz de distraer su atención del motivo por el cual había venido. Y eso era precisamente lo más difícil: comprender qué quería esa gente, por qué aquel simple artilugio circense la atraía de forma irresistible; pues decidir si eran ciertas las noticias relativas al «transporte de cincuenta metros de longitud» y los espeluznantes rumores sobre la «gentuza» supuestamente «magnetizada» que seguía a la ballena de pueblo en pueblo y parecía conformar todo un ejército, ya no suponía ningún problema para los lugareños que se habían atrevido a acudir a la plaza Kossuth (como, por ejemplo, uno de los más valientes, el portero de noche), por cuanto el destacamento extenuado y lastimoso del «monstruo» ambulante y el terrorífico coloso metálico pintado de azul y de al menos veinte metros de largo hablaban por sí solos. Hablaban por sí solos, cierto, pero al mismo tiempo no revelaban nada; de modo que, mientras su simple espectáculo ponía de manifiesto el error de los llamados «prudentes», que aún ayer habían declarado en tono decidido que «todo esto» no suponía ningún misterio, sino tan solo el truco habilidoso y acostumbrado de estos circos ambulantes comunes y corrientes, deseosos de llamar la atención, es decir, mientras se confirmaban de pronto los rumores en apariencia carentes de fundamento, los pocos ciudadanos que habían acudido se

encontraban lógicamente desconcertados ante los fieles que no cesaban de llegar y ante el asunto de la ballena prometida. En la ciudad corría el rumor de que esta banda, todo un ejército de sombras, había sido reclutada en los alrededores, y si bien no cabía la menor duda respecto a la procedencia de este público más que fiel, que ya alcanzaba el número de trescientas personas (pues ¿de dónde iban a venir sino de las granjas y de las periferias de los pueblos, de las tristes chabolas de Vésztö, Sarkad, Szentbenedek y Kótegyán?), ninguno de los curiosos del lugar había creído hasta entonces que siguiera habiendo tantos de estos seres inútiles, indigentes y terriblemente pérfidos, de esta raza inconmensurablemente hostil, solo sensible a los milagros más vulgares y groseros, después de treinta años de sonoros planes destinados al florecimiento del país. Aparte de unos veinte o treinta personajes que se distinguían un tanto de los demás (aunque, como se descubrió más tarde, eran los más empedernidos), los cerca de trescientos vagabundos estaban evidentemente relacionados unos con otros; su mero aspecto, es decir, esas trescientas cazadoras, abrigos enguatados o de paño basto profundamente emparentados, esas trescientas botas herradas y sombreros grasientos bastaban y sobraban para transformar de golpe en irreversible inquietud la curiosidad febril de quienes, como el portero, contemplaban la multitud desde una prudente distancia. Pero se trataba de mucho más que esto, se trataba del silencio, de un silencio apagado, resistente y funesto, del hecho de que no se oía ni una palabra, de que varios cientos de hombres cada vez más impacientes, listos para asestar el golpe y, sin embargo, sumidos en un absoluto mutismo, aguardaban con tenacidad y obstinación el inicio de la «función», en una espera acompañada de una cierta atmósfera extática, en lugar de la típica excitación que suele caracterizar este tipo de espectáculos; como si nadie tuviera que ver con el otro y como si no importara por qué estaban allí los demás, o quizá todo lo contrario: como si hubiesen encadenado los unos a los otros de tal modo que el encadenamiento volvía inútil cualquier intento de

liberación y, por tanto, superflua cualquier palabra. Esta mudez rayana en la pesadilla, sin embargo, solo era una de las causas de la «irreversible inquietud», la otra residía, sin duda, en aquel enorme vagón rodeado por la muchedumbre; el propio portero, así como los demás curiosos similares a él, enseguida se dieron cuenta de que sus paredes de chapa claveteadas carecían de manija, tirador o resquicio que indicara la existencia de una puerta, de suerte que daba la impresión, aunque fuese un absurdo, de que bajo los rayos de varios cientos de miradas se hallaba un artefacto imposible de abrir ni por delante, ni por detrás, ni por los costados y de que tal vez intentaban reventarlo precisamente mediante esa actitud de muda tenacidad. Y en el hecho de que no desaparecieran las inquietudes y preocupaciones de los ciudadanos allí presentes también incidía otro detalle: todos eran conscientes de que la relación entre la ballena y sus fieles era bastante unilateral. Parecía evidente de antemano que no eran testigos de un espectáculo extraordinario esperado con el máximo interés, sino más bien de una lucha de contenidos turbios que llevaba tiempo librándose y en la cual destacaba de manera terrible el arrogante desprecio con que la sociedad integrada por dos miembros —un propietario que se autodenominaba «director» y se caracterizaba, según decían, por una obesidad enfermiza y un gigantón que, a tenor de las confusas noticias, había pasado de boxeador a factótum en el circo—, el arrogante desprecio, pues, con que dicha sociedad, ya conocida por los rumores, trataba a un público que, a decir verdad, no podía ser acusado de indiferente o de infiel. A pesar de las horas de espera en la plaza, aún no se había producido cambio alguno, y como no había ninguna señal de que la representación comenzara alguna vez, algunos lugareños, incluido el portero, empezaron a sospechar que el retraso deliberado solo podía tener una explicación: el placer que la paciencia forzada de una muchedumbre totalmente entumecida por el frío seco provocaba al personal encargado de la ballena, que sin duda se lo estaba pasando bomba en algún lugar. Y como en su afán obsesivo por encontrar una respuesta

tranquilizadora habían llegado a este punto, no les costó dar el siguiente paso y creer que aquel miserable ingenio de la «compañía de estafadores» no contenía más —si es que contenía algo— que un cadáver maloliente, cuya indudable insignificancia solo podía quedar encubierta pregonando a gritos, como en las ferias, un «secreto» sin duda impresionante, pero falso… Estas y otras reflexiones similares se hacían en el punto más alejado y protegido de la plaza, cuando Valuska, indiferente a toda preocupación y todavía extasiado por la aurora, se abrió paso, pidiendo alegremente disculpas, para acercarse al gigantesco vagón. Él no sentía inquietud alguna, y ni siquiera se le pasaba por la cabeza que algo no estuviera en orden; antes bien, al aproximarse y ver aquella gigantesca mole que descansaba sobre ocho pares de ruedas, se la quedó mirando como si se tratase de un vehículo salido de un cuento, que por sus meras dimensiones no podía provocar desilusión alguna. Con los ojos desorbitados, meneando la cabeza en señal de satisfacción y reconocimiento, recorrió con la mirada el lado del vagón que daba a él, y como un niño ante un regalo oculto por un papel o una caja se esforzó por averiguar su posible contenido. Sobre todo lo fascinaron los misteriosos garabatos pintados en la pared del coche; era la primera vez que se topaba con tales signos o imágenes, y como trató en vano de descifrarlos mirándolos de arriba abajo y de derecha a izquierda, pensó que convenía preguntar a su vecino. «Dígame usted —dijo tocando suavemente el hombro de la persona a la que tenía delante—, ¿sabe usted por casualidad lo que pone allí?». Pero el hombre ni se inmutó, y cuando por fin se dio la vuelta tras escuchar por segunda vez la pregunta planteada esta vez en voz más alta (y contestó con un gruñido, estirando las sílabas: «Tú cierra el pico.»), Valuska consideró preferible quedarse inmóvil y entumecido como quienes lo rodeaban. No obstante, no aguantó mucho tiempo sin decir palabra. Pestañeó unas cuentas veces, se ajustó la correa del bolso en el hombro, se aclaró la garganta y, dirigiéndose con amabilidad al tipo marcial que tenía al lado, comentó lo siguiente: que él jamás había

visto cosa semejante, y ¡mira que habían pasado circos por la ciudad!, pero nunca nada parecido, que se sentía fascinado, y eso que acababa de llegar, que no podía imaginar cómo habían llenado aquella bestia gigantesca, seguro que con serrín; y preguntó al hombre si sabía por casualidad el precio de las entradas, pues él solo tenía cincuenta y pico florines y no quería, la verdad, que este hecho le impidiera entrar en la casa de la ballena. Su vecino, sin embargo, no abrió la boca, y siguió mirando impávido la parte trasera del vagón, dando la impresión de que ni siquiera había escuchado las confusas palabras de aquel personaje inquieto que tenía al lado; así las cosas, Valuska, al cabo de un rato, llegó necesariamente a la conclusión de que, por mucho que preguntara, no cabía posibilidad alguna de recibir respuesta. Al principio solo se dio cuenta de que todos cuantos lo rodeaban se ponían tensos, y luego, al seguir el recorrido de la mirada de toda aquella gente, se percató también de que la pared trasera del vehículo empezaba a abrirse y dos gruesas manos, que por lo visto la habían empujado desde dentro, procedieron a bajarla; después la soltaron de golpe a medio camino y la pared cayó al suelo con gran estruendo, golpeando con el canto inferior el pavimento y con el canto lateral la parte trasera del coche. Valuska, uno de los primeros en llegar a la abertura debido al empuje del público, no consideró extraño que la vivienda de la ballena gigante solo se abriera por dentro, tal como se pudo constatar, porque, en primer lugar, no le cabía la menor duda de que las «soluciones misteriosas» necesariamente debían formar parte de un circo extraordinario, que era lo que este parecía ser. Pero también se dejó cautivar por la mole de carne de más de dos metros de altura que apareció en la «entrada» del circo y cuya identidad se puso de manifiesto por la simple camiseta mugrienta que le cubría el torso peludo a pesar del intenso frío (del «factótum» se rumoreaba que no soportaba el calor), y también por la nariz fea y chata que proporcionaba a su mirada nada sanguínea, sino más bien estúpida, una expresión asombrosamente inofensiva e incluso blanda. Alzó los brazos, soltó un profundo suspiro como si acabara

de despertarse, estiró los robustos miembros y luego, mientras masticaba algo con gesto perezoso, bajó con toda tranquilidad entre las personas que se apelotonaban cerca de la abertura, apartó con movimientos toscos la plancha metálica abollada y desgastada y la apoyó contra el costado del vehículo; luego bajó tres anchas escaleras de madera desde la superficie de carga al suelo y, con una caja metálica en la mano, empezó a vender las entradas poniendo una cara soñolienta y aburrida, como si no solo le importaran un bledo quienes empezaban a subir por aquellas enclenques escaleras y la tensión que se mascaba en el ambiente, sino incluso el cielo y el infierno, como suele decirse. Valuska hacía cola emocionado, y se le leía en la cara que todo esto le gustaba: el ejército de espectadores, el vagón, la caja metálica y el vendedor de entradas. Lanzando una mirada de agradecimiento al impávido gigante, cogió la entrada, dio las gracias aliviado porque el dinero le había alcanzado justo e intentó entablar de nuevo conversación con sus vecinos que, debido a la aglomeración, cambiaban a cada instante; a continuación, cuando le tocó su turno, pudo por fin subir por la tambaleante escalera y entrar en el enorme espacio sumido en la penumbra de la «casa de la ballena». Sobre un andamiaje bajo construido con pesadas vigas descansaba el inmenso cadáver de una «sensacional BLAAHVAL», como indicaba el texto escrito a mano sobre una tabla de madera colgada al costado. A todo esto, sin embargo, resultaba imposible determinar el significado exacto de esa palabra: «blaahval»; no se podía leer la información escrita a tiza con diminutas letras, pues los que querían pararse eran automáticamente empujados hacia adelante por la multitud que venía detrás. Por tanto, Valuska contempló el gigantesco animal sin recibir ninguna explicación ni aclaración orientadora y, al tiempo que murmuraba la enigmática palabra, se quedó mirando boquiabierto, con una mezcla de miedo y asombro, aquel extraordinario monstruo. Mirar la ballena y registrar simultáneamente cuanto veía no significaban en absoluto lo mismo, ya que, debido a las dimensiones del cetáceo, parecía del todo imposible examinar a un tiempo la

enorme aleta caudal, la piel seca, agrietada y acerada, el cuerpo, particularmente voluminoso en el centro, y la aleta dorsal de varios metros de longitud. Demasiado grande y demasiado largo, simplemente no cabía en el campo visual de Valuska, que tampoco logró encontrar la mirada muerta del animal cuando, encajonado en la fila empeñada en avanzar, llegó al cabo de varios minutos a la boca abierta, apoyada con habilidad en la armazón. Echó un vistazo a la oscura garganta y descubrió en el exterior los ojitos, que dormían dentro de profundas cavidades, y los dos orificios respiratorios de la frente, pero solo los veía por separado y no atinaba a captar la totalidad de la gigantesca cabeza. De hecho, no la veía bien, ya que no habían conectado las lámparas colgadas del techo, y tampoco podía detenerse y quedarse, sacudido por un escalofrío, delante de la boca, preparada de manera aterradora, y de la lengua, no menos espantosa, que yacía en su interior; no obstante, su asombro y estremecimiento no se vieron afectados ni por esta circunstancia ni por la «imposibilidad de abarcar» todo el animal, por cuanto, a decir verdad, nada desmentía la plenitud y certeza del anuncio, es decir, el hecho de que ese testigo excepcional de un mundo desconocido situado a increíbles distancias, ese manso y sin embargo terrorífico exhabitante de mares y océanos inconmensurables, estaba allí y él podía tocarlo si quería. Aun así, Valuska se hallaba asombrosamente solo en su feliz estremecimiento, pues los otros —mientras daban, obedientes, la vuelta a la ballena en medio de una penumbra hedionda y asfixiante— no solo no manifestaban ni entusiasmo ni asombro, sino que daban más bien la impresión de que aquel heraldo expuesto al público en el fondo no les interesaba. Si bien una vez allí echaron en el medio un tímido vistazo, no exento de un temor respetuoso, previsible en tales ocasiones, al rígido gigante tumbado, sus miradas, al mismo tiempo ávidas y temblorosas, recorrían sobre todo el propio vagón, como si escondiese algo cuya supuesta presencia ya superara por su mera posibilidad todo lo demás. Sin embargo, nada en aquel interior —aún más gélido por la luz que

entraba— indicaba tal presencia. Uno de los armarios metálicos cerrados con candados había quedado abierto en el lado de la entrada, pero los ocho o diez frascos llenos de formol, los ocho o diez diminutos y arrugados embriones pasaron tan desapercibidos por su insignificancia que ni siquiera llamaron la atención de Valuska, y menos aún la de los otros; en el otro extremo del vagón, por otra parte, había una cortina, pero, tal y como se podía constatar mirando por una amplia abertura, no ocultaba más que una jofaina y una jarra de agua. Por último había, justo frente a la boca abierta del animal, en la pared de chapa ondulada que dividía la parte trasera del armatoste, una puerta que, claro está, carecía de picaporte y que probablemente conducía al dormitorio de la gente del circo; y si bien los otros mostraban sobre todo allí, delante de la puerta, cierta evidente aunque reprimida emoción, Valuska desde luego no se percató de esta reacción, y si lo hubiera hecho, no habría entendido tan extraño comportamiento. Pero es que Valuska no prestaba atención a nada, pues la ballena lo tenía hechizado; e incluso cuando salió al exterior después de haber recorrido el otro lado de aquel ser legendario y descendió de la plataforma para pisar tierra firme, ni siquiera se dio cuenta de que sus compañeros que lo precedían, y que ya habían estado dentro, volvían a ponerse en la cola a pesar de haber visto ya la ballena, como si las horas de espera aún no se hubiesen llenado de sentido. No le llamó la atención —tal vez para que ese mismo día por la noche descubriera antes que nadie el fantasmagórico significado de la misteriosa compañía y del tenaz aguante de sus fieles—, de modo que para él, contrariamente al portero de noche, por ejemplo, al que saludó alegremente, el espectáculo superaba con creces el de una producción circense cualquiera, hasta tal punto que cuando el otro le hizo una seña y le preguntó en voz baja, susurrando: «Oye, dime, ¿qué hay allí dentro?… Estos de aquí hablan de no sé qué duque…», él contestó henchido de entusiasmo, adaptando la pregunta a sus propios pensamientos: «No, señor Argyelán, no. ¡Es mucho más, ya verá usted! ¡Es… regio, absolutamente… regio!», y,

con la cara enrojecida, dejó allí plantado al hombre. Apretando el bolso contra el pecho, se abrió paso entre la multitud, y como intuía que debía de haber pasado ya el mediodía y que, siendo miércoles, la esposa del señor Eszter había de llegar a esa hora con la «maleta de la ropa interior», decidió ir a casa y resolver el asunto antes de repartir los periódicos, que para eso había tiempo por la tarde. Se dirigió, pues, a la calle Híd —sin intuir que habría sido preferible correr a toda pastilla lejos de allí, fuera de la ciudad, a un refugio seguro—, y mientras hacía el, para él, brevísimo trayecto hasta su casa con sus ágiles pasos de siempre, deteniéndose de vez en cuando y alzando la vista con una pícara sonrisa, imaginando sin cesar —de manera un tanto difusa, sí, pero ya como una totalidad —, imaginando aquel cuerpo gigantesco, inocente y superior a todo lo concebible, no paraba de pensar «qué grande que es… y qué grande que es también la creación… y qué infinito enigma oculta su Señor, que se entretiene con seres tan divertidos como este…», y a partir de ahí ya no le resultó difícil volver sobre sus sublimes pensamientos matutinos, relacionarlos con sus vivencias de la plaza del Mercado y formular sin palabras, solo con el ininterrumpido discurso interior del alma, el suave y definitivo gesto sentenciador del poderoso Señor que ligaba cuidadosamente su omnipotencia a miles de millones de criaturas, ¡incluso a una ballena tan increíblemente divertida!

Agachó la cabeza, es decir, tornó a alzar la vista al cielo a su manera, y mientras volvía a disolverse del todo en esa dicha sin palabras en que todo cuanto existe se funde fraternalmente con lo demás como si formase parte de un solo pensamiento, volaba… volaba, sí, entre las casas aparentemente deshabitadas de la calle Híd. Volaba pasando por el melancólico silencio de la plaza Vilmos Apor y por la calle Durero, en medio de un frío que calaba hasta los huesos, o, más bien, se dejaba atrás a sí mismo, como quien dice, se dividía en un ser que corre abajo y en otro que vuela arriba, hasta que la carrera y el vuelo acabaron de golpe con un frenazo y una caída, respectivamente, pues después de entrar por el portón de la

casa de los Harrer y de recorrer el estrecho sendero que conducía al viejo lavadero, abrió la puerta y vio allí dentro, para su asombro, a alguien, a alguien que, al verlo, le recriminó sin más preámbulos de la siguiente manera, refiriéndose sin duda a su «radiante mirada»: «Oiga, ¿por qué anda usted siempre tan entusiasmado? ¡Sería mejor que cerrara bien su puerta, pues le aseguro que algún día le van a entrar a robar!». Solía dejar la maleta en casa de los Harrer o entregársela en el umbral mismo, pero nunca había ocurrido que entrara y se quedara, de modo que Valuska apenas podía creer lo que veían sus ojos, no podía creer que su inesperada visita fuera la mismísima señora Eszter y que en medio de los trastos esparcidos por la habitación estuviera sentada su siempre horrorosa «aliada», roja como un cangrejo, para colmo, y casi hinchada por la ira, por lo cual —después de descubrir la causa de su cólera, esto es, que la mujer llevaba esperándolo desde la mañana— se quedó tan pasmado que de pronto ni siquiera supo dónde se encontraba ni qué hacía. Mareado por la rápida caminata y sonrojado por la vergüenza (pues la señora Eszter, al no encontrar otro sitio, se vio obligada a tomar asiento en la cama), quitó primero los trozos de pan, la manteca envuelta en papel, las latas de conserva vacías y las mondas de cebolla del taburete y los arrojó al suelo, y luego —mientras su visita, lanzándole una feroz mirada, se sentaba en el asiento ya limpio— trató de meter bajo el armario, con los pies, unos calcetines tirados en el suelo y, al tiempo que esbozaba una tímida sonrisa, retirar unos calzoncillos sucios que yacían en la cama. Sin embargo, cualquier cosa que tocara, solo empeoraba la situación y ponía aún más de manifiesto el irremediable estado de su cuarto; aun así, solo suspendió su inútil combate contra los corazones de manzana podridos tirados en un rincón, contra las colillas que cubrían el suelo en torno a la estufa de aceite y que testimoniaban las visitas del señor Harrer, contra la puerta del armario que no paraba de abrirse, cuando la señora Eszter, al ver que el otro «no prestaba ni la más mínima atención» a sus palabras, le espetó una orden, conminándolo a «dejar en el acto lo que hacía» y a sentarse,

porque ella tenía que hablarle de asuntos importantes. Tantas cosas daban vueltas todavía en el interior de Valuska, que en los primeros minutos ni siquiera comprendía qué estaba diciendo aquella voz conocida y retumbante; pestañeaba y asentía con la cabeza, carraspeaba y no paraba de moverse en su asiento, y, mientras su visita alzaba la vista, hablaba de «nuevos tiempos» y de una «grave sentencia pronunciada contra el mundo» y ya había avanzado un buen trecho, él se limitaba a mirar hacia el taburete, dando señales de aprobación. Tras un vuelco inesperado, sin embargo, la señora Eszter descendió de las alturas, pero lo que Valuska comprendió, no lo tranquilizó en absoluto. Pues si bien se alegraba de todo corazón de que su madre y su visita se «despidieran como buenas amigas» la noche anterior (y veía factible que se cumpliera la esperanza de reconciliarse, a través de esta mujer, con la señora Pflaum), lo estremeció el plan según el cual, debido «al creciente papeleo y al prestigio ligado a su nueva tarea», ella se mudaría «¡hoy mismo!» de su ya estrecho cuarto subarrendado y enviaría su ropa con urgencia a través de él (poniendo al descubierto el lavado secreto, realizado durante años, de la «ropa sucia»); Valuska se estremeció por cuanto no cabía la menor duda de que, considerando el estado de salud de su viejo amigo, este hombre hipersensible, afectado por un temblor nervioso cada vez que se pronunciaba el nombre de su mujer en su presencia, corría un riesgo enorme. Y como era fácil de comprender que todos los esfuerzos realizados hasta el momento para la curación del señor Eszter y para conseguir un ambiente de trabajo propicio podrían recibir un golpe mortal si ella hacía realidad sus intenciones y, además, que él difícilmente lograría impedirlo, se sintió, por así decirlo, liberado cuando la mujer —después de informar con entusiasmo sobre un nuevo movimiento y de que los habitantes de la ciudad solo consideraban apto a György Eszter para el puesto de presidente— hizo este comentario: que, tratándose de un nombramiento tan importante y digno de respeto, ella se sentiría la esposa más orgullosa y feliz, si él asumiera el cargo (por lo cual, añadió en voz baja, aplazaría lógicamente el

traslado, pues por nada en el mundo pretendía perturbar con su presencia el trabajo de su marido, mucho más significativo que el suyo), pero que ella, agregó la señora Eszter en tono resignado, contrariamente a la señora Pflaum, según la cual todo el asunto debía ponerse enseguida en manos de Valuska para asegurar el éxito, pero que ella, repitió la visita alzando la voz, ella lo dudaba mucho: «yo lo dudo mucho, teniendo en cuenta el pobre estado de salud de mi marido y conociendo su carácter retraído». Cuando entendió el alcance exacto de estas palabras, Valuska no supo de qué alegrarse más: si del hecho de que su madre, a pesar de todo el rencor abrigado hasta ahora —del todo incomprensible para el hijo, por cierto—, pensara en él para resolver este complejo asunto («¡enseguida!», además) o del admirable espíritu de sacrificio con que lo deslumbraba la señora Eszter, mostrando así otra faceta de su personalidad. Una cosa era cierta: todo esto lo entusiasmaba, de modo que se levantó enfervorizado y aseguró a su visitante, mientras iba y venía por la habitación, que «él asumía el asunto y que haría todo cuanto estuviese en sus manos para concluir con éxito su gestión», provocando así una breve, pero sincera risotada de esa mujer de mirada siempre adusta y rigurosa. Sin embargo, la carcajada no equivalía a un asentimiento inmediato; dicho de otro modo, la visita solamente aceptó la propuesta de Valuska tras un largo tira y afloja, después de exponerle incluso, con nebulosas e incomprensibles frases, «los datos más importantes relativos al movimiento» y de apuntarle en un papel la «lista de personas con las cuales el futuro presidente había de iniciar esa misma tarde el trabajo práctico y propagandístico», y se mostró inflexible en cuanto a la maleta y a la correspondiente nota informativa. Hasta tal punto que cuando salieron por la puerta de los Harrer y se pusieron en marcha por la calle Durero en medio de un frío intenso, que apenas había remitido a pesar del mediodía, y él informó a la señora sobre la «extraordinaria función» que presenciara en la plaza Kossuth, la señora Eszter no prestó atención alguna a sus palabras y solo habló de la maleta y de los detalles del traslado, e incluso en la esquina de

la calle Jókai, donde se despidieron, solo repitió que si Valuska no regresaba antes de las cuatro de la tarde con la respuesta afirmativa de su marido, se vería obligada a «cenar esa noche en la avenida Báró Béla Wenckheim». Dicho esto, dio media vuelta y siguió su camino para «ocuparse de asuntos urgentes», como dijo al despedirse, mientras Valuska, con la «maleta de la ropa interior» en una mano y el papel en la otra, se la quedaba mirando durante casi todo un minuto, emocionado y convencido de que, a despecho de las dudas expresadas por su viejo amigo respecto a los «verdaderos valores de esta mujer extraordinaria», la inequívoca muestra de buena voluntad y autosacrificio lo convencería a buen seguro. Pues él tuvo claro que debía respetar a aquella alma de apariencia brusca e imperativa desde el día en que la señora Eszter acudió por primera vez a visitarlo y le comunicó que, si Valuska se comprometía a mantener el asunto en secreto, ella lavaría a partir de ese mismo momento, «con ambas manos», la ropa sucia de su marido; comprendió entonces, hace años, que el carácter de la señora Eszter estaba totalmente impregnado de respeto y fidelidad al señor Eszter, el cual, en cambio, la rechazaba con absoluta frialdad. Y cuando de pronto tomó conciencia de la verdadera intención oculta en el transparente plan de su visita —es decir, su intento de llegar a la meta construyendo sobre la hostilidad sin fundamento de su marido, o, dicho de otra manera, de convencerlo de que participara en un movimiento que ella tal vez solo había organizado para dejar aún más patente la «importancia de György Eszter», no solo ante él sino ante toda la ciudad—, al tomar de pronto conciencia de todo ello, pudo estar seguro: el solitario habitante de la casa situada en la avenida Wenckheim no podría resistirse más a tal empecinamiento y admitiría su incapacidad de oponerse a una pasión tan inquebrantable. Se levantó viento; Valuska «se apoyó contra él», pero tuvo que luchar para evitar que el aire gélido le cortara el aliento; la maleta era pesada, a cada paso más pesada, la calle estaba resbaladiza, y algunas manadas de gatos, descaradas y perezosas, no se apartaban del camino; aun

así, nada de esto influía en su ánimo, iluminado por la sensación de no haberse dirigido jamás con tan buenas noticias a ver y alegrar a su viejo maestro, pues estaba convencido de ello: todo cambiaría en la casa a partir de ese día. Por eso se ponía siempre en marcha desde que —hace años, poco después del traslado de la señora Eszter— conociera, como encargado de traer el almuerzo, la vivienda y a su sombrío dueño, pero sobre todo desde que un buen día «el extraordinario musicólogo», cuya importancia aún no había sido debidamente reconocida por los ciudadanos, esa personalidad legendaria que por modestia negaba su significación, ese hombre rodeado por un enorme respeto, que vivía rigurosamente retirado y en parte atado a la cama debido a sus dolores lumbares, declarara, para asombro de Valuska, que lo consideraba un amigo. Y si bien no entendía cómo había merecido tal amistad ni por qué el señor Eszter no había distinguido a otro con su benevolencia (a alguien capaz de captar y registrar sus pensamientos, porque él, tal y como le confesaba a menudo, solo los entendía de manera difusa), desde aquel momento creyó un deber rescatarlo de la ciénaga mortal de la amargura y de la desilusión que no solo lo tenía cautivo a él, sino también a toda la ciudad. Aunque nadie lo creyera capaz de ello, Valuska se daba perfecta cuenta de que todo su entorno hablaba de un «derrumbe»: de un derrumbe imparable, insistían. Mencionaban un «caos que proliferaba sin freno», la «imprevisibilidad de la vida cotidiana», la «inminente catástrofe», pero sin tomar conciencia, según él, del peso de sus terroríficas palabras, porque, a juicio de Valuska, esos temores epidémicos no provenían de la certeza referida a la llegada inevitable de una desgracia que día tras día parecía más real, sino de una enfermedad consuntiva de la imaginación que se asustaba a sí misma, enfermedad que al fin y al cabo sí podía provocar una desgracia; provenían de un falso presentimiento que afectaba al ser humano, incapaz de cumplir su papel debido al relajamiento de su estructura interna, pues al alejarse sin pensarlo de las leyes arcaicas de su alma, había perdido de pronto el poder sobre su mundo, organizado sin ninguna

humildad… Mucho le preocupaba que sus intentos de aclarar esto a sus amigos resultaran infructuosos; de hecho, ni siquiera prestaban atención a sus palabras; y más lo entristecía el que algunos declararan en tono categórico vivir «en un infierno sin perspectiva, entre un futuro pérfido y un pasado inaccesible a la memoria», porque tales terroríficos pensamientos le recordaban mucho las frases y discursos implacables y crueles que debía escuchar todos los días en la avenida Béla Wenckheim, allí adonde estaba llegando en aquel momento. Era lo más triste, desde luego, pues por mucho que quisiera, le resultaba imposible no confesar que el más decepcionante de todos era el señor Eszter, un hombre dotado de una enorme sensibilidad poética, de un refinamiento sin par y de todos los encantos de una gran personalidad, que, en señal de simpatía hacia él, a buen seguro, no dejaba pasar ni una tarde sin tocarle al menos durante media hora alguna pieza del famoso Bach, ¡a él, que carecía de oído musical! Y dando por supuesto que esto se debía en gran parte a la depresión causada por su larga enfermedad, a la oprimente monotonía de estar confinado en la cama, Valuska asumía la responsabilidad exclusiva de su tardía recuperación, y solo confiaba en que, si realizaba su servicio de la manera más cuidadosa y minuciosa posible y su amigo se curaba del todo, este se liberaría de la «catarata aparentemente inoperable» que lo obligaba a verlo todo negro. Siempre creía que ese momento no tardaría en llegar; y en ese instante, mientras entraba en la casa, recorría el largo pasillo bordeado de estantes de libros y se preguntaba si empezar por la aurora, la ballena o el movimiento de la señora Eszter, tuvo la sensación de que el momento de la plena recuperación deseado durante tanto tiempo, de la curación, ya estaba a punto de producirse. Se detuvo ante la archiconocida puerta, se pasó la maleta a la otra mano y pensó en la claridad impresionante y llena de gracia que inundaría al señor Eszter cuando llegara ese instante. Porque entonces tendría algo que ver, tendría algo que descubrir —llamó tres veces a la puerta como solía hacer siempre—, vería el orden indisoluble, un poder

hermoso e inconmensurable que acogía en una totalidad única y serena la vida fugaz e interdependiente de peatones y navegantes, de habitantes de continentes y mares, del cielo y de la tierra, del agua y del aire; vería, sí, que el nacimiento y la muerte solo son dos momentos estremecedores de un continuo despertar, y, cuando comprendiera, vería también el resplandor propio de una mirada asombrada; sentiría —tocó con suavidad el picaporte de latón de la puerta— el calor que descendía de las montañas, de los bosques, de los ríos y de los valles, descubriría la misteriosa amplitud de la vida humana, entendería por fin que las ataduras irrompibles que lo ligaban al mundo no eran cadenas ni condenas, sino la persistencia del sentimiento inextirpable de tener un hogar; y encontraría también la maravillosa alegría inherente al hecho de participar, de cooperar y de estar rodeado por todo: por la lluvia, el viento, el sol y la nieve, por el vuelo de un pájaro, por el sabor de una fruta, por el perfume de un prado; e intuiría que sus temores y amarguras no eran más que pesos y lastres en el globo ascendente de las raíces vivas de su pasado y de las expectativas seguras de su futuro, así como sabría también por fin —abrió la puerta— que cada uno de nuestros minutos es un paso por los amaneceres y las noches, por los fluctuantes inviernos y veranos de una tierra sumida en un continuo movimiento rotatorio entre planetas y estrellas. Entró con la maleta y, parpadeando, se detuvo en la penumbra.

Se detuvo en la penumbra, sonrió confuso, y como Eszter conocía perfectamente sus llegadas vertiginosas, cargadas de nerviosismo y patetismo, le hizo una seña categórica, que acallaba y saludaba al mismo tiempo, conminándolo a ocupar su asiento de siempre a la mesa de fumar y a dejarse entretener por las frases agudas y trabajadas de su viejo amigo mientras se calentaba un poco para quitarse el intenso frío de fuera y enfriaba a la vez el fuego llameante de su entusiasmo. «Ya no habrá más nieve», declaró Eszter sin más preámbulos, prosiguiendo, para alegría suya, en voz alta sus solitarios pensamientos y resumiendo de paso lo que desde la mañana «había constatado sobre el estado actual del

mundo», después de dedicar un tiempo a lavarse y a vestirse y de que se marchara, para su alivio, la señora Harrer. No habría sido propio de él levantarse y convencerse por sí mismo del acierto de esta afirmación definitiva ni pedírselo a su nervioso visitante sentado en el sillón, es decir, correr las pesadas cortinas, echar un vistazo al paisaje desolado y mortífero, observar el serpenteo de las hojas de periódicos y de las bolsas de papel que huían arremolinados por un viento helado, entre casas paralizadas en medio de un silencio sepulcral. En su opinión, habría carecido totalmente de sentido contemplar el exterior, mirar por la ventana enorme, hecha a la medida de tiempos mejores, por cuanto él, maestro en el arte de renunciar a actos considerados inútiles, estaba plenamente convencido de que un paso tal ya no merecía la pena; además, la pregunta en sí le parecía desacertada (era la única pregunta de cierta importancia que podía plantearse después de despertar: si nevaba), ya que lo podía afirmar desde su sitio; desde la cama que daba la espalda a los batientes de la ventana, rigurosamente cubierta por cortinas, podía afirmar que ese invierno definitivo no solo había olvidado la calma navideña y el alegre tintineo de la campanas, sino también la nieve… si es que podía calificarse de invierno ese dominio implacable del frío puro y duro en que solo le quedaba una última y frívola pasión: decidir qué acabaría primero en ruinas, si el habitante o la casa. Respecto a esta última, aún seguía en pie a su manera, a pesar de la señora Harrer, la encargada de poner la estufa cada mañana (y, en principio, solo de eso): armada con una escoba y con unos trapos supuestamente destinados a quitar el polvo, esa mujer intentaba una vez a la semana, bajo el título de limpieza general, llevar a cabo por dentro lo que la helada acometía desde fuera. Dando golpes a diestro y siniestro con los trapos, recorría una y otra vez el pasillo, la cocina, el comedor y los dormitorios, expeditivamente y con inimitable torpeza, como un torbellino; semana tras semana, mientras caían los objetos decorativos, empujaba y fregaba con agua abundante los muebles enclenques, delicados y a veces agrietados, y en el proceso de

limpieza rompía de vez en cuando alguna pieza selecta de los servicios de porcelana vienés y berlinés y otras veces se regalaba, por mero altruismo y para gran satisfacción del anticuario del lugar, alguna cuchara de plata o algún libro encuadernado en piel; en una palabra, barría, limpiaba, fregaba y ordenaba de forma implacable hasta que la casa, atacada por dos flancos, ya solo era sostenida por la amplia sala, una estancia también amenazada que, no obstante, mantenía su orden originario, el único cuarto en el que no se atrevía a entrar la «patosa campeona de los quehaceres domésticos». («¿Molestar al señor director mientras trabaja? ¡Eso jamás!»). Ordenar a la señora Harrer que lo dejara, que se limitara a cumplir lo estipulado, resultaba desde luego imposible, pues, aparte de que Eszter evitaba dar órdenes por la grosería inherente a ello y por considerarlo impropio de su persona, era obvio que la mujer —cuando ya no pudiese acceder a él y a su entorno— continuaría a pesar de la prohibición, desde fuera, impulsada por una misteriosa obsesión por la buena voluntad, su guerra contra los objetos todavía intactos; por tanto, él, el dueño de la casa, había de conformarse con el refugio de su sala de estar, que, por cierto, ya le bastaba, puesto que, por la falsa creencia extendida en la ciudad de que se dedicaba a estudios musicológicos, idea esta que también intimidaba a la señora Harrer, no solo no debía temer por el orden y la integridad de sus frágiles objetos, sino que también podía estar seguro de que dicha creencia resguardaba su verdadera lucha o, como él mismo lo definía, «la retirada planificada de la lamentable estupidez de la llamada historia humana». El fuego chisporroteaba alegremente, como suele decirse, en la estufa elevada sobre unas delicadas patas, y este era en el fondo el único objeto de la sala que no revelaba a primera vista la irremediable erosión producida por el paso del tiempo, porque las antaño nobles alfombras persas, los tapices de seda en la pared, la inútil araña de cristal que colgaba de una rosa rota de yeso, los dos sillones tallados, el canapé y la mesa de fumar cubierta con un tablero de mármol, el espejo biselado, el Steinway enclenque y carente de brillo, así como los innumerables

cojines, mantas y figurillas, todas y cada una de estas piezas de la familia, heredadas y guardadas en el salón, habían abandonado ya la estéril lucha, y el hecho de que no se cayeran a pedazos ni se deshilacharan se debía probablemente a que el polvo protector acumulado durante décadas, formando una gruesa capa sobre ellos, y su presencia continua, discreta y casi inmóvil aún conseguían mantenerlos más o menos intactos. Al mismo tiempo, sin embargo, esta continua presencia e involuntaria vigilancia no significaba en absoluto el dominio de la salud y de la energía vital sobre las cosas; pues quien presentaba el aspecto más lamentable era, sin duda, el fiel habitante de la cama francesa trasladada desde el antiguo dormitorio y despojada de sus adornos, el caballero tumbado entre almohadas apiladas hasta gran altura, ese cuerpo esquelético que solo por discreción podía calificarse de delgado y que era destrozado no por la comprensible rebelión de los órganos, sino por la continua protesta contra las fuerzas que frenaban el natural y tempestuoso proceso de desintegración, por la cruel decisión del espíritu que por algún motivo particular se había condenado a la comodidad. Permanecía inmóvil en la cama, sus manos yacían lánguidamente sobre la manta mordisqueada por las polillas, y precisamente esa inmovilidad y esa lasitud expresaban de la forma más precisa el estado general de su organismo; es decir, no lo torturaban ni una incipiente dolencia ósea ni el avance lento y progresivo de la enfermedad de Scheuermann, ni lo amenazaba ninguna otra enfermedad capaz de matarlo de golpe, sino más bien las graves consecuencias que el absoluto debilitamiento y el hecho de permanecer todo el tiempo tumbado tenían sobre los músculos, el apetito y la piel. Era la protesta del organismo contra el cautiverio entre mantas y cojines, pero, a decir verdad, solo se trataba de esto, pues la tenaz obsesión por la tranquilidad —solo interrumpida por las visitas de Valuska y las habituales ceremonias del mediodía y de la tarde— y la retirada definitiva de cualquier actividad y participación en la vida social no habían menoscabado ni su fuerza de voluntad ni su fortaleza anímica. Lo testimoniaban el cabello gris

bien cuidado, el bigote perfectamente recortado y el impecable estado de la ropa de día, elegida siempre con sumo rigor, los pantalones con las vueltas, la camisa almidonada, la corbata atada con sumo esmero y la bata de color burdeos, pero sobre todo los ojos azules que no cesaban de brillar en aquel rostro pálido y, en general, la agudeza de su vista incólume que, al pasearse por su propio cuerpo y por su decadente entorno, enseguida observaba en el cuidado aspecto del hombre y en la frágil gracia y encanto de sus objetos los más ínfimos síntomas de una progresiva destrucción, como si viese con absoluta nitidez que todos estaban hechos de la misma materia, de la noble y fugaz substancia de la vana forma. Y con esta agudeza no solo veía la afinidad entre propiedad y propietario, sino también el profundo parentesco que existía entre la calma sepulcral de la sala y el frío sin vida del exterior: como un espejo inexorable que siempre muestra lo mismo, el cielo reflejaba con indiferencia la desolada tristeza que manaba de abajo, y los castaños deshojados, envueltos en un gris cada día más sombrío, se inclinaban bajo un viento cortante, poco antes de desarraigarse definitivamente de la tierra; las carreteras estaban abandonadas, las calles, vacías, «como si ya solo quedaran los gatos vagabundos, las ratas y la gentuza dedicada al saqueo», mientras que la llanura desierta que se extendía más allá de la ciudad ponía en entredicho incluso la sobriedad de la mirada… A este gris y a esta tristeza, a este desierto y a este abandono, ¿cómo podía responder la sala de Eszter sino con su propio páramo, con la irradiación corrosiva de la repugnancia, de la desilusión y de la locura empeñada en atar el cuerpo a la cama, con una irradiación que atravesaba la coraza de las formas y colores y destruía toda tela y madera, todo vidrio y metal desde el suelo hasta el techo? «Ya no habrá más nieve —repitió y, lanzando una mirada pacífica y tranquilizadora a su huésped, que se removía con impaciencia en el asiento, se inclinó hacia adelante para alisar los pliegues de la manta que le cubría los pies—. No habrá —insistió, mientras volvía a reclinarse entre los cojines—. Se ha parado la producción de nieve, o sea que ya no

caerá ni un solo copo y, dicho sea entre nosotros, usted sabe perfectamente, mi querido amigo —añadió—, que eso es lo de menos…». A continuación señaló con un único ligero gesto de mano la causa, con un único suave movimiento, pues ya la había expresado cientos de veces: el frío asesino y prematuro que había llegado tras un otoño seco y la ausencia alarmante de precipitaciones («¡Dichosos los años en que llovía sin cesar!») solo señalaban, como un redoble de campanas, la circunstancia irremediable de que la propia naturaleza había dejado de funcionar correctamente, de que la antigua fraternal alianza entre Cielo y Tierra había concluido para siempre, de que a partir de ese momento había empezado nuestra órbita solitaria en el cosmos, en medio de la basura de nuestras leyes desintegradas, en la que finalmente «quedaremos allí atontados, como corresponde, sin entender nada, y miraremos tiritando cómo la luz se aleja de nosotros». Cada mañana, antes de irse, la señora Harrer le suministraba por el resquicio de la puerta las últimas horrorosas y aparentemente inconcebibles noticias, sea sobre las oscilaciones de la torre del agua, sea sobre el mecanismo de relojería que de repente se había puesto en marcha en la torre de la iglesia situada en la plaza Mayor (ese día había hablado de una «reunión de hijos del infierno» y de un árbol caído en el pasaje Hétvezér), pero él no veía nada asombroso en ello y no dudaba ni un instante de que todo esto fuera rigurosamente cierto —a pesar de la estupidez innata de la mensajera—, puesto que las informaciones apoyaban con exactitud cuanto él ya intuía necesariamente: el fin de la idea de que las consecuencias pueden calcularse, el fin de la ilusión de que los acontecimientos son previsibles, el fin «definitivo de la racionalidad». «Hemos fracasado —prosiguió Eszter, mientras recorría lentamente la sala con la mirada y se centraba por último en las chispas que, esparcidas delante de la estufa, se apagaban con celeridad—. Hemos fracasado plenamente en la acción, en el pensamiento y la imaginación, pero también en el lamentable afán por comprender las causas; hemos vendido a precio de saldo a Dios nuestro Señor,

hemos perdido, jugando, el respeto al rango y a la dignidad, y hemos decidido no mantener la noble superstición de la eterna medida, que siempre había determinado nuestro peso a través de la distancia respecto a los ancestrales diez mandamientos… podemos afirmar, pues, que hemos salido malparados, miserablemente malparados en un universo en que, con toda probabilidad, pintaremos cada vez menos. Los hombres —continuó, sonriendo a Valuska, el cual no sabía si decir algo o seguir escuchando con atención—, los hombres, si se puede creer la cháchara de la señora Harrer, hablan de terremotos y del juicio universal, porque no saben que no habrá ni terremoto ni juicio universal… Estos son absolutamente superfluos, pues todo se vendrá abajo por sí solo, se vendrá abajo para que todo empiece de nuevo, y la cosa seguirá así sin parar, porque es así, sin duda —añadió, levantando la vista al techo—, es como nuestra inútil rotación en el espacio: una vez empezada, no hay manera de pararla. Yo —dijo Eszter cerrando los ojos—, yo me mareo, me mareo y, Dios me perdone, me aburro, como cualquiera que haya conseguido liberarse de la falsa idea de que puede intuirse un plan concreto en el exasperante círculo de ascenso y caída, de nacimiento y muerte, un maravilloso y gigantesco plan teleológico en vez de la unanimidad cegadora del frío mecanicismo… Que en un principio… en su día… existiera cierta imaginación —continuó, echando un vistazo a su huésped que no cesaba de moverse— es muy posible, pero ahora es preferible callar en este valle de lágrimas, por el simple hecho de que así al menos dejaremos en paz los vagos recuerdos de aquel al que debemos todo esto. Es preferible callar —repitió con voz un tanto más ronca— y no menear las sin duda sublimes intenciones de nuestro antiguo patrón, ya hemos hecho demasiadas cábalas preguntándonos para qué estamos destinados y, como podemos ver, no nos han servido de nada. No nos han servido de nada ni en esto ni en lo otro, porque, para ser sinceros, no vamos sobrados de la tan deseable facultad de la lucidez: el afán demoledor de nuestra curiosidad, con que una y otra vez nos hemos abalanzado sobre el

mundo, no se ha visto coronado por el éxito, dicho sea con suavidad, y cuando a pesar de todo hemos tomado conciencia de alguna pequeñez, enseguida lo hemos pagado. Si me permite usted un chiste malo, piense —dijo mientras se acariciaba la frente— en la primera honda. Si tiro la piedra para arriba, la piedra cae y yo me alegro, debió pensar el hombre. ¿Pero con qué se encontró? Tiró la piedra para arriba, la piedra cayó y le dio en la cabeza. O sea que hay que ir con cuidado con los tanteos e investigaciones —advirtió Eszter suavemente a su amigo—. Es preferible contentarse con la flaca pero al menos irrefutable verdad, que todos nosotros experimentamos en nuestra propia carne, salvo usted por su carácter angelical, claro está: que solo somos los miserables sujetos de un pequeño fracaso en esta creación aparentemente deslumbrante y que, por tanto, toda la historia humana, para mencionarle solo lo que vale la pena, no es más que la fanfarronería barata de este estúpido, sanguinario y desdichado paria en el rincón más apartado de un escenario inabarcable y, por otra parte, la embarazosa confesión, sabe usted, de un error, el lento reconocimiento de que esta criatura, a decir verdad, no ha resultado muy espléndida que digamos». Cogió el vaso de la mesita de noche, bebió un trago y, tras una mirada escrutadora al sillón, constató no sin cierta preocupación que su fiel visitante, el cual había superado ya hacía tiempo el simple papel de mozo para todo de la casa, se mostraba más inquieto de lo habitual. Sujetando con una mano la maleta que tenía a su lado y con la otra un papelito, escuchaba, desde el pétalo abierto que era su inseparable abrigo de cartero, como si estuviera acurrucado en su propia sombra, el suave sirimiri de aquellas serenas palabras y, por lo visto, cada vez sabía menos qué hacer. Si obedecer a su naturaleza atenta y compasiva, pensó Eszter, y escuchar a su anciano amigo con la entrega incondicional de siempre, o si —como solía hacer, a modo de consuelo, por así decirlo— informar enseguida del profundo estremecimiento que se había apoderado de él durante el paseo nocturno o matutino por los territorios celestiales, dado que cumplir simultáneamente con las

dos necesidades era imposible… Todo esto, la confusión inicial del desconcierto, no sorprendió a Eszter. Ya estaba acostumbrado a que Valuska entrara de esta forma por la puerta, con este impulso avasallador de la excitación; del mismo modo que el propio Valuska aceptaba también —cual si se tratase de una importante tradición— dejarse entretener por el humor amargo de los rigurosos juicios de Eszter. Así transcurría entre ellos la escena desde hacía años: Eszter hablaba, Valuska escuchaba, hasta que el dueño de la casa cedía con gran alegría la palabra a su visitante —cuando aparecía la primera ligera sonrisa en el rostro de su seguidor, ya un tanto apaciguado—, por cuanto «la grandiosa ceguera y el virginal encanto» con que respondía su joven amigo no lo molestaba en absoluto por su contenido, sino a lo sumo por su inicial vehemencia. El huésped llevaba ocho años contando la misma historia interminable, con su particular y tartamudeante ilación de las palabras, cada medio día y cada tarde la misma inacabable historia de su asombro por los planetas y las estrellas, por la luz del sol y la sombra rotante, por el silencioso funcionamiento de los cuerpos celestes en lo alto que, «como muestra muda de un sentido imposible de comprender», lo había cautivado para siempre en el transcurso de sus eternos peregrinajes por las calles, bajo un firmamento definitivamente nublado. Eszter, por su parte, no solía manifestarse con criterios objetivos sobre asuntos celestiales, si bien a menudo mencionaba a modo de broma la «rotación general». («No es de extrañar», dijo en una ocasión, guiñando pícaramente el ojo hacia el sillón, «que la humanidad, mareada desde hace milenios en esta Tierra que no cesa de girar, no encuentre la manera de hallarse a sí misma, pues lleva todo el tiempo ocupada en mantenerse en pie…»), aunque después renunció decididamente a tales comentarios, según él, irreflexivos, no solo para no ofender el frágil universo de la imaginación de Valuska, sino también porque consideraba erróneo justificar el lamentable estado de sus antiguos y futuros compañeros de vivienda por la obligación —«bastante desagradable, por cierto»— de dar vueltas sin cesar. En el orden

gradual de sus conversaciones, pues, el cielo pertenecía en su totalidad a Valuska, y este hecho se correspondía con la verdad en el sentido más profundo del término: con independencia de que la bóveda celeste no pudiera verse desde hacía tiempo debido a la densa capa de nubes (de modo que tampoco tenía mucho sentido remitirse a ella), el cosmos de Valuska no guardaba, en su opinión, relación alguna con el verdadero; a su juicio, solo era una imagen del universo visto un día, en la infancia, que luego se convirtió en su reino, un paisaje a buen seguro ilusorio e inolvidable, una fe cándida en la existencia real o posible de un mecanismo divino cuyo «motor secreto era el ser hadado o el ensueño inocente». Los habitantes de la ciudad —«debido a sus dotes naturales»— lo tomaban por un simple idiota; para él, en cambio, no cabía la menor duda (aunque no se diera cuenta hasta bastante tiempo después de que Valuska llegara a la casa, como portador de comidas y mozo para todo) de que este peregrino aparentemente loco de galaxias transparentes demostraba en verdad, con su incorruptibilidad, con su bondad desconcertante y generalizada, «la presencia de lo angelical en medio de las circunstancias devastadoras de una profunda degeneración». Una presencia superflua, añadía enseguida Eszter, y no se refería con esto tan solo al desamparo y a la invisibilidad de este papel, sino también a su propia visión de las cosas, marcada por el refinamiento y la sensibilidad propios de la atención investigadora, que solo veía adorno y requilorio en esta bondad e incorruptibilidad, y con la clara conciencia de que no existía ni había existido jamás nada que tuviese tales adornos y requilorios, solo lo veía como una forma especial, inútil e indeducible que, como la disipación o el exceso, no tenía «ni perdón ni explicación». Le gustaba, como un coleccionista solitario que se enamora de una mariposa extraordinaria, el carácter etéreo e inocente del cielo imaginado por Valuska, y de hecho compartía con él sus pensamientos —sobre la Tierra, claro está, la cual a su manera también superaba todo lo imaginable— porque, además de la benéfica garantía que suponían las visitas regulares de su joven

amigo —de este auditorio consistente en una sola persona— «frente a la locura que necesariamente había de brotar de la eterna soledad», así se cercioraba una y otra vez de la indudable existencia de esta plétora de lo angelical; por otra parte, no consideraba necesario prever la posibilidad de una repercusión dañina y corruptora de sus juicios sombríos y desilusionantes, por cuanto sus frases perfectamente cinceladas rebotaban en él sin causar efecto alguno, como dardos en una coraza, o más bien pasaban entre sus sensibles órganos como una exhalación, sin rozarlos siquiera un poquito. Desde luego, no podía estar convencido de ello con total seguridad, ya que incluso le costaba decidir en qué se centraba exactamente la atención de Valuska cuando lo escuchaba. En esta ocasión, sin embargo, como no se produjo el acostumbrado efecto tranquilizador de sus explicaciones, no resultó difícil darse cuenta de las causas de la inquietud de su impaciente visita: la maleta y la hoja arrancada que tenía en la mano. No se puede afirmar que comprendiera enseguida los motivos de ese nerviosismo imposible de apaciguar ni el significado del papel que Valuska arrugaba, inquieto, entre los dedos, pero sí pudo intuir que a partir de ese momento había de saludar a su fiel compañero más como mensajero que como amigo, y puesto que la mera posibilidad de un mensaje dirigido a él ya le daba terror, enseguida apoyó el vaso en la mesita de noche y —sin dejar hablar a su visitante, en este caso no para tranquilidad de este, sino para la suya propia— prosiguió con suave, pero implacable insistencia su razonamiento interrumpido. «Al mismo tiempo, sabe usted, ya no me extraña en absoluto —dijo— que nuestros célebres eruditos, héroes infatigables del error permanente, se curaran, para su desgracia, del hábito de recurrir a la metáfora de Dios y contemplen esta historia empobrecedora como si fuese un paseo triunfal, el triunfo del “espíritu y la voluntad” sobre la naturaleza, aunque le confieso que hasta el día de hoy no acabo de entender por qué nos alegra tanto haber bajado del árbol. ¿Creen que está bien así? Yo no le veo la gracia por ningún lado. Además, no nos conviene, porque piense

usted cuánto tiempo aguantamos sobre los pies después de practicar durante tantos milenios. Medio día, mi querido amigo. No podemos negarlo. Y en cuanto al andar erguido, permítame mencionar solamente mi propio ejemplo, concretamente las características de mi enfermedad, que usted conoce bien, o sea, el hecho de que, si la situación se pone aún más grave y puedo definir esta tortura como la enfermedad de Bechterew (y esto ocurrirá de manera inevitable, como afirma mi médico, el bueno del doctor Provaznyik), habré de conformarme con pasar el resto de mis días encorvado, en forma de un simple ángulo recto, si es que puedo seguir… pagando así de forma palpable por la profunda imprudencia de habernos erguido en su día. Ponerse en pie y erguirse, mi querido amigo, son los puntos de partida simbólicos de nuestra infame historia y, a decir verdad, ya no confío en nuestra capacidad de acabar de un modo más digno —añadió meneando la cabeza melancólicamente—, ya que por lo general desaprovechamos las escasas oportunidades de que disponemos, por ejemplo, el viaje a la Luna, que en su momento me impresionó sobremanera como una muestra seria de una despedida llena de buen gusto, aunque no tardé en darme cuenta, después del regreso de Armstrong y de los otros y de los siguientes, que la ilusión había sido engañosa, y mi esperanza, estéril, por cuanto cada intento, espectacular sin la menor duda, tenía su particular defecto consistente en que esos primeros exploradores de la huida cósmica, por motivos que no acierto a comprender, desembarcaran en la Luna, comprendieran que eso no era la Tierra y, sin embargo, no se quedaran allí. Yo, sabe usted… yo me iría a cualquier sitio», añadió Eszter con un susurro y cerró los ojos, como si imaginase el día en que se dirigiera a su definitiva nave espacial. No podía afirmarse de forma rotunda que la idea de viajar por el espacio, de una estancia prolongada a tal distancia, no le resultase atractiva, pero al cabo de unos instantes ya no pudo sostenerla, y si bien no retiró la última frase ni su tono amargo, no pudo negar para sus adentros el carácter precipitado de su manifestación. No solo porque esa simbólica navegación no tardó

en perder todo su atractivo para su interior (pues: «Seguro que no llegaré lejos y, con la mala suerte que tengo, lo primero que vería desde allí sería la Tierra…»), sino también porque su incapacidad para emprender el más mínimo movimiento resultaba más que evidente. De hecho, ya no deseaba ningún tipo de aventura dudosa, y el frívolo intento de un cambio de aires realmente no era propio de él, y, estableciendo como siempre una diferencia radical entre «la encantadora irrealidad y la miseria de ir a la zaga dando tumbos», no le cabía la menor duda de que, en vez de un viaje mareante de tales características, solo podía contar con la «invariabilidad de estar atado aquí». Solo podía contar, concretamente, con este cenagal urbano, con este pantano contagioso de la estupidez asfixiante, contra el cual había levantado su barricada —ya que no había podido atravesarlo—, después de haber sido sometido a pruebas y torturas durante más de cincuenta años. Contrariamente al —¡ay, fugaz!— éxtasis de la anterior fantasía, esta ciénaga resultaba invencible, y difícilmente podía negar que un breve paseo por ella superaba con creces sus fuerzas. No lo negaba, desde luego, de modo que llevaba varios años sin salir de casa, pues, para anular del todo los progresos realizados en su retirada, consideraba suficientes un encuentro casual en la calle, un intercambio de palabras con algún ciudadano en la esquina, como el que se había producido durante su última e imprudente excursión, por ejemplo. Porque quería olvidarlo todo, todo cuanto hubo de soportar durante décadas vividas entre ellos como director del conservatorio de música: los feroces ataques de la estupidez y el vacío infinito de las miradas, la ausencia total de una mente abierta en la juventud y el olor a estiércol de la tosquedad intelectual en el aire, el peso aplastante, que casi lo chafa también a él, de la mezquindad, de la autocomplacencia, de los cálculos primarios. Quería olvidar a los muchachos revoltosos que le fueran confiados en su día y en cuyos ojos resplandecía de modo inolvidable el deseo de abalanzarse con un hacha sobre el odiado piano, olvidar la «Orquesta Sinfónica» creada por un sentimiento del deber y compuesta por profesores de

música de mirada nebulosa, borrachos y entusiastas, olvidar los aplausos atronadores con que un público agradecido, que no intuía nada, premiaba los logros escandalosos e inconcebibles de una compañía que ni siquiera servía para animar una boda campestre, y olvidar, por último, su lucha por propiciar unos hábitos musicales y sus inútiles súplicas de que no tocaran tan solo una pieza, esa «eterna piedra de toque de su increíble paciencia». Quería borrar de su memoria de una vez para siempre a Wallner, el sastre jorobado, a Lehel, el director del instituto, un hombre de una cortedad insuperable, a Nadaban, el poeta del pueblo, y a Nahovenyecz, el poseído jugador de ajedrez de la torre del agua, a la señora Pflaum, que con su delicado estilo había logrado llevar a la tumba a dos maridos, y al doctor Provaznyik, que con su título poco a poco conseguía lo mismo con todo el mundo, en una palabra, borrar de su memoria a todos, desde la señora Nuszbeck, que no cesaba de tejer, hasta el ya totalmente embrutecido comisario de policía, desde el presidente del consejo municipal, que perseguía a muchachas adolescentes, hasta el último barrendero, olvidar, en suma, «a todo ese amasijo de sombría estupidez».

Y por supuesto, de la que no quería saber nada en absoluto era de su propia esposa, fósil peligrosísimo que, «gracias a Dios», llevaba años separada de él; no quería saber nada de la señora Eszter, que le recordaba sobre todo a los implacables mercenarios de la Edad Media, con la cual había convivido en un matrimonio propio de una farsa infernal debido a un imperdonable descuido juvenil y que en su carácter inimitablemente árido y aterrador reunía, según él, todo cuanto la sociedad del lugar solo lograba expresar de alguna manera mediante «la suma decepcionante de variopintas exhibiciones». En los primerísimos inicios, cuando alzaba la vista de sus apuntes musicales, cuando tomaba conciencia de ser un marido y escrutaba a su pareja, ya le parecía una tarea titánica evitar el asombroso nombre de hada de su esposa, una mujer demasiado madura («Parece un saco de patatas», decía para sus adentros, «¡cómo voy a llamarla Tunde!»); más tarde, sin embargo, ya no le

resultaba problemático nombrarla, si bien jamás pronunciaba en voz alta sus otros y variados apelativos. Porque más que el «aniquilador aspecto exterior de su cónyuge», perfectamente coincidente con la calidad de un indescriptible coro dirigido por ella, lo estremecía la constitución interna de su media naranja; concretamente, se había casado, para gran asombro suyo, con una auténtica miliciana que solo conocía un ritmo, el de la marcha, y una única melodía, el toque de diana. Y como él era incapaz de seguir el compás y un escalofrío le recorría la espalda cada vez que oía el sonido estridente de la trompeta, el matrimonio no tardó en convertirse para él en una trampa de la cual no tenía la esperanza de huir, ni siquiera en la imaginación. En vez de encontrar una «fuerza vital elemental y con la implacable certeza moral procedente, como era de esperar, de un origen humilde» —pues eso había creído en los tiempos inconscientes de su noviazgo, ahora convertidos en funesto recuerdo—, se topó con una «idiotez» sumida en un afán de triunfo rayano en lo patológico, con una «frialdad vulgar» impregnada de un espíritu grosero y cuartelero, con el infierno profundo de la chabacanería, de la insensibilidad, del odio dañino y de la vulgaridad lasciva, ante los cuales se mostró inerme durante décadas. Inerme y desamparado, pues no podía ni soportar todo aquello ni liberarse (la mera mención del divorcio, por ejemplo, habría provocado una inmisericorde venganza…), aguantó treinta años bajo un mismo techo hasta que un buen día, después de tres décadas de pesadilla, su vida alcanzó un punto bajo que «ya no permitía descender más». Sentado ante la ventana del conservatorio municipal, una antigua sinagoga, reflexionaba sobre las inquietantes palabras pronunciadas por el afinador de pianos del lugar, un ciego llamado Frachberger, del que acababa de despedirse hacía unos momentos. Contemplaba la pálida luz crepuscular, veía a los tambaleantes ciudadanos volver con bolsas de plástico en las manos a sus casas por las calles frías y lúgubres, se le ocurrió que poco a poco también debería ponerse en marcha… y en ese instante le sobrevino un ataque, una sensación de ahogo del todo desacostumbrada y

desconocida para él. Quiso levantarse, tal vez para ir a buscar un poco de agua, pero no se le movió ningún miembro, y esto precisamente le permitió comprender que no se veía afectado por una asfixia momentánea, sino por un agotamiento definitivo y letal, provocado por el asco y la amargura, por la miseria insondable de los más de cincuenta años transcurridos, por «esas puestas de sol y esas tambaleantes vueltas a casa». Cuando regresó a su casa situada en la avenida y cerró la puerta de su habitación, se dio cuenta de que no podía más, y decidió descansar: descansar y no levantarse nunca más, para no perder ni un solo minuto, porque en aquel momento, al tumbarse en la cama, ya supo que jamás podría recuperarse de «las toneladas de experiencias de la estupidez, del embrutecimiento, de la tosquedad, de la vulgaridad, del mal gusto, de la grosería, de la estrechez mental, de la ignorancia y de la memez generalizada», que para eso tal vez se necesitaran más de otros cincuenta años. Olvidando toda precaución, avisó a la señora Eszter que abandonara la casa enseguida y comunicó a su departamento que renunciaba en el acto a todos sus cargos y funciones debido al deterioro de su estado de salud, después de lo cual, para su asombro, como si se tratase de un cuento de hadas, su esposa desapareció al día siguiente, y la resolución referida a su jubilación llegó al cabo de pocas semanas, con una rima ilegible, por correo urgente y con deseos «de mucho éxito en sus estudios musicológicos». Así pues, por una clemencia incomprensible del destino, a partir de ese momento nadie lo molestó y pudo vivir dedicado a lo que, en su opinión, era su verdadero cometido: permanecer tumbado en la cama construyendo frases desde la mañana hasta la noche, «siempre conforme a la misma amarga melodía». Cuando se calmaron las primeras oleadas de la sensación de alivio, ya no le cupo la menor duda respecto a las causas del carácter evidentemente excepcional de las gestiones oficiales y del comportamiento de su mujer, si bien el convencimiento generalizado, de que él solo se había retirado de forma tan inesperada porque después de décadas de

investigaciones «en el mundo de los sonidos» había llegado a una fase última y decisiva, se debía a un malentendido, a una hipótesis errónea, que al mismo tiempo, sin embargo, no carecía de cierto fundamento, aunque, en su caso, no se trataba de investigaciones musicales, sino más bien de una intuición contraria a la música, del «descubrimiento rotundo» de un escándalo tapado durante siglos y particularmente desesperante para él. En aquel día decisivo para su destino, durante su habitual recorrido de control nocturno para comprobar que no quedara nadie en el edificio tras la hora de cierre, entró en el aula magna del conservatorio y encontró allí a Frachberger, al que por lo visto todo el mundo había olvidado; y, como en otras ocasiones en que abría la puerta por casualidad durante las tareas mensuales de afinación, fue testigo involuntario del monólogo del anciano concentrado en su trabajo. Normalmente, cuando oía aquel murmullo, Eszter solía retirarse discretamente del aula, sin revelar, por cortesía (o por repugnancia), su presencia, y encargaba a otra persona la misión de avisar al anciano de que era hora de parcharse; esa tarde, sin embargo, ya no encontró a ninguna mujer de la limpieza en el edificio, de modo que no le quedó más remedio que asumir la tarea de despabilar al viejo de su ensimismamiento. Con el diapasón en la mano, sin duda para escuchar mejor los las y mis que fluctuaban, este maniático experto en pianos permanecía como siempre casi tumbado sobre el instrumento y departía alegremente consigo mismo, incapaz de manipular nada sin acompañamiento de la palabra. Sus palabras parecían en un primer momento las propias de una simple e insustancial charla y, de hecho, no eran más que eso desde el punto de vista de Frachberger, pero cuando el anciano volvió a exclamar refiriéndose a «un acorde que había quedado allí por casualidad». («¿Pero cómo es que ha venido a parar aquí esta quinta tan pequeña y bonita? Lo siento de verdad, pero tendré que arrancarte algunas vibraciones…»), Eszter alzó la cabeza. Desde su juventud vivía firmemente convencido de que la expresión musical, ese insuperable hechizo, según él, de las armonías y consonancias, ese

único instrumento del hombre para resistir y reaccionar a la «mugre babosa» del entorno, era, por así decirlo, algo intachable, modélico y perfecto, pero en aquel paraninfo imposible de ventilar, cargado de olor a pachulí barato, tuvo de pronto la sensación de que la cháchara senil de Frachberger violaba vilmente aquel ideal traslúcido. Incluso Frachberger, pensó Eszter mientras la cólera le recorría el cuerpo en aquella tarde ya rayana en la noche; respondiendo a un primer impulso, de modo realmente desacostumbrado en él, echó al sorprendido anciano del edificio y casi le arrojó el bastón blanco en vez de entregárselo, pero quedaron sus palabras, que no logró expulsar y lo torturaron como el aullido de una sirena; y como si hubiese intuido todo cuanto no tardaría en descubrir a raíz de esta verbosidad inocente en apariencia, nunca las pudo olvidar. De sus estudios universitarios recordaba desde luego con claridad aquella frase de que los «instrumentos europeos suenan desde hace doscientos, trescientos años en la llamada afinación temperada», pero no le concedió mayor importancia y tampoco le interesó saber qué ocultaba, en el fondo, esta simple constatación; y como el murmullo solitario y alegre de Frachberger le sugería que había allí una carga turbia e inexplicada, de la cual había de liberar su fe desesperada en la perfección de la música, en las semanas posteriores a su retirada, una vez superados los torbellinos más raudos y peligrosos de su agotamiento, se sumió en este tema de la forma más concienzuda posible, apretando los dientes, cual si el infame ataque hubiera sido dirigido contra él. Y, como descubrió poco más tarde, sumirse en el tema significó sumirse en una lucha dolorosa y liberadora contra la última y tenaz ilusión del autoengaño, pues cuando concluyó la lectura de los libros pertinentes, colocados en el pasillo y despojados de su capa de polvo, concluyó también la última ilusión de la «resistencia musical» mediante la cual había pretendido defender hasta entonces sus valores asediados, y así como Frachberger «había arrancado algo a una quinta pura», él también eliminó todo espejismo del cielo definitivamente oscuro de sus

pensamientos. Extrayendo o, más bien, recordando los conceptos elementales, procuró definir sobre todo la diferencia entre sonido y sonido musical, el hecho de que este último se distingue del simple fenómeno físico por una determinada simetría de sus armónicos fundamentales o, dicho de otro modo, por la particularidad de que las llamadas ondas periódicas de un tono, que contiene toda una serie de vibraciones, se pueden expresar mediante la relación de pequeños números enteros; luego estudió el parentesco entre dos tonos, el fundamento de su consonancia armónica, y constató que la eufonía, es decir, la inteligibilidad musical de su relación, se produce cuando el mayor número posible de tonos concomitantes coincide en el caso de estos dos tonos mencionados o, dicho de otra manera, cuando el menor número posible de ellos se halla en una situación de proximidad crítica; y en todo esto profundizó con el único objeto de analizar por último, sin la más mínima sensación de inseguridad, el concepto de sistema tonal y las fases cada vez más lamentables de su historia, de tal modo que ya se acercó mucho a su descubrimiento decisivo. Como todo cuanto había aprendido en su momento sobre el tema le había resultado indiferente, no recordaba los detalles y tuvo que refrescar la memoria y complementar los datos, de modo que no era de extrañar que, en aquellas semanas febriles, su habitación acabara cubierta de un montón ingente de papeles, de una cantidad tal de cálculos y logaritmos, de comas y céntimos, de indicadores de frecuencias y consonancias, que prácticamente no se podía pisar el suelo. Tuvo que entender el demonio numérico de Pitágoras y ver cómo el maestro griego, respetuosamente rodeado de sus discípulos, elaboró un sistema de intervalos impresionante a su manera, basándose en la distribución de la longitud de las cuerdas, y tuvo que admirar el genial descubrimiento de Aristóxenes, que confió totalmente en su oído, con la experiencia auténtica y el ingenio instintivo del músico de la antigüedad, y, como oía el universo de armonías puras, consideró oportuno afinar su instrumento conforme al célebre tetracordio olímpico, teniendo en cuenta la serie de tonos

concomitantes; es decir, en una palabra, Eszter tuvo que entender y admirar el notable hecho de que «el pensador empeñado en buscar un principio único del mundo y el humilde servidor de la expresión armónica» llegaran a conclusiones asombrosamente parecidas desde sensibilidades del todo distintas. Pero también tuvo que experimentar la consecuencia, el triste cuento de fantasmas de la llamada evolución del sistema tonal, ver cómo la limitación de la afinación natural, es decir, la barrera que debido a los problemas de modulación excluía de manera radical el uso de las tonalidades con los accidentales más alejados y que, por tanto, invitaba a la reflexión, resultaba cada vez más intolerable; dicho de otro modo, Eszter se vio obligado a seguir el funesto proceso por el cual esta cuestión fundamental —o sea, el sentido y el significado de esta limitación— cayó paso a paso en el olvido. Desde Salinas de Salamanca y el chino Tsai-Yun, pasando por Stevin, Praetorius y Mersenne, el camino condujo hasta el organista de Halberstadt, y cuando este resolvió el dilema de una vez para siempre en 1691 mediante la obra titulada *Sobre la temperación musical*, la tarea ya solo consistió en solucionar un complejo problema de afinación de los instrumentos, es decir, en cómo tocar libremente, en todas las tonalidades del sistema europeo de siete grados, con instrumentos de afinación fija. Conservando el derecho a ciertas fluctuaciones, Werckmeister superó la dificultad mediante un golpe audaz: mantuvo solo la distancia exacta entre las octavas, dividió simplemente el universo de los doce semitonos —¡qué le importaba la música de las esferas!— en doce partes iguales y, para comprensible regocijo de los compositores y a pesar de la resistencia rápidamente vencida de cierto inseguro afán por conseguir intervalos absolutamente puros, declaró resuelto el asunto: quedó el hecho indignante, vergonzante y empobrecedor, pensó Eszter asombrado, de que la consonancia maravillosa, esa belleza sonora que lo había mantenido durante toda su vida en la ciénaga pringosa de la frugalidad, «era radicalmente falsa», aunque cada acorde de las obras maestras de varios siglos permitía intuir,

con todo, la existencia de un reino. Los trabajos de los expertos de épocas posteriores no dieron abasto elogiando el inimitable ingenio del maestro Andreas —que más que «descubrir», se nutrió de sus predecesores— y hablaban de la temperación uniforme como si ese engaño fuese la cosa más lógica del mundo, y en su esfuerzo por ocultar el significado real de este hecho, los eruditos iniciados en la cuestión incluso resultaron ser más astutos que el propio Werckmeister y sus predecesores. Ora discutían si, tras el inicio y la expansión de los intervalos iguales, los pobres compositores encarcelados en las nueve tonalidades utilizadas hasta entonces podrían aventurarse a regiones desconocidas e inaccesibles, ora si debíamos enfrentarnos a graves problemas de modulación en el caso de aplicar la afinación natural, sarcásticamente puesta entre comillas, porque, se preguntaban apelando entonces a los sentimientos, quién iba a renunciar a la obra insuperable de «un Beethoven, un Mozart o un Brahms» solo porque, cuando sonaban sus piezas, el sonido se apartaba un poquito de la pureza absoluta. Acordaron aplicar «mano dura», si bien aún quedaban algunos entusiastas inseguros que se atrevían a hablar de un «compromiso» para suavizar las cosas, pero la mayoría enseguida puso también el «compromiso» entre comillas con una sonrisa despectiva, e inclinándose sobre su lector le susurraba, por así decirlo, que la afinación pura era, de hecho, mera ilusión, que los acordes puros no existían en el fondo y, si hubieran existido, nadie habría sabido para qué, pues podíamos prescindir perfectamente de ellos… Fue entonces cuando Eszter reunió y arrojó a la basura las obras maestras sonoras de la limitación humana, proporcionando sin saberlo una gran alegría a la señora Harrer y, lógicamente, al anticuario del lugar, y, una vez concluidos con este peculiar gesto sus torturadores estudios, consideró llegado el momento de sacar las debidas consecuencias. En ningún momento dudó de que en este caso se trataba no de un problema técnico, sino de una cuestión «típicamente filosófica», pero solo en el transcurso de sus reflexiones se dio cuenta también de que, «partiendo de

Frachberger, con sus vibraciones arrancadas a la quinta pura» y pasando por sus apasionadas investigaciones sobre el sistema tonal, había llegado a una inevitable prueba de fe, a un punto en el cual debía preguntarse en qué había basado él, al que realmente nadie podía acusar de iluso, su convicción de que, en efecto, existía el sistema armónico, al que remite toda obra maestra en su aparente intangibilidad. Más tarde, cuando se apaciguaron los primeros y sin duda más amargos embates de la emoción, contempló con mente más fría «aquello que tuvo la ocasión de experimentar», y se conformó, y se sintió al mismo tiempo más aliviado con este saber, pues ya veía claramente lo ocurrido. El mundo, aseguró Eszter, es «solo una fuerza indiferente y un montón de cambios amargos», sus incongruencias se mueven en direcciones contrarias, y es excesivo su ruido, su matraqueo y traqueteo, la campana que toca a rebato para la lucha… y no hay nada más, esto es todo cuanto vemos. Pero «los colegas en la existencia terrenal», todos los que han venido a parar a esta barraca azotada por las corrientes de aire imposible de caldear —incapaces de soportar la expulsión de una supuesta y lejana dulzura— viven en el permanente estado febril de la espera, aguardan algo que desconocen, confían en algo a pesar de todos los indicios en contra, mientras constatan día tras día la absoluta inutilidad de toda espera y toda esperanza. La fe, pensó Eszter, llegando de este modo a su propia estupidez, no significa, pues, creer en algo, sino creer que todo esto no es como es, del mismo modo que la música no es un conocimiento de nuestro mejor yo y de un mundo mejor, sino un hábil método para ocultar, para hacer desaparecer, nuestro yo insalvable y un mundo lamentable, una terapia que no cura y una bebida que adormece. Sin duda, pensó en aquel entonces, hubo tiempos más felices, como el de Pitágoras y Aristóxenes, cuando nuestros antiguos «colegas en la existencia terrenal» no se veían asaltados por la duda y tampoco deseaban salir de las tinieblas de su confianza intacta e infantil, y puesto que sabían que la armonía divina pertenece a los dioses, se conformaban con contemplar

aquella inalcanzable amplitud con la melodía de sus instrumentos afinados de la manera más pura. Más tarde, sin embargo, durante la oprimente liberación de los fenómenos celestiales, todo esto acabó siendo menos que nada; es decir, la arrogancia confusa, que entraba en un caos manifiesto, ya no quería participar de ellos, sino que aspiraba a la totalidad de ese frágil espejismo, y como este se disolvió en polvo apenas fue tocado de manera tan burda, lo creó a su modo como pudo: confió la cuestión a excelentes técnicos, a los Salinas y a los Werckmeister que, sin escatimar esfuerzos, convirtieron la noche en día y lo falso en verdadero y, desde luego, resolvieron la tarea con tal ingenio que al público agradecido no le quedó desde entonces más remedio que mirarse satisfecho y guiñar el ojo con regocijo: «Pues sí, es esto». Pues sí, es esto, dijo Eszter para sus adentros, y por primera vez se le pasó por la mente la idea de hacer añicos o tirar simplemente a la basura el viejo piano del salón, pero no tardó en tomar conciencia de que, a decir verdad, era la forma más segura de no liberarse del recuerdo vergonzante de su creencia, de modo que, tras algunas cavilaciones, decidió dejar el Steinway en su sitio y empezar a castigarse de la forma más adecuada por su infantil error. Equipado con un diapasón y con un oscilógrafo sumamente sensible (que no resultaron fáciles de conseguir «debido a los serios problemas de abastecimiento que había de afrontar el comercio»), pasó a partir de ese instante varias horas diarias junto a su enclenque instrumento, y como solo se centraba en los aspectos previsibles de su trabajo, consideró que lo que escuchara entonces no lo pillaría de sorpresa. Fue una época de reafinación generalizada o, como él mismo señaló, «una esmerada revisión de la obra de Werckmeister» y, por tanto, de sí mismo; pero mientras aquella se saldó con un éxito, no podía afirmar otro tanto, para ser franco, de la reorganización de sus propios sentimientos. Porque cuando llegó el día y pudo sentarse por fin ante el piano reafinado conforme al espíritu de Aristóxenes con el firme propósito de tocar una sola obra en lo que le quedara de vida, las perlas dotadas de los accidentales más remotos de *El*

*clave bien temperado*, una creación inagotable, insuperable y sumamente apropiada para su objetivo, oyó ya en el preludio en do sostenido mayor, elegido en primer lugar, en vez de su característica «fluctuación irisada», un chirrido insoportable, para el cual, tuvo que reconocer, no había manera de estar preparado. Y el célebre preludio en mi bemol menor, tocado en este instrumento elevado al plano de la pureza divina, le recordó una espantosa boda campestre, cuando, entrando de puntillas y soñando con un futuro previsible, la novia bizca, jamona y borracha como una cuba se mezcla de pronto, procedente de las habitaciones traseras, entre los desamparados invitados, empeñados en eructar, ebrios por la bebida y caídos ya de las sillas; también le resultó insoportable el preludio en fa sostenido mayor —que remite al estilo de la obertura francesa— del segundo libro, y todos los otros que empezó a tocar para apaciguar sus tormentos. Y si hasta entonces había vivido una época profunda de «reafinación generalizada», a partir de ese instante empezó un largo período de dolorosa habituación, de tenaz trabajo de adiestramiento, que puso a prueba todas sus fuerzas, y meses más tarde, al darse cuenta de que no podía habituarse, pero sí soportar ese ruido estridente, decidió reducir la sesión de tortura diaria de dos horas a una. Eso sí, jamás la dejaba pasar, ni siquiera cuando Valuska fue a parar a la casa, e incluso no tardó en iniciar a su joven amigo, convertido en único confidente desde su cargo de portador de comidas y mozo para todo, en el doloroso secreto de sus profundos estremecimientos y en los tormentos diarios de la autoflagelación. Le explicó la estructura de una escala, le aclaró que los siete tonos fijados aparentemente de forma arbitraria no son simplemente la séptima parte de una unidad llamada octava, y que no se trata, pues, de un sistema mecánico, sino de siete cualidades distintas, como las Pléyades en el cielo; le puntualizó las notables limitaciones del sonido musical, los «criterios de la identificación», es decir, que una melodía —precisamente por las diferentes cualidades de los siete tonos— no puede tocarse partiendo de cualquier nota de la octava, del mismo modo que «una escala no es

la escalera uniforme de un templo, sabe usted, donde podemos correr libremente arriba y abajo hacia los dioses»; lo introdujo en la triste historia del sistema tonal, le presentó «la miserable tropa de sobresalientes técnicos», desde el ciego burgalés hasta el matemático flamenco, y al mismo tiempo no desaprovechó ninguna oportunidad para tocar su favorito algo de Johann Sebastian Bach, como ejemplo, por así decirlo, de cómo suena esta admirable obra cuando «la interpretamos al piano de los celestiales». Durante años, día tras día, cada tarde, tras tomar unos pocos bocados y apartar, desganado, el almuerzo, compartía con él de este modo sus deberes de penitencia, y confiando en poder descubrir así el misterio del papelito y de la maleta agarrada con nerviosismo por su amigo, decidió hacer otro tanto ese día, es decir, «tocar algo… de Johann Sebastian… para aprender»; sin embargo, tuvo que renunciar al intento, pues o bien él mantuvo un silencio demasiado prolongado después de pronunciar esta frase, o bien Valuska sacó fuerzas de flaqueza: el hecho es que el huésped de los ojos radiantes fue el primero en hablar, y cuando confesó tartamudeando, para empezar, su papel en el asunto de la maleta, Eszter comprendió enseguida que no lo habían engañado sus malos presentimientos. No lo habían engañado en cuanto a la noticia en sí… aunque no había esperado en absoluto que le llegara de tal remitente, si bien… en el fondo… tampoco le resultó tan inesperado, pues desde el momento en que su mujer dejó la casa a la primera palabra, él supo que ella no perdonaría ni toleraría la expulsión y que volvería a presentarse, como alguien decidido a vengarse de la violación de sus derechos o, para ser más exacto, de la fría declaración de su nulidad. En vano parecía antediluviano aquel día de su partida, en vano habían pasado los años: en ningún momento se entregó él a la ilusión de no ser molestado nunca más por la señora Eszter, pues si el «olvido del divorcio formal» no le hubiera servido para abrir los ojos, la farsa alrededor de la maleta de la ropa sucia debía inducirlo necesariamente a comprender que «esta señora no había renunciado a nada»: se refería Eszter a la ridícula

comedia por la cual, desde su retirada, la voluminosa mujer le lavaba, supuestamente a escondidas, la ropa sucia y la enviaba de vuelta como si viniese de la lavandería, por mediación de Valuska, de cuya bondad y credulidad no era difícil abusar. «Esto es, más o menos, para lo que sirve: para lavar la ropa sucia», así resolvió Eszter el asunto en su día, y ahora tomaba conciencia del alto precio que había de pagar por su ligereza, pues no tardó en descubrir que esta maleta guardaba la ropa de su esposa, la cual trataba de indicar mediante esta señal vulgar y en absoluto sorprendente que «esa misma tarde volvería a casa». Sin embargo, esto, que ya era bastante, no significaba nada realmente característico, ni tampoco un acto de venganza, sino una simple y repentina perturbación que bien podía haberse apoderado de ella, y Eszter no atinaba a comprender cómo era posible lo que estaba ocurriendo, hasta que de las palabras ahogadas de Valuska dedujo de golpe y porrazo que la «revolución» inimitablemente maligna de la señora Eszter estaba aún por venir. No, todavía no se mudaría a casa, anunció la mujer a través de Valuska, quien, a buen seguro por temor a ella, no cesaba de elogiarla; sin embargo, al mismo tiempo insinuaba sutilmente que podía hacerlo en cualquier momento y que por ahora solo le pedía que se pusiera a la cabeza de un movimiento de limpieza que, según ella, «lo había elegido como líder». Enviaba también una lista, coligió Eszter de las entusiastas palabras de Valuska, una lista con los nombres de los ciudadanos más distinguidos de la población, los cuales habían de ser ganados para la causa, con el fin de que limpiaran por fin —¡en plan competitivo!— el entorno de sus casas, y todo esto, para colmo, no debía empezarlo mañana, sino ese mismo día, en el acto, pues cada minuto que pasaba resultaba demasiado caro… y para que no tuviera dudas en cuanto a las posibles consecuencias en el caso de no actuar conforme a las indicaciones, había también, al final del recado, una opaca referencia a una «cena conjunta, esa misma noche…». No abrió la boca mientras habló su amigo ni dijo palabra cuando Valuska —sin duda intimidado por la vieja bruja—

dejó de alabar la «fidelidad e incomparable solicitud» de la señora Eszter, sino que permaneció tumbado, mudo, en la cama francesa mullida y despojada de todo adorno, buscando otra vez las huellas de las chispas esparcidas delante de la estufa. ¿Oponerse? ¿Romper el papel? ¿Atacarla con un hacha cuando se acercara a la casa, «esa misma noche», como hacían ahora los muchachos revoltosos en el conservatorio de música liberado? No, dijo Eszter para sus adentros, nada podía hacer él contra una fuerza tan infame, o sea que apartó la manta, se quedó un rato sentado con la espalda encorvada al borde la cama y luego se despojó con lentos movimientos de la bata. Para indecible alivio de su amigo, la decisión de interrumpir por un breve lapso de tiempo «el disfrute inestimable del salutífero olvido» debido «a esa corpulenta *vis maior*» fue tomada de forma rápida e inequívoca, aunque no se produjera por un temor irracional, sino por la intuición inmediata, surgida en un abrir y cerrar de ojos, de que —no estando dispuesto a ningún tipo de lucha y procurando evitar lo peor— solo existía para él una posibilidad: aceptar el chantaje sin la más mínima señal de resistencia. De hecho, no era preciso dar muchas vueltas para llegar a esta conclusión, pero durante los preparativos para salir, ya no se vio tan decidido e incluso cuando encargó a Valuska «desinfectar» el lugar y salió de la sala para depositar provisionalmente la maleta en el lugar más alejado de la vivienda («al menos la maleta, pues resulta imposible hacer otro tanto con su presencia, que realmente no puede calificarse de espiritual…»), se quedó desconcertado delante del armario. No es que estuviese indeciso en cuanto a su elección, sino que simplemente no sabía por dónde agarrar ni cómo emprender su tarea, y como alguien que durante un largo minuto olvida cuál es el siguiente paso en una serie de movimientos, solo permanecía de pie, mirando la puerta del armario, que luego abrió y volvió a cerrar. Lo abrió y lo cerró y volvió a la cama para, desde allí, dirigirse de nuevo hacia el armario, y como fue tomando conciencia poco a poco de su desamparo, intentó centrar su atención en un único punto y decidir por fin si convenía elegir el traje negro, más

apropiado para la fúnebre misión, o el gris, que encajaba perfectamente con el color sepulcral de la bóveda celeste. Consideraba acertada ora esta, ora aquella solución, de manera que tampoco tomó decisión alguna en cuanto a la camisa, a la corbata, a los zapatos y al sombrero, y si Valuska no hubiese empezado entonces a traquetear en la cocina con la fiambrera de la comida y él mismo, despabilado quizá por el estruendo, no hubiese comprendido por fin que no necesitaba ni el negro ni el gris, sino un tercer traje muy distinto que pudiese protegerlo como una coraza en el exterior, no habría sido capaz de decidir hasta la noche cuál de los dos trajes era, en definitiva, el más adecuado. Porque habría preferido elegir no entre chaquetas, chalecos y abrigos, sino entre yelmos, corazas y espinilleras, pues sabía perfectamente que la humillante ridiculez de la tarea que le había sido impuesta —es decir, la de convertirse en inspector de basuras de la ciudad por obra y gracia de la señora Eszter— suponía una menudencia en comparación con los riesgos y dificultades que encontraría de forma inevitable al cabo de poco tiempo, como le había ocurrido hacía dos meses cuando salió hasta la esquina a dar un breve paseo. Tendría que toparse con la tierra, el aire y la sinuosa ilusión de la amplitud, con el significativo diálogo «entre las cumbreras ansiosas de precipitarse al suelo y las cortinas de encaje almidonadas hasta la eternidad», y había de contar con las llamadas «eventualidades callejeras», es decir, con la feliz casualidad de tropezarse inevitablemente con fulano, con mengano y con zutano, a lo cual se sumaba, para colmo, el complejo detalle de que confiaba en encontrarlos.

Debería escuchar impávido sus implacables manifestaciones de alegría por verlo de nuevo entre los vivos y aguantar que, con el desenfreno legalizado propio de los transeúntes, lo cubrieran con el amplio repertorio de sus más característicos encantos espirituales, y sobre todo —pensó ensombreciéndose— tendría que mostrarse ciego y sordo ante su asfixiante simpleza para no caer en la trampa de la simpatía irreparable, de la compasión mezclada con la

repugnancia, de las cuales lo preservaba desde su retirada «la divina distracción reconocida como una gracia». Confiando en que su ayudante seguiría quitándole de los hombros la carga de los detalles, no se ocupó en absoluto del método para llevar a cabo la misión, porque tampoco le interesaba la empresa en sí, pues le daba igual convertirse al cabo de poco tiempo en jefe de un curso de costura, de una competición de plantar flores en macetas o de esta sin duda obsesiva operación de barrido, y como de este modo podía concentrar todas sus fuerzas en oponerse a sinuosas ilusiones, cuando acabó de vestirse y echó un último vistazo al espejo para contemplar su impecable traje (gris, por cierto), vislumbró una mínima posibilidad de volver indemne de ese paseo que prometía ser una tortura, con el fin de proseguir exactamente donde por desgracia los había interrumpido debido a la previsible, pero no por eso esperada, exigencia de la señora Eszter, de proseguir, pues, sus elocuentes análisis sobre el lamentable estado del mundo o una serie de pensamientos, difíciles de plasmar en palabras, sobre la fugacidad de las chispas que salían volando de la estufa y sobre «un espíritu misterioso y maligno». Vislumbró una mínima posibilidad en este sentido, pero no sabía que no le haría falta ningún esfuerzo para oponerse a los riesgos y dificultades antes mencionados: después de recorrer con Valuska, que seguía balanceando alegremente la fiambrera de la comida que acababa de lavar, el pasillo, flanqueado por una biblioteca cuyos efectivos no cesaban de menguar semana tras semana, y cruzar la penumbra del portal para salir a la calle, tuvo la sensación de haber absorbido algún producto tóxico, probablemente debido al aire cortante, pues sintió tal mareo al cabo de pocos metros que, durante un buen rato, en vez de tener que vérselas con «las avalanchas arrasadoras de la simpatía conciudadana», solo tuvo que enfrentarse a una única pregunta, la de saber si conseguiría mantenerse en pie en ese espacio opaco, confuso y oscilante y si no convendría ponderar la opción de emprender la retirada en el acto, «antes de que —añadió — los pulmones, el corazón, los tendones y los músculos

respondieran con un no unísono a la siguiente pregunta: ¿queremos seguir participando en esto?». Volver a casa, encerrarse en la sala y acomodarse de nuevo entre las mantas y almohadas, envuelto en un calor agradable: se trataba, desde luego, de una idea atrayente que, sin embargo, no podía, en rigor, ser considerada, por cuanto sabía lo que le esperaba «en el caso de desobedecer a la orden». Así pues —si bien no le habría costado mucho juguetear con otra idea seductora, la de «matar a esa mujer, esa misma noche»—, recobró por fin el equilibrio apoyándose en el bastón y en su amigo, que acababa de arrimarse a él con cara preocupada («¿Le pasa algo, señor Eszter?»), apartó decididamente cualquier plan referido a una guerra defensiva y prosiguió su camino cogiendo del brazo a Valuska y procurando aceptar como un estado natural la incierta situación del mundo que se tambaleaba a su alrededor. Prosiguió su marcha y, convencido de que su ángel guardián —tal vez por un comprensible temor a esa mujer o quizá impulsado por la alegría de poder mostrarle por fin el escenario de sus eternos peregrinajes— lo arrastraría incluso medio muerto por la ciudad, no inició a su amigo en los detalles de sus síntomas, no mencionó el hecho de que se mareaba y se sentía cada vez más débil, y se limitó a disipar su preocupación con una frase vacua («No, nada… nada en particular…»); y mientras Valuska, calmado al enterarse de que nada amenazaba su camino, empezó a hablar con entusiasmo del nacimiento matutino de la viscosa aurora arremolinada a su alrededor y lo hizo, tal era su costumbre, como si se tratara de un hechizo fascinante que se repetía una y otra vez, Eszter —superando con creces sus esperanzas, es decir, realmente ciego y sordo— solo se preocupó de su equilibrio, solo se interesó en cómo poner un pie delante del otro con el fin de llegar sano y salvo al menos a la siguiente esquina, donde se tomarían un descanso. Tenía la sensación de que una capa de piel le crecía sobre los ojos, de que flotaba en una nada brumosa; le zumbaban los oídos, le temblaban las piernas y una fiebre le inundaba el cuerpo. Creo que me voy a desmayar, pensó, pero no sintió miedo ante la posibilidad

de perder espectacularmente la conciencia, sino todo lo contrario: deseó que ocurriera, pues caer desmayado en plena calle y volver a casa en camilla, rodeado de curiosos asustados, pensó, supondría el fracaso del proyecto de la señora Eszter y significaría escapar del modo más sencillo de la trampa. Para que se produjera este hecho afortunado, consideró suficiente un total de diez pasos; para descubrir que el hecho, por desgracia, no se produciría le bastó, sin embargo, la mitad. Ya había llegado a la altura de la calle Negyvennyolcas cuando, en vez de caer inconsciente al suelo, empezó a sentirse mejor; el temblor desapareció de las piernas, el zumbido en los oídos se detuvo e incluso el mareo se calmó, para gran tristeza suya, hasta el punto de que no le quedaba ninguna excusa evidente para interrumpir el paseo. Se detuvo y volvió a oír y a ver; y como veía, se sintió obligado a mirar alrededor y enseguida se dio cuenta: desde su última salida, algo le había ocurrido decididamente a esta «invencible ciénaga urbana». En el caos mareante de los primeros momentos no pudo precisar qué, pero tuvo que reconocer que la cháchara de la señora Harrer no carecía de cierto fundamento. No carecía de cierto fundamento, aunque al mismo tiempo algo le sugería que, con todo, la señora Harrer no hacía honor a la verdad, pues tras elegir el primer lugar de descanso en el cruce de la calle Negyvennyolcas y la avenida, Eszter se percató de que, «mirándolo bien» y en contra de la opinión de su pegajoso ayudante, su «querida localidad natal» ofrecía tal espectáculo que no parecía hallarse a las puertas del fin del mundo, sino más bien haberlas franqueado ya. Lo asombroso era que en vez de la usual estupidez y falta de objetivos de los transeúntes, de la paciencia atemporal y ávida de acontecimientos que se dibujaba en los rostros apostados en las ventanas, en un palabra, en vez «del olor habitual a estiércol propio del embotamiento espiritual», la avenida Báró Béla Wenckheim y las escasas calles adyacentes presentaban una desolación desconocida hasta entonces y el «enorme vacío» de las miradas había sido sustituido de manera evidente por el silencio desértico del abandono. Llamaba la

atención, además, que mientras el despoblamiento generalizado sugería algún golpe mortal, todos los accesorios y bastidores de la vida seguían básicamente intactos y en pie, cosa esta que no ocurre siquiera en el caso de una huida alocada como reacción a la noticia de la inminente llegada de la peste. Todo era extraño y sorprendente, pero lo que más le chocó fue darse cuenta de que, si bien no conseguía explicar la impresión instintiva, según la cual se hallaba en un espacio escandalosamente caótico, si bien no encontraba la llave necesaria para entrar en el meollo de esta experiencia sin duda real, se sentía al mismo tiempo cada vez más convencido de que el espectáculo poseía un núcleo que él veía a buen seguro, pero que no acababa de identificar, un punto fundamental en el cuadro cada vez más claro, un punto al que podía remontarse todo lo demás, es decir, el silencio, el abandono y el estado intacto, aunque carente de alma, de las calles muertas. Apoyando un hombro en la jamba del portal que le servía de lugar de descanso, contemplaba los edificios de enfrente, el tamaño de los resquicios en los dinteles de puertas y ventanas y las vigas de unión visibles como manchas, y luego, al tiempo que Valuska derramaba palabra tras palabra, palpó el revoque a sus espaldas por ver si el material que se desmenuzaba entre sus dedos le revelaba lo ocurrido. Observó las farolas, las carteleras y las copas desnudas de los castaños y recorrió con la mirada la avenida hasta ambos extremos, buscando la explicación en una posible alteración de las distancias y medidas. Sin embargo, no encontró la solución, por lo que buscó cada vez más lejos y más arriba el eje capaz de explicar la imagen desordenada de la ciudad, hasta llegar a la conclusión de que, para esclarecer la situación, resultaba del todo inútil contemplar ese cielo de color crepuscular, a pesar de ser la primera hora de la tarde. Porque el cielo, masa impenetrable y compleja que pesaba sobre ellos, se mantenía inalterado, no solo en su sustancia, sino incluso en sus matices, constató Eszter, y ya que esto le sugería que no tenía ningún sentido suponer el más mínimo cambio aquí abajo, decidió frenar su ímpetu investigador, abandonar

las averiguaciones y atribuir esa «primera impresión instintiva» al funcionamiento equivocado de sus sentidos sometidos a tantas pruebas. Decidió abandonar cualquier intento en esta dirección, y mientras tomaba conciencia de que, teniendo en cuenta la progresiva mejora de su estado de salud, no podía contar con el final feliz de un prometedor desmayo, siguió clavando la vista en la impávida cúpula de la bóveda celeste —que, según las sonoras palabras de Valuska, «irradiaba noticias infinitamente positivas»—, hasta que de pronto, como aquel profesor que, según cuenta la divertida anécdota, encuentra sobre su propia nariz las gafas supuestamente perdidas, descubrió que bastaba con mirar a sus pies, pues allí se hallaba lo que buscaba, hasta el punto de que él mismo estaba encima. Estaba parado encima, lo estaba pisando desde hacía un buen rato y seguiría pisándolo de allí en adelante, y al tomar conciencia de que la inesperada proximidad del objeto explicaba su tardío descubrimiento, a pesar de estar a la vista, y de que había ignorado la solución precisamente por su tangible o, mejor dicho, pisable inmediatez, se convenció también de que su primera impresión, según la cual el espectáculo era «propio del fin del mundo» y de un «desorden escandaloso», no era en absoluto desacertada. Lo pasmoso no era el mero hecho en sí mismo, por cuanto la ciudad, a raíz de un tácito acuerdo —de que el afán por apoderarse de todo no debía extenderse hasta allí— tomaba el espacio público por una tierra de nadie, de suerte que ni Cristo se ocupaba desde hacía tiempo del llamado mantenimiento de las calles; y lo que le llamó la atención no fueron algunas características concretas y poco habituales de esa marea inútil, sino sus dimensiones, que Eszter, aun calificándolas solo de «¡notables!» para sus adentros, consideró realmente inconcebibles, en oposición a las más de veinticinco mil almas que pasaban día tras día por encima (entre ellas, la señora Harrer, la cual a buen seguro se lo hubiera contado, si se hubiese percatado de ello). «Eso», pensó aturdido, no se podía ni arrojar ni traer a este lugar, y como aquello que veía superaba todo cuanto cabía en una mente normal,

consideró que, a pesar del absurdo, había motivos suficientes para atreverse a afirmar que «resultaba en alto grado dudoso suponer la intervención exclusiva de la ilimitada negligencia y despreocupación humanas» en la existencia de esta «terrible obra». ¡Las dimensiones, las dimensiones!, pensó Eszter sacudiendo la cabeza. Ya ni siquiera fingió escuchar el interminable informe de Valuska sobre sus experiencias, sino que se limitó a contemplar la ingente marea de la «terrible obra» y solo entonces se vio en condiciones de nombrar aquello cuyo carácter extraordinario por fin acababa de descubrir a eso de las tres de la tarde. La basura. Hasta donde llegaba la vista, las aceras y calzadas estaban cubiertas por una coraza casi ininterrumpida de desperdicios, y el flujo de mugre aplastado y helado por el frío glacial serpenteaba por el crepúsculo con un centelleo que no pertenecía a este mundo. Allí había de todo, desde corazones de manzana hasta botas, desde correas de reloj hasta botones de abrigos y llaves oxidadas, todo cuanto el ser humano, constató Eszter fríamente, deja tras de sí como señal para el recuerdo; aun así, no lo asombró este «museo helado de la existencia carente de objetivos en este mundo», por cuanto su contenido no se distinguía en nada del estado anterior, sino el hecho de que la capa resbaladiza emitía un vago resplandor plateado y fosforescente entre las casas, cual si fuese la sombra de la bóveda celeste. Saber dónde estaba lo tornó cada vez más sobrio; no perdió en absoluto la capacidad de analizar fríamente la situación, y cuanto más observaba, como si mirase desde una atalaya, aquel increíble laberinto de porquería, más se convencía de que «sus colegas en la vida», incapaces de darse cuenta de nada, no podían ser acusados de esta síntesis perfecta y monumental de la decadencia, «ni siquiera aceptando la hipótesis de la cohesión social». Era como si se hubiese abierto la tierra para mostrar cuanto había debajo de la ciudad, o como si —pensó Eszter mientras golpeaba con el bastón el pavimento del portal—, como si un cenagal espantoso de basura hubiera emergido a las calles, atravesando la delgada capa de asfalto. Fango sobre el cenagal, he aquí el fundamento teórico de la

situación, pensó Eszter, y se quedó mirando la marea inmóvil, y por un momento tuvo la sensación de ver hundirse en ella las casas, los árboles, las farolas y las carteleras. ¿Conque esto sería, se preguntó, el llamado Juicio Final? ¿Que la basura nos trague a la chita callando, sin trompetas ni jinetes, sin aspavientos? Como salida final, consideró Eszter mientras se arreglaba la bufanda, no sería nada sorprendente, y dando por concluido el análisis de la situación, poniendo punto final a sus averiguaciones, pensó que ya era hora de proseguir la marcha. Pero la mera idea de abandonar el suelo de hormigón del portal y pisar la tambaleante acera le inspiró una inseguridad comprensible, ya que la gelatina inmóvil y helada de esa basura flotante parecía gruesa y al mismo tiempo fina como una película, increíblemente resistente y al mismo tiempo frágil como hielo de un día que se rompe a la primera pisada. Gruesa e irrompible para la conciencia, según la cual todo cuanto había delante era la mera superficie de una masa inconmensurable, pero al mismo tiempo fina como una película para el cuerpo, que temía que no lo aguantara si se atrevía a pisarla, y mientras oscilaba un buen rato entre quedarse o ponerse en marcha, decidió lo siguiente, respondiendo a su resistencia que acababa de resucitar a regañadientes: «debido a las circunstancias extraordinarias», entregaría la lista al primer ciudadano que pasara, simplificando así de forma considerable el método prescrito por la señora Eszter; que resuelvan ellos esta empresa avalada por su nombre, esta empresa cuyo desatino, dada la situación de la ciudad, era propio de una sensibilidad increíble… él había de regresar con urgencia, si es que aún estaba a tiempo, de esta lava solidificada de basura lunar, por consideración a su estado de salud y a su integridad intelectual. A todo esto, sin embargo, pocas posibilidades había de toparse con alguien, la «vida orgánica», la vitalidad en general solo estaba representada en la avenida Báró Béla Wenckheim por una única especie, por la vigorosa estirpe de los gatos, cuyos miembros de blandas pisadas, agrupados en manadas más o menos grandes, patrullaban perezosamente entre restos helados de objetos

desechados por inútiles, pero para ellos todavía prometedores. Animales gordos y evidentemente salvajes, parecían pertenecer a una especie que ha despertado de un largo sueño y vuelve de forma evidente a sus ancestrales tendencias —de fieras— debido a ciertas circunstancias favorables; testigos y emperadores de un crepúsculo anunciado pero, al parecer, aplazado hasta el infinito, eran los nuevos señores de una ciudad donde, en opinión de Eszter, «se observaba un considerable progreso en el campo del desenlace general». No cabía la menor duda de que estos gatos ya no le tenían miedo a nada, y como si quisiesen demostrarlo a las claras, una manada que rondaba allí cerca, incluido un gato que llevaba dos ratas entre las fauces y por lo visto no sufría de hambre, se aproximó a ellos —a esos dos ejemplares de sus antiguos patrones que descansaban en el portal— y lo hizo con descarada audacia, como si vislumbrara la posibilidad de algún botín. Eszter no les concedió particular importancia, aunque, al verlos, amagó un gesto pretendidamente intimidador, pero no consiguió ahuyentar a esa banda carente de escrúpulos y alimentada hasta la saciedad; con esta señal propia de una autoridad antigua que ha perdido peso solo consiguió obligar a la manada a una lenta y mínima retirada, pero no logró librarse definitivamente de ella; pues cuando, una vez concluida la parada (como resultado de la oscilación entre quedarse o ponerse en marcha), reemprendieron el paseo en dirección al cine y al hotel Komló, los felinos, en vez de esfumarse, les siguieron la pista durante un buen rato, «como si tuviesen conciencia animal del cambio de las relaciones de fuerza», aunque luego —cuando Valuska entró en el hotel para poner la comida de Eszter en el recipiente— los dejaron como si se hubiesen aburrido de perseguirlos y, tras dispersarse entre unos montones de basura de aspecto más nuevo, reanudaron con la sagacidad de siempre su búsqueda interrumpida de trozos de carne, huesos de pollo y ratas vivas. Como si se hubiera celebrado un desenfrenado festival de música popular en aquel sitio, gran cantidad de vidrios de botellas de aguardiente yacían ante la fachada muda del hotel, mientras que

al otro lado —con el morro casi incrustado en la mercería de Schuster— se hallaba un autobús totalmente destrozado y saqueado, apoyado sobre los ejes delanteros como si se hubiese arrodillado; luego, cuando Valuska se reunió de nuevo con él, llegaron hasta el café *El Hogar*, y Eszter tuvo que ver también el célebre álamo mentado por la señora Harrer (el cual, harto ya de agarrarse, se había desprendido de la tierra y permanecía tumbado cual inofensivo gigante, atravesando el angosto pasaje Hétvezér), y planteó entonces a su compañero la siguiente pregunta, visiblemente impresionado por cuanto había visto, aunque pensando únicamente en la basura: «Dígame, amigo mío, ¿ve usted lo mismo que yo?». La intención, sin embargo, de compartir con él su asombro resultó a la postre inútil, pues en el momento mismo de plantear la pregunta ya se dio cuenta de que no conseguiría su propósito, porque después de un fugaz momento de confusión (Eszter no sabía si suyo o del otro) no le fue difícil deducir de la mirada radiante de Valuska que este —que acababa de concluir su relato sobre sus visiones matutinas— estaba ocupado en otros menesteres; en efecto, pensó Eszter, si hasta el instante nada le había llamado la atención en esta pesadilla, acostumbrado como estaba Valuska al decorado de sus interminables peregrinajes, por qué iba a hacerlo precisamente ahora, ahora que la mirada radiante demostraba que su compañero vivía como un acontecimiento sublime y festivo ese triste arrastrarse, ese intento de mantener el equilibrio sobre un terreno espantoso; como si solo la deformación causada por la falsa perspectiva de la debilidad y del asombro explicara que él, Eszter, reconociendo tarde su error, encontrara una ciudad fantasma en lugar de la antigua. Desde que salieron de casa, había concentrado todas sus fuerzas en la inspección y definición precisa de la situación, no se había interesado por las palabras del otro y prácticamente solo notaba su presencia porque iban del brazo; en ese momento, sin embargo, comprendió tardíamente que su atención solo poseía a la postre un único objeto, el propio Valuska, con su abrigo enorme y basto de cartero, con su gorra, con

esa fiambrera que balanceaba alegremente. Como siempre había contado con una sociedad básicamente irremediable, pero capaz de funcionar (lo cual era un error), hasta el momento jamás se le había pasado por la cabeza que algo pudiese poner en peligro el orden riguroso, seguro y periódico de su «presencia angelical» al mediodía y por la tarde, ese orden con que organizaba en torno a Valuska los días planificados de un modo inalterable, esa regularidad extraordinaria y aún así, en apariencia, natural de las visitas de su joven amigo, y esta fue la primera vez desde su primer encuentro que, al tomar conciencia de la osadía e inconsciencia de su ayudante —allí, después de pasar por el café *El Hogar*, en ese día que con buen motivo podía considerarse excepcional—, Eszter sintió una profunda preocupación. Al ver esta variante definitiva y acabada del paisaje humano y comprender e imaginar al mismo tiempo que este ser cándido, cegado por sus propias estrellas internas, iba y venía todos los días y todas las noches por esa basura peligrosísima sin saber por dónde caminaba ni qué lo amenazaba («como una mariposa rara, frágil, concentrada en su vuelo, en un bosque en llamas…»), al captar todo esto reconoció al mismo tiempo que no era él quien necesitaba protección, sino más bien su fiel ayudante, de modo que en un abrir y cerrar de ojos tomó la siguiente decisión: si lograban llegar a casa, no dejaría que Valuska se marchara de su lado. Había vivido durante décadas en la creencia de que con sus argumentos basados en la razón y el buen gusto rechazaba un mundo que, carente de razón y de buen gusto, bien podía definirse precisamente por esta falta; ahora, sin embargo, mientras caminaba por el silencio de muerte reinante entre el pasaje Hétvezér y la calle del Ayuntamiento, tuvo que reconocer que su claro razonamiento y su insistencia obstinada en el llamado «buen juicio» aquí ya no servían de nada, pues, aunque esta ciudad —que, extendiendo el concepto, bien podía calificarse de mundo— no había perdido su realidad asesina, sí había extraviado, por lo visto de manera irrecuperable, la insoportable autenticidad que olía a tierra. A pesar de sus inútiles intentos, tuvo que comprender al cabo

que sus habituales e ingeniosas soluciones «eszterianas» no le servían de nada, que las frases que probaba y, en general, la soberbia y arrogancia intelectual carecían aquí de sentido, al tiempo que se apagaba el significado de las palabras —como la luz de una linterna que se ha quedado sin batería— y el objeto al que se refería dicho significado se desmoronaba bajo el peso de más de cincuenta años para dar pie al decorado irreal de un *Grand Guignol*, donde cualquier palabra sensata y cualquier pensamiento sensato carecían de validez y solo causaban confusión. Con un mundo en que el «como si» y el «como» habían caído del encabezamiento de las afirmaciones, con un reino vacío que quería eliminar a quienes vagan por él no por su incomprensión u oposición, sino simplemente porque no encajaban, con una «realidad» así, él no tenía ninguna relación, pensó Eszter con profundo asco y rechazo, aunque en ese mismo momento, a decir verdad, le habría costado negar que realizar, caminando por el laberinto, tales aseveraciones cargadas de dignidad y arrogancia solo podía definirse como lamentable extravagancia. Aun así, las realizaba; pero al cabo de un rato, cuando llegaron al siguiente punto de descanso junto al quiosco de periódicos de la calle del Ayuntamiento, y su amigo, en respuesta a su anterior exclamación, le comunicó para tranquilizarlo que conocía la causa de ese «extraño despoblamiento» y empezó a explicarla con encendidas palabras, Eszter solo quiso saber si, una vez concluidas las gestiones, lograría rescatarlo de allí y si no sería preferible atrincherarse con él en la casa de la avenida Wenckheim. Ya no le interesaba lo que ocurría en aquel lugar ni lo que vendría después de la basura, ya nada le interesaba, sino tan solo poner a salvo, «antes de que acabase el drama», a este hombre que casualmente se había extraviado por allí, esconderlo como «una pacífica melodía en una cacofonía», ocultarlo en la casa para que nadie nunca lo encontrase, guardarlo, pensó con insistencia, como último recuerdo de que en su día, antaño, había existido al menos un representante de carne y hueso de un «vagar emocionado, solitario y poético». Apenas prestaba atención al entusiasmado

informe de Valuska sobre sus experiencias matutinas —sobre una ballena, concretamente, en la plaza Kossuth, que no solo había atraído a los lugareños, sino también a «cientos de habitantes de los alrededores», según palabras expresadas por el testigo con evidente, aunque perdonable, exageración—, porque de hecho solo le preocupaba saber cuánto tiempo tardarían en reformar el edificio de la avenida para convertirlo en fortaleza «frente a cualquier desgracia y agresión». «¡Están todos allí!», declaró su compañero y, mientras seguían avanzando por la calle Principal hacia la sede de la Oficina de Aguas —nombre que sonaba a sarcasmo en los últimos meses—, empezó a esbozar febrilmente la maravillosa vivencia en que participarían si contemplaban juntos, como coronación de su paseo, al insuperable gigante; todo esto, el hombre del circo de camiseta y nariz de boxeador, la espera de varias horas por parte de la multitud que supuestamente inundaba la plaza del Mercado, las increíbles dimensiones de la ballena y su inconcebible y legendario carácter, toda esta descripción no desilusionó a Eszter, sino que, por el contrario, echó más leña al fuego, pues de cuanto veía solo podía deducir que esa bestia mágica, por su mera existencia, no coronaría (¡en un futuro, para colmo!) la amarga caminata, sino más bien «los imprevisibles acontecimientos venideros». Podía llegar a suponer, añadió tímidamente para sus adentros, que ese monstruo existía, que el público congregado y el actor con nariz de boxeador vivían más allá de la imaginación desesperada de su compañero, capaz de poblar este inexplicable desierto, y suponer, además, que el maravilloso espectáculo no solo estaba presente en el cartel pegado al costado de la peletería, donde alguien había escrito con tinta china o, más bien, con el dedo sumergido en tinta: ESTA NOCHE CARNAVAL, pero lo cierto era que si miraba una y otra vez alrededor, todos los indicios apuntaban a que en ese lugar desolado, aparte de los gatos vagabundos, solo ellos dos estaban vivos —siempre y cuando, señaló Eszter con amargura, su miserable existencia pudiera definirse, simplificando, de ese modo tan impreciso—. Pues, por qué

negarlo, ambos ofrecían un extraño espectáculo, arrastrándose cogidos del brazo hacia el edificio de la Oficina de Aguas; esos dos hombres que luchaban por cada metro en aquel frío glacial realmente parecían más unos extraterrestres que se tambaleaban ciegamente que un digno señor que, acompañado de su ayudante, había salido precisamente a incitar a los ciudadanos a participar en una acción de limpieza. Debían armonizar dos tipos de movimiento y de velocidad y también dos formas de desamparo, pues mientras en el caso de Eszter cada movimiento sobre este terreno de misterioso brillo parecía el último, de modo que cada uno de sus pasos preparaba gradualmente una parada, como quien dice, Valuska se veía obligado a renunciar al acuciante deseo de acelerar el ritmo e incluso a ocultar —debido al evidente desamparo del otro— que aquel cuerpo, que se apoyaba sobre su brazo izquierdo y ponía en peligro su equilibrio, le resultaba pesado: a decir verdad, en cuanto a fuerza solo superaba a su querido maestro por el vigor de su entusiasmo. Sin embargo, afirmar que «Valuska arrastraba a Eszter y que Eszter, a su vez, frenaba a Valuska» no era del todo correcto, como tampoco lo era señalar que «Valuska, por así decirlo, corría» o que «Eszter, por así decirlo, estaba parado»; de hecho, no se podía separar el movimiento de ambos, ya que la progresión penosa, insegura y tambaleante fundía las diferencias de sus respectivos impulsos —inexistente el uno y excesivo el otro— en un movimiento uniforme, y su torpe aferramiento mutuo, la evidente interdependencia, hacía que dejaran de ser, por separado, uno Eszter y el otro Valuska, y acogía su dualidad en una única y singular figura. En esta extraña asociación se esforzaron, pues, por avanzar o, como constató Eszter cáusticamente, parecían «un diablo del otro mundo, muy apropiado para este sueño satánico», una sombra errante en el triste papel de un demonio vagabundo que con una mitad sostiene la otra y mientras con la izquierda se apoya en el bastón, con la derecha balancea alegremente la fiambrera; así las cosas, cuando dejaron atrás el pequeño parque situado ante la Oficina de Aguas y pasaron por delante del edificio mudo de la Caja

del Seguro Laboral, hasta podrían haber sido tomados por espectros. Ahora bien, en cuanto a vitalidad tampoco estaban mucho mejor esos tres caballeros que los miraban desde la entrada del Casino de Señores de la fábrica de medias y que, antes de reconocerlos con cierto alivio, casi se quedaron clavados esperando a que ese monstruo que se acercaba con aterradora lentitud hiciera caer sobre ellos la injusta sentencia. «¡Los tres más valientes!», exclamó Eszter para llamar la atención de Valuska, que seguía hablando de la ballena, sobre aquel grupo de color ceniza (y por consideración a él, calló el resto de la frase: «aunque puede que haya alguno más aparte de ellos»); luego le explicó los pasos a seguir en cuanto al movimiento de la señora Eszter, se tomó un breve respiro y cruzó a la otra acera con la intención de soportar con cierta dignidad el primer chaparrón de las muestras de alivio y admiración que esos tres ciudadanos deseaban expresar con ahínco e intensidad. «¡Habrá que hacer algo!», gritó uno de ellos, cansado de sus esfuerzos para saludarle, y después de que Eszter consiguiera liberar la mano que trataban de estrechar. Era Mádai, un hombre sordo que acostumbraba a gritar sin piedad al oído de sus víctimas «con el fin de intercambiar opiniones», lo cual, repetía, no le importaba en absoluto, y si bien los otros dos coincidieron en esta exhortación, adoptaron posiciones divergentes en cuanto al qué. Prescindiendo de toda introducción al tema de conversación y reconociendo a Eszter como dueño y señor de la situación, el señor Nadaban, un carnicero corpulento que debía su privilegiada posición entre los ciudadanos más influyentes a sus llamadas «dulces obras poéticas», declaró que él deseaba llamar la atención de los presentes sobre la necesidad de la solidaridad, mientras que el señor Volent, entusiasta ingeniero de la fábrica de botas y experto en toda clase de problemas técnicos, sacudió la cabeza y nombró la serenidad como punto de partida para una acción conjunta, en oposición al señor Mádai, el cual acalló a los otros, volvió a inclinarse hacia el oído de Eszter y comunicó a voz en cuello lo siguiente: «¡Hay que estar vigilante, a cualquier precio! ¡Esa es

nuestra tarea, señores, digo yo!». Así y todo, ninguno de ellos dudaba de que aquello que definían con los conceptos fundamentales de «vigilancia», «serenidad» y «solidaridad» solo era la obertura prometedora de sus argumentaciones cargadas de responsabilidad, y estaban ansiosos por empezar a desarrollar sus irrefutables argumentos, de suerte que a Eszter —tras reponerse de su innegable asombro al toparse allí, ante la entrada del Casino de Señores de la fábrica de medias, con esos «tres idiotas del mogollón»— no le resultó difícil imaginar lo que le esperaba si la radical diferencia de opiniones entre esos tres héroes temblorosos llegaba a manifestarse, o sea que se arriesgó y, como quería ceder cuanto antes la palabra a Valuska, que se mantenía apartando del círculo de los caballeros, y prevenir los ataques de estos, les preguntó cómo habían alcanzado la unánime conclusión de que el fin había llegado («tal y como he podido colegir de sus palabras», añadió). La pregunta los sorprendió, por lo visto, y las tres miradas airadas se reunieron en un rayo, como quien dice, pues ninguno podía imaginar que György Eszter, objeto de todos los respetos «por dorar con la esfera del arte nuestra aburrida vida cotidiana, gracias a su excepcional talento», como señaló en su día un texto de homenaje, o por ser, como escribiera el carnicero Nadaban en un poema laudatorio, «alfa y omega de nuestra gris realidad», que György Eszter no supiera nada de nada; pero en cuestión de segundos encontraron, sin embargo, la simple explicación de semejante desinformación, atribuible, según ellos, a la naturaleza distraída de los grandes espíritus que se retiran del mundanal ruido, y tomaron conciencia con orgullo de que, una vez más, eran precisamente ellos los afortunados elegidos para informar a esta personalidad viviente de los funestos cambios producidos en el destino de la ciudad. El abastecimiento era del todo imprevisible, la escuela y las oficinas ya casi no funcionaban, el problema de la calefacción de las casas alcanzaba dimensiones alarmantes debido a la falta de carbón, señalaron cortando el uno la palabra del otro. No había medicamentos, se lamentaban con expresión de dolor, la

circulación de coches y autobuses había dejado de existir y esa misma mañana hasta los teléfonos se habían quedado mudos, poniendo un sello definitivo en la situación. Y entonces, dijo el señor Volent en tono amargo, entonces además, terció el señor Nadaban, y entonces para colmo, gritó el señor Mádai, viene este circo a frustrar nuestras esperanzas depositadas en el desarrollo y el restablecimiento del orden, un circo con una ballena enorme a la que habíamos dejado entrar de buena fe y contra la cual ya nada se podía hacer, por cuanto esta compañía realmente extraña, señaló el señor Nadaban bajando la voz, altamente sospechosa, asintió el señor Mádai, y sumamente siniestra, añadió el señor Volent frunciendo el ceño con expresión lúgubre, había llegado ya, por desgracia, a la plaza Kossuth. Sin prestar atención a Valuska, que los miraba ora con desconcierto, ora con tristeza, comunicaron a Eszter que se trataba sin la menor duda de una banda criminal, si bien no les había sido fácil descubrir el significado de todo ello y el fondo de la cuestión. «¡Son al menos quinientos!», exclamaron, para señalar acto seguido que, de hecho, la compañía estaba compuesta por dos personas, que la atracción era lo más terrible, dijeron, y que servía de simple pretexto a esa gentuza carente de más señas para atracar por la noche a los pacíficos habitantes. Afirmaron que la ballena no desempeñaba papel alguno y, a continuación, que la ballena era la causa de todo, y cuando por último declararon, refiriéndose a unos «turbios bandidos», que ya habían empezado a robar y, al mismo tiempo, que seguían todos inmóviles en la plaza, Eszter se hartó y levantó la mano con decisión, indicando que pedía la palabra. Sin embargo, el señor Volent se le adelantó rápidamente y declaró que la gente tenía miedo, de modo que no podemos quedarnos sin hacer nada, intervino el señor Nadaban, esperar con los brazos cruzados, añadió en su tono característico el señor Mádai, a que llegue la catástrofe. Aquí hay niños, soltó el señor Nadaban con lágrimas en los ojos, y madres que sollozan, trompeteó el señor Mádai, de modo que lo más querido para nosotros, el calor del hogar familiar, concluyó a modo de colofón un

señor Volent totalmente estremecido, corría un riesgo enorme… Uno puede imaginar lo que aún habría sido capaz de dar de sí aquel coro quejumbroso, aliado para la resistencia, pero ya es imposible de saber, porque Eszter, aprovechando un respiro en la depresión generalizada, tomó la palabra; para mayor comodidad y considerando el nerviosismo de los señores, adaptó cuanto tenía que decir al atormentado mundo psíquico de los tres y les hizo saber que sí existía una solución y que una voluntad audaz jamás abandonaba la esperanza de cambiar la situación para mejor. Les esbozó brevemente y sin más preámbulos los principios del movimiento denominado PATIO LIMPIO, CASA ORDENADA, consigna que hablaba por sí sola, añadió mirando por encima de sus cabezas, pidió luego a su amigo que iniciara a los caballeros en los detalles, se presentó no solo como «inspector jefe de desperdicios» de la campaña, sino también como «revisor general de la basura» y expresó su convencimiento de que ellos tres realizarían con éxito el trabajo organizativo. Apenas soportó, sin embargo, que Valuska les entregara la lista y les explicara con todo lujo de detalles cuanto había que hacer, de modo que, cuando su compañero hubo acabado, redujo la despedida a un simple gesto de la mano y dio media vuelta, seguro de que ya sabrían digerir lo escuchado. Estaba convencido de que la sustanciosa idea de la señora Eszter caería en terreno abonado y de que a él solo le quedaba borrar concienzudamente de su memoria este largo cuarto de hora, hasta tal punto que cuando los tres señores se repusieron de su asombro por la rápida despedida y empezaron a gritar al unísono: «¡Sí, ascender! ¡Una grandiosa idea! Porque, claro… ¡la solidaridad!… Claro, ¡la serenidad!… Claro, ¡la vigilancia!… ¡Eso es lo más importante!», él ya no los escuchaba y, sacando fuerzas del escaso consuelo de haberse liberado de esta carga mediante un trabajo sobrehumano de la paciencia, volvió a su plan todavía sin perfilar y procuró pensar con la máxima circunspección en los pasos a seguir. Sabía que su esposa debía ser informada a tiempo («¡faltan pocos minutos para las cuatro!») de la «exitosa ejecución de la acción»,

pues de lo contrario la amenaza se haría realidad. Así pues —dando por terminados los esfuerzos de Valuska, el cual, desconcertado por las estupideces que había oído, quería demostrar que los temores referidos al circo carecían de fundamento—, Eszter declaró que volvería a casa, «consciente de la calidad de la labor realizada», pero que le pedía encarecidamente que fuera a verlo tan pronto como acabara su misión en el pasaje de la Defensa Nacional, añadió con mirada misteriosa, pero sin descubrir la esencia de su plan. Valuska se negó, claro está, aduciendo que no podía dejarlo solo con ese frío y preguntando qué pasaría «entonces con la ballena», de modo que Eszter se vio obligado a exponerle con más detalle su punto de vista y, dejando de lado la definición de los pasos tácticos, a decirle que era inútil preocuparse. «Mire usted, mi querido amigo —dijo—, no puedo afirmar que me guste el dominio indiscutible del frío glacial ni que mi existencia en este lugar sea una tragedia de la naturaleza tropical, obligada a vivir en el reino de la nieve eterna, porque como usted bien sabe, no hay nieve ni la habrá, pero dejémoslo… Sin embargo, no le quepa a usted la menor duda de que me siento capaz de recorrer solo, en este frío, los pocos metros que me quedan. Y otra cosa —añadió—: no lamente usted que aplacemos por hoy la coronación de nuestra memorable aventura. Realmente me habría gustado conocer a Su Excelencia, pero comprenda usted que hemos de renunciar a ello por el momento. Siempre me alegra y me divierte, sabe usted, ver un punto donde me gustaría quedar en el desarrollo de las especies —señaló a Valuska con una sonrisa—, pero el paseo me ha agotado y creo que podemos aplazar para mañana el encuentro con su ballena…». El tono de su voz no era el de siempre, y él mismo tomó conciencia de que la ingeniosidad se percibía más bien por la intención de ser ingenioso, pero como sus palabras implicaban una promesa, Valuska aceptó de mala gana la propuesta, y ya nada perturbó las elucubraciones de Eszter sobre su futura convivencia, hasta que se despidieron. Constató que gracias a la aniquiladora pasión de la señora Harrer por la limpieza nada había que

emprender, prácticamente, para hacer habitable la casa, salvo bloquear la puerta de entrada y cegar las ventanas con tablones; aliviado y liberado, acto seguido se puso a pensar en «cómo sería la vida en común». A Valuska, pensó Eszter mientras procuraba mantener el equilibrio en una estado de atención permanente sobre aquella ciénaga magnética, a Valuska, pensó, lo acomodaría en el cuarto contiguo a la sala, para que estuviera cerca, lo más cerca posible, y luego se figuró «la calma de los desayunos conjuntos», para pasar después al «silencio de las serenas tardes». Sentados, envueltos en una profunda paz, imaginó, prepararían el café por las tardes y guisarían una comida caliente al mediodía —por lo menos dos veces a la semana—, y mientras él presentara las inevitables objeciones a la habitual historia sideral de su joven amigo, no les importaría un bledo si seguía en pie el mundo, esa basura rodeada de bastidores que se hundían… Tomó conciencia —asombrado, lógicamente— de que se emocionaba de extraña manera al llegar a este punto de sus planes, pero al mirar alrededor y recordar las pruebas a que había sido sometido, consideró que todo esto bien podía ser perdonado (sobre todo «a un anciano, que es lo que soy, al fin y al cabo»), debido a los tormentos sufridos por su debilitado organismo. Cogió la fiambrera que llevaba Valuska y le encareció que, después de realizar las gestiones encomendadas, fuera a verlo en el acto. Tras hacerle algunas pequeñas advertencias y despedirse de él, en el pasaje Hétvezér lo perdió de vista.

Lo perdió de vista, pero no lo perdió, pues si bien los edificios ya lo ocultaban, Valuska aún creía ver a su querido maestro, por cuanto la presencia de Eszter en el exterior, la historia —de más de una hora de duración— de su estancia allí, había dejado tal impronta en la ciudad que ningún bloque de edificios podía hacer desaparecer su figura. Todo testimoniaba su presencia, y la conciencia de su proximidad propiciaba que, adondequiera que mirara, todo remitiera a su estar allí; así pues, la separación no se produjo, de hecho, hasta pasados varios minutos, el significado de este extraordinario acontecimiento solo se diluyó poco a poco, y Valuska pudo

escoltarlo hasta la casa de la avenida Wenckheim y constatar aliviado que su paseo, la permanencia del señor Eszter en las calles, «inesperada e iniciada de forma maravillosa, pero no carente de cierta tristeza», había tenido, así y todo, un final feliz. Acompañarlo por el pasillo, estar presente en el momento de los primeros pasos, seguirlo como una sombra y saber de la enorme importancia que para su curación tenía esa salida tanto tiempo esperada, todo eso significó una gran alegría al comienzo, cuando iba de la sala a la puerta, y una distinción inmerecida, según él, para el orgulloso testigo; sin embargo, definir la caminata como «no carente de cierta tristeza» revelaba al mismo tiempo demasiado poco de lo ocurrido, pues el posterior reconocimiento de que para su viejo amigo cada paso equivalía a una sesión de tortura enturbió la límpida alegría del «orgulloso testigo» y solo le dejó el aturdimiento de la tristeza. Había confiado en que, cuando se levantara el convaleciente y dejara por fin aquel cuarto velado por las cortinas, se produciría el anuncio festivo de la recuperación, de la alegría de vivir resucitada, pero al cabo de pocos metros tuvo que admitir que esa tarde no mejoraría, sino que solo haría más patente el grave estado del enfermo. Así pues, la angustiosa posibilidad de que la reaparición de Eszter entre los hombres, la excursión asumida con el fin de organizar el movimiento de limpieza, no fuera la obertura para el retorno al mundo, sino más bien una despedida, una renuncia y un rechazo del mundo, causó a Valuska una profunda preocupación. Resultaba alarmante que se sintiera mal por el aire fresco, pero esto aún tenía su explicación, ya que apenas había salido de casa desde tiempos inmemoriales y no lo había hecho en absoluto en los dos últimos meses, pero cuando se fueron poniendo de manifiesto tanto el estado de debilitamiento del señor Eszter como el estado de tensión nerviosa de la ciudad, Valuska se percató de que no estaba preparado para asumir estas circunstancias y lo vivió, acusándose de negligencia, con un sentimiento de culpa cada vez más intenso. Sentía remordimientos y culpa por la ligereza de haber creído, ciego a la realidad, en su inminente curación; se

acusaba a sí mismo, pues consideraba que si su compañero sufría algún percance en el transcurso del angustioso paseo, solo se lo debería a él; y por último lo vivía todo con cierta sensación de bochorno por el hecho de ver en esa personalidad siempre tan digna y radiante a un anciano caído que, para colmo, no podía elegir la opción más sensata, la de volver de inmediato a casa, debido a la promesa hecha a la señora Eszter. Tenían que ir, pues, y el señor Eszter lo cogió del brazo sin chistar y sin ocultar su enorme dependencia, señalando, además, que depositaba toda su confianza en él; Valuska consideró por tanto que, siendo así, no le quedaba más remedio que intentar distraer a su amigo y empezar a hablar de la noticia que había traído tan contento hacia las dos de la tarde. Habló de la salida del sol, habló de la ciudad, de cómo durante el alba cada trozo y cada rincón iban cobrando vida gracias a la claridad, habló y habló, pero las palabras carecían de sabor, pues, en el fondo, ni él les prestaba atención. Se sentía obligado a mirarlo todo por los ojos del otro, obligado a seguir siempre la mirada del otro y ver, cada vez más impotente, que adondequiera que mirara el señor Eszter no buscaba pruebas para confirmar el convencimiento liberador de Valuska, sino para apuntalar sus propios y sombríos juicios. En el primer momento aún confió en que, una vez liberado del cautiverio de la habitación, su amigo recuperaría de la manera más natural la fuerza y la alegría y conseguiría centrar así por fin su atención «en la totalidad de las cosas y no en los detalles»; pero cuando, al llegar al Komló, le resultó evidente que no lograría ocultar estos detalles con sus frases cada vez más vacuas, decidió callar y aligerar las futuras tribulaciones mediante la confesión silenciosa, pero sincera, de su simpatía. Todo esto acabó, sin embargo, en nada: cuando salió del hotel, las palabras brotaron de él con una desesperación aún más intensa, pues mientras hacía cola para la comida, se quedó pasmado por una noticia terrorífica. Para ser preciso, no lo pasmó la noticia, pues simplemente no dio crédito a la información del personal de la cocina, según la cual poco después de las doce «la tropa vandálica de la plaza del Mercado» habría

robado o, mejor dicho, destrozado al mejor estilo bárbaro todas las existencias de bebida del hotel, y simplemente la calificó de síntoma habitual y deprimente de una «fantasía que se asusta a sí misma» y de «angustias y temores que aparecen como plagas», pero sí se sorprendió en cambio al ver de pronto, mientras volvía con la fiambrera llena hacia el señor Eszter, que esperaba en el exterior, que era cierto y que él no se había dado cuenta: en el pasillo, en el vestíbulo y en la acera delante del hotel, había que pasar entre trozos de botellas rotas. Se sintió confuso, y a la justificada pregunta de su compañero respondió, tras un breve titubeo, primero con la historia de la ballena y luego —cuando dieron media vuelta tras concluir positivamente las gestiones ante los señores Mádai y compañía— procuró tranquilizarlo a él y, por qué negarlo, también a sí mismo respecto a los temores suscitados por la ballena, pues si bien estaba convencido de que bastaba con hacer una señal razonable al cielo para reconducir la vida a los cauces normales, no lograba olvidar una frase escuchada en la cocina (concretamente del cocinero jefe: «¡Quien sea sorprendido en plena calle por la oscuridad, señores, se estará jugando la vida!»). Valuska consideraba un craso error tomar por «vándalos y bandidos» a toda esa gente «amable y de bien» con la que hiciera cola durante horas por la mañana delante del vehículo circense, un error que debía aclarar de forma inmediata debido a las noticias terroríficas que incluso provocaban temblores a un hombre como el señor Nadaban, de modo que, después de acompañar mentalmente al señor Eszter a su casa y dirigirse de la calle del Ayuntamiento a la plaza del Mercado, su primera medida consistió en elegir al azar a alguien de la multitud que esperaba inmóvil y hablar con él del asunto, ya que junto a la manifestación irresponsable del cocinero jefe también zumbaba en su cabeza la suya propia («una señal razonable… una única serena advertencia…»). Le contó lo que decían los rumores sobre los allí reunidos, le dijo que la ciudad interpretaba mal el asunto, le informó sobre el estado del señor Eszter, le comunicó que todos debían conocerlo algún día, le confesó cuánto se preocupaba

por él, declaró ser plenamente consciente de su responsabilidad y por último, pidió perdón por haberse expresado de forma un tanto confusa, pero, añadió, esos pocos minutos lo habían convencido de los sentimientos amistosos de su interlocutor y de que este a buen seguro lo había entendido. El interpelado no dijo nada, midió a Valuska de arriba abajo con mirada impávida, sonrió —probablemente al ver su cara asustada—, le dio unos golpecitos en el hombro, sacó del bolsillo una botella de aguardiente y se lo ofreció con gesto amable. Aliviado por la expresión alegre del hombre tras el riguroso silencio del examen, Valuska consideró que no debía responder con una negativa a esa señal amistosa y que no le quedaba más remedio que sellar su recién entablada amistad, de suerte que cogió la botella con la mano adormecida por el frío, desenroscó el tapón, y para granjearse la confianza del otro y convencerlo de la «reciprocidad y sinceridad de sus sentimientos», no se limitó a probar un traguito de la bebida, sino que tomó un buen trago. No obstante, tuvo que pagar su osadía, pues le dio una tos tan intensa, como si se asfixiara por aquella bebida tan fuerte como un veneno, que cuando al cabo de medio minuto volvió poco a poco en sí e intentó disculpar con una sonrisa su debilidad, los ataques de tos seguían ahogando sus palabras. Le dio vergüenza y tuvo miedo de haber perdido así la simpatía de su nuevo conocido, pero era tan sincero su sufrimiento y tan divertido ver cómo se aferraba sin querer a su vecino buscando protección en medio de la angustia, que provocó un ligero regocijo no solo en su interlocutor, sino también en quienes los rodeaban. Después de tomar un respiro, y aprovechando el ambiente un tanto más distendido, contó que el señor Eszter estaba trabajando en una gran obra, aunque lo negaba, y que por eso mismo él, Valuska, opinaba lo siguiente: que todos ellos debían hacer algo para restablecer la calma en la casa de la avenida Wenckheim. Acto seguido se volvió hacia su nuevo amigo y le confesó en tono confidencial lo bien que le había ido la conversación, dio las gracias por la benevolencia mostrada y declaró luego, lamentándose, que debía irse y que próximamente

quizá explicaría sus motivos («¡porque es interesante!»). Debía irse, señaló Valuska estrechando la mano del hombre, pero como este no se la soltó cuando quiso retirarla (y dijo: «¡Desembucha ahora, que yo escucharé encantado!»), no le quedó más remedio que repetir sus palabras. Que debía irse, reiteró mientras trataba de zafarse con una sonrisa turbada del inesperado apretón, pero que confiaba en verlo pronto de nuevo, y si no llegaban a toparse en la calle, que lo buscara en el «Péfeffer», la taberna del señor Hagelmayer o preguntara a cualquiera —añadió al tiempo que miraba atemorizado la mano que seguía apretando la suya—, pues todo el mundo lo conocía a él, a Janos Valuska. No podía imaginar qué quería el hombre de él, ni qué significaba en definitiva ese tira y afloja, del mismo modo que tampoco pudo saber cómo habría acabado, pues en ese preciso instante su amigo le soltó la mano y se volvió con expresión tensa hacia el vagón, al igual que los cientos de espectadores de la plaza. Aún atemorizado por la extraña coacción, Valuska aprovechó el momento, se despidió con rapidez y avanzó entre las filas para luego, al cabo de unos pasos, topar con una idea estremecedora mientras miraba atrás una y otra vez en busca del hombre tragado por la multitud: la idea de que se había equivocado, de que había sido un estúpido. Avergonzado, admitió para sus adentros: sospechar una maldad en la manifestación inocente de una cordial insistencia no solo era inútil, sino que evidenciaba una tosquedad ofensiva. Sobre todo le dolía no haber correspondido aquel gesto de buena voluntad, malinterpretándolo de manera imperdonable, y la vergüenza por su comportamiento solo se veía ligeramente atenuada por el hecho de haber superado el susto por el apretón de manos con la misma celeridad con que el susto le había sobrevenido. No entendía qué le había pasado, pues la paciencia comprensiva del hombre merecía más gratitud que injustificada desconfianza, pero como no había tiempo material para buscarlo en medio del gentío y aclarar el asunto en el acto, debido al mensaje urgente que debía llevar a la señora Eszter, prosiguió su marcha con la firme decisión de enmendar el error cuanto antes, en

la próxima ocasión en que se encontraran. En aquel momento ya había oscurecido del todo, solo las farolas parpadeaban a los lados, y por la puerta trasera del circo se filtraba una luz hacia el exterior, y como el director no estaba en ese lado, sino en el otro extremo, solo a duras penas podía distinguirse su perfil. Porque «era él», pensó Valuska y se detuvo en seco, era él sin la menor duda, lo delataban su obesidad inconfundible hasta en las tinieblas y sus extraordinarias y tantas veces mentadas dimensiones, que realmente hacían honor en todos los sentidos a los rumores que sobre él circulaban. Olvidando por un momento su misión y también lo ocurrido unos instantes atrás, se abrió paso a través de una multitud ostensiblemente nerviosa, incluso a juicio del propio Valuska, y cuando estuvo cerca del personaje, se puso de puntillas en un estado de máxima curiosidad y contuvo la respiración, dispuesto a no perderse ni una palabra. El director sujetaba un puro entre los dedos, llevaba un abrigo de piel bien forrado que le llegaba hasta el suelo y enseguida mereció todos los respetos de Valuska por su inmensa barriga, por el ala singularmente ancha de su sombrero y por la enorme papada rodeada de un pañuelo de seda anudado con sumo esmero. Era obvio, sin embargo, que este particular caballero no debía su autoridad en la plaza exclusivamente a la dignidad de su gordura, pues no había que olvidar de qué era propietario. El carácter sobrenatural de su atracción proporcionaba un peso extraordinario a su persona, y Valuska lo miraba como a un fenómeno extraño que dominaba con total serenidad todo cuanto los otros contemplaban con temor y asombro. Con su cigarro, que sujetaba rígidamente, parecía observarlo todo desde la altura intocable de su poder; aunque resultase extraño, en la plaza Kossuth todas las miradas se concentraban en aquel puro grueso, pues este daba la impresión de pertenecer a un hombre que adondequiera que fuese siempre estaría a la sombra de su mundialmente famosa ballena. Parecía cansado, exhausto, pero como si sus fuerzas se hubieran consumido no por las preocupaciones cotidianas, sino por una única

idea —el cansancio y el agotamiento de décadas de disposición a morir en cualquier momento por causa de aquella panza inconmensurable—.

Durante un buen rato no dijo ni pío; esperaba a buen seguro a que se hiciera un silencio absoluto, y cuando no se oyó ni el zumbido de una mosca, miró alrededor y encendió el habano apagado. Su rostro, que dibujó una mueca al recibir el humo, y sus ojos de ratón bordeados de tejido graso, que se clavaron en la multitud, pasmaron a Valuska, ya que esa cara y esa mirada lo observaban desde una lejanía inconmensurable, a pesar de que el hombre no se hallaba a más de tres metros. «Vamos a ver», dijo entonces, pero con una entonación como si eso fuese todo o, al menos, como queriendo avanzar que no contaran con una gran discurso. Con voz sonora y profunda señaló que «por hoy el espectáculo había concluido» y añadió que «les deseaba lo mejor hasta la apertura de la caja al día siguiente», que agradecía «su inmerecida atención», encomendaba «la compañía a la benevolencia de los espectadores» y se despedía de «este grandioso público». Con andar pausado y siempre manteniendo el puro a cierta distancia, retrocedió entre la multitud que le abría paso, subió por la escalera al vagón y desapareció de la vista. Fueron pocas palabras, pero suficientes, a juicio de Valuska, para demostrar el carácter único e incomparable del circo y la rara elegancia del director («¡que un director se despida con un respeto tan noble de su público…!»), y del murmullo inicial dedujo que no se encontraba solo en su admiración no exenta de cierto temor. Eso fue al principio, ya que el murmullo que recorrió la plaza se tornó cada vez más intenso, y entonces habría preferido que el director se apresurara a ofrecer algunas escuetas explicaciones más sobre el monstruo y sobre ellos mismos, y que no se limitara a acrecentar su misterio. Allí en la oscuridad, no entendía qué decía la gente a su alrededor, empezó a arreglarse, perplejo como estaba, la correa del bolso, en la esperanza de que acabaran por fin los gruñidos, pues eso eran: gruñidos. De pronto recordó la manifestación del cocinero jefe y el diálogo mantenido delante del Casino de Señores, y como

la evidente insatisfacción no cesaba, tuvo de golpe la sensación de que los temores ciudadanos, aparentemente injustificados hasta entonces, tal vez no carecieran de cierto fundamento. Al no tener tiempo para esperar el cese de los murmullos de desencanto ni para comprender sus motivos, se vio obligado a marcharse sin haber podido ver las cosas con claridad, ni siquiera cuando, después de cruzar la plaza, llegó a la desembocadura del pasaje de la Defensa Nacional. Cuando pensaba en el paseo realizado con el señor Eszter, lo invadía la tristeza, y cuando pensaba en la ciudad y la plaza, se sentía inundado por la conciencia de culpa de haber desaprovechado la oportunidad, y estos sentimientos se turnaban con rapidez en su interior; y al alejarse del escenario habitual de sus reflexiones (es decir, al salir proyectado, por así decirlo, de su propia vida e introducirse en la de los otros), se perdió de tal manera en las imágenes que se encendían y se apagaban que en su cabeza no quedaron más que el desconcierto, el caos de la incomprensión y la creciente necesidad de olvidar tanta confusión y perplejidad. Para colmo, al abrir la puerta del jardín, se llevó un susto enorme: acababa de darse cuenta de que ya habían pasado con creces las cuatro de la tarde y, conociendo el carácter de la señora Eszter, sabía que no le perdonaría el retraso. Pero se lo perdonó y, quizá por la presencia de sus invitados, hasta dio la impresión de no interesarse particularmente por el recado, ya que, de forma ostensible, no prestó atención alguna al informe y se limitó a asentir con gesto impaciente, y cuando Valuska se disponía a relatar desde el umbral mismo la afortunada puesta en marcha de las medidas organizativas, lo interrumpió, le comunicó que «teniendo en cuenta las graves circunstancias actuales, el tema carecía de importancia por el momento» y le señaló un taburete a su lado, a la vez que lo invitaba con expresión severa a callarse. Solo entonces comprendió Valuska que había llegado en mal momento, ya que una comisión sumamente importante se hallaba reunida, y como no entendía qué pintaba él allí ni por qué no lo despachaba la mujer, una vez aclarado su asunto, se sentó apretando las rodillas y no se atrevió ni

a chistar. No sabía si era cierto ni si había ido a parar por error a una importante reunión, pero la comisión presentaba ciertamente un aspecto extraño. El señor presidente del consejo municipal iba y venía por la habitación como si lo atormentara una grave preocupación, meneaba la cabeza, se detenía al cabo de tres vueltas y gritaba («¡Tener que llegar a vivir, señores, que una autoridad deba moverse a hurtadillas, a escondidas…!»). Del comisario, en cambio, no podía decirse gran cosa, ya que permanecía tumbado en la cama que, por cierto, emanaba un fuerte olor a vino, con la cara un poco manchada de sangre, con un pañuelo húmedo en la frente, con el abrigo de servicio y con los ojos clavados en el techo. No obstante, el comportamiento más extraño era el de la propia señora Eszter, que no decía ni pío y se dedicaba a pensar en algo de manera intensa y ostensible (mordiéndose incluso los labios), al tiempo que echaba de vez en cuando un vistazo al reloj y lanzaba una expresiva mirada a la puerta de entrada. Valuska permanecía atemorizado en su sitio y, si bien debería haberse marchado para cumplir la promesa dada al señor Eszter, no se atrevía a molestar ni con el más mínimo ademán h tensa reunión. Durante un buen rato no ocurrió nada, el señor presidente había recorrido ya doscientos metros en la habitación, cuando la señora Eszter se levantó por fin de la silla, se aclaró la garganta y comunicó que «no podemos esperar más» y que iba a presentar una importante propuesta. «Habría que enviarlo a él —dijo señalando a Valuska— para que podamos ver con claridad la situación antes de que llegue Harrer». «¡La inquietante situación! ¡La inquietante situación, señores!», señaló el presidente del consejo municipal, deteniéndose en seco con expresión de amargura en el rostro, sacudió de nuevo la cabeza y expresó sus dudas respecto a la idoneidad «de este buen muchacho para tal tarea». Ella en cambio («¡Yo en cambio…!») sí lo consideraba adecuado, respondió con una fugaz y arrogante sonrisa la señora Eszter, que no solía admitir que le contradijeran, se volvió luego con gesto serio hacia Valuska y le explicó que «en aras de la misión

común» se dirigiera a la plaza Kossuth, observara con detenimiento e informara luego «con palabras sencillas al gabinete especial de crisis». «Con sumo placer», respondió Valuska levantándose del taburete y comprendiendo en un santiamén, gracias a la expresión de «misión común», que la reunión se centraba en su gran amigo; luego se puso en posición de firme, aunque no estaba muy seguro de si era lo correcto, y declaró lo siguiente: que bien podía ofrecer sus servicios, por cuanto acababa de llegar de allí y necesitaba clarificar algunos puntos, concretamente, buscar una explicación del particular ambiente allí reinante. «¿Particular ambiente?», preguntó el comisario incorporándose en la cama y cayendo luego hacia atrás con el rostro desencajado. Con voz apagada, pidió a la señora Eszter que le humedeciera de nuevo el pañuelo y trajera papel y lápiz para levantar acta, por cuanto, tratándose de una cuestión íntimamente relacionada con su oficio, él «había de asumir la organización de la misión». La mujer miró al presidente del consejo municipal, este le devolvió la mirada, y luego —mientras el pañuelo húmedo volvía a depositarse sobre la frente del enfermo— acordaron que «la paz era la mejor solución», pidieron a Valuska que se acercara, y la señora Eszter se sentó con papel y lápiz al lado de la cama. «Tiempo y lugar», susurró el comisario con voz de atormentado, y cuando la señora Eszter respondió con un escueto «ya está», el hombre se encolerizó primero y planteó luego pausadamente y en tono resignado la siguiente pregunta: «¿Qué está?». «El tiempo y el lugar. Los he apuntado», respondió la señora Eszter irritada. «Le he preguntado a él —dijo el comisario, señalando con la cabeza a Valuska— sobre el tiempo y el lugar. Dónde. Cuándo. Hay que apuntar lo que él diga, no lo que yo diga». La mujer, enfadada, giró la cabeza; se le notaba el esfuerzo por no replicar. Luego lanzó primero una mirada expresiva al todavía imparable presidente y después a Valuska, instándole a «empezar tranquilamente». Valuska, incapaz de mantener quietos los pies, pues no entendía lo que querían de él exactamente y temía que la ira del achacoso se volviera de golpe contra su persona, trató de

narrar con las palabras más «sencillas» posibles una historia detallada de lo ocurrido en la plaza, pero al cabo de pocas frases, cuando llegó en el relato a su nuevo amigo, ya tuvo la sensación de haberse equivocado y, en efecto, fue interrumpido: «¡No nos desgrane lo que pensó, vio, oyó e imaginó —terció el comisario, mirándolo con ojos inyectados de sangre, pero con expresión muy triste—, sino lo que observó! ¿Color de los ojos…? ¿Edad…? ¿Estatura? ¿Señas particulares…? El apellido materno —añadió, haciendo un gesto resignado con la mano— ya ni lo pregunto». Valuska confesó desconocer estos datos y se remitió a la circunstancia de que en aquel preciso instante había empezado a anochecer y, aunque anunció su intención de esforzarse por recordar algún otro detalle, por mucho que intentara reproducir mentalmente la constitución física de su amigo, solo se acordaba de un sombrero y de un abrigo de paño gris. Sin embargo, para alivio de todos, pero en particular de Valuska, el doliente cayó entonces en un benéfico sueño, de suerte que el fuego graneado de preguntas, que denotaban una creciente insatisfacción y resultaban cada vez más difíciles de contestar, cesó de golpe y porrazo, y como a partir de ese momento ya no le era preciso mantenerse en el plano pedante de un protocolo impersonal que él no era capaz de cumplir, en el resto de la narración consiguió proyectar luz sobre los hechos desde la perspectiva de sus propios temores. Describió la aparición del director con su cigarro y su elegante abrigo de piel y repitió las memorables palabras de despedida; relató las circunstancias de su retirada y cómo la recibió el público; y a continuación, ya que estaba convencido de que la comisión también lo veía todo desde este punto de vista, confesó su desconcierto respecto a la situación del señor Eszter, por causa de las circunstancias reinantes en la plaza del Mercado y en la ciudad en general. Para recuperar la salud y conservar sus energías creativas, el extraordinario erudito necesitaba sobre todo tranquilidad, dijo Valuska, sobre todo tranquilidad y no esa inquietud cada vez más profunda y para él incomprensible que el señor Eszter había de

experimentar de forma inevitable si salía de casa como aquella tarde («¡y eso que hice todo lo posible, créanme, para que no fuera así…!»). Todo el mundo sabía que hasta el más mínimo desorden tenía unos efectos perniciosos y deprimentes sobre un hombre dotado de una sensibilidad tan excepcional, y él, confesó Valuska ante la señora, no podía dejar de pensar en el señor Eszter sobre todo desde que la inquietud generalizada se había transmitido, según sus impresiones, al público de la plaza del Mercado. Era consciente, dijo, de que su papel e importancia en el asunto era igual a cero en comparación con los de la señora Eszter y de la comisión, pero pedía que contaran con él y confiaran en que llevaría a cabo cualquiera de sus recomendaciones. Quiso añadir que, para él, lo más importante era el señor Eszter y dejar constancia de su alivio al ver que el destino de la ciudad (y, por tanto, de su maestro) estaba en manos de toda una comisión, pero no llegó a abrir la boca, puesto que la señora lo hizo callar con un severo gesto de la mano y le dijo: «Muy bien, ya ve usted, no es cuestión de hablar por hablar, sino de actuar enseguida, tiene usted toda la razón». Así pues, volvieron a instruirlo en las tareas que debía realizar en el exterior, y él repitió nervioso, como si le tomaran la lección, los criterios «decisivos» de la observación, referentes a la «magnitud de la muchedumbre… a su estado de ánimo… y a la posible aparición de un engendro» y —después de que los otros abandonaran todo intento de explicarle esto último y le rogaran encarecidamente ser minucioso y al mismo tiempo rápido— Valuska prometió volver al cabo de pocos minutos y, para no despertar al durmiente, que acababa de soltar un suspiro, dejó de puntillas el escenario de la reunión, henchido por el honor que suponía el encargo o, más bien, por el alivio de saber que todo un «gabinete de crisis» respaldaba su preocupación por el señor Eszter, atravesó de puntillas incluso el jardín y solo recobró el sentido y el paso cuando salió a la calle y cerró tras de sí la enclenque puerta. No podía afirmar, desde luego, que la visita a la señora Eszter lo tranquilizara, pero el carácter decidido y saludable de la mujer al menos hacía de contrapeso a

sus temores e incertidumbres, y si bien aún no había recibido respuesta a ninguna de sus preguntas, sí tenía la sensación de haber encontrado por fin a alguien en quien confiar sin restricciones. En contraposición a su situación anterior, en la que él —¡un inexperto en el mundo!— debía comprender y decidir en solitario, ahora solo tenía que realizar una tarea, esto es, cumplir con la misión encomendada, lo cual, desde luego, no resultaba muy difícil. Enumeró, pues, mentalmente unas diez veces todo cuanto había de examinar, y al cabo de unos metros se liberó de la carga de sus dudas respecto al «engendro» (al tomar conciencia de que probablemente se referían a la ballena, a la que, por tanto, había de inspeccionar de nuevo); se liberó de la carga, y al recordar la mirada severa de la señora Eszter, se liberó también de la inquietante nebulosa que antes le suponía la pregunta de «¿qué hacer?», de modo que, cuando casi chocó con el señor Harrer en el cruce y este le gritó mientras corría («Ahora todo volverá a su cauce, pero un muchacho haría mejor en no pasearse por aquí…»), él se limitó a sonreír y desapareció en la multitud, a pesar de las ganas que tenía de decirle: «¡Se equivoca, señor Harrer, mi sitio está precisamente aquí!». En la plaza ardían innumerables fogatas, y entre diez y veinte personas ateridas de frío desde el amanecer se calentaban en torno a cada una de esas hogueras, cuyas llamaradas llegaban a varios metros de altura, y como así resultaba más fácil transitar entre la gente y calibrar la situación, Valuska pudo mirar alrededor en pocos minutos y sin cortapisas. En pocos minutos y sin cortapisas, sí, pero esto no suponía ninguna facilidad para la «observación minuciosa», ya que Valuska no sabía cómo resolver la cuestión de la magnitud de la muchedumbre (pues ¿qué había de observar si todo se mantenía inalterable?) y también quedaba el interrogante respecto al potencialmente peligroso «estado de ánimo» cuando veía a esos grupos de aspecto pacífico que, frotándose las manos, se congregaban en torno al fuego. «Nadie se mueve, el ambiente es bueno», así rezaría, pensó, su futuro informe, pero las palabras enseguida le sonaron a falsas, al tiempo

que la misión en sí le resultaba cada vez más embarazosa; Valuska se dio cuenta enseguida de su incapacidad para espiarlos como si fuesen enemigos, de caminar entre ellos considerándolos malhechores y asesinos, de sospechar cualquier maldad en el gesto más inocente. Así como la energía de la señora Eszter lo había liberado de los temores que se le habían contagiado, así el espectáculo de aquellas personas reunidas en torno al pacífico calor de las fogatas —una sensación hogareña se apoderó de él— lo liberó de un malentendido perdonable, pero aun así vergonzoso, del error, concretamente, del cocinero jefe, de Nadaban y compañía y de la señora Eszter, consistente en la obligación epidémica de encontrar, «por un hambre de explicación», la causa de la «inquietud interna» justamente en el circo y en aquel público tenaz. Se trataba de un circo indudablemente misterioso y de un público indudablemente tenaz, reconoció Valuska, pero el misterio (pensó, viendo de golpe las cosas con claridad) tal vez tuviera un sentido muy sencillo y asombrosamente transparente. Se acercó, pues, a calentarse junto a una de las hogueras, pero el mutismo con que sus compañeros inclinaban la cabeza y contemplaban las llamas o echaban de vez en cuando un vistazo al vagón del circo ya no lo confundía, pues veía con una nitidez mayor a cada instante que el misterio no era otra cosa que la ballena, era aquello que él había vivido por la mañana cuando la había visto por vez primera. ¿Era acaso de extrañar, pensó al tiempo que miraba alrededor con una sonrisa, deseando abrazarlos a todos, tal era su alivio, que todos ellos, lo mismo que él, siguieran cautivos de aquella increíble criatura? ¿Era de extrañar que muy en el fondo creyeran que no era del todo inútil esperar algo extraordinario en la proximidad de aquel ser excepcional? Deseoso de compartir su alegría por el hecho de que «se le cayera el velo de los ojos», hizo un guiño a los congregados con expresión de complicidad y se declaró «anonadado por la riqueza infinita de la creación», anonadado dijo, y agregó que veía en ello «el Todo que se creía perdido» y que había venido allí; no esperó la respuesta de los otros, sino que se

despidió con un gesto de la mano y prosiguió su paseo entre la multitud. Si hubiera seguido las indicaciones de su corazón, habría ido corriendo a transmitir la nueva, pero aún había de inspeccionar la ballena a tenor del encargo («el engendro», dijo para sus adentros con una sonrisa); así pues, para que su informe fuera completo cuando se presentara ante la comisión, decidió echar un rápido vistazo a este «enviado del Todo» para luego despedirse de sus compañeros de aquella noche mal iniciada, pero felizmente acabada. El vagón estaba abierto y aún no habían retirado las escaleras, de suerte que no podía renunciar a la posibilidad de entrar a ver al mágico gigante en vez de limitarse a un «rápido vistazo». Ahora que se hallaba solo ante ella y dos mortecinas bombillas iluminaban apenas el cadáver, la ballena le pareció más grande y más terrorífica, rodeada como estaba por el frío de esas paredes de chapa más gélidas que el exterior, pero Valuska ya no le tenía miedo; no solo la miraba ahora con respetuoso cohibimiento, sino también como si desde su primer encuentro se hubiese establecido entre ellos una relación secreta, familiar y hasta amistosa, y cuando se disponía a salir y a punto estaba de amenazarla en broma («Mira el follón que has armado, y eso que hace tiempo que no puedes hacer daño a nadie…»), oyó los jirones de una voz procedentes de las profundidades del vagón. Enseguida creyó identificarla, y no tardó en darse cuenta de que no se había equivocado, pues al llegar a la puerta situada en la pared trasera —que sin duda conducía al espacio utilizado como vivienda del circo— y pegar la oreja a la chapa, comprendió la primera frase («Lo he contratado para que se muestre, no para que diga estupideces. No lo dejaré salir. ¡Traduzca!…») y ya no tuvo la menor duda: era la voz del director. Sin embargo, lo que escuchó luego —un gruñido lento y monótono, seguido de golpe por una especie de gorjeo agudo— carecía al principio de todo sentido, y Valuska no tomó conciencia de que el director no estaba hablando con sus osos y pájaros enjaulados, sino que dirigía sus palabras a alguien y, por tanto, que la fuente de aquellos gorjeos y gruñidos debía ser una voz humana,

hasta que el gruñón dijo lo siguiente, chapurreando a duras penas en húngaro: «Dice él: nadie puede de ninguna manera obstaculizar a él. Y él no entiende lo que habla señor director…». Al llegar a este punto ya tenía claro que era el testigo indeseado de una conversación o, más bien, de una discusión, pero desde luego no podía vencer la curiosidad; por otra parte, sin embargo, no entendía quién era quién en aquel diálogo aparentemente tenso, ni a quién iba dirigida la reprimenda del director (en ese momento, por ejemplo: «Dígale que no volveré a jugarme el prestigio de la compañía. Este incidente ha sido el último.»), y cuando volvió a oír el gruñido y la respuesta en forma de gorjeo y a continuación de nuevo el gruñido («Dice él: él no reconoce autoridad encima de él. Y que señor director no piensa esto en serio.»), logró distinguir la voz del trino, pero no atinaba a comprender ni a quién pertenecía ni cuántos se hallaban en aquel lugar, cosa esta que solo entendió a partir de las siguientes palabras: «A ver si le mete usted en ese cerebro de bebé —dijo el director, y Valuska, que sentía el olor, veía, por así decirlo, como el humo salía de su cigarro y serpenteaba hacia arriba— que no lo dejaré salir, y si lo hago, a pesar de todo, no podrá abrir la boca. Y usted no le traducirá. Usted se queda aquí. Yo saldré con él. De lo contrario queda despedido. Quedan despedidos los dos». De esta manifestación amenazadora y aparentemente irrevocable, Valuska dedujo de golpe con nitidez que el gruñido y el gorjeo —que, como hasta ahora, volvieron a sonar en este orden— estaban ligados a un lenguaje que no se parecía a ninguna de las lenguas oídas hasta entonces, pero que aun así era humano, y que además del imponente propietario de la voz sonora había dos personas presentes en el dormitorio —estrecho, según su imaginación, pero cómodo, reflejando la elegancia que irradiaba el director—. Por otra parte, consideró seguro que uno de los otros dos, el gruñón, no podía ser otro que el taquillero de nariz de boxeador al que viera esa misma mañana. Ya el propio nombre de «Factótum», que se le quedó grabado, lo hacía probable, y cuando comprendió que el diálogo escuchado y pronto terriblemente

esclarecedor para él poseía un carácter interno y que el otro miembro de la compañía definida como de dos socios era él, la suma de las probabilidades indujo a Valuska (a quien algo le sugería que había ido a parar a un lugar donde recibiría respuesta a todas sus preguntas y lo impulsaba cada vez más a captar la esencia de esa misteriosa conversación), indujo a Valuska, pues, a ver tras la puerta de chapa la inmensa figura del taquillero que, impasible y por tanto sirviendo de contrapeso a pasiones enfrentadas, hacía de intérprete entre el lenguaje del director y un lenguaje particular y aparentemente inarticulado. Sin embargo, Valuska no acababa de entender a quién pertenecía el lenguaje que traducía el Factótum, es decir, quién era la tercera persona en ese alojamiento inaccesible desde fuera, pues ni la respuesta (la siguiente en la traducción del coloso: «Dice él: él se aferra a mí porque teme el señor director deja caer a él») ni la voz vibrante del propietario del cigarro, que a buen seguro seguía humeando allí dentro («¡Dígale usted que tomo muy a mal su desvergüenza!»), le servían de orientación. No le servían de orientación, sino que lo confundían aún más, ya que resultaba realmente difícil encontrar una explicación al hecho de que hubiera que llevar (¿en brazos?) a ese miembro todavía invisible (o incluso directamente escondido, tal como se desprendía de la discusión) del séquito de la ballena, así como a la circunstancia de que lo contrataran para un espectáculo circense y, sin embargo, no pudieran mostrarlo, y la réplica arrogante («Dice él: él se ríe porque es de saber que tiene partidarios aquí fuera. Partidarios no olvidan quién es él. A él no pueden atrapar fuerzas corrientes, tiene él energía magnética»). Permitió vislumbrar con claridad que el imponente y en apariencia dominante señor director se hallaba en un grave aprieto, por cuanto se hallaba ante alguien que, a su vez, lo dominaba. «¡Vaya descaro! —gritó el director, reconociendo así abiertamente su dependencia e impotencia, y el cada vez más asustado testigo apostado ante la puerta pensó, estremeciéndose, que la fuerza aterradora de esta voz retumbante tal vez acallaría la disputa—. ¡Su energía magnética —siguió tronando en tono burlón

— es un defecto físico! Es un engendro, lo repito para que me entendáis, un en-gen-dro que no posee ningún saber, y lo sabe tan bien como yo. El nombre de duque —soltó la palabra con el más profundo desprecio— lo recibió de mí por motivos comerciales. ¡Tradúzcale usted que yo lo inventé! ¡¡Y que, de los dos, solo yo tengo una mínima idea del mundo, en cuyo nombre él miente ahora sin escrúpulos a diestro y siniestro y me subleva a la gentuza!!». Y enseguida vino la respuesta: «Dice él: partidarios están afuera y no hay paciencia. Para ellos él Duque». «¡¡Entonces —bramó el señor director— queda despedido!!». Aunque la polémica —por el carácter opaco de sus intérpretes y sus temas— ya ofrecía motivos suficientes para el miedo, al oír esto, Valuska, petrificado junto a la pared de chapa, sintió por primera vez verdadero terror. Tenía la sensación de que las graves palabras, desde «engendro» hasta «sublevar», desde «energía magnética» hasta «gentuza», lo empujaban hacia un espacio aciago donde todo cuanto él no había conseguido desentrañar en las últimas horas, o donde, dicho de otro modo, todo aquello a lo que no había dado importancia en los últimos meses, se concentraba de pronto en una sola y terrorífica imagen y se veía con nítidos perfiles; era como si, poniendo fin a la inconsciencia de su seguridad (de que, por ejemplo, no existía ni podía existir relación alguna entre los trozos de vidrio esparcidos por el suelo del hotel Komló y la mano amistosa que se había aferrado a la suya hacía unos minutos, o entre la tensa reunión celebrada en el pasaje de la Defensa Nacional y la tenaz espera de los congregados en la plaza del Mercado), como si estas «graves palabras» empezaran a aclarar de manera irrevocable la imagen formada por sus confusas impresiones y experiencias, como un paisaje que aparece cuando se disipa la niebla, y mostraran la posibilidad de que todo esto poseyera un sentido coherente que apuntaba a la existencia de un «serio problema». Ahora bien, en esta fase de la disputa aún no sabía con exactitud en qué consistía dicho sentido, sino solamente que, aunque se resistiera, no tardaría en enterarse: porque él se resistía, como si así pudiese evitarlo, y se defendía,

como si de este modo existiese la esperanza de mantener vivo el instinto bajo cuya protección no había encontrado hasta entonces una relación forzosa, por ejemplo, entre la muchedumbre venida con el circo y los histéricos presentimientos de los habitantes de la ciudad. Sin embargo, la esperanza se fue frustrando poco a poco, pues el discurso furibundo del señor director iba concatenando todas sus experiencias anteriores —desde las manifestaciones del cocinero jefe hasta las desesperantes opiniones de Nadaban y compañía, desde el notable murmullo del público aterido de frío hasta las referencias al llamado «engendro»—, estableciendo una espantosa relación entre todos estos elementos con el único fin de que Valuska se viera obligado a confesarse a sí mismo que, a pesar de que considerara injustificados y hasta ridículos los eternos malos presentimientos de los ciudadanos, que desde el día anterior se habían intensificado hasta el punto de convertirse en auténtico terror, los equivocados no eran ellos, sino él. Desde el momento en que sopesó por primera vez esta eventualidad, cuando se levantó aquel murmullo al retirarse el señor director tras su memorable discurso, siempre había logrado hasta ahora escabullirse de la evidencia y descartar la posibilidad de que los hechos confirmaran, en efecto, las sombrías predicciones de los lugareños, incluso cuando en el pasaje de la Defensa Nacional reconoció, camino de la casa de la señora Eszter, que, en su preocupación por el señor Eszter, se le había contagiado el temor generalizado; en ese instante, sin embargo, incapaz de poner fin a su escucha y de apartarse de la puerta, comprendió que no se produciría el alivio que hasta entonces siempre había conseguido disipar sus temores, que el sentido de los acontecimientos resultaba definitivo y que no podría escapar al presentimiento de un desenlace infernal de todo cuanto allí ocurría. A todo esto, el combate proseguía dentro: «Dice él: bueno. A partir de ahora él independiente. Deja a señor director y no se interesa en la ballena. Y lleva a mí consigo». «¿A usted?». «Yo me voy —respondió impasible el Factótum— cuando él dice. Solo él dinero. Señor director pobre. Para señor director, Duque

significa: dinero». «¡No me venga usted también con el duque! —chilló el director al intérprete y prosiguió luego tras un breve silencio —: Dígale que no quiero peleas. Lo dejaré salir con una mínima condición: que no abra la boca. Que no diga ni pío. Que calle como una tumba». Por el tono resignado, por el hecho de que los anteriores bramidos se habían convertido en voz de desánimo y renuncia, a Valuska ya no le cabía la menor duda: el combate estaba decidido, el señor director había sufrido una derrota; y como Valuska sabía en qué y dedujo también de la voz gorjeante que ocurriría de manera inevitable algo que el director, incapaz ya de dominar a su compañía, pretendía evitar a toda costa, esa claridad deslumbrante le hizo sentirse de pronto como un gato callejero que ha ido a parar bajo el cono asesino de un foco: paralizado e impotente, se quedó mirando la puerta en el vagón helado. «Dice él —prosiguió el intérprete—: señor director no impone condiciones. Al señor director viene dinero, a él vienen partidarios. Todo tiene precio. Inútil discutir». «Si destruye las ciudades con esos bandidos —señaló el director con voz cansada—, ya no habrá sitio adonde ir al cabo de un tiempo. Usted traduzca». La respuesta no tardó en llegar: «Dice él: él no quiere irse nunca y a ninguna parte. Señor director lleva a él siempre. Y dice él: no sabe qué significa al cabo de un tiempo. Ahora ya no hay nada. En oposición a señor director piensa él que de todas cosas viene sentido. Por separado. No del Todo, que el señor director solo imagina». «Yo no imagino nada —contestó tras un largo silencio el director—. Solo sé que si no los apacigua, sino que para colmo los enardece, acabarán destrozando la ciudad». «Lo que construyen y lo que construirán —tradujo el Factótum el gorjeo, que de golpe se había vuelto más agudo—, lo que hacen y lo que harán, todo es mentira y engaño. Lo que piensan y lo que pensarán, todo es de risa. Piensan porque tienen miedo. Y el que tiene miedo no sabe. A él le gusta, dice él, que todo acabe en ruinas. En las ruinas está dentro la construcción, así también la mentira y el engaño, como en el hielo el aire, así. En la construcción todas las cosas están a medias, en las ruinas, en cambio, están

todas las cosas completas. Señor director tiene miedo y no entiende lo que dice él, partidarios no tienen miedo y entienden». «Vamos a ver, comuníquele usted lo siguiente —gritó encolerizado el director —: Estoy firmemente convencido de que las profecías son una cháchara estúpida, que se las sirva a la gentuza, si quiere, pero no a mí. Y dígale que no lo seguiré escuchando, que le retiro la mano, que ya no asumo la responsabilidad por sus actos y que a partir de este instante, señores, quedan ustedes libres… En mi opinión, sin embargo —añadió, al tiempo que se aclaraba la garganta dándose pote—, haría usted mejor en meter a su duquecito en la camita, darle una doble porción de nata y sacar luego el libro de texto para que aprenda húngaro, que buena falta le hace». «El Duque grita — señaló, en medio del gorjeo histérico e ininterrumpido, el Factótum, que seguía impávido y no prestaba atención alguna a las palabras de su director—. Dice él: él siempre libre. Él está entre las cosas. Y solo él ve el Todo entre las cosas. Y el Todo es todo ruina. Para los partidarios, él Duque, pero en ver es él el más grande de los duques. Solo él ve el Todo, porque él ve que el Todo no existe, dice él. Esto es… lo que para el Duque… es preciso… ver siempre con ojos. Los partidarios destruirán porque entienden correctamente lo que él ve. Partidarios comprenden: en todas cosas hay engaño, pero no saben por qué. El Duque sabe: porque el Todo no existe. Señor director no entiende correctamente, señor director es obstáculo, Duque está harto y sale». Cesó el intensísimo gorjeo, acabaron asimismo los gruñidos, y el director no dijo nada más, y si algo hubiese dicho, Valuska no lo habría escuchado, pues mientras oía las últimas frases, ya retrocedía; retrocedió en el sentido estricto de la palabra ante esas frases que sonaban a perversas a sus oídos, retrocedió hasta chocar con la boca abierta de la ballena. En ese momento, todo empezó a tambalearse a su alrededor, el vagón comenzó a correr bajo sus pies, la gente corría a su lado, y solo frenó un tanto su carrera cuando en medio de la multitud comprendió que no había modo de encontrar a su nuevo amigo para advertirle: de que estaban a punto de exhortarlos a una

monstruosidad y que no debían prestar más atención al que aguardaban, aunque lo hubiesen hecho hasta el momento. No lo encontraría, ya que, debido al enorme peso que se le vino encima al tomar conciencia, todo cuanto había pensado hasta entonces sobre el circo, sobre aquella tarde y todo aquel día, se vino abajo en su interior en pocos minutos, y le dolía el hombro, y tenía frío, y en vez de rostros solo era capaz de distinguir manchas desdibujadas. Corría entre las fogatas, pero nadie salvo él podía entender cuanto trataba de decir en sus intentos espasmódicos, con palabras que se ahogaban apenas empezadas (palabras tales como «engaño», como «maldad», como «vergüenza»); corría, pero, por mucho que quisiera, no podía ayudar a los otros, y menos aún ayudarse a sí mismo, pues no había remedio contra el hecho de que, después de haberse mostrado cándido y confiado, había alcanzado de golpe a los otros y los había dejado atrás en el saber, por cuanto no solo conocía la existencia del Duque, sino también sus deseos. «¡Hay un grave problema!» —borboteaba la frase en el interior de Valuska, incapaz de decidir adónde dirigir sus pasos—. Al principio pensó en el señor Eszter, y ya se encaminaba hacia la avenida cuando reconsideró esta opción, dio media vuelta y volvió a detenerse al cabo de un momento, como quien se da cuenta de repente de la necesidad de dejarse llevar por la primera intención. Y así como antes había aminorado la marcha, ahora corría de nuevo, la luz de las fogatas titilaba a su alrededor, la gente volvía a correr a su lado, y mientras procuraba eludirla, tuvo la sensación de que la plaza se sumía en un enorme y particular silencio, pues solo oía su propio jadeo que, eso sí, escuchaba desde dentro con suma intensidad, como cuando uno, inclinándose, acerca la cabeza a escasa distancia de la rueda de un molino. Y de pronto se encontró en el pasaje de la Defensa Nacional, y al instante siguiente ya llamaba a la puerta de la señora Eszter, pero en vano repitió varias veces la frase antes de franquear el umbral, en vano pronunció en voz alta las palabras que hasta entonces bullían en su interior («Hay un problema muy grave, señora Eszter, hay un problema muy grave

allá fuera, señora Eszter»), no logró despertar la atención de la dueña de casa ni de sus invitados, como si no lo hubieran entendido con precisión. «¿Es aquel… engendro, no? ¿Es eso lo que lo ha asustado tanto?» —preguntó la señora Eszter con sonrisa suficiente —, y cuando él, con el miedo en los ojos, empezó a asentir con la cabeza, ella se limitó a decirle: «¡No es de extrañar, no es de extrañar, no!» —y transformó la sonrisa suficiente en una mirada llena de preocupación y responsabilidad—, y después de conducirlo al único taburete todavía desocupado y de sentar aplicando cierta violencia a un Valuska reacio a tomar asiento, le explicó para tranquilizarlo que «nuestro pequeño y perseverante círculo de amigos tampoco estaba libre de la preocupación hasta que por fin llegó el señor Harrer con la buena nueva» y que, por consiguiente, Valuska también podía calmarse ya que («¡gracias a Dios!») no hacía mucho se había recibido la seria promesa de que la aciaga compañía dejaría la ciudad al cabo de una hora, con ballena, duque y todo. Valuska, sin embargo, sacudió con fuerza la cabeza, se levantó de su asiento, repitió la frase que seguía ululando en su interior y, en la medida de sus posibilidades, trató de explicar con las palabras más «sencillas» posibles que había sido testigo de una enconada disputa y que así se había enterado de que de eso nada, que el Duque no se iba. Eso ya está superado, dijo la mujer al tiempo que volvía a empujar al desobediente Valuska a su sitio y, para obligarlo a comprender, apoyaba el brazo izquierdo sobre su hombro y añadía que entendía por qué lo había estremecido tanto la mera presencia de ese malhechor llamado el Duque, por cuanto «si no estaba equivocada —agregó en voz baja dirigiéndose a él y con una sonrisa que le perdonaba la vida—, solo en aquel momento había captado la raíz del problema». Que ella lo comprendía profundamente, continuó imperturbable la dueña de casa, alzando la voz para que todo el mundo la oyera, mientras Valuska no podía moverse bajo el peso de su mano en el hombro, comprendía y le resultaba clarísimo, ya que ella misma también lo había pasado y sabía lo que sentía la persona que se topaba por vez primera con la

verdadera esencia de ese artilugio disfrazado de circo («con ese caballo de madera griego, si entiende usted a qué me refiero…»). «Hace poco más de media hora —continuó retumbando la voz de la señora Eszter en la pequeña habitación— aún teníamos buenos motivos para creer que nada podría impedir la realización de los planes de ese subordinado desvergonzado del director de la compañía, de esa "serpiente que él mismo había criado", como lo calificaba el propio señor director, al que no se puede acusar de nada, tal como ha señalado el señor Harrer, pero ahora, en cambio, tenemos buenos motivos para creer en lo contrario, para creer, concretamente, que el director, consciente de su responsabilidad, intervendrá con energía y nos liberará en poco tiempo de ese hijo del infierno. Gracias al señor Harrer sabemos ya —prosiguió en tono apasionado y, por así decirlo, inspirado, adaptando las palabras no al estado de ánimo de los reunidos, sino a su propia e inapelable importancia—, sabemos qué se oculta tras el misterio de esta horda venida de todas partes y, hablando con franqueza, realmente preocupante para todos nosotros, así como detrás de esta compañía excepcional, sí, circense hasta la médula; y como en el fondo ya nada hemos de temer, pues por fortuna solo falta que nos llegue la noticia de la marcha del circo, propongo no alentar el pánico como hace usted, aunque en su caso sea perdonable —añadió mirando hacia abajo, hacia Valuska, y lanzándole una sonrisa—, sino pensar más bien, todos, en cómo debemos actuar en el futuro, ya que resulta imprescindible sacar las consecuencias de lo ocurrido este día entre nosotros —taladró con una severa mirada al presidente del consejo municipal, que permanecía acurrucado en un rincón—. No afirmo que seamos capaces de decidir ahora en todas las cuestiones, no —continuó la señora Eszter sacudiendo la cabeza—, realmente sería impropio afirmar tal cosa, pero sí podemos constatar que, en el supuesto de un desenlace favorable de los acontecimientos, ya no se podrá gobernar a la antigua nuestra ciudad, en varios aspectos marcada por una maldición». («¡La maldición de la debilidad!», terció a voz en cuello el señor

Harrer, en calidad de viejo conocido de la señora Eszter). El discurso, que por lo visto había empezado antes de la llegada de Valuska y cuyas inspiradas alturas, tal como constató este, nadie había escalado salvo la impetuosa oradora, el discurso, pues, o, si se prefiere, el éxtasis equilibrado de solemnes palabras, alcanzó aquí su indudable culminación y, como la señora Eszter, lanzando una mirada triunfante alrededor, se dio por satisfecha, también supuso su final.

El señor presidente miraba con ojos opacos al vacío y asentía una y otra vez con la cabeza, pero su expresión torturada revelaba que seguía oscilando entre el deseado alivio y la preocupación que lo consumía. Respecto a la postura del comisario de policía no cabía la menor duda, aunque en ese momento no pudiera manifestarla, ya que seguía durmiendo como un tronco, tumbado en la cama con la cabeza echada hacia atrás y con la boca abierta, y solo esta circunstancia le impedía dar una señal indicando que, sin necesidad de pensarlo, se mostraba conforme con la argumentación expuesta. Así pues, la única persona que, en plena posesión de las facultades del habla y de la motricidad, podía calificarse a sí mismo de partidario incondicional y fanático, por así decirlo, de la señora Eszter y de entusiasta admirador de su «excitante exposición» (y si los ojos y el corazón hubieran podido hablar, habrían dicho mucho más), era el señor Harrer, esto es, el enviado y portador de la buena nueva, que mostraba una respetuosa emoción en su rostro marcado por lipomas de diversas dimensiones y que, por lo visto, aún no había podido acomodarse debidamente a la distinguida atención a la que, por cierto, tenía todo el derecho debido a su papel en los acontecimientos. Permanecía sentado debajo de los percheros, apretando las piernas; en una mano sujetaba una lata de conserva de pescado que le servía de cenicero y con la otra echaba en ella sin cesar la ceniza de su cigarrillo, como si tuviera miedo de que cayera en el suelo recién barrido; chupaba el cigarrillo, echaba la ceniza y volvía a chupar, y cuando consideraba que podía hacerlo sin que se entrelazaran las miradas, miraba desde abajo a la señora

Eszter, restregándose en ella, y apartaba rápidamente la mirada para volver a echar la ceniza en la lata de conserva. Se le notaba, sin embargo, que, aunque la evitara, deseaba precisamente la tarde o temprano ineludible carambola de este entrelazamiento y que habría renunciado a todo a cambio de la osadía que el culpable necesita para mirar a los ojos del juez en el momento de pronunciarse la sentencia: el señor Harrer daba realmente la impresión de gemir bajo el peso de una culpa secreta que quería reparar a toda costa y de que para él existía algo mucho más importante que la situación de la plaza del Mercado, algo que permitía a la señora Eszter decir lo que quisiera, que «él estaría siempre de acuerdo». No era de extrañar, pues, que este hombre, que durante el discurso había sorbido literalmente las palabras de la señora, se quedara sediento en el silencio posterior a la última frase y que —cuando el presidente «ensució», a su juicio, la impecable imagen esbozada por la señora Eszter con un comentario crítico— no viera en esto tan solo una burda ofensa a su propia credibilidad, sino también a la autoridad de la dueña de la casa, de modo que se levantó de un salto de su asiento con el cigarrillo encendido en la mano y, manifestando mudamente su indignación y olvidando por un momento la diferencia de rango existente entre ellos, sacudió de manera inequívoca la cabeza. «¿Pero qué pasaría —dijo el presidente mientras se frotaba las sienes y se acariciaba luego la calvicie desde la frente surcada de arrugas hasta la nuca— si a este muy respetable caballero se le ocurriera quedarse? A Harrer puede decirle lo que quiera, pues no lo obliga a nada. ¿Quién sabe con quién nos enfrentamos? ¿Quién sabe si no nos estamos apresurando demasiado? ¡A mí lo que no me da sosiego es que, permítanme la expresión, hayamos precipitado la retirada!». Quería recordarles que el recado, respondió la señora Eszter en tono severo, (y como Valuska intentó levantarse de nuevo de su taburete volvió a apoyarse en él con la dignidad de una madre que tranquiliza a su hijo inquieto), que el claro recado que el señor Harrer hizo llegar palabra por palabra en nombre del inflexible («eso espero»,

añadió), del inflexible gobierno de la ciudad daba a entender nítidamente al señor director que «por desgracia, quedaba denegada» su solicitud de ayuda por parte de las fuerzas policiales para la celebración del espectáculo, con independencia de las promesas realizadas el día anterior por el comisario, ya un tanto achacoso en aquel momento. El mero hecho, subrayó la señora, de que la localidad contara tan solo con cuarenta y dos policías y que, por tanto, sería una frivolidad encargarles tomar medidas contra una multitud eventualmente sublevada ya le habría dado que pensar y, en efecto, «le dio que pensar, tal como sabemos por el señor Harrer», de suerte que ella, la señora Eszter, no dudaba de su decisión de abandonar la ciudad en el acto a petición del gabinete de crisis, sobre todo porque, tal como se rumoreaba, no era la primera vez que a la compañía le ocurría algo parecido y, en consecuencia, el director debía saber tanto más lo que podía sucederle en el caso de no marcharse. «Vamos a ver, quien vio al hombre fui yo, y no usted —intervino el señor Harrer con la autoestima herida, pero sobre todo en defensa de la señora Eszter —, y ese hombre tiene una voluntad tan férrea que le basta una señal con el cigarro para que los otros salten como grillos». Realmente estaba agradecida, dijo entonces con semblante gélido la dueña de casa, de que el señor Harrer la apoyara con tanto apasionamiento, pero prefería pedirle que se concentrara en el asunto, por si se había dejado algo en su informe sobre el encuentro con el señor director. «Vamos a ver —respondió Harrer en voz baja y se inclinó hacia adelante, como si transmitiera una información confidencial—, la gente cuenta todo tipo de cosas, pero dicen que tiene tres ojos y solo pesa diez kilos». «Entonces —bramó furiosa la señora Eszter— voy a plantear la pregunta de otra manera, a ver si me entiende. ¿Le dijo el señor director algo más de lo que ya sabemos?». «Pues… no» —respondió bajando los ojos el mensajero y echó la ceniza en la lata de conserva—. «En tal caso — declaró tras una breve pausa la señora—, mi propuesta es la siguiente. Usted, señor Harrer, se va ahora a la plaza y vuelve aquí

apenas vea que el circo se ha puesto en movimiento. Nosotros, señor presidente, nos quedamos en nuestros puestos, claro está. Y a usted, János, me gustaría pedirle algo personal…» —prosiguió, soltando por primera vez en un cuarto de hora el hombro de Valuska, pero para agarrarlo acto seguido del brazo, ya que el joven, aterrorizado por el señor Harrer, por el señor presidente, por el señor comisario y en ese momento incluso por la señora Eszter, ya enfilaba hacia la salida—. Si consideraba, continuó la dueña de casa lanzándole una mirada alentadora, que ya había superado por fin su estremecimiento, habría para él una importante tarea, que ella, obligada como estaba a quedarse haciendo guardia, no podía cumplir por mucho que quisiera. El lamentable estado del señor comisario, dijo la señora señalando la cama envuelta en olor a vino, el lamentable estado que solo en apariencia podía atribuirse al «alcohol consumido en cantidades ingentes», pero que de hecho se debía al agotamiento causado por el peso de la responsabilidad, le impedía, en aquel día extraordinario, «cumplir con sus deberes paternos». Lo cual significaba, explicó la señora Eszter, que en esas difíciles horas no había nadie junto a los dos niños huérfanos del comisario, que se hallaban solos en casa y que, como se necesitaba a alguien que les diera de comer, que los tranquilizara y los acostara, pues «ya eran casi las siete y las criaturas estaban sin duda asustadas», ella había pensado enseguida en Valuska. Se trataba de una menudencia, prosiguió ronroneando cálidamente, pero, añadió en tono de broma, «nosotros no olvidamos los detalles», y estaría muy agradecida si él comprendiera su petición y le dijera que sí, pues Valuska ya veía todo el trabajo que le esperaba. Por el mero hecho de liberarse de la señora, Valuska habría dado su consentimiento, y a punto estuvo de decir que sí, pero no llegó a pronunciar la palabra porque en ese instante un ruido violento procedente de fuera y parecido a una explosión hizo vibrar el cristal de la ventana, y como no cabía la menor duda respecto a su origen, todo el mundo, antes de que acabara el estruendo, ya sabía en aquella pequeña habitación que algo había

ocurrido en la plaza del Mercado, algo que había hecho estallar en gritos a la multitud, de modo que todos se quedaron rígidos esperando en silencio el cese del ruido y preguntándose si se repetiría. «Se van» —dijo el señor Harrer, rompiendo el silencio que se produjo al callar el rumor, pero sin moverse—. «Se quedan» —soltó con voz ahogada el presidente y luego, tras comunicar que sentía profundamente haberse atrevido a salir de casa y que ahora no sabía como volver, pues tenía la sensación de no poder hacerlo ni siquiera «de puntillas», se plantó de súbito con un solo paso ante la cama, sacudió la pierna del durmiente y le gritó: «¡Despiértese! ¡Despiértese!». El señor comisario, al que realmente no se podía acusar de haber dificultado mediante una actitud pendenciera la tensa reunión del gabinete de crisis, no perdió su ejemplar calma ni siquiera con estas implacables sacudidas, se apoyó tranquilamente sobre el codo, parpadeó con los ojos entornados e inflamados y, pronunciado las palabras con un tono particular, declaró que no pasaba nada, que él no daría ni un mísero paso hasta que no llegaran los refuerzos de la provincia; luego se tumbó de nuevo en la cama para continuar enseguida su sueño —su única posibilidad de curarse— allí donde había quedado interrumpido por motivos tan incomprensibles como desconocidos. Solo la señora Eszter no se manifestó. Clavó la vista en el techo con expresión severa y esperó. Luego, sin prisa, les miró a los ojos uno tras otro, a la vez que parecía reprimir una sonrisa burlona en sus labios delgados, y declaró: «Señores, ha llegado el momento decisivo. Creo que estamos en el buen camino hacia el desenlace». El señor Harrer asintió otra vez con entusiasmo; el presidente, en cambio, como quien aún alberga alguna duda, sacudió la cabeza al tiempo que manoseaba su corbata. Solo Valuska pareció no haber caído bajo el efecto de la solemne declaración, pues cogió el picaporte y, cuando la dueña de la casa dio la señal para la partida, preguntó, abatido, desde el umbral: «¿y… el señor… Eszter…?», y abandonó la casa con tal expresión de acoso y amargura —seguido por el señor Harrer, que le pisaba los talones— que parecía como si un mundo

se hubiese venido abajo en su interior, revelando mediante cada uno de sus movimientos que partía porque no aguantaba quedarse, pero que, en su desesperación, no sabía adónde ir. En efecto, un mundo se había venido abajo en su interior, por cuanto, profundamente decepcionado, había visto cómo se frustraban las esperanzas depositadas por su angustiosa inquietud en la señora Eszter y en el gabinete (aún resonaba en él la primera frase de la señora: «Eso ya está superado…»); nerviosos como estaban, habían cambiado la secuencia temporal de las informaciones, habían supuesto que la suya era anterior a la del señor Harrer; de hecho, no le dieron crédito, ni siquiera lo escucharon debido a su estado de excitación, sin preguntarse, sin embargo, por las causas de dicho estado. La señora le cerró directamente la boca, de modo que perdió la última oportunidad de confiarse a la ayuda de los otros y —ya cuando la señora Eszter desechó las justificadas preocupaciones del presidente— se vio obligado a reconocer la imposibilidad de influir en la rocosa argumentación de la inflexible dueña de la casa, quedándose del todo solo con su profético saber respecto a la terrible tendencia que marcaba los acontecimientos de la plaza del Mercado. Se quedó solo, y como entendió que el destino del habitante de la avenida Wenckheim ya no interesaba a nadie, se quedo solo también con el señor Eszter —y quizá precisamente por esto, el cuarto se sumió para él en un profundo silencio, como antes la plaza; aunque vio que todavía hablaban a su alrededor, él ya no oía nada, ni quería oírlos, pues solo deseaba liberarse de esa mano que le apretaba el hombro, largarse de ese lugar al que había ido en vano, ahogar su susto y su impotencia en la velocidad de las casas que pasaban corriendo junto a sus pasos, superar el hecho de no conformarse con la imposibilidad de frenar el plan expuesto en el dormitorio del circo y de no saber, sin embargo, cómo contrarrestarlo —. Así pues, solo le quedó ahogar su impotencia en «la velocidad de las casas que pasaban corriendo junto a sus pasos», se detuvo por un instante en la puerta del jardín y, sin apenas fuerzas, dijo al otro: «Señor Harrer, no vaya usted allí…» (pero el hombre se limitó

a responderle entusiasmado: «¡Qué mujer! ¡Qué mujer!», y siguió corriendo hacia la plaza Kossuth). Valuska se arregló luego la correa del bolso en el hombro y, dando la espalda a la plaza del Mercado y a su casero, se marchó en dirección contraria por la estrecha acera. Echó a correr, y empezaron a moverse a su alrededor las casas y las verjas, pero él no veía nada, solo sentía esa carrera febril, porque en el fondo no percibía nada, ni siquiera los cuadrados de hormigón de la acera. Con los troncos inclinados corrían a su lado los árboles, se balanceaban misteriosamente las ramas secas en el frío cortante y mortífero, se apartaban de su camino los postes de la electricidad, todo corría con desenfreno, a galope tendido, adondequiera que fuera, pero en vano, porque ni las casas, ni los cuadrados de hormigón, ni los árboles (con sus ramas secas, misteriosas y oscilantes) querían acabar nunca; antes bien, cuanto más deseaba dejarlos atrás, más tenía la sensación de no poder adelantarlos (como si, jugándole una mala pasada, volvieran a ponérsele delante). En un momento centelleó ante sus ojos el hospital, en otro, el pabellón de patinaje sobre hielo, más tarde la fuente de piedra de la plaza Erkel, pero Valuska, que corría a toda velocidad, no habría podido decidir, ni siquiera intentándolo con toda su energía, si realmente se hallaba allí o si aún no había logrado liberarse del entorno de la casa de la señora Eszter. Luego, como si el azar hubiera hecho realidad su intención de alejarse lo más posible del Duque y del reino de la plaza del Mercado y de acercarse también lo máximo posible a los «suyos», se encontró de improviso en el cruce de la avenida con la calle Negyvennyolcas y, recuperando un poco la conciencia en el laberinto paralizante de la huida, se plantó ante la puerta de la casa de la señora Pflaum y tocó el timbre del portero automático. «Mamá, soy yo… —gritó al micrófono después de percatarse por el crujido del aparato de que alguien había cogido el auricular, aunque no dijera ni palabra—. Mamá, soy yo, y solo quería decir…». «¿Qué haces a esta hora en la calle? —chirrió el portero con tal fuerza que Valuska se quedó sin habla—. ¡Quiero saber qué haces a esta hora en la calle!». «Está

ocurriendo algo muy grave, mamá —trató de explicarse Valuska, acercando la boca a la rejilla del micrófono— y me gust…». «¿Conque algo muy grave, no? —volvió a oírse a todo volumen la voz—. ¿Y aún te atreves a confesar que lo sabes? ¿Qué haces entonces a estas horas de la noche en la calle? ¡Dime de una vez por todas en qué vuelves a estar metido! ¿Quieres hundir del todo a tu pobre madre? ¿No te basta con lo que me has hecho?». «Mamá… mamá… escúchame… un poquito —tartamudeó Valuska ante el micrófono—. Realmente no quiero nada malo, solo quería decirte, que… que… te encierres bien… que no dejes entrar a nadie… porque…». «¡Has estado bebiendo! —gritó la voz fuera de sí—. ¡Has vuelto a beber cuando me habías prometido dejar la bebida! Bebes, y en vano tienes un pequeño hogar, porque has vuelto a beber y a vagabundear. Pero está bien —dijo crujiendo el aparato—, vamos a hablar de otra manera, a ver si nos entendemos. ¡Si no vuelves enseguida a casa, no pondrás nunca más el pie aquí!, ¿está claro? Escúchame bien, si me entero de que vagabundeas por ahí y estás metido en algo, bajaré, te buscaré, te cogeré de los pelos y te llevaré… a que te encierren… ¿sabes dónde? ¡No toleraré que vuelvas a cubrirme de vergüenza!». «Pero ¡qué dices, mamá!». «¡Deja de repetir mamá! ¡O sea que levanta el campamento y largo!». «Sí, mamá… un beso, mamá… ya me voy…». Que se iba, dijo Valuska, pero no podía conformarse con el fracaso de su intento de comunicar la gravedad de la situación, de modo que pasó un buen rato ponderando la posibilidad de volver sobre sus pasos y de probarlo de nuevo, hasta que llegó a la siguiente conclusión: si no lo había conseguido con la señora Eszter, tampoco podría explicar a su madre lo que había vivido y de lo que había sido testigo, lo que había sucedido y lo que sucedería. No podría explicarlo, pues dijera lo que dijera sobre el Duque y el Factótum, seguro que ella no lo creería, y Valuska tenía a todo esto la sensación de que, de hecho, no podía culparla de no creerle y de reprenderle para más inri, porque si él no lo hubiera escuchado con sus propios oídos y no lo hubiera experimentado en persona, habría

sido el primero en poner en duda incluso la existencia de algo semejante. Sin embargo, siguió reflexionando Valuska en las calles vacías, el Duque existía, y a partir de este hecho ya nada podía juzgarse con sensatez, porque no es que el mundo a su alrededor cambiara por la mistificación de que fuera un mensajero ni por su deseo inhumano de hacer daño, sino por su mera existencia, que obligaba al mundo a no ponderar las cosas según su propia naturaleza y lo alentaba a creer que la tierra poseía otras leyes que las utilizadas por los hombres; con esto bastaba para ponerle la etiqueta de incorregible embustero. Al mismo tiempo, prosiguió Valuska sus cavilaciones, formaban parte de esta mera existencia la mistificación y el deseo inhumano, el equívoco disimulo y la furia destructiva, que en su arrogancia ni siquiera ocultaba ante el señor director, pero que no eran idénticos a él, por cuanto todo esto, probablemente, solo se derivaba del carácter extraordinario de su esencia, de ese carácter extraordinario y terrorífico, sobre cuyo contenido y dimensiones no podía hacerse una idea cabal más allá de algunos comentarios aislados. Creyó escuchar de nuevo el gorjeo, y volvió a apoderarse el miedo de él; sumido en el temor, sabía que lo único que podía hacer era avisar a todo el mundo: «enciérrense bien y no se muevan de sus sitios». Decidió dar la voz de alarma a todos, al señor Eszter y a los hermanos del «Péfeffer», a los oficinistas de la distribuidora del ferrocarril y al portero de noche, e incluso a las criaturas del señor comisario; y cuando, mirando alrededor, se percató de que se hallaba a una manzana de la casa de este, resolvió avisar primero a los niños puestos bajo su custodia y ver más tarde a su maestro y a los otros. El edificio de alquiler en que vivía el comisario camuflaba a la perfección el hecho de albergar a tan importante personalidad en su primera planta: apenas quedaba revoque en los muros, arriba faltaba un buen trozo del canalón y el portal de entrada carecía de cerradura, dando una solución definitiva a la necesidad de estar siempre abriendo y cerrando la puerta. Solo se podía acceder al edificio pasando por encima de montones de basura; además, el camino que bajaba a la

acera quedaba obstaculizado, justo delante de la entrada, para colmo, por una viga de acero olvidada en aquel lugar, y si esta era la situación afuera, por dentro tampoco pintaba mejor, pues cuando Valuska entró en el vestíbulo del edificio, fue a parar a una corriente de aire tan intensa que su gorra salió volando, como si la naturaleza quisiese darle a entender que allí mandaba ella. Subió por la escalera de hormigón, pero la corriente no disminuyó, sino que se volvió más imprevisible, ya que se detenía por un momento para luego, de súbito, atacar a su víctima con fuerzas renovadas, de modo que Valuska se vio obligado a sujetar la gorra con la mano y a respirar por la nariz, y al llegar a la primera planta tocó el timbre y esperó a que abrieran la puerta como quien se refugia ante un verdadero vendaval. Pero nadie abrió la puerta, y al tiempo que se detuvo el zumbido del timbre, cesó también el barullo asustado, o sea que Valuska volvió a pulsar el botón, y lo hizo una y otra vez, y cuando ya creía que algo había ocurrido allí dentro, oyó de pronto que giraban la llave en la cerradura, un nuevo barullo y, una vez más, el silencio… Hacía calor en el piso, en cuyas paredes de dibujos floreados la humedad se extendía en grandes manchas, hacía, a decir verdad, un calor sofocante, y cuando, tras eludir los diarios, abrigos y zapatos esparcidos por el suelo y echar un vistazo a la cocina, llegó por fin a la sala de estar en su intento por investigar esa curiosa recepción, sintió tal escalofrío en su cuerpo aterido que ni siquiera atinó a abrir la boca. Se quitó la correa del hombro, se desabrochó el abrigo y, decidido a acabar de una vez con el temblor, empezó a frotarse los miembros. Luego tuvo la sensación de la presencia de alguien a sus espaldas. Se dio la vuelta asustado y, en efecto, no se había equivocado: en el umbral de la sala estaban, mudos e inmóviles, mirándolo desde abajo, los dos niños. «¡Caray —gritó Valuska—, me habéis asustado!». «Creíamos que era papá…» —respondieron ellos, sin dejar de mirarlo fijamente—. «¿Y cuando viene papá siempre os escondéis?». Los niños no contestaron, sino que siguieron mirándolo, serios, rígidos. Uno daba la impresión de tener seis años,

el otro, ocho; el pequeño era rubio, el grande moreno; pero ambos habían heredado los ojos del padre, semejantes a botones, y la ropa, por lo visto, de los hijos mayores del vecino, pues sobre todo los pantalones, pero también las camisas parecían tan gastados por el uso y las coladas que apenas se podía determinar su color. «Sabéis una cosa —explicó Valuska turbado, pues tenía la sensación no solo de que lo miraban, sino de que lo observaban con desconfianza—, vuestro papaíto llegará tarde esta noche y me pidió… que os acostara… Yo debo irme enseguida, pero es muy importante —añadió temblando de nuevo— que cerréis bien la puerta cuando salga, y si alguien llegase a tocar el timbre, no lo dejéis entrar, no dejéis entrar a nadie… O sea que… —concluyó, confundido, porque los dos niños seguían inmóviles— a la cama». Se ajustó el abrigo, se aclaró la garganta y, desconcertado porque no sabía qué hacer para que no lo miraran de ese modo, intentó sonreírles, a lo cual el pequeño se relajó un tanto, se le acercó y preguntó: «¿Qué llevas en el bolso?». La pregunta sorprendió a Valuska, hasta tal punto que abrió el bolso, le echó un vistazo, se agachó y le enseñó el contenido al niño: «Solo diarios… Suelo llevar diarios a las casas». «¡Cartero!» —gritó desde el umbral el mayor, con la solemnidad y la irritación de los informados—. «¡Qué dices! —lo corrigió el pequeño—. Está loco, lo ha dicho papá —luego se volvió de nuevo hacia Valuska y preguntó con desconfianza—: ¿Estás realmente loco?». «¡Qué va! —respondió Valuska, sacudiendo la cabeza e incorporándose—. No estoy loco. Mírame, ya verás como no». «Lástima —dijo el pequeño torciendo el gesto —. A mi me gustaría ser un loco y decirle al rey que su reino anda mal». «Tonterías» —intervino el otro con una mueca burlona, y Valuska, para granjearse su simpatía, le preguntó: «¿Por qué? ¿Tú qué quieres ser?». «¿Yo?… Un policía justo —respondió con orgullo, pero al mismo tiempo a regañadientes, como a quien no le gusta revelar sus planes a extraños—. Los meteré a todos en la cárcel —añadió, cruzando los brazos y apoyando el hombro en la jamba—, a todos los locos y borrachos». «¡A los borrachos yo

también!» —lo jaleó con voz aguda el pequeño, y entonces echaron a correr por la habitación al grito de «¡Muerte a los borrachos!»—. Valuska tenía la sensación de estar obligado a decir algo para granjearse su confianza, inducirlos a la obediencia y meterlos en la cama, pero como no se le ocurrió nada, cerró el bolso, intentó sonreírles, se acercó a la ventana, echó un vistazo a la calle oscura y, al pensar que ya debía haber pasado hacía tiempo por la casa del señor Eszter, perdió de súbito la paciencia: «Lo siento —dijo, levantando con mano temblorosa la gorra y atusándose el pelo—, pero he de marcharme». «¡Y hasta tengo el uniforme! —declaró en eso el mayor y, viendo que Valuska se enfilaba hacia la salida, añadió—: Si el señor no me cree, se lo puedo mostrar». «¡Yo también, yo también!» —gritó saltando el pequeño e, imitando el movimiento y el chirrido de un coche que toma una curva, salió en pos de su hermano mayor—. Y no había escapatoria, ya que, apenas había dado unos pasos en el recibidor, una puerta se abrió y se cerró a sus espaldas y allí estaban los dos, cuadrados como soldados, mirándolo con una sonrisa. Ambos llevaban verdaderas chaquetas de policía; la del menor tocaba el suelo, la del mayor le llegaba a las rodillas, y aunque daban risa, por el hecho de que podían caber perfectamente tres veces en ellas, las casacas estaban entalladas con tal habilidad y guardaban las proporciones con tal perfección, que, en efecto, solo faltaba que los chicos crecieran para que les quedaran impecables. «Caray… la verdad…» —dijo Valuska en tono elogioso y se dispuso a partir, pero no pudo, porque el pequeño sacó una caja que tenía a sus espaldas y, mirando de reojo desde abajo, se limitó a decir: «¡Mira esto!». Valuska tuvo que contemplar, pues, un palo puntiagudo utilizado para «clavárselo en el ojo al enemigo»; reconocer que las hojas de afeitar suecas eran las mejores a la hora «de cortarle el pescuezo al enemigo»; y admitir, por último, que la mitad de los trozos de vidrio introducidos furtivamente en una botella con tapón de corcho del enemigo bastaba para «liquidarlo». «¡Tonterías!… Todo esto se lo he dado yo… cosas para el jardín de infancia… —declaró en tono

de desprecio el mayor desde la puerta de la cocina—. Pero si el señor quiere ver algo de veras interesante, mire esto». Entonces sacó del bolsillo una pistola de verdad. La puso en la palma de la mano y acomodó en ella lentamente los dedos; Valuska, retrocediendo sin querer, apenas pudo abrir la boca: «Pero… ¿de dónde… has sacado eso?». «Eso ahora no tiene ningún interés», respondió el niño encogiéndose de hombros, y trató de hacer girar el arma en torno a su dedo índice, pero no lo consiguió por el impulso excesivo que le había dado; así pues, la pistola cayó al suelo con gran estrépito. «Te estaría muy agradecido si me la dieras…», dijo Valuska y, asustado, se apresuró a coger el arma, pero el mayor se le adelantó, cogió la pistola y lo encañonó. «Esto es muy peligroso —explicó Valuska, protegiéndose el rostro con la mano—, con esto no se juega…», y luego, como la pistola no se movía, y los dos seguían mirándolo igual que en el umbral de la sala cuando llegó, empezó a retroceder mecánicamente hasta la puerta de entrada. «Está bien… —dijo apretando el picaporte a su espalda— la verdad es que no tengo miedo, no… —abrió la puerta— pero devuélvela a su sitio, que tu papá… se va a enojar… y los dos, a la cama —añadió escabullándose por el resquicio—, a obedecer y a dormir… —concluyó al tiempo que cerraba por fin la puerta para acabar murmurando en su asombro, más bien para sus adentros— y cerrad todo bien… y no dejéis entrar a nadie…». Oyó que dentro estallaban las risas, que la llave giraba en la cerradura, y tambaleándose y sujetándose la gorra con la mano bajó las escaleras en medio de la tempestuosa corriente. Seguían mirándolo esos dos pares de ojos inmóviles, y Valuska no conseguía liberarse de los rayos cortantes y penetrantes de sus miradas, y así como no había cesado de temblar de calor en aquel reino sumido en un estado salvaje, ahora, al salir del edificio, temblaba de frío. Lo estremecía la helada que lo dejaba como un témpano, pero lo estremecía también la idea de que dos cosas a su juicio opuestas, los niños y la pasión gélida de la crueldad, fueran, así y todo, compatibles. Se colgó el bolso del otro hombro, se abotonó el abrigo, y como sentía que no podía con esa

pasión, procuró olvidar la pistola que le apuntaba y las carcajadas burlonas detrás de la puerta y centrarse en llegar cuanto antes a la casa de la avenida Wenckheim. Procuró olvidarlos, pero los dos niños vestidos con esas enormes chaquetas de policía no cesaban de bailotear ante sus ojos, y los remordimientos de conciencia por el hecho de haberlos dejado con un arma tal vez cargada y las cavilaciones en torno a la opción de volver solo llegaron a su fin, eso sí, de forma definitiva, cuando dobló desde la calle Arpad a la avenida y se percató de que, a escasa distancia, en pleno centro de la ciudad, el cielo parecía rojo encima de los edificios. Luego, la sensación de terror que se apoderó de él cuando pensó que «quizá ya estaban prendiendo fuego a la ciudad» detuvo de golpe su tendencia obsesiva a la lucha interna y a las autoacusaciones, de modo que apretó el bolso con la mano para que no le golpeara el costado y, esquivando a los gatos callejeros, empezó a correr hacia la casa del señor Eszter. Corrió y, al llegar allí, abrió los brazos para defender el portón. Luego —cuando comprendió, mediante un resto aún sensato de su capacidad de juicio, que si ahora irrumpía en la casa de su desprevenido maestro, solo lo asustaría con su desesperación— se quedó delante del portón, decidido a defender desde ese punto al inadvertido vecino contra cualquier intento de aproximación al edificio. Desde luego, no tenía ni la menor idea de cómo proceder, y durante un buen rato solo pudo explicar su temor a un imprevisible ataque por el hecho de haber perdido del todo la cabeza ante la mera posibilidad de un incendio intencionado (pues desde ese sitio no podía cerciorarse de nada). Sea como fuere, una parte del cielo seguía roja, y Valuska, preparado para cualquier eventualidad, iba y venía ante el portal, cuatro pasos a la derecha, cuatro a la izquierda, ni uno más, ni uno menos, pues al quinto paso ya habría tenido la sensación de dejar desprotegido y sumido en las tinieblas el otro lado. Todo lo demás se desarrolló con tal rapidez que, a decir verdad, los hechos tenían cabida en un solo instante. De súbito oyó pasos, como si se acercaran cientos de botas, altas y bajas, arrastrando cansancio por el suelo. Una tropa de hombres se

plantó ante él, y poco a poco lo rodearon. Vio sus manos, los dedos romos, y habría querido decir algo. Pero en eso se oyó una voz desde atrás («¡Esperad!»), y enseguida reconoció al hombre del abrigo de paño gris; ni siquiera tuvo que mirarle a la cara, enseguida supo que quien se le acercaba por el pasillo abierto en el círculo no podía ser otro que su amigo de la plaza, al que acababa de conocer esa misma tarde. «No tengas miedo. Te vienes con nosotros» —le dijo en voz baja, agachándose hacia su oído y rodeándole los hombros con el brazo—. Valuska los acompañó en silencio; el otro tampoco decía nada e, inclinándose hacia adelante, se limitó a apartar, con la mano libre, a alguien que, sonriente, trató de arrimarse a Valuska en la oscuridad. Él oía los cientos de pasos a sus espaldas, los oía arrastrarse cansados, veía a los gatos callejeros dispersarse atemorizados ante las barras de hierro que se alzaban en silencio, pero sentir, no sentía nada: solo el brazo sobre sus hombros que lo llevaba entre esa multitud de gorros y botas. «No tengas miedo» —repitió el otro—. Valuska asintió rápidamente con la cabeza y alzó la vista al cielo. Alzó la vista y tuvo la sensación de que el cielo no seguía en su sitio, volvió a alzar, aterrado, la vista y se dio cuenta de que, en efecto, ya no había nada en el lugar del cielo; inclinó entonces la cabeza y se limitó a caminar entre las gorras y las botas, como quien ha comprendido de improviso que de nada servía averiguar; todo cuanto buscaba, había desaparecido, tragado por la tierra, por esa marcha, por la conspiración de los detalles.

«La conspiración de los detalles, sí, de los detalles», constató también Eszter sin particular emoción, como si se distanciara de su torpeza, poco antes de concluir la difícil obra de atrincheramiento y después de golpearse por enésima vez el dedo con el martillo en esa noche decisiva para su destino. Apretándose el dedo dolorido, recorrió con la mirada el caos de planchas y listones colocados en las ventanas, y como este lamentable trabajo de la impericia ya no tenía arreglo, tomó, con el fin de evitar futuras dolorosas y desagradables experiencias, la decisión de averiguar por fin a fondo cómo se clavaba un clavo, ya que, para su vergüenza, no lo había hecho durante décadas. De los restos de madera destinados a la estufa que, después de descansar unos minutos a su regreso, él mismo fue a buscar al patio y colocó entre las estanterías de libros, eligió una pieza más o menos adecuada —mientras pensaba intensamente si no requeriría un mínimo ajuste el pensamiento que se le había ocurrido sobre la inutilidad de la presencia intelectual, una argumentación que había iniciado hacía unas tres horas en el portal, que barría todo lo pensado con anterioridad y que, en su opinión, hasta podía calificarse de «revolucionaria»—, puso la pieza bajo las planchas y listones utilizados sin orden ni concierto para la última ventana todavía libre, pero cuando levantó el martillo, con la esperanza de dar en el blanco, mordiéndose los labios por tamaña osadía, volvió a bajarlo en el acto al comprender que, para precisar la fuerza y la dirección del golpe, no bastaba la mera intención. «Hay que dominar el arco que la herramienta recorre hasta la cabeza del clavo»… —decidió tras una breve reflexión, y, mientras volvía a la idea del «mínimo ajuste», apretó con todas las fuerzas de su mano izquierda lesionada la madera contra el marco de la ventana y asestó un audaz golpe con la derecha—. No ocurrió nada grave, desde luego, el clavo hasta se introdujo un poco más en la madera, pero Eszter consideró oportuno renunciar a la idea —antes tomada por sensata— de concentrar a partir de ese momento la atención, siempre volátil, en el llamado arco. El martillo se sentía cada vez más inseguro en la mano y los resultados de los nuevos

intentos fueron aún más imprevisibles, de modo que al tercer ensayo ya tuvo que admitirlo: el hecho de haber acertado tres veces seguidas no se debía en absoluto al esfuerzo mental, sino simplemente a la fortuna o, tal como lo formuló él, «a la gracia, que imponía un alto a la destrucción sistemática de mis dedos»; el fracaso permitió concluir con total nitidez que si se fijaba exclusivamente en el recorrido deseado de la herramienta, nunca acertaría en el recorrido deseado, ya que dominar el camino del martillo no era más, añadió con finura —no del todo indispensable para el significado todavía menospreciado de la operación, pero sí acorde con esa postura decisiva para el cambio de su destino—, no era más, Pues, que «soñar con algo que no existe, fijar algo que pertenece al futuro, esto es, cometer el mismo error» ante el cual por fin había nacido en su interior, en los últimos metros antes de llegar a casa, el «NO después de sesenta años de estúpida odisea». Algo le sugirió en ese instante que si dedicara más energía al asunto, estaría decididamente en el buen camino, más energía, se dijo Eszter, y, sin intuir que su distanciamiento suponía aproximación, pasó del pequeño dilema que tenía del todo cautiva su personalidad, según el cual la ausencia absoluta de presencia intelectual no excluía la sensatez práctica, y se centró en lo más tangible. Consideró que, si bien se asentaba sobre unos fundamentos bastante débiles, no debía descartar del todo la idea de concentrarse en el arco, ya que la causa de sus fracasos no era, decidió, «un error de contenido, sino indudablemente de procedimiento»; así pues, paseando la mirada entre el martillo que se bamboleaba, impaciente, en su mano y la cabeza del clavo, examinó primero si el arco buscado poseía un punto en que pudiera centrarse la operación, y luego, al descubrir enseguida dos de estos puntos, se preguntó en cuál de ellos debía confiar. «El clavo en la madera es inamovible, la posición del martillo, en cambio, variable…», observó a la vez que recorría el techo con la vista, y de esta reflexión se dedujo con lógica aplastante que debía fijar su atención en la herramienta; pero cuando realizó una nueva prueba

contemplando en todo momento, a tenor de su nítida argumentación, la cabeza del martillo, se dio cuenta con amargura que de este modo solo daría en el clavo en uno de cada diez intentos. «Lo importante —se corrigió entonces— es ver el punto en el que quiero asestar el golpe… O sea, qué quiero clavar… ¡Eso es lo único importante!». Y como alguien que acaba de descubrir la pista definitiva, clavó la vista en el objetivo y levantó el brazo, seguro de sí mismo y dispuesto a dar el martillazo. El descubrimiento era acertado; incluso, constató satisfecho, no podía ser más exacto, y para no albergar dudas respecto a su certeza de dominar el movimiento preciso, procuró esclarecer de alguna manera el orden hasta entonces desconocido de los diversos pasos a realizar: se dio cuenta de que hasta ese momento había sujetado mal la herramienta, por cuanto resultaba mucho más cómodo agarrarla por el extremo del mango; acto seguido se fijó en la fuerza necesaria para cada golpe y en la distancia desde la cual «convenía iniciar el movimiento», para percatarse finalmente, en el torbellino de aquel instante fructífero, de que, si sujetaba la plancha con el pulgar y la apretaba así contra el marco, no tenía por qué apoyarse en ella con todo su peso… Así pues, el movimiento y la presa se regulaban por sí solos, y no era de extrañar, por tanto, que las dos últimas tablas acabaran colocadas en un santiamén; y tras recorrer la casa para inspeccionar su obra, y realizar, al mismo tiempo, algún que otro ajuste de cierta envergadura y volver luego al pasillo iluminado por una luz escasa, Eszter constató, lamentándose de que este hecho se produjera precisamente ahora que había encontrado la solución, que su trabajo en las ventanas había llegado a su fin. Y eso que habría continuado clavando encantado, pues se sentía colmado por «el disfrute de la solución» que, después de largas horas de torpeza, lo había sacado del laberinto del arco, del clavo y del martillo, aunque fuese en el último minuto. Fue al final de su ronda cuando tuvo una repentina toma de conciencia: vislumbró que él que llegó a descubrir los pequeños misterios de esta elemental operación retocaba de una manera excepcional y turbadora aquello

que, de forma «revolucionaria», había formulado sobre el insignificante papel del pensamiento en el preciso instante en que, como él mismo decía, un «Eszter renacido y totalmente ligero» cruzara el umbral de su casa tras el estremecedor paseo. Se trataba, en efecto, de una toma de conciencia repentina, pero, como suele ocurrir, no carente de cierta prehistoria, ya que al principio, cuando se disponía a hacer su ronda, solo sentía la evidente ridiculez de su esfuerzo por resguardar la mano izquierda de posibles golpes y por acometer esa minúscula tarea con todo el peso de su mente; luego, sin embargo, se dio cuenta enseguida de que había sido inútil acometerla con la fuerza penetrante de su agudeza o, al menos, de que, a pesar de toda la ridiculez, o incluso por ella, parecía existir allí un problema más oscuro que la misteriosa cuestión del uso de las herramientas, algo que lo había conducido felizmente a una cabal aplicación de la técnica del claveteo. Rememoró las fases de su celo analítico, y ya nada pudo desmentir la sospecha, surgida más bien de su estado de ánimo, de que el resultado final no se debía a su intervención racional, pues cuando sus características dotes intelectuales, utilizadas en la aproximación al asunto —o, para expresarlo con sus palabras, «la aparente fuerza directriz de las operaciones bélicas realizadas por el audaz guerrero»—, fueron apartadas por él de la «serie de ajustes activos», no llegó de forma directa a los golpes de martillo experimentales, sino a un centro de mando impermeable a las influencias, pero aun así pendiente de las necesidades cambiantes a cada momento, que si bien toleraba los esfuerzos de su mente, no les hacía caso. En apariencia, resumió, la intervención de las conclusiones racionales y de una capacidad combinatoria flexible había triunfado sobre una tarea a todas luces insignificante en comparación con el alcance del asunto, y nada indicaba que las variantes primero erróneas y luego acertadas del método buscado no fueran forzadas por su «exuberante lógica», antes que por unas operaciones indagatorias que buscaban una y otra vez la solución; nada, pensó Eszter mientras empezaba a recorrer la casa por ver si

cabía reforzar alguna ventana, en apariencia ciertamente nada lo indicaba, pues el mecanismo de mando, ese sistema aceitado de nuestro organismo conectado a la realidad, razonó al tiempo que entraba en la cocina, estaba alojado y escondido entre la mente activa y la mano ejecutora, del mismo modo que el «reconocimiento luminoso de la ilusión de los fenómenos se oculta entre la ilusión misma y los ojos que se engañan». Daba la impresión de que el proceso del experimento había sido determinado por reflexiones que optaban libremente entre ideas, empezando por el arco y pasando por la cabeza del martillo hasta llegar al clavo; de hecho, sin embargo, pensó mientras inspeccionaba las dos ventanitas del cuarto de la criada situado al lado de la cocina, el asunto estaba definido por el propio curso del experimento, por las variantes disponibles, por la orientación mecánica en el conjunto de posibilidades establecidas con infinita precisión; dicho de manera simplificada, la propia prueba decidía y determinaba estas «reflexiones que elegían libremente». Elegían libremente en apariencia, pues no eran ni libres ni capaces de elegir, ya que, además de intervenir sin discreción alguna en los hechos, su única tarea consistía en observar y evaluar los intentos, de lo cual venía («formulándolo con cierta agudeza», formuló Eszter no sin cierta agudeza para sus adentros) la veloz humanización del proceso, el cultivo de la creencia de que —aun en el caso de un descubrimiento deleznable, como podía ser el método preciso de clavar un clavo— somos nosotros quienes dominamos los pasos con nuestra «brillante» inteligencia y nuestro «grandioso» ingenio. Pues no, prosiguió Eszter mientras recorría la habitación de Valuska y se dirigía luego a la sala, a nosotros nos domina algo que ni siquiera pone en duda nuestro aparente poder, al menos mientras nuestra cabeza deseosa de metas más altas cumpla de manera satisfactoria con su humilde tarea de observación y evaluación, pues lo demás —sonrió mientras empuñaba el tirador de la puerta de la sala—, lo demás no le interesa —añadió para sí y, deteniéndose ante la visión y, por así decirlo, olvidándose a sí mismo, allí se quedó con los ojos

cerrados en el umbral, como quien acaba de descubrir el reino de las circunstancias reales tras recuperarse de una grave ceguera—. Vio miles de millones de cosas desasosegadas, listas para el cambio incesante, vio cómo se desarrollaba entre ellas un preciso diálogo sin comienzo ni fin, vio por separado estos miles de millones de relaciones y miles de millones de historias; miles de millones, pero siempre dentro de una sola relación, y en esta, todas las demás: la accidentada conexión entre aquello que —porque existe— opone resistencia y aquello que —para ser— tiende a vencer esta resistencia. Y se vio a sí mismo en esta plenitud viva, vio a su reciente yo en la última ventana del pasillo, y solo entonces comprendió a qué fuerzas había cedido y a qué se había adaptado. Porque en ese momento entendió que la necesidad es el impulso de la existencia, que este impulso induce, que esta inducción genera participación, la intervención agresiva en las circunstancias establecidas, de las cuales nuestro yo procura elegir las más favorables mediante una serie indagadora y prescrita de reflejos, de modo que la realización ya solo depende de que este tipo de relación deseada exista realmente y, claro está (pensó de golpe), de la paciencia, de los delicados azares de la lucha, pues la comunicación exitosa, el estar-aquí impersonal, constató, tiene decididamente el carácter de una jugada azarosa y de resultado incierto. Contemplaba este paisaje interminable, limpio y nítido, y le asombró sobre todo su exclusiva autenticidad, pues era tan difícil ver que el mundo real acaba —al menos para nosotros— más allá de esta inconmensurable amplitud del propio desasosiego; acaba, aunque de hecho no acaba en ningún sitio, del mismo modo que carece de centro, y nosotros solo somos una partícula entre miles de millones en este espacio palpitante, e intervenimos con nuestros reflejos de mando… Quiso ver más a fondo, pero todo esto no duró más que un único instante, y la fugaz y centelleante imagen se desintegró apenas formada: tal vez a la señal de una chispa que, anunciando que el fuego de la estufa se apagaba, estalló y se deshizo como si no hubiese valido la pena vivir, se extinguió con un

solo relampagueo, pero quizá con el único fin de iluminar de súbito con su luz deslumbrante todo aquello que Eszter, al regresar a casa, en su decisión vital para su destino, en su sentencia en el portal, había definido como «peligrosísimo error». Se acercó a la estufa, examinó la brasa, la avivó, añadió unos leños y se dirigió luego a la ventana, pero dio los pasos en vano, pues, por mucho que la examinara, en vez de ver tablas y clavos, solo se vio a sí mismo. A sí mismo ante el café *El Hogar*, ante el álamo tumbado y con la basura bajo sus pies, ya que en ese día excepcional, en que fuera expulsado, en el sentido estricto de la palabra, a la dramática tarde, aquel fue el punto en que se declaró en quiebra, en que tuvo que rendirse y admitirlo: por mucho que afilara las armas, por mucho que hiciera desfilar todo un ejército de análisis objetivos y de «sentido común», nada podía contra todo cuanto tenía enfrente. Allí se declaró en quiebra por primera vez y allí reconoció que no entendía, que no podía luchar contra las dimensiones de la decadencia, pero sin darse cuenta («¡como quien padece una ceguera hereditaria…!») de que precisamente lo que hacía, la coronación de su impotencia espiritual, por así decirlo, era la verdadera quiebra. Pues al desaprovechar la oportunidad de comprender que no debía sorprenderlo «el derrumbe de las formas distorsionadas, pronosticado por él hacía décadas», evitó admitir el fracaso generalizado, muy en concordancia con su anterior yo: consideró que cuanto veía en la calles no merecía ni la más mínima observación y que, si el vuelco producido en el estado de la ciudad despreciaba su personalidad «fundada en el intelecto y el buen gusto», la única respuesta correcta era devolverle la misma moneda. Creía entonces, en el fondo con razón, que esos «turbios preparativos» iban dirigidos decididamente contra él, puesto que con su fuerza subalterna y destructiva se disponían a destruir aquello que en él se resistía, a aplastar su razón, el pensamiento claro y libre, con el fin de despojarlo de su último refugio, donde podía seguir siendo claro y libre. El último refugio, pensó en su momento arrimándose a Valuska, y decidió, en su preocupación por él,

destruir los puentes, bastante enclenques por cierto, que conducían en una dirección poco utilizada y, reforzando las anteriores medidas de distanciamiento, retirarse de este mundo que se desprendía de sus leyes, de este caos corruptivo y mortífero. Se mudaría a la otra orilla, decidió Eszter camino de la Oficina de Aguas, pero mientras reflexionaba sobre cómo convertir su casa de la avenida Wenckheim en una fortaleza, procuraba con todas fuerzas no perder su altiva seguridad; no perderla o, si se quiere, recuperar todo cuanto la basura propia de una pesadilla, la calle vacía y el álamo caído ponían en entredicho, y mantener de algún modo viva la esperanza de conservar inalterable su propio yo. De hecho, sin embargo, recobró lo uno perdiendo lo otro, ya que el precio de esa seguridad altiva consistía justamente en la imposibilidad de seguir igual, pues, al volver de la prueba a que fuera sometido ante el Casino de Señores y esbozar su futura vida cotidiana en común, tuvo la particular sensación de la «simple alegría de la calma». Como si se hubiera liberado de un peso de varias toneladas, se sintió cada vez más liviano, y cuando se despidió de Valuska en la esquina del pasaje Hétvezér, ya era esto lo que guiaba sus pasos, y entonces dejó conducirse por la levedad y no le importó comprender que aquel que él había sido se hundía de manera irremediable. Pero para que se sumergiera definitivamente y no saliese a flote, Eszter tenía que realizar un último movimiento, sacar una última consecuencia, y la sacó, en efecto: tomó la decisión, para que solo quedase la pacífica llegada a la otra orilla, de «vivir como un triunfador lo que de hecho era una amarga derrota». Retirarse al bastión interno, porque el exterior solo era el escenario torturante de la decadencia; romper con la tentadora obsesión por intervenir, por cuanto la falta absoluta de sentido consumía el noble sentido de la acción; distanciarse, ya que la única respuesta de la mente sana a todo esto era la contestación. Así pues, retirarse, romper y distanciarse, pensó Eszter camino de su casa en medio de un frío que pelaba, pero al mismo tiempo no renunciar a la observación, al eterno fisgoneo… todo eso no suponía más que cobardía,

servilismo, huida ante el reconocimiento de que, a pesar de haber protestado, en ningún momento se había zafado de este «mundo que se había despojado de sus leyes». Protestaba contra él y no cesaba de preguntarle por qué no era razonable, zumbaba alrededor como una mosca a la que no ahuyenta ni rey ni Roque, pero no quiso seguir zumbando, pues creyó comprender entonces que, indagando y oponiéndose radicalmente a la naturaleza de las cosas, no ataba el mundo a su menguante sentido, sino que se ataba a sí mismo al mundo. Había cometido un disparate al considerar que la esencia de la situación era el continuo empeoramiento, se había equivocado, decretó a pocos metros de su casa, pues con la misma energía podía afirmar que siempre quedaría algo bueno, pero eso no… el paseo lo convenció de que tampoco podía haberlo, pero no porque el mundo lo hubiera perdido, sino porque «esta variante definitiva del paisaje» siempre había carecido de sentido. No estaba organizado para ello ni tampoco para otra cosa, concluyó Eszter ante el portal, no es que se hubiera desintegrado ni que se hubiera podrido, pues a su manera era eternamente perfecto, perfecto sin ningún sentido teleológico, como algo que no tiene orden, sino caos, y dispararle con la artillería pesada, pedirle en justicia lo que no había sido ni sería jamás, contemplarlo hasta la saciedad, hasta perderse en la contemplación, no solo resultaría agotador, pensó al tiempo que introducía la llave en la cerradura, sino inútil. «Retiro el pensamiento —miró atrás por última vez—, retiro por mi parte todos los pensamientos claros y libres por considerarlos una estupidez mortífera, rechazo a partir de este instante la utilización de la mente y solo me aferró a la indescriptible alegría de la renuncia»… solo me aferró a esto, repitió Eszter, para existir en silencio, sin tacha, en vez de gesticular… Acto seguido empuñó el tirador, entró y cerró la puerta de la calle. Como si se hubiese liberado de una carga enorme, se sintió inundado por un profundo alivio en el mismo umbral; y como si hubiese dejado fuera todo cuanto había sido hasta el momento, recuperó de súbito la energía, recobró la seguridad altiva, para luego perderla poco a

poco en la particular historia de su atrincheramiento y reconquistarla solo allí, ante la ventana de la sala, pero esta vez de otro modo: no como juez arrogante de «un paisaje que padece una terrible carencia», sino como alguien que intuye el porqué y lo hace con humildad y, por tanto, de forma verdadera, definitiva. En su sentencia pronunciada en el portal solo podía calificar de revolucionaria —como hiciera cuando llegó desde el ajuste más pequeño al decisivo, gracias a la extraordinaria aportación de la destreza conseguida en el claveteo—, solo podía, pues, definir como revolucionaria, a lo sumo, la arrogancia, que no le permitía comprender la inexistencia de cualidades excepcionales en las cosas, el engreimiento que en ese caso lo condenaba a una amargura definitiva, por cuanto vivir en el espíritu de lo excepcional era, por así decirlo, superior a lo humano. Y eso que, a decir verdad, no existían motivos para la amargura —pensó al tiempo que acariciaba inconscientemente una tabla— o quizá tantos como para el asombro, o sea, ninguno; pues del hecho de que la razón humana fuera un desterrado incapaz de «orientarse en las circunstancias reales» no se deducía que el desasosiego universal de dichas circunstancias careciera de racionalidad; asimismo, del hecho de que la cosa humana solo fuese un servidor obediente del intemporal desasosiego tampoco se derivaban ni asombro ni amargura. Aunque ese reino mágico y gélido se esfumó como un destello tan pronto como apareció, su oleaje no se calmó en su interior, y después del excepcional fenómeno, Eszter seguía inmerso en el torbellino de la vivida visión y no notaba ni asombro ni amargura; sentía entrega y el reconocimiento de que la visión lo superaba de una manera terrible, sentía paciencia y resignación a aceptar la gracia —eso sí, no muy habitual— de comprender solamente cuanto le concernía. Y entendió entonces que la solemne decisión tomada en el portal no era más que pueril estupidez y que su opinión respecto a la «terrible falta» de transparencia, de lógica, de funcionamiento ordenado era un simple error, un error «de más de sesenta años de vida», y que estos sesenta años eran, a su vez,

una existencia en la ceguera, la cual le impidió vislumbrar lo que ahora veía con claridad: la razón no era una dolorosa carencia de mundo, sino parte de este, hasta el punto de ser su sombra, concluyó contemplando la curva que formaban dos vetas en la madera. Su sombra, porque en este diálogo agitado e interminable se movía a la par con los reflejos de mando de nuestro carácter, y lo hacía a la par precisamente porque debía traducirlo todo, con todas las vibraciones de los hechos que le concernían; no obstante, no ponía al descubierto la finalidad de tal diálogo, pues aquello que perseguía como una sombra tampoco revelaba nada de sí mismo, aparte de su funcionamiento. Es solo una sombra en el espejo, precisó Eszter, donde imagen y espejo son del todo idénticos; pero aun así, la razón aspira a separar lo que, en el fondo, es siempre lo mismo, a separar, distinguir y dividir lo que no puede separarse, ni distinguirse, ni dividirse, y, perdiendo de esta forma la sutil ligereza del torbellino que supone estar dentro, consigue la inmortalidad como saber, en vez de la melodía, más ligera que una pluma, de la participación inmortal, decretó mientras se alejaba de la ventana de la sala. Así —se dirigió lentamente, con la cabeza inclinada, hacia la puerta de la sala—, así la invitación se convierte en expulsión; la razón que ha perdido sus papeles pasa a ser pensamiento referido «a sí mismo», a sí mismo, esto es, a algo distinto de lo que a pesar de todo existe; a sí mismo, es decir, a aquel que, tambaleándose en el laberinto, deja atrás los confusos monumentos que son testimonio a la vez de la invitación y de la expulsión. Y de esta manera, meditaba Eszter andando a paso lento, de esta manera el diálogo indescifrable se convierte para nosotros en mundo; su contenido inasible, en la amarga pregunta del «para qué», en instrucción para la insaciabilidad, en red para acoger la infinitud, en lenguaje para retener el centelleo; de este modo el uno se convierte en dos: en sí mismo y su sentido. Su sentido que desenreda y reúne, como si de una mano se tratara, los hilos aparentemente dispersos de esta misteriosa confusión, su sentido que sostiene, como el cemento, el edificio; pero, sonrió llegando ya al calor que irradiaba la estufa,

pero si la mano, como hacía él en aquel momento, soltara los hilos, el laborioso diálogo no cesaría ni el edificio se vendría abajo. No se derrumbaría, como él tampoco se derrumbó, aunque creyera haber soltado todas las amarras a las cuales se había aferrado hasta entonces; y como si solo dependiera de saber que el pensamiento únicamente conduce a ilusiones desenfrenadas o a depresiones injustificadas, dejó de «pensar», en el sentido más contundente de la palabra, cuando salió de la sala al pasillo; no «renunció» al pensamiento ni se «retractó», sino que tomó nota de haberse liberado de la pasión autodestructiva de la reflexión, y de esta forma su depresión se desvaneció como se había esfumado su ilusión cuando en su día huyera de la música en aquella tarde de Frachberger. Se acabaron los innumerables instantes en que se perdía una y otra vez para conservar su rango imaginario, se acabó su estúpida obsesión por juzgar, pues, en su opinión, ya juzgaba correctamente su papel; se acabó, se acabó, decía Eszter para sus adentros y oía, para expresarlo de alguna manera, como toda su vida se venía abajo con estrépito en esa noche, y así como su vida había sido una única carrera —carrera «hacia delante», «por algo», «ante algo»— ahora, al arribar al final de su ronda, a aquella última tabla, lo veía claro: para su tranquilidad, había logrado detener la carrera, tocar tierra en vez de saltar de nuevo, llegar, después de muchos preparativos, por fin a algún sitio. Con el martillo que colgaba de la mano, permanecía bajo la luz escasa de la lámpara y contemplaba, sintiendo el «disfrute de la solución», uno de los memorables clavos, de hecho, solo una minúscula y alegre gotita de luz que había ido a parar allí gracias a la luminosidad que entraba por la puerta abierta de la sala o gracias a los débiles rayos de la araña que pendía sobre su cabeza; lo contemplaba como el punto final de una frase, ya que allí y entonces concluía no solo su ronda, sino también el hilo de sus pensamientos de despedida que, con un amplio rodeo y con «toda la carga de la razón», lo había conducido de vuelta a su punto de partida: a la levedad nunca antes saboreada de sus pasos al regresar. Porque de la fugaz visión del reino de las

circunstancias reales, de la anterior aventura de la comprensión y del conocimiento, del absurdo esfuerzo por liquidar el método inadecuado de su hallazgo decisivo precisamente por medio del mismo método inadecuado, de todo esto no quedaba nada ante el alegre centelleo del clavito, nada salvo la sensación inolvidable y llena de presentimientos que lo asaltara camino de casa en vista de las espantosas condiciones en que veía inmersa la ciudad: la sensación de que se alegraba de la mera existencia, de… respirar y de que pronto respiraría a su lado Valuska, se alegraba del calor que lo inundó en la sala, y se alegraba ahora de la casa que a partir de ese momento sería su verdadero hogar, su hogar —Eszter miró alrededor— donde las cosas más insignificantes tendrían su importancia —puso el martillo en el suelo, se quitó la bata de la señora Harrer, la colgó en la cocina y volvió a la sala para descansar un poco antes de poner en marcha la estufa en la habitación de Valuska—. Era una sensación llena de presentimientos, pero no por su complejidad, sino por su sencillez, en virtud de la cual todo cuanto lo rodeaba recuperaba de la manera más natural su sentido originario: la ventana volvía a ser ventana, por la cual se mira hacia fuera, la estufa, estufa que da calor, y la sala dejó de ser refugio ante la «decadencia destructiva» como el mundo exterior había dejado de ser el escenario de «insoportables pruebas». El mundo exterior por el que vaga Valuska interpretando libremente su promesa, pensó Eszter al tiempo que se reclinaba poco a poco en la cama, pues al recordarlo de nuevo por un momento, el espacio del otro lado de la ventana ya no era tal como se le presentara esa misma tarde, y como si hubiese absorbido los vapores y venenos de la «ciénaga magnética», algo le sugería que esa basura de pesadilla solo era el triste íncubo de una mirada enferma que en su oscura espera había encontrado de este modo su objeto, pues la basura allí fuera, pensó, se puede considerar como algo a barrer, al igual que el temor de los ciudadanos extraviados en su sensatez. Pero este purificador impulso hacia fuera realmente no duró más que un instante, pues la sala enseguida reclamó toda su atención: los

muebles, la alfombra, el espejo, la araña, la grieta en el techo y el fuego que chisporroteaba alegremente en la estufa. No había explicación, en vano buscaba él las causas de esta sensación; era como si estuviese allí por vez primera, y no sabía cómo el escenario de la «retirada ante la estupidez humana» se había convertido de improviso en isla invulnerable de la reconciliación, del apaciguamiento y de la satisfacción agradecida. Contaba con todas las posibilidades: con la edad, con el abandono, con el temor a la muerte, contaba con el anhelo de un descanso definitivo y con el pánico que lo asaltaría al hacerse realidad sus terribles predicciones. Se le ocurrió que tal vez se había vuelto loco y que quizá debía este repentino cambio en su vida a un temor cobarde ante los verdaderos peligros de sus futuras reflexiones, o incluso a todo esto en conjunto, pero, por muchas vueltas que le diera, ninguna de las consideraciones se tenía en pie, y llegó por último a la conclusión de que nada podía ser tan sensato y equilibrado como la mirada con que miraba a su alrededor. Se arregló la bata, juntó las manos bajo la nuca, y mientras escuchaba el tictac de su reloj de pulsera, cayó en la cuenta de que, a decir verdad, en su vida no había hecho más que retroceder y buscar refugios, ante la vulgaridad, en la música; ante la música, en el castigo; ante el castigo, en el pensamiento puro, y, por último, buscar refugio también ante el pensamiento, retroceder, retroceder, como si su destino poseyera un ángel rector que de tan extraña manera conducía a su meta al recalcitrante: para que retrocediera hasta la alegría cándida de las cosas, por así decirlo, para que comprendiese por fin que no había nada que comprender, para que captara que el «sentido del mundo», si existía, superaba el suyo y para que se diera cuenta, al fin y al cabo, de que bastaba con lo que tenía. Y, en efecto, él «retrocedió hasta la alegría cándida de las cosas», pues en ese momento en que cerró por unos minutos los ojos, no percibía más que los perfiles aterciopelados de su hogar: la protección del techo sobre su cabeza, la seguridad accesible de sus cuartos, el pasillo siempre a media luz que, con sus estanterías de

libros, seguía obediente el ángulo recto del edificio y transmitía la calma del patio abandonado por esas fechas y floreciente en primavera; el ruido de los pasos, de las pantuflas con botones de la señora Harrer y de las botas de Valuska, grabados a tal profundidad en sus oídos que volvía a oírlos; el sabor del aire y el olor del polvo ahí dentro, el suave relieve del parqué y la sutil niebla en torno a las bombillas de las arañas… y sintió entonces la dulzura benéfica de todos esos sabores, olores, colores y sonidos, en una palabra, de todo ese cinturón protector, solo distinguible de la alegría de los buenos recuerdos por el hecho de no tener que rememorarla una y otra vez, pues no desaparecía, estaba allí y, Eszter lo sabía, seguiría allí. Así lo venció el sueño, y al cabo de unas horas se despertó por el calor de la almohada bajo la cabeza. No abrió enseguida los ojos, y como creía haber dormitado unos minutos, pues esa había sido su intención, pudo continuar el agradecido inventario de esta riqueza precisamente allí donde lo había interrumpido, ya que el calor de la almohada le recordó la atmósfera protectora que reinaba en la casa antes de dormirse. Tenía la sensación de disponer de tiempo suficiente para sumirse en el pacífico silencio que lo rodeaba, como la manta ceñía su cuerpo, en el orden inalterable de la continuidad, para que todo —los muebles, la alfombra, el espejo y la araña— lo recibiera allí donde lo había dejado; tiempo para los detalles, para descubrir todos los elementos de esa fortuna inagotable de la que había tomado conciencia, imaginar también la perspectiva del pasillo que conducía hacia él, que se alargaba más y más y en el que pronto entraría la persona a la que esperaba y que daba sentido a todo: Valuska. Pues en esta «dulzura benéfica» todo remitía a él; cualquier cosa que se le ocurriera tenía también su causa y su meta en Valuska; y si hasta entonces solo lo había intuido, pero sin saberlo a ciencia cierta, ahora era cada vez más consciente de que el vuelco definitivo de su destino no se debía a una casualidad inasible, sino única y exclusivamente a él: a él, en quien durante largos años solo había visto un remedio inexplicable contra su cada día más refinada

amargura y en quien hasta aquel día, en el camino del café *El Hogar* a su casa, no había descubierto la conmovedora fragilidad, los verdaderos rasgos de su rostro y, en ese momento, en ese estado de duermevela, la manifiesta esencia. En aquel camino, en el pasaje Hétvezér, de hecho, poco después de ver el café y el álamo tumbado, cuando se quedó solo tras contemplar aquel espectáculo estremecedor, le vino a la cabeza que no, que no estaba solo; fue una idea fugaz, relampagueante, casi inconsciente, pero tan inesperada y profunda que enseguida la envolvió en preocupación por su compañero, con el fin de ocultarla enseguida, por así decirlo, ante sus ojos; la ocultó allí y también entre los pliegues de la decisión salvadora de retirarse como respuesta a la situación intolerable de la ciudad, para refugiarse luego en el plan de una futura vida común, sin sospechar a qué obedecía.

Y esta sensación nebulosa y voraginosa ya no lo dejó, permaneció agazapada en él a cada metro de su paseo, en toda la historia de aquella tarde y aquella noche: allí permaneció como explicación oculta cuando se emocionó al despedirse, como lo testimoniaba «la levedad nunca antes saboreada de sus pasos al regresar»; allí estaba en su sentencia del portal, en cada uno de los gestos de su atrincheramiento, luego, en los últimos ajustes y, por último, en el hecho de que su propiedad, cada uno de los rincones de su casa, volviera a poseer un sentido. En una palabra, en la claridad de su decreciente duermevela ya no podía ocultar que Valuska constituía el eje de ese día decisivo para su destino. Tenía la impresión de haber sido consciente desde el principio de todo cuanto lo afectaba, estaba convencido de haber captado en el acto aquello con que ahora tropezaba como si fuera una imagen fija, ya que, a decir verdad, solo se alimentaba de una única imagen, por la cual toda su vida tomó una dirección muy distinta y de la cual enseguida había pensado, en vano, que era imposible no tomar nota; en vano, pues en el momento de «aquella idea fugaz, relampagueante» aún era como un brazo del mar que mueve, que empuja sin freno, pero mudamente, invisiblemente. En aquel momento concreto entre el

café *El Hogar* y la peletería, después de pasar por el desafortunado álamo, Eszter ya no pudo callar su indignación y desesperación secreta y se detuvo; y como iba del brazo de Valuska, al pararse, lo obligó también a detenerse. Dijo algo, enseñó la basura, preguntó, concretamente, si su compañero veía lo mismo, se volvió hacia él y solo vio que la habitual mirada «radiante» tornaba al rostro del amigo, como si antes se le hubiese desprendido de la cara. Su instinto le sugería que un segundo antes le había ocurrido algo que había anulado esa mirada; lo observó, pero como no encontró elemento alguno que confirmara su apreciación, siguió adelante sin sospechar nada, obedeciendo ya a su idea inconsciente; sin sospechar nada, pero, de hecho, descubriéndolo todo, pensó cuando, al pasar poco a poco del duermevela a la vigilia, la imagen de Valuska se quedó inmóvil como si de un retablo se tratase… y en su simple y conmovedora manifestación encontró por fin la interpretación de todos los detalles de aquella tarde y aquella noche. Ahora veía lo que entonces había percibido vagamente: veía a su protector con los hombros caídos y la cabeza inclinada, rodeado por las casas del pasaje Hétvezér, y a su lado, mostrando la basura, se hallaba su viejo y débil amigo, él, Eszter; lo veía con los hombros caídos y la cabeza inclinada, pero no como señal de una repentina tristeza, sino porque, reconoció Eszter, estaba descansando; se recuperaba de la obligación de llevar a ese hombre que apenas se sostenía sobre sus pies, descansaba con disimulo, como si se avergonzase un poco y no pudiese concebir la idea de molestar al otro con la confesión de la propia debilidad; así pues, cuando Eszter lo miró, Valuska volvía a ser el de antes. Vio cómo se arrugaba el abrigo de cartero sobre los hombros caídos, cómo unos mechones emergían bajo la gorra y le caían sobre la frente de la cabeza inclinada, cómo el bolso colgaba en bandolera… y, abajo, las botas andadas… y creyó saber todo cuanto podía saberse de esta imagen tan emocionante para él, entender plenamente todo cuanto podía entenderse. Luego volvió a ver a Valuska en un tiempo pasado —¿hace siete u ocho años?, no lo recordaba con precisión—, cuando

a raíz de una propuesta de la señora Harrer hecha por la mañana («¡Aquí se necesita alguien que le traiga el almuerzo, digo yo!»), se presentó esa misma tarde en la sala, muy pegado a la espalda de la mujer; expuso con palabras confusas los motivos de su venida, se excusó por no querer aceptar el dinero ofrecido y se mostró dispuesto a traer el almuerzo, y también a aceptar cualquier encargo del señor Eszter: ir de compras, a la oficina de correos o limpiar de vez en cuando el patio si fuese necesario… y como si el dueño de casa le hiciese un favor, sonrió un tanto avergonzado, reconociendo que su oferta pudiera parecer extraña y acompañando la sonrisa con un gesto de disculpa. De este modo hizo su entrada en la casa —pues no solo el patio lo necesitaba a veces, sino toda su vida—, hizo su entrada una buena voluntad que se sobreentendía, una solicitud invisible, inquebrantable, siempre activa y dispuesta a sacrificarse, que —como, a su manera, la señora Harrer con el edificio, ¿desde hacía siete, ocho años?, siete, pensó Eszter— protegía de sí mismo al dueño de casa, el cual veía cómo se destruía su propiedad. En efecto, lo protegía cuanto podía con su continua presencia y también durante su ausencia —camino de la casa, por ejemplo—, conjuraba o quizá tan solo amortiguaba y curaba las consecuencias más graves de la actividad de ese cerebro que trabajaba contra sí mismo, e impedía así que ese hombre, perseguido sin cesar por raciocinios que caían con todo su peso sobre el «mundo», acabara aplastado por esos mismos pensamientos autodestructivos. Ese hombre, Eszter, era un ejemplo vivo de que, así como las ideas reinantes, deseosas de cambiar con estúpida soberbia la organización humana, habían destruido la ciudad y este país merecedor de su destino, una persona podía destruirse mediante sus propias obsesiones, y si Valuska, «ese maestro en el arte de fisgonear en la existencia», no lo hubiera despertado aquel día, habría tenido que pagar de forma bochornosa por lo que también pagaban la ciudad y el país: por el hecho de que toda idea reinante, toda obsesión y todo raciocinio juzgador que pretende ver el «mundo» según los cauces exigidos, arrasa a su

alrededor la estructura viva de la vida, de la riqueza incalculable, de las «circunstancias reales». Pero aquel día Valuska lo despertó de verdad o quizá lo que le sacudió fue más bien la sensación que lo había acompañado desde el memorable instante después de pasar por el café *El Hogar* hasta el actual estado de duermevela, en que debió comprender de qué lo protegía la fidelidad y… el amor de su compañero; en que debió descubrir que su «personalidad fundada en el intelecto y el buen gusto», el llamado pensamiento claro y libre, los pretendidos altos vuelos de su espíritu no valían un pito; en que hubo de confesarse que, aparte de este amor leal, ya nada podía interesarle. Cuando en estos más o menos siete años pensaba en su joven amigo, siempre veía en él la «encarnación indeducible de un exceso del etéreo carácter angelical», lo veía todo alado, etéreo, espiritual, como si no fuese de carne y hueso, como si un candor digno de ser investigado, inmaterial y propio de un hada, entrara y saliera por su puerta. Ahora, en cambio, veía algo muy distinto: un abrigo de cartero que le llegaba hasta los tobillos y acababa coronado por una gorra, veía cómo llegaba todos los mediodías a la casa, llamaba a la puerta con suavidad, saludaba, recorría el pasillo haciendo ruido con la fiambrera metálica para la comida, pero aun así de puntillas sobre sus burdas botas para no perturbar la calma de la sala, se marchaba y salía por el portal, siempre con la determinación de inocular, al menos hasta su regreso, su buena voluntad, que no necesitaba explicación alguna, en ese aire cargado de las ideas fijas del dueño de la casa y de rodear con la discreción un tanto cómica, pero por eso mismo también conmovedora, de su tímida solicitud y de su muy compleja «simpleza» a una persona que ni siquiera tomaba nota de ello, como si lo más natural fuera que alguien estuviese de manera inquebrantable a su servicio, en el sentido más profundo de la palabra. Eszter ya estaba despierto, pero seguía inmóvil en la cama, pues en ese momento imaginó de pronto la cara de Valuska: los ojos grandes, la nariz roja y larga que parecía salida de un cuento, la boca siempre dispuesta a esbozar una suave sonrisa, la frente

alta… y tuvo la impresión de que, así como había visto por fin un hogar en su casa, veía también por vez primera la realidad de ese rostro, el contenido terrenal de esos rasgos —convertidos en «angelicales» en sus febriles aberraciones— tras el reflejo de las «conexiones celestiales». Al paralizarse en una sonrisa o al mirar seriamente, la cara revelaba que no había nada que indagar en ella, pues bastaban esa sonrisa, esa seriedad o esa alegría; Eszter comprendió entonces que la «conexión celestial» ya no le interesaba en absoluto, pues solo le concernía el rostro: la mirada de Valuska en vez del universo de Valuska. La sensatez de esa mirada, pensó Eszter, parecía estudiar en cada momento cómo ordenar todo cuanto el habitante de la sala desarreglaba una y otra vez; Eszter veía allí circunspección y escrupulosidad, la disposición a orientarse entre los pequeños quehaceres, la misma disposición con que él abría ahora los ojos, miraba alrededor, se incorporaba en la cama y examinaba lo que debía arreglar antes de la llegada de su amigo. En un principio tenía la idea de proseguir el trabajo de atrincheramiento —después de haber cegado las ventanas y puesto la estufa— bloqueando la puerta de la calle y la otra puerta, la que daba al patio, pero como si el sentido del atrincheramiento hubiese cambiado radicalmente en el ínterin, como si a partir de ese instante la mera ocurrencia de la fortaleza y su ejecución constituyeran un lamentable monumento a décadas de insensatez, decidió dedicar su atención plenamente al cuarto de Valuska, poner allí la estufa, poner orden si fuera necesario, preparar la ropa de cama y esperar… esperar a que en sus andanzas a su entusiasta protector le viniera a las mientes que había prometido pasar por la casa de la avenida Wenckheim «una vez acabados sus encargos». Pero, convencido de que Valuska volvía a errar como siempre por las calles o se había metido en el carnaval anunciado en el cartel del pasaje Hétvezér y no encontraba la manera de salir, solo sintió cierta inquietud cuando, tras mirar varias veces el reloj, se percató de que no había dado una cabezada de escasos minutos, sino que había dormido cerca de cinco horas; se estremeció y saltó de la cama, y

habría querido echar a correr en dos direcciones a la vez, poner la estufa en la habitación contigua y —a falta de ventana— salir a la puerta de la calle por ver si llegaba. Al final no hizo ni lo uno ni lo otro al constatar que la estufa se había apagado en la sala, de modo que se dirigió a toda prisa allí, la llenó todo cuanto pudo y puso hojas de periódico arrugadas bajo los trozos de madera. El fuego no quería prender, tardó un buen rato en encenderse —dos veces sacó Eszter los trozos de madera para reiniciar la operación—, pero todo esto no resultó ser nada en comparación con lo que pasó en el otro cuarto, pues allí no lograba poner en marcha la estufa «Kalor», inutilizada desde hacía años, ni siquiera después de una larga hora de esfuerzos. En vano lo probó siguiendo el método aplicado, tal como había visto, por la señora Harrer, la madera no quería encenderse, y eso que lo intentó de todos los modos imaginables, la amontonó en forma de pirámide, luego arrojó las piezas sin orden ni concierto una encima de la otra, las aventó con la portezuela de la estufa, sopló con todas sus fuerzas… pero nada, todo seguía igual, el humo salía por la puerta a raudales, como si la «Kalor» hubiese olvidado, debido a la larga espera, cómo proceder en tales casos. A todo esto, el futuro nido de Valuska parecía un campo de batalla, trozos de madera tiznados cubrían el suelo, la ceniza se esparcía por doquier, y Eszter no solo luchaba en medio del humo que se arremolinaba, sino que había de pasar a cada minuto a la sala para tomar un poco de aire, y en el camino, al contemplar su delicada bata, recordó de súbito el delantal de la cocina… Así pues, ni siquiera se alegró cuando —otra vez camino de la sala— oyó el rumor del fuego que prendía y se volvió para ver que, en efecto, su combate no había sido en vano y que la «Kalor» funcionaba, como si a la chimenea le hubiesen quitado de golpe un tapón. Consideró que no disponía de tiempo, por haberlo consumido en el trabajo de poner la estufa, para retirar las planchas de la ventana, que también en ese cuarto daba a la calle, de modo que ventiló la habitación abriendo la puerta que comunicaba con la alcoba de la criada, con el fin de que el humo saliera por allí y por la cocina al pasillo, luego

intentó limpiar su bata, aunque, de hecho, solo la embadurnó aún más, y después de calentarse un poquito, con el delantal de la señora Harrer ya puesto, volvió a toda prisa, con el trapo, la escoba y la pala en una mano y con el cubo de la basura en la otra, al nido de Valuska para eliminar las huellas del desastre. Si, gracias a la actividad vigilante de la señora Harrer, la casa había parecido hasta entonces el museo de los legados de la familia Eszter, por las vitrinas repletas de porcelanas, de cubiertos de plata y colecciones de conchas, por la cama y la mesa de comedor talladas, ahora daba más bien la impresión de un museo quemado del que los bomberos acabaran de retirarse, lamentándolo mucho, pues nada podían hacer; todo estaba cubierto de hollín y ceniza, y él se ocupó de limpiarlo todo, primero con la escoba y luego con el trapo, como si hubiese caído sobre él la maldición de la señora Harrer, si bien sabía perfectamente que no era esta la maldición, sino la de su propio nerviosismo, ya que no prestaba atención a sus gestos, pues, obedeciendo a un mutuo acuerdo, aguzaba de continuo las orejas por si el invitado llamaba a la ventana de la sala. Quitó la suciedad de la cama, llenó la «Kalor» de madera y decidió luego abandonar ese trabajo inútil, para continuarlo conjuntamente por la mañana, y dirigirse a la sala, donde cogió una silla y se sentó a calentarse junto a la estufa. Consultaba el reloj a cada minuto: ora se decía que ya eran las «dos y media», ora que todavía no eran las «tres menos cuarto»; dependiendo del estado de ánimo del momento, la hora le parecía demasiado temprana o demasiado tardía. A veces estaba seguro de que su amigo ya no vendría, que había olvidado del todo su promesa, a veces creía que no había podido llegar a tiempo y no deseaba molestarlo a altas horas de la noche; a veces, en cambio, estaba convencido de que seguía sentado en la distribuidora de periódicos de la estación o con el portero del hotel Komló, adonde solía acudir en el transcurso de sus andanzas nocturnas, y entonces Eszter se preguntaba cuánto tardaría en llegar si en ese preciso instante acababa de recordar su palabra. Más tarde, la situación adoptó la siguiente forma: no pensaba que «ya eran las cuatro

menos cuarto» ni que «todavía no eran las cuatro», pues tenía la sensación de que acababan de llamar a la ventana; así pues, salió a toda prisa al portal, miró afuera, constató que, en efecto, el dichoso carnaval se estaba celebrando, a tenor de la luminosidad que se veía a la altura del cine y del Komló, así como de la gente aglomerada alrededor, volvió decepcionado y tomó asiento de nuevo. Se le pasó entonces por la cabeza que Valuska estuvo allí mientras él se había quedado traspuesto, y que como nadie contestó a su llamada, no quiso insistir y regresó a su casa; o que en el «carnaval» o en la taberna de Hagelmayer (adonde acudía cada día) le habían dado de beber hasta emborracharlo, cosa esta que no ocurría con demasiada frecuencia, y le daba vergüenza presentarse en ese estado. Observaba las manecillas del reloj, ora demasiado lentas, ora demasiado aceleradas, se acostaba, se levantaba, reponía de vez en cuando la leña en las dos estufas, se frotaba los ojos para no dormirse y se instalaba en el sillón en que por las tardes solía sentarse Valuska. Pero no aguantó mucho tiempo, empezó a dolerle la cintura, le ardía la mano izquierda lesionada, y decidió no esperar más, aunque luego cambió de opinión y resolvió aguardar hasta que la manecilla llegara al número doce… cuando de pronto se despertó, y el reloj mostraba las siete horas y nueve minutos, y al mismo tiempo le pareció que en esta ocasión alguien realmente llamaba a la ventana. Se levantó y contuvo la respiración, procurando no hacer ruido, pues quería asegurarse de que no se trataba de una fantasía, de que sus sentidos agotados no le estaban jugando otra mala pasada, pero los golpes se repitieron y disolvieron cualquier duda y hasta borraron su cansancio, de modo que, cuando salió de la sala y sacó la llave del bolsillo, su ardua vigilia recobró todo su sentido, y Eszter salió al portal tan lozano, tan contento, tan excitado, como si las horas en apariencia interminables de la espera solo hubiesen servido para relatarlas a su invitado —el cual nada sabía de que no era un mero invitado, sino todo un habitante de la casa, sí señor, pensó Eszter girando la llave en la cerradura—, para narrarlas a su huésped que

acababa de llegar. Pero para su enorme decepción no era Valuska quien se presentó ante él, sino la señora Harrer, una señora Harrer extenuada que se comportaba de extraña manera, pues Eszter ni siquiera tuvo tiempo para cobrar aliento, cuando ella se introdujo por la puerta de la calle y, sin explicación alguna sobre sus intenciones a esas horas, entró corriendo al pasillo al tiempo que se frotaba las manos; al llegar a la sala, donde jamás ponía el pie, se sentó en uno de los sillones, se desabotonó el abrigo y miró a Eszter con total desesperación, como si no pudiese abrir la boca, sino solo eso: permanecer sentada y mirar al otro con una desesperación que hablaba por sí sola. Llevaba la ropa de siempre, el pantalón de chándal forrado, el suéter amarillo limón y el abrigo de paño de color ladrillo, pero, a decir verdad, solo estos detalles recordaban a la antigua señora Harrer, a aquella que al grito de «¡vendré el miércoles!» saludaba por la puerta con la conciencia del trabajo bien realizado, para marcharse luego arrastrando los pies, después de quitarse las pantuflas con botones y ponerse las botas forradas. Con una mano se apretaba el corazón, la otra le colgaba al costado, unos profundos arcos se dibujaban bajo los ojos enrojecidos, y, cosa esta que Eszter nunca había visto, llevaba mal abotonado el suéter. Daba toda la impresión de una persona rota, torturada, pasmada, y que no sabe ni dónde está, ni qué le ha sucedido, y que espera con amargura una explicación. «Aún tengo el miedo en el cuerpo, señor director —soltó jadeando y sacudiendo la cabeza como quien no guarda ninguna esperanza—. Aún no me puedo creer que haya acabado, y eso que —añadió con un hipo—, y eso que incluso han llegado los soldados». Eszter permanecía desconcertado al lado de la estufa; no entendía ni jota, y cuando se percató de que la mujer estaba a punto de estallar en sollozos, dio un paso para tranquilizarla, pero luego se lo pensó —al considerar que si quería llorar, no habría manera de impedirlo— y se sentó al borde de la cama. «Yo no estoy ni viva ni muerta, créame, señor director… — sollozó la señora Harrer y sacó del bolsillo del abrigo un pañuelo arrugado parecido a un bollo—. He venido, claro, porque mi marido

me dijo que viniese, que era cosa de vida o muerte, pero yo, claro, ni viva… —se enjugó las lágrimas— ni muerta…». Eszter se aclaró la garganta. «Pero ¿qué ha ocurrido?». La señora Harrer hizo un gesto de amarga resignación con la mano. «Ya decía yo que acabaría así. Ya lo decía, si se acuerda el señor director, cuando se movió la torre aquella de los jardines Góndócs. No era ningún secreto». Eszter empezaba a perder la paciencia. Seguro que su marido ha vuelto a emborracharse —pensó—, se ha caído y se ha dado en la cabeza. Pero entonces… ¿qué soldados? ¿Qué significa todo esto? ¿Todo este caos? Tenía ganas de acostarse para dormir al menos unas horas antes de la llegada de Valuska, que a buen seguro vendría hacia el mediodía, a la hora de siempre. «Trate de empezar por el comienzo, señora Harrer». La mujer volvió a secarse las lágrimas y dejó caer las manos en el regazo. «Pues no sé por dónde empezar. Me cuesta, claro, hablar de este asunto, pues cuando no le vi el pelo de la mañana a la noche, me dije para mis adentros: “está bien, que se atreva a volver este hombre a casa, ya le voy a dar yo una buena tunda”; porque claro, no sé si me entiende el señor director, no se puede tratar de otra manera a un inútil que se lleva hasta el último centavo de casa, mientras que yo, con todos los respetos, echo los hígados de tanto trabajar; no se puede tratar, digo yo, de otra manera a un borrachuzo como este, claro que no; solo merece una respuesta, pensaba yo para mis adentros todo el santo día mientras lo esperaba, mientras esperaba a que volviera a casa para darle una buena tunda. Miro el reloj, y nada, las siete, las siete y media, y a eso de las ocho digo yo para mis adentros, este hombre volverá otra vez como una cuba, y eso que el otro día estuvo a punto de palmarla por culpa del corazón, que muy débil lo tiene, sí; pero digo yo, que al menos no se me muera en un día como este, que está toda la ciudad llena de gamberros de expresión turbia, y aún le pasará algo camino de casa, borracho como está el hombre; y luego la ballena esa o como se llame la bestia maldita, digo yo para mis adentros, la ballena esa para colmo… Claro, ¡qué idea iba a tener yo de lo que pasaría! Nada, que miro el reloj de la

cocina, ya había lavado los platos y barrido, y miro la opereta, que a petición general volvían a echar la del día anterior, salgo otra vez a la cocina, miro el reloj: las nueve y media. Ya empezaba yo a estar de los nervios que no podía, porque no suele quedarse por ahí hasta las tantas cuando está ahumado el hombre, y siempre acaba volviendo. Porque aunque sea un borracho, no aguanta la bebida como los demás, y se duerme, y le entra frío, y se viene para casa. Nada, que estoy yo sentada, mirando la televisión, pero, claro, ver, no veo nada, porque claro, no para de pasarme por la cabeza lo que podría ocurrirle a este hombre, que ya es un viejo, que podría tener el seso suficiente, digo yo, para no andar por la calle a estas horas, que todos estos turbios gamberros no paran de alborotar, que ya sabía yo lo que pasaría; ya decía yo, ¿se acuerda el señor director?, cuando se movió la torre aquella, pero nada —la señora barrer estrujaba el pañuelo en el regazo—, ya habían dado las once, y yo delante del televisor, había pasado el himno nacional, y el aparato crujía y crepitaba, y al hombre no se le veía el pelo. Pues entonces no me aguanto, agarro y me voy para la casa de los vecinos, a ver si saben algo. Llamo a la puerta, golpeo la ventana, hago ruido, pero parecen sordos, no se mueve ni Cristo, y eso que están en casa, ¿dónde van a estar si no a esas horas?, si se te cierran las narices del frío que hace. Nada, que empiezo a llamarlos en voz bien alta, para que me oigan, “¡soy yo!”, y por fin me dejan entrar, pero en vano pregunto yo por el hombre, que no tienen ni puñetera idea. Y me pregunta entonces el vecino si sé lo que pasa en la ciudad. “¿Qué voy a saber? —digo yo—. ¡Pues que ha estallado la rebelión! Que están haciendo trizas todo cuanto encuentran”, dice él; y mi hombre por ahí, pienso yo, y le aseguro, señor director, que creí que me desmayaba allí mismo, en la casa de los vecinos; apenas pude arrastrarme a la mía y caer rendida en la silla de la cocina, como un saco, que se lo digo yo; allí sentada, me agarraba la cabeza con las manos porque tenía la sensación de que reventaba. Se me ocurrió de todo, mejor ni mentarlo, hasta que al final pensé que había vuelto y se había escondido en el lavadero, donde vive Valuska, ¿sabe?,

que muchas veces había sucedido que el hombre se escondía allí hasta quitarse un poco la curda de encima, y el otro lo ocultaba, claro que sí; y si el hombre hubiera sabido que acabaría así, seguro que no habría salido por ahí, porque aunque beba y se lleve el dinero de casa, es un hombre honrado, no lo niego. Voy a mirar, abro la puerta, pero allí desde luego no hay nadie, vuelvo a la casa, pero para entonces ya me vencía el cansancio, el trabajo del día, los nervios, creía que me caía de bruces; pensé, me voy a ocupar en algo, o sea que, a preparar un café, me dije, a ver si me espabilo un poco. Nada, que ya me conoce el señor director desde hace unos cuantos años, que no suelo entretenerme en el trabajo, pero esa vez, créame, tardé media hora en poner el café en el fogón, apenas pude desenroscar la cafetera, que no tenía fuerzas en los brazos, que era toda torpeza y no podía prestar atención a lo que hacía y luego me olvidé de lo que quería… nada, que al final puse la cafetera en el fogón y encendí el fuego. Me tomé el café, lavé el vaso, miré otra vez el reloj: las doce, voy a hacer de tripas corazón, pensé, que cualquier cosa es mejor que seguir aquí sentada en la cocina y esperar y esperar, que este hombre no me viene; ya conoce el señor director la sensación, seguro, eso de espiar las manecillas, que ya llevo mucho tiempo en eso, desde que tengo uso de razón no he hecho otra cosa durante más de cuarenta años, trabajar y espiar el reloj por ver si viene; que el buen Dios me castigó con este hombre, que se lo digo yo, y eso que él sabe que podría haber tenido yo una vida mejor. O sea, que hago de tripas corazón, me pongo algo, esto, el abrigo, pero a dos o tres pasos del portal ya veo que no lejos de donde estoy, en la primera esquina, hay reunidos unos cincuenta hombres; no hace falta que le diga qué tipo de hombres, enseguida me di cuenta cuando oí un estruendo enorme, o sea que no miré ni a izquierda ni a derecha, rápido a la casa, a cerrar el portón, me dije para mis adentros, a apagar las luces, me dije, y créame señor director, allí dentro me quedé yo sentada, en la oscuridad, me latía el corazón que a punto estaba de salírseme del cuerpo, porque, claro, el estruendo se acercaba toas y

más y enseguida te dabas cuenta de lo que era. No se puede imaginar el señor director lo que pasé entonces, allí sentada, conteniendo la respiración —la señora Harrer estalló otra vez en llanto—, sólita… más sola que launa… en esa casa vacía, sin poder ir siquiera ala casa de los vecinos, solo permanecer sentada y esperar lo que pasaría. Estaba todo oscuro como la muerte, pero hasta cerré los ojos para no ver a nadie, ya me bastó con oír que rompían las dos ventanas de arriba, que caían los trozos de vidrio, cuatro grandes batientes tenían las ventanas, que las de arriba las habíamos hecho dobles, pero Dios sabe que ni me acordé de que había trabajado toda una semana para pagarlas, solo rogaba al buen Dios que se contentaran con las ventanas, que tenía miedo de que entraran en el patio, que quién sabe lo que habrían emprendido entonces, hasta habrían derribado la casa si se les metía en la cabeza. Pero entonces me ayudó el buen Dios, y se marcharon, y me quedé yo con las dos ventanas hechas trizas, y oía los latidos del corazón y a los gamberros romper las ventanas de los vecinos, pero no me atreví a encender las luces, Dios me guarde, tardé una hora en moverme; a tientas entré en el cuarto y me acosté en la cama tal como estaba, con ropa y todo, como una muerta, aguzando la orejas, pues a cada minuto tenía yo miedo de que volvieran, a por las dos ventanas simples de la primera planta. No le voy a contar ahora, ni hay tiempo para eso, las cosas que se me pasaron por la cabeza, que el mundo se acababa, que el infierno había subido a la tierra, y sandeces de esas; que el señor director ya sabe en qué pensaba yo, seguro, o sea que me quedé allí estirada como una tabla, durante horas y horas, pero no pegaba ojo, no; aunque quizá habría sido mejor dormirme y no pensar esas cosas sin pies ni cabeza, porque cuando llegó mi marido, que llegó al amanecer, ya ni siquiera pude alegrarme, y él no estaba ni borracho, sino que se plantó, sobrio como una lechuga, al lado de la cama, se sentó en el edredón, con ropa y todo él también, con abrigo y todo, y me calmó, que me veía allí tumbada sin apenas dar señales de vida; y digo yo para mis adentros, a ver si espabilas, mujer, que no pasa nada, que

tu hombre ya ha llegado, que ya nos vamos a arreglar. Me trajo un vaso de agua de la cocina, me lo bebí, y entonces empecé a recobrar el sentido, encendimos la luz en el cuarto, porque hasta entonces yo no le había dejado ponerla, pero me dijo mi marido que me tranquilizara, que podíamos encender la luz en la habitación, que la de la cocina ya estaba encendida, y que no me angustiara por las dos ventanas, dijo, que ya las pagaría el ayuntamiento. Había visto todo al entrar en la casa, claro que lo había visto, allí estaban los cristales ante la entrada, pero yo no me atrevía a echar un vistazo, no; pero él dijo cuando llevó el vaso a la cocina y volvió, dijo que ya lo arreglaría el ayuntamiento, que él ahora ya tenía voz en el ayuntamiento. Para entonces ya me había recuperado lo bastante para incorporarme en la cama y preguntarle que qué había pasado, que dónde se había metido toda la noche, "¿acaso no tienes ni una gota de humanidad? —le pregunté—, dejarme aquí sola en la casa vacía mientras tú te quedas papando moscas en la calle"; y eso que debería haberle dicho, a Dios gracias, suerte que no te ha pasado nada, pero sabe usted, señor director, el susto y esos turbios gamberros y las ventanas dobles hechas añicos… A todo esto, mi marido callaba y me miraba de manera rara, tan rara que me pregunté, por el amor de Dios, ¿qué caray está pasando?, y ya empecé a contarle lo de los cristales del piso de arriba, cuando él me dijo, "agua pasada, agua pasada, mujer", y levantó entonces el dedo, así, y dijo: "a partir de hoy me miras de otra manera, que estoy en la comisión municipal —o cómo se llame—, y además —dijo—, me van a dar una condecoración". Nada, ya se puede imaginar el señor director que no entendía yo ni jota, o sea que me lo quedo mirando, y él asiente con la cabeza, que sí, y dice entonces que se pasaron toda la noche reunidos, que no estuvo en la fonda, sino reunido en el ayuntamiento, porque pertenece a una no sé qué especial, a una comisión de no sé cuántos que acaba de salvar la ciudad de los gamberros, "¡vaya! —le digo yo—, ¡qué gusto!, o sea que tú reunido y a mí me come el miedo aquí sólita en la casa vacía, sin poder prender la luz siquiera". Me dice entonces:

“no digas tonterías, que no pegué ojo durante toda la noche por vuestra tranquilidad”, y me pregunta si hay algo de beber en casa, y yo, tan contenta de que no le hubiese pasado nada y estuviese allí sentado al borde de la cama, sobre el edredón, le dije dónde estaba, y él se fue a la despensa y sacó el aguardiente de detrás de las compotas, que allí lo guardo, que el aguardiente, por desgracia, hay que esconderlo. Le pregunto quiénes fueron los de nuestra calle y me dice que unos elementos turbios, pero que han podido frenarlos, que ahora los cercan a todos, explicó mi marido, “ahora los pillan, que ha venido el ejército y ha puesto orden —dijo él y le dio un trago a la botella—, hay soldados por todas partes”, dijo, y que “imagínate que hasta se han traído un tanque, allí está, en la Papsor, delante de la catedral”, y entonces dejé que tomara otro trago, pero luego le avisé: “¡basta!”, y puse la botella al lado de la cama. “Pero, ¿cómo es que ha venido el ejército?”, pregunto, que eso del tanque no me cabe en la cabeza, y me responde mi marido que el circo, que el circo tenía la culpa de todo, que de no haber sido por el circo, la gente no se habría atrevido a atacar la ciudad; “pero se atrevieron”, dijo, y vi que se le ponían los pelos de punta a él también, “la atacaron”, y se le ensombreció la cara, “la saquearon, le prendieron fuego”, y que “¡imagínate! —dijo—, la pobre Jutka Szabó y su compañera de la central telefónica fueron víctimas de ellos”; Jutka Szabó, seguro que el señor director también la conoce —añadió la señora Harrer con los ojos anegados en llanto—. “Hay unos cuantos muertos”, dijo entonces mi marido, y en eso yo ya no sé si estoy viva o muerta, porque, además de la oficina de correos, explicó, lo primero que ocuparon los soldados fueron los edificios públicos, en la estación, contó, encontraron por ejemplo a una señora y, figúrese usted, a un niño, o sea que, vamos, yo ya no podía prestar atención, y le pregunto, “oye, ¿cómo habéis restablecido la calma en esa reunión si pasaban cosas como esas?”, y dice él que si no es por ellos, sobre todo por la señora del señor director, que, eso dijo al menos mi marido, “se lanzó a la batalla como un león”, que si no es por ella y no consigue convencer a dos policías para que intenten

salir en coche a escondidas, no hay ni ejército ni nada, y entonces quizá no se habrían roto solo dos ventanas, cuatro, digo yo, sino que habría que lamentar muchos más muertos y heridos. Porque la policía, dijo mi marido, y puso cara de amargura, la policía no estaba en ningún sitio, “se esfumó”, dijo, se esfumó y no había manera de hacerla aparecer, y el único motivo era que la policía “había perdido la cabeza”, tal como digo, la cabeza, observó mi marido con una expresión de mucha importancia en la cara. El señor comisario de policía, dijo, y estiró la “r” de “señor” de extraña manera, pues yo no sé por qué, pero desde hace dos o tres años le tiene un odio que no vea, tanto lo odia que tan pronto como alguien lo menta, pone una cara de odio que no lo reconozco, una cara de odio que nadie se lo cree, y eso que la gente dice que se llevan bien, yo no sé, él desde luego lo niega; vamos, que el señor comisario de policía es la cabeza que había perdido la policía, explicó mi marido, y se puso todo rojo por el odio que le tenía, lo vi, lo vi claramente. Estaba borracho, contó mi marido, tan borracho que se pasó todo el rato durmiendo, “figúrate —dijo—, todo el santo día durmiendo”; a veces lo despertaban, pero en vano, que no podían con él, y luego, a la madrugada, se despidió de la reunión, y todos, hasta la señora del señor director, creían que para hacer algo, pero no, pues los dos policías aquellos que volvieron con los soldados confesaron que habían visto al señor comisario otra vez como una cuba, que había vuelto a emborracharse quién sabe dónde, porque a ese hombre, así se expresó mi marido, “a ese hombre la cosa pública no le importa una mierda”. Que él también bebe, dijo mi marido, pero no cuando está en juego la cosa pública, él sabe parar cuando se trata de la cosa pública, pero el señor comisario, y volvió a estirar la “r”, el señor comisario, claro, vuelve a emborracharse quién sabe dónde, y a todo esto nadie tiene ni la menor idea de qué se hizo de él, porque los dos policías solo pudieron decirles que suponían que tiraba para casa. A todo esto, yo, tumbada, solo escucho todas esas monstruosidades, claro, pero aún falta lo peor, los destrozos, contó mi marido, la destrucción que hicieron, que ni siquiera se sabe del

todo quiénes están heridos, ni si hay más muertos, ni dónde está alguna gente, pues, por ejemplo, cuando llegó el ejército, y también el tanque allá delante de la catedral, y la gente se atrevió a salir a la calle, en la avenida, sabe usted, señor director, delante de la carnicería de Nadaban, justo cuando venía él a casa para tranquilizarme, pues resulta que se topó con la señora Virág, muy amargada la pobre. Que estaba buscando a su vecina, le explicó la señora Virág, a su vecina que se pasó toda la noche sentada a la ventana, viendo las monstruosidades, y entonces le entró miedo de estar sola y la llamó, dijo la señora Virág, y entonces se sentaron las dos a la ventana, y ojalá no se hubieran sentado, así dijo la señora Virág, que ya había pasado la medianoche, y apareció entonces otra tropa de los gamberros esos por la avenida, con palos y quién sabe qué más cosas en las manos, apaleando a los gatos en las aceras, según la señora Virág, dijo mi marido. Y resulta que entonces vieron que en medio de todos ellos estaba, mi marido evitó pronunciar su nombre, "el hijo de la vecina de la señora Virág", así dijo exactamente mi marido, y yo, claro, no sospeché nada, eso quería él, claro, que yo no sospechara nada, o sea que solo dijo eso y alargó la mano para coger la botella de aguardiente al lado de la cama, y le digo yo: "suelta esa botella" y le pregunto, "¿señora Virág?". "Así es —responde—, señora Virág". Le doy vueltas, pero por muchas vueltas que le dé, no la sitúo; o sea que miran, sigue mi marido, y no se pueden creer lo que ven sus ojos cuando el hijo de la vecina de la señora Virág aparece allí entre los gamberros, "no te lo puedes imaginar —dice—, así que ni lo intentes, no vas a acertar nunca, pues sí, cría cuervos y te sacarán los ojos…". Yo me lo quedo mirando, todavía no entiendo nada de nada, no sé adónde quiere ir a parar el hombre, le pregunto, y me dice que la mujer aquella, contó la señora Virág, se enfadó tanto que jamás había visto cosa parecida, se echó a gritar que ya está bien, que está harta de su hijo, que no le importa un rábano, pero que esta vez la cosa no queda así: que durante toda su vida la había cubierto de vergüenza, pero que se acabó, que no aguantaba más, o sea que

cogió el abrigo, explicó la tal señora Virág a mi marido, y en vano trataba ella de retenerla, cogió el abrigo y se fue, dijo la señora Harrer mirando de pronto la cara consternada de Eszter. “Lo sacaré de allí agarrado de los pelos”, gritaba la mujer fuera de sí, y la señora Virág, dijo mi marido, estaba muy asustada, seguía allí delante de la carnicería de Nadaban y decía que a la medianoche se fue la vecina tras de ellos y aún no había vuelto; “y a cuántos les habrá pasado lo mismo”, suspiró mi marido. Dejó entonces a la tal señora Virág, siguió un trecho por la avenida, “esos destrozos”, dijo sentado, muy encorvado el hombre, sobre el edredón, dobló a la calle Jókai, y tropezó entonces con los soldados; “a mí, claro —continuó—, no me hicieron identificarme, pues nosotros habíamos entregado la ciudad a las fuerzas del orden, solo me mostraron la lista con los nombres y las descripciones de los buscados”, que entonces ya habían interrogado a los testigos en el ayuntamiento, a los que habían visto lo ocurrido durante la noche, y entonces, dijo mi marido, los soldados, divididos en varios grupos, controlaban la ciudad y buscaban a los criminales, pero en la lista que los soldados le mostraron en la calle Jókai, dijo, solo figuraban dos o tres nombres, lo demás eran descripciones, que apenas había lugareños entre ellos, la mayoría eran gamberros venidos de fuera. Se mira él la lista, y no se puede creer lo que ven sus ojos, tampoco quiso creerle a la señora Virág, claro, y los soldados le preguntan si conoce a alguien de la lista, a lo que mi marido les responde que no, por el susto que se llevó, pero sí, sí conocía a alguien. Tumbada en la cama, escucho el nombre y no me lo puedo creer, “está loco”, pienso para mis adentros; pero dice él que no hay tiempo que perder, que lo están buscando, y que ha venido a casa a tranquilizarme y a que me vistiese y saliese corriendo, a toda pastilla, a la casa del señor director, que los dos, el señor director y él mismo, se lo debían, y yo me lo quedo mirando y pienso: “¿qué quiere este hombre?”. Ya sabía yo, digo para mis adentros, que esto acabaría así, ya lo decía cuando se presentó, que nada, que solo tendríamos problemas, vamos, acoger a un chiflado, pero claro, mi

marido no me prestó atención, nada, pensé, un loco de remate por ese dinero; o sea que digo yo, “yo no voy a ningún sitio, de aquí no me muevo”, pero en eso ya me bajo de la cama y me pongo el abrigo, como quien ha perdido el juicio. Ya hemos salido de la casa, allí están los cristales ante la entrada, que él se va a buscarlo, dice mi marido, pero que luego tendrá que ir al ayuntamiento, que la señora del señor director le pidió encarecidamente que se presentara a más tardar a las siete, “caray —digo yo—, a las siete, y a mí me mandas toda sólita”, pero él insiste, “ha de ser así”, que allí lo espera la condecoración, y que el honor, y que ahora ya tiene voz en el ayuntamiento, y que le rogaron encarecidamente que eso, a las siete. Le pido, le ruego, le insisto cuando llegamos al cruce de la calle Jókai con la avenida, pero es como hablarle a una pared; que él se va a la estación, dice, y que yo me venga para aquí, a ver si el señor director puede hacer algo, pero en vano digo yo para mis adentros que no, que ni un paso más, tan confusa estaba que venía, sin mirar ni a izquierda ni a derecha, como una ciega, y ni siquiera fui capaz de saludar en el portal, no sé lo que pensará de mí el señor director. Irrumpir así de buena mañana, sin saludar siquiera, pero qué le voy a hacer, señor director, a una se le viene abajo el orden cuando están aquí los soldados —dijo la señora Harrer bajando la voz— y ese tanque…». Eszter seguía sentado en el borde de la cama, paralizado; la mujer tuvo la sensación de que se disponía a apuñalarla con la mirada. Al final parecía una estatua, contó luego la señora Harrer a su marido, cuando volvió a casa sobre el mediodía. Después solo vio que su patrón se levantaba de un salto de la cama, se dirigía a toda pastilla al armario, arrancaba el abrigo de la percha y salía sin decir palabra por la puerta, lanzándole todavía una mirada atormentada, acusadora, como si ella tuviese la culpa de todo. Sentada en el sillón se quedó ella, parpadeando asustada; y se estremeció al oír que la puerta de la calle se cerraba de un portazo y volvió a llorar… Luego desplegó el pañuelo, se sonó la nariz y miró a su alrededor en la sala. Solo entonces se percató de las tablas en la ventanas. Se levantó poco a

poco y ladeando la cabeza, porque no acababa de entender qué hacían esas maderas allí, se acercó midiendo, calculando. Acarició una tabla y, tras convencerse de que era de verdad, las golpeó una tras otra, y entonces comprendió de súbito. Como una experta a la que no se puede engañar, esbozó una mueca y, recordando los cuatro batientes, murmuró con amargura: «Por fuera se pone esto, no por dentro». Arrastrando los pies se dirigió a la estufa, examinó el fuego, le echó unos cuantos leños y, sacudiendo la cabeza, apagó la luz y, tras lanzar una última mirada a la sala sumida ya en la oscuridad, repitió: «Por fuera… no por dentro…».

No fuera, no solo fuera de ese espacio ultrajado —sobre el que, además del curioso letrero (ORTOPED), a buen seguro les había llamado la atención la ausencia de persiana metálica en el escaparate—, no solo fuera, sino «de vuelta al más profundo infierno, de donde habéis venido»: eso decía la mirada ensimismada en el rincón, aunque la boca, hinchada por los golpes, no cesara de farfullar «largo», «largaos» y «fuera de aquí»; y ellos, como si esta exhortación cargada de amargura fuera la señal esperada, se detuvieron de pronto en el taller destrozado, sin mirar siquiera al zapatero enronquecido por la angustia, y, con la misma tácita unanimidad con que habían irrumpido, dejaron de devastar el local y salieron todos a la calle, pasando por encima de estanterías tumbadas llenas de cuero, de mesas caídas y sus herramientas, de zapatos, pantuflas y botas ortopédicas. Aunque no veían nada, suponían por el recuerdo de la dispersión ocurrida hacía unas cuantas horas y por los ruidos ora cercanos, ora lejanos, que los demás —organizados en grupos de dimensiones similares— seguían allí en las tinieblas, y este saber, unido a su dependencia inconsciente de sus compañeros, los guiaba de alguna manera en su marcha devastadora, ya que su furia concentrada, carente de sentido y meta, solo los inducía a coronar una y otra vez la infamia con otra peor, tal como ocurrió luego, tras dejar el taller del zapatero en busca de un objeto acorde con su impulso, obediente a las directrices y al mismo tiempo libre, y regresar por la calle bordeada de castaños hacia el centro de la ciudad. El cine aún ardía, y en el rojo irradiado por las llamaradas había unos tres grupos —estatuas inmóviles en la calle, espectadores hastiados del fuego—, y al igual que más tarde en la plaza, cuando tropezaron con otra aglomeración de considerables dimensiones ante los restos calcinados de la capilla, pasaron entre ellos sin modificar un ápice el ritmo de su expedición lamentablemente inconclusa, manteniendo una velocidad exasperante por su lentitud, que los condujo del cine a la desembocadura de la plaza y da allí al silencio de la calle de San Esteban, detrás de la ermita reducida a cenizas. No se oía ni

una palabra, solo a veces se encendía una cerilla, a la que respondía la lumbre de un cigarrillo; clavando los ojos en el suelo o en la espalda de quienes les precedían, avanzaban en el frío glacial adaptando de modo inconsciente el paso al de los demás, y como habían superado su proceder inicial —consistente en romper todas las ventanas a modo de advertencia, por así decirlo, y mirar de vez en cuando lo que había detrás— ya apenas tocaron nada hasta llegar a la primera esquina y, tras eludir un grupo que había llamado su atención, encontraron allí una puerta de hierro pintada de azul que daba a un parque helado y cubierto de malas hierbas y a algunos edificios oscuros en su interior. Para arrancarle el candado y reducir a escombros la caseta de la portería, de la que su ocupante había huido sin duda hacía unas horas, bastaron unos golpes precisos con las barras de hierro; sin embargo, después de recorrer uno de los senderos del parque, no les fue en absoluto tan fácil irrumpir en el edificio más cercano, pues allí, cuando por fin lograron entrar, tuvieron que vérselas con otras dos puertas: sin duda aterrados por las noticias procedentes de la ciudad, o sea, por ellos, los habitantes de la casa no solo las cerraron con llave y las atrancaron, sino que las bloquearon acumulando sillas y mesas, como si intuyeran que debían hacer todo lo posible por defenderse, si bien el destacamento que se arrastraba escaleras arriba como un animal ávido de encontrar a su presa, ya les aclaraba sus escasas posibilidades. La oscuridad era total en el pasillo caldeado del entresuelo, y la enfermera encargada del turno de noche (la cual aún trató de huir en el último momento por la puerta trasera al oír los ruidos cada vez más cercanos) apagó, con sus ayudantes aún capaces de caminar, las lámparas de las habitaciones de los enfermos, seguramente tan pronto como recibió la primera noticia; sin embargo, tal medida solo expresaba el convencimiento de que todo esto, además de las trancas y las barricadas, bastaría para garantizar la seguridad de los internos, pues, a pesar de los presentimientos y advertencias, nadie en su sano juicio creía que esa maldad desatada en las calles fuera capaz de un acto tan

inhumano como es el de atacar vilmente un hospital. Pero allí estaban, y como si precisamente el silencio aterrado de los pacientes escondidos bajo sus mantas los hubiese traicionado, los saqueadores, después de derribar la última puerta y encender las luces del pasillo, enseguida los encontraron en las habitaciones situadas a mano derecha y volcaron las camas; pero llegó un momento en que no se les ocurrió nada más, y no supieron qué hacer con las personas que gemían tumbadas en el suelo, o sea que se les paralizaron los brazos cuando quisieron agarrarlos, se les fue la fuerza de las piernas cuando quisieron patearlos, y —señal reveladora de que la pulsión destructiva ya no encontraba objeto— su impotencia se tornó más evidente y su rabia, más ridícula. Como definitivamente no sabían qué hacer en ese lugar, pasaron por encima de los internos y siguieron adelante; arrancaron de los enchufes y golpearon contra las paredes todos los instrumentos que zumbaban, hacían tictac o emitían luces intermitentes y arrojaron al suelo los frascos de medicamentos, termómetros e insignificantes objetos personales guardados en las mesitas de noche, incluidos los estuches de las gafas, las fotos de familia y las frutas marchitas conservadas en bolsas de papel; avanzaban ora por separado, ora reuniéndose de nuevo, pero todos habiendo perdido el equilibrio, hasta que en vista de la indefensión generalizada se dieron cuenta de improviso que la mudez aterrada del padecimiento, la falta absoluta de resistencia, los paralizaba, y que habían de ceder necesariamente ante el lodazal absorbente de la entrega sin condiciones, y eso que hasta el momento este hecho les había proporcionado el más amargo de los placeres. Permanecieron en el silencio más absoluto que se pueda imaginar bajo las luces de neón del pasillo (solo se oían apenas, desde lejos, los chillidos de la enfermera refugiada tras una puerta), pero en vez de descargar la rabia y confusión en los pacientes o subir al piso de arriba, esperaron a los compañeros rezagados y abandonaron el edificio contoneándose; como un ejército que ha perdido la formación tornaron al parque y a la puerta de hierro, donde se quedaron

inmóviles, manifestando por primera vez que ya no sabían adónde ir ni entendían para qué, pues —al igual que los destacamentos «quemados» delante del cine y de la capilla— ya habían consumido el impulso asesino, y lo más insoportable era reconocer y confesar que, para ellos, esta empresa infernal había llegado a su fin. La conciencia de haber causado algunos destrozos, pero de no haber logrado realizar lo que su príncipe les había indicado con una sola señal, esto es, destruirlo todo, de pronto pesaba sobre ellos como una losa; y cuando abandonaron la postura inmóvil y confusa delante de la puerta del hospital y por fin se pusieron en marcha, tal vez se les antojó que si todo esto carecía de sentido, su ataque de furia inmisericorde tampoco lo tenía; por eso, ya no solo no reencontraron el ritmo uniforme de sus pasos de antes, sino que, como si se hubiese desintegrado su alianza, también concluyó su marcha; la tropa rigurosamente formada se convirtió en una lamentable manada, la unidad dirigida por un asco insuperable pasó a ser un montón formado por unos veinte o treinta tipos anonadados que intuían, es más, que conocían las consecuencias de sus actos, aunque no les interesaran, pues se habían adentrado en un campo vacío, infinitamente vacío, en el que nadie podía liberarse ni quería la liberación. Aún irrumpieron en una tienda (el letrero sobre la entrada solo decía lo siguiente: EL ESTICOS HAJD), pero mientras arrancaban la persiana y reventaban la puerta, sus movimientos ya revelaban que no iniciaban un nuevo asalto, sino la retirada, como si un disparo definitivo los hubiese alcanzado a todos y buscaran, vacilantes, un último refugio como escenario de sus miserias y sufrimientos; en efecto, cuando franquearon el umbral, encendieron la luz y miraron alrededor en el local lleno de lavadoras —más parecido a un almacén que a una tienda— en sus miradas ya no quedaba huella alguna de su anterior crueldad, y como si se hubiesen apresado a ellos mismos y no les importara quedar atrapados aquí o en otro sitio, permanecieron un buen rato escuchando con semblante inexpresivo el chirrido de los goznes a sus espaldas, y solo se alejaron de la entrada cuando la puerta de

su refugio se cerró y ese canto de sirena se extinguió poco a poco en el gélido espacio del local. Uno de ellos, que parecía haberse recuperado de golpe de la náusea generalizada o haber reconocido en aquel momento el triste y lamentable estado de sus compañeros, dibujó una mueca de desprecio, susurró una palabra («¡cagaos!»), dio media vuelta y alcanzó con pasos retumbantes la calle, manifestando así que, puestos a rendirse, prefería hacerlo solo; otro empezó a castigar uno de los aparatos alineados en formación, buscó sus puntos más sensibles y sacó luego, a través del revestimiento de material plástico, un motor que acto seguido destrozó de tal modo que las piezas se esparcieron por el local; los demás, en cambio, no prestaron atención alguna a cuanto hacían o deshacían estos dos individuos y no tocaron nada, siguieron adelante por el estrecho pasillo que se abría entre los aparatos, procurando cada uno alejarse lo más posible de los otros, y se tumbaron en el suelo de linóleo. Desde luego, por la cantidad de personas presentes, resultaba imposible alejarse o dispersarse en el bosque ordenado de lavadoras de tal manera que no se pudiese ver a los demás, que era lo que deseaba cada uno de ellos; resultaba imposible sobre todo para Valuska, el cual, para colmo, estaba seguro de una cosa, aunque todo esto ya no importara: que no se apartaban de él y que aquel que se encontraba en el cruce con el siguiente «pasillo», que se quedaba mirando un buen rato al vacío y luego se ponía a escribir con expresión de amargura inclinándose sobre un bloc de notas que tenía en el regazo, solo lo hacía porque el más cruel de todos, su terrible vigilante, ya se había marchado (dejando solo el recuerdo de su aspecto, del sombrero, del abrigo de paño y de las botas) y ellos debían seguir vigilando a su presa, pues cómo iban a saber que Valuska «ya estaba en orden». No le interesaba conocer sus intenciones ni le importaba saber si acabarían con él ahora o más tarde; ya no sentía miedo, ni intentaba huir, pues tampoco deseaba escapar de aquello que había comprendido en esa noche letalmente salutífera, y como no quería, tampoco podía; huir de ellos, sí, tal vez —varias veces se le

presentó, de hecho, la oportunidad—, pero nunca jamás se quitaría de encima el peso terrible de cuanto había tenido que ver, si es que puede hablarse de ver, porque desde el principio hasta el vuelco decisivo para su renacimiento lo enceguecío, por así decirlo, el terror. Pues la espantosa impotencia que sintió cuando —¡solo más tarde le vino la luz!— el amigo de la plaza lo rescató ante la puerta de la casa del señor Eszter, lo abrazó, y juntos se pusieron en marcha entre las casas de la avenida y en medio del «ruido de las botas altas y bajas que se arrastraban por el suelo» y, más tarde, la insoportable sensación que tuvo cuando a unos cien metros, obedeciendo a una orden tácita, empezaron a atacar los edificios en el sentido más estricto de la palabra, y la mano amiga cayó sobre su nombro, presionándolo a modo de advertencia y ahogando en su origen, por así decirlo, el impulso desesperado de plantarse ante ellos… ese desamparo y esa presión intolerable por la que habría querido defender aquello que golpeaban y al mismo tiempo a aquel que golpeaba, todo eso no tardó en ser sustituido por el terror más profundo, que no solo le imposibilitaba oponer resistencia o huir, sino incluso intuir que precisamente esa noche infernal lo sacaría a él, al idiota irrecuperable en apariencia, de la selva de décadas de ilusiones, lo arrancaría de allí sin contemplaciones. Valuska ya no sabía en aquel momento por dónde andaban; solo se dio cuenta de que volvían a reventar una puerta y —por primera vez desde que comenzaron a destrozar cristales y a destruir las lámparas de encima de las puertas— entraban todos en tropel en una casa. Al lado de su acompañante, al que todavía consideraba un perverso y que con razón lo empujaba tras los otros con un placer cruel, él también penetró en aquel espacio estrecho, y tuvo la sensación de que todo funcionaba a ritmo increíblemente lento a su alrededor: incluso la voz con que una anciana les gritó plantándoles cara, y los dos que se abalanzaron sobre ella con una expresión de insoportable indiferencia en los rostros. Aún vio cómo uno alzaba con calma el puño y cómo la anciana trataba de retroceder, pero no podía ni moverse, aún pudo verlo, pero luego volvió la cabeza con

un esfuerzo sobrehumano, como si el más mínimo gesto conllevara mover un quintal de peso, y clavó la mirada en un rincón del cuarto para él definitivamente mudo. Y en ese rincón no había nada salvo una sombra de volumen indefinible que se arremolinaba allí y que poco a poco se asentó sobre el entarimado putrefacto clavado como una cuña entre las paredes; contrariamente a lo que suele ocurrir, el rincón no estaba tapado ni por la cama ni por el armario; estaba vacío y olía a amargo, tan vacío y amargo era como puede ser un rincón en un cuarto. Sin embargo, a ojos de Valuska estaba lleno de horror, como si hubiese absorbido todo cuanto ocurría y pudiese ocurrir, como si él mirase un monstruo sonriente de cuya existencia debía convencerse por vez primera. No lograba apartar la mirada de allí, adondequiera que lo empujaran en la habitación ya no veía otra cosa que el rincón de la sombra inmóvil, semejante a un enano oscuro surgido de pesados vapores; le deslumbró los ojos, se le grabó en la conciencia, cautivó su mirada, y en vano se marcharon de allí, Valuska lo llevó consigo a todas partes… y cuando los otros se ponían en movimiento, él también se ponía en movimiento, y cuando se detenían, él también se detenía, no era consciente de cuanto hacía, ni de cuanto hacían con él, ni de cuanto sucedía en aquel silencio que se le vino encima: y tardó mucho en comprenderlo. Durante horas —aunque, de hecho, el tiempo no podía medirse ni en minutos ni en siglos— llevó consigo esa imagen insoportable, sin tomar conciencia siquiera de su padecimiento, y ya no podía saberse qué era más fuerte, si la cadena que lo ataba a ella o la presión convulsa con que el hombre lo agarraba. En un momento tuvo la sensación de que alguien lo levantaba del suelo, pero el impulso exagerado, desproporcionado, desequilibró a quien lo alzaba, de modo que lo soltó furioso (gruñendo: «¿Cómo es que es tan liviano?») o, para ser más preciso, lo empujó con rabia, y luego, bastante más tarde, Valuska se vio tendido en la acera, mientras le echaban aguardiente en la boca, a lo cual se incorporó de nuevo; a continuación sintió la mano sobre el hombro o bajo las axilas, esa mano que, por lo visto, tantas veces y con tal firmeza lo

había retenido para evitar su huida, con firmeza, pero sin necesidad alguna, pues si bien aún no lo envolvía el presentimiento todavía ausente de su próximo renacer, nada frenaba el efecto de aquella visión que pesaba sobre él, el sentido vacuo de aquel rincón; adondequiera que lo tiraran, empujaran o arrastraran, solo veía eso; todo lo demás —que marchaban, que alguien corría, que ardía fuego en algún sitio— lo veía en un centelleo y de manera borrosa. En vano intentaba liberarse de la imagen, o sea que daba igual hallarse allí o en otro sitio, pues de todos modos seguía siendo el títere de su paralizante atracción; luego, de pronto, un agotamiento mortífero se apoderó de él, los dedos casi congelados empezaron a dolerle en los zapatos helados, quiso echarse (¿de nuevo?) en la acera, pero el hombre del abrigo de paño —en quien aún no atinaba a ver a su maestro— lo reprendió en tono burlón al tiempo que se rascaba la piel hirsuta de la barbilla. Fue la primera frase que penetró realmente en su conciencia, y por ese tono jocoso no carente de cierta justificación («¿Qué te pasa, tarado, quieres otro aguardiente?») volvió a percatarse de dónde estaba y entre quiénes, y como si el torturante rincón con su intemporal olor amargo fuese el escenario de aquella terrorífica noche, por fin divisó en el proscenio, bajo una luz de pesadilla, los rasgos terriblemente complejos de su maestro.

No, no quería aguardiente, sino, como mucho, dormirse y congelarse en la acera con el fin de no tener que comprender lo que empezaba a perfilarse en su interior y de «acabar de una vez por todas»; solo quería esto, pero, por fortuna, el tono de la anterior pregunta no dejaba lugar a dudas y tuvo que renunciar a su propósito, de modo que meneó con fuerza la cabeza —como si lo hubiesen interrogado sobre sus verdaderas intenciones—, adaptó su paso al de los otros y, estremeciéndose al sentir el contacto cuando su compañero volvió a ponerle la mano en el hombro, caminó, obediente, a su lado. Contempló su rostro ante la esquina deslumbrante por su oscuridad: la nariz aguileña, la barba gruesa y rígida en el mentón, los párpados inflamados, los rasponazos en la

piel bajo el pómulo izquierdo… y lo más difícil no era ver el sentido de toda esa pasión insondable, sino comprobar su identidad con el semblante de ayer, el de la plaza del Mercado; Valuska tuvo que reconocer que aquel al que lo llevó el azar de la preocupación, allá en la plaza Kossuth, después del paseo realizado con el señor Eszter, y aquel que, guía en el odio desenfrenado, se convirtió, tal vez sin querer, en cirujano implacable de su vida, eran sin la menor duda una y la misma persona, pues nada podía ocultar que en sus temibles rasgos se hallaban también los del día anterior, y en estos, recorriendo hacia atrás los días, todos los precedentes, de suerte que su origen más inocente guardaba ya el semblante de este momento, la mirada gélida y fantasmal capaz de poner de manifiesto que él dirigía los movimientos de esa columna irrefrenable, con indudable autoridad, con una crueldad superior en ingenio a la de todos los demás en lo referente a la destrucción, y que disfrutaba con los tormentos de Valuska, con las estaciones inagotables de su derrumbamiento, con todo el teatro brutal e instructivo que hacía con su pupilo, sugiriéndole al mismo tiempo que tal era el precio de su curación. Contemplaba la cara y, mientras la miraba, empezó a comprender de pronto que esa «mirada gélida y fantasmal» ya apenas contenía secretos inexplicables, pues los ojos inmisericordes quizá solo eran el espejo infalible de aquello que él, Valuska, no había sido capaz de ver en sus treinta y cinco años de patológica obnubilación; quizá, pensó Valuska, pero enseguida añadió: «¡no estoy del todo seguro!», marcando así el momento decisivo en que —como si se precipitara, por así decirlo, sobre su antiguo yo— despertó de su largo letargo y, claro está, de su dulce obnubilación. Concluyó el sordo silencio, junto con su sombra inmóvil se apagó la esquina cegadora tras los rasgos de su vigilante, se abrieron a su alrededor un parque, un sendero, una puerta de hierro, y ya no le cabía el asombro cuando tomó conciencia de que solo él y su imperdonable ceguera pertenecían a otro mundo, y no estos hombres parados ante la entrada del hospital. No había cabida en él ni para el asombro ni para la más mínima obsesión por

huir, pues el vacío que lo recorrió en el primer minuto pareció extinguirlo respondiendo a una única señal; todo cuanto tenía se desintegró, se esfumó, se convirtió en nada, y solo sentía el sabor picante y amargo del desengaño en el paladar, y que le dolían las piernas, sobre todo la izquierda. Se disolvió la niebla demoníaca que en la avenida Wenckheim le había mostrado a esos monstruosos campeones de las tinieblas como criaturas irreales de un principio magnético y destructivo, y ahora que Valuska los miraba con la nitidez de la clarividencia adquirida de golpe y recordaba a la multitud formada por cientos de sus compañeros, constataba asimismo que no había ni había habido en ellos nada sobrenatural, y no solo ellos y su «magnético y destructivo» príncipe quedaron despojados de todo elemento «demoníaco», sino que él también se liberó para siempre del velo causante de su estrabismo, de la ilusión vergonzosamente encantadora que lo había empujado a la merecida marginación de la chifladura y le «había ocultado la verdadera cara de las cosas». El despertar fue rápido, violento y realmente semejante a un golpe, y le permitió comprender que aquel por el que se había tomado hasta el momento había dejado de existir de manera indudable y definitiva; así pues, tras permanecer un buen rato ante la puerta del hospital, la tropa, y él con ella, se alejó del lugar; las casas, los postes de la electricidad y los adoquines volvieron a asentarse sobre sus verdaderas bases, y Valuska tomó conciencia, como de algo del todo natural, de que su «mente otra vez deseosa de orientarse» —que en vez de prepararse para un inventario febril y desesperado, se disponía a llevar a cabo una calmosa observación— solo le permitía ver los abatidos pilares de sus décadas formadas por días y días. Pues se derrumbaron las mañanas y las tardes, las noches y las madrugadas, y lo que ayer todavía funcionaba con un equilibrio de apariencia eterna, de modo delicado e imperceptible —como una dinamo insonora—, hoy tenía de pronto un sentido yermo, burdo, frío y asqueroso, y al mismo tiempo de una claridad decepcionante: desapareció todo el encanto engañoso de su hogar, la casa en el jardín, y solo quedaron las

paredes carcomidas por el salitre y el techo abombado, un simple lavadero perteneciente a Harrer; ningún sendero conducía ya allí, ningún camino llevaba ya a ningún sitio, pues para el antiguo caminante de las nubes todas las puertas, resquicios y aberturas se hallaban ahora cegados, con el fin de que el convaleciente viera con tanta mayor nitidez las «entradas terriblemente reales del mundo». Iba entre chaquetas y abrigos enguatados por la densa oscuridad, y miraba la acera y pensaba en el «Péfeffer», en la distribuidora, en la recepción del Komló, y entonces se dio cuenta de que resultaban inaccesibles; calles, plazas, curvas y cruces se habían disuelto, pero, así y todo, Valuska veía ahora de forma plena y nítida, como un mapa, el camino serpenteante de sus vagabundeos; sin embargo, como al mapa le faltaba el paisaje original y él no podía dar ni un solo paso a la antigua manera en el terreno que lo había sustituido, consideró que lo más correcto era olvidar cuanto existía ayer… antes… alguna vez… en lugar de esta ciudad extraña y desolada a la cual acababa de llegar como un renacido todavía tambaleante. Olvidar las horas matutinas, el sabor del duermevela, el lento despertar, el té que humeaba en la taza moteada antes de su partida, olvidar el amanecer que se extendía camino de la estación, el olor a periódicos en la penumbra azulada de la distribuidora y, luego, entre las siete y las once más o menos, los buzones, los picaportes, los alféizares y los resquicios bajo las puertas, los cientos de gestos con que los periódicos pedidos iban a parar allí día tras día, sobre tiradores y alféizares, en resquicios, en buzones y, en dos sitios, incluso bajo el felpudo. Borrar de la memoria la inevitable pregunta a la señora Harrer de si ya era mediodía, la hora de ponerse en marcha, el tintineo de la fiambrera en la cocina del señor Eszter y la larga cola ante el cocinero del Komló; dejar esfumarse la casa de la avenida Wenckheim, el portal, el pasillo, los discretos golpes a la puerta, dejar desaparecer para siempre a Bach y el piano, dejar sumirse en la oscuridad la penumbra de la sala. No pensar más en el señor Hagelmayer, no mostrar más el eclipse solar a nadie, no rememorar la barra, las

jarras, las nubes de humo del tabaco sobre el murmullo creciente y decreciente, ni dirigirse nunca más hacia la torre del agua tras la hora de cierre… Iba a la deriva entre «botas altas y bajas que se arrastraban por el suelo», y después de cruzar el canal del río Körös, la tropa ya debilitada llegó a la plaza Maróthy y allí a la verja de su casa natal, pero ni el rostro de su madre, que se le apareció de pronto, ni los jirones de su voz en el portero automático le decían nada, y menos aún el edificio en sí, la antigua vivienda de alquiler de dos habitaciones dobles y una simple situada tras los árboles desnudos del patío, de modo que volvió la cabeza. No quería ver ni esto ni los otros escenarios de su vida, y mientras seguía a un paso de distancia a su terrorífico maestro, concluyó su repaso de despedida, pues allí, en la plaza Maróthy, tuvo la sensación —¡inesperada!— de que, de continuar así, podría asaltarlo una pérfida amargura, un dolor tan enigmático como peligroso, que, negando que esta operación objetiva y calculada no fuera al mismo tiempo desesperantemente sagaz, afirmaba que precisamente por tal motivo la «calmosa observación», el frío inventario, implicaba serios riesgos. De modo que —rechazando «olvidar» nada a partir de aquel momento— enseguida se rebeló contra ese «dolor tan enigmático como peligroso» y consideró que él mismo constituía la máxima garantía de que los posibles riesgos eran un error de grandes dimensiones: él, que «había sido capaz de ajustar las cuentas a un espejismo engañoso hasta la médula», él, al que nadie creía capaz de tal cosa y al que ya no le amenazaba el peligro de sentir dolor por la derrota, pues había aprendido la terrible lección y podía, por tanto, «decir que ya era como los otros». Tenía ganas de comunicar enseguida (si no se hubiera sentido tan extenuado) que podían estar muy tranquilos respecto a su persona, que también su «corazón» estaba muerto, que era inútil burlarse de él, pues había aprendido a «poner los pies en el suelo y tenerlo todo claro», que ya no creía que el «mundo tuviera un encanto», que existiera lo invisible, aunque sí existía, por cuanto lo había captado, el hecho de «no haber fuerza superior a las leyes de los hombres belicosos»; y

si bien no negaba su terror ante estos, sí se sentía capaz de adaptarse y «agradecido de haber echado un vistazo a su interior». Seguía entre ellos después de pasar por la plaza Maróthy, y esperaba recuperar la energía, pues deseaba explicarles en qué pueril error había vivido hasta entonces: que había creído ver un cosmos gigantesco en el que la Tierra era tan solo un punto diminuto, y que el motor último de dicho cosmos era la alegría que «impregnaba desde la eternidad las estrellas y planetas»; decirles que lo miraran como a alguien antaño convencido de que todo esto era bueno y poseía, además, un centro misterioso, no un sentido, sino algo así como… un volumen más delicado que un hálito, y de que cuando alguien no percibía su inexplicable irradiación, era porque no le prestaba atención, y cuando la negaba, lo hacía por necedad. Deseaba que con el final de sus ideas fijas acabara también su profundo agotamiento, pues estaba ansioso por contar asimismo que, tras esta noche terrorífica para él, se sentía del todo desengañado; imaginaos —así habría empezado— que alguien lo hubiera vivido todo con los ojos cerrados y que, al abrirlos, ese universo alegre, ese montón de estrellas y planetas, simplemente no se encontrara en ningún sitio; vi la puerta del hospital, los edificios, los árboles a ambos lados, a vosotros a mi alrededor, y enseguida me di cuenta de que todo cuanto existía en la realidad se había puesto en su sitio dentro de mí; miraba el horizonte apenas perceptible entre los tejados, y no solo había desaparecido de allí el misterioso universo, sino incluso yo, que durante más de treinta años no había cesado de pensar en él, adondequiera que volviese la cabeza; por otra parte, lo que veía no era nada en particular: todo había asumido su verdadera forma como cuando «encienden las luces en el cine». Todo esto habría dicho, y habría añadido que se sentía como alguien que, procedente del espacio ilimitado de una «esfera gigantesca», había venido a parar a un erial cercado y terriblemente árido, como alguien que, viniendo de un ensueño lúdico y enfermizo, había «despertado en el desierto», allí donde las cosas no toleraban nada salvo su esencia tangible y donde ninguno

de los elementos del páramo podía ir más allá de sí mismo, pues por fin se había percatado, habría agregado, de que nada tiene sitio fuera de esta tierra y de lo que la tierra lleva sobre su corteza, pero que aquello que existe de este modo, posee un peso y una fuerza increíbles, un sentido que recae sobre sí mismo y que no remite a nada. Les habría pedido que le creyeran: él también sabía a estas alturas que no había «ni Dios ni infierno», ya que no podía remitirse a nada aparte de lo que existía, y que solo el mal tenía explicación, el bien no la tenía, de suerte que «no existían ni el bien ni el mal», que lo decisivo era otra ley, siempre la del más fuerte, con la que «nada puede medirse precisamente por ser la más fuerte». De ello, sin embargo, no podía ni debía sacarse la grave conclusión de que todavía parecía en cierta medida «prisionero de la sensación de haber sido despojado de todo»; en absoluto, habría dicho, pues en su interior ya no operaba ningún sentimiento, pero aún necesitaba un poco de tiempo —¡no una prórroga, sino tiempo!— para que el cerebro enfermo empezase a funcionar por fin con normalidad en su cabeza, ya que por el momento solo latía, bullía y borboteaba, y no era capaz —como habría sido su tarea— de descubrir, por ejemplo, por qué, siendo todo tan duro como el hierro, lo evidente no se dejaba palpar y desenredar y lo definitivo perdía sus contornos, en una palabra, por qué la noche —todo cuanto había sucedido— podía ser a la vez tan clara y tan oscura… Pero cuando llegó a este punto de sus cavilaciones ya no iba por la avenida, sino que se hallaba sentado entre lavadoras en la tienda del señor Sajbók, en el KERAVILL, como la llamaban, y Valuska, «concentrado en sus esfuerzos mentales», no tenía ni idea desde cuándo; su maestro se había marchado hacía un buen rato y su nuevo vigilante había llegado a la última página del bloc de notas, de modo que calculó que había pasado como mínimo una hora, pero luego decidió que daba lo mismo, o sea que volvió a la actividad interrumpida al despertar de su ensueño, esto es, siguió dándose masajes en las piernas. Tiró las botas a derecha e izquierda y apoyó la espalda en su lavadora; permaneció allí sentado como quien se ha instalado

para siempre entre sus nuevos compañeros en ese espacio estrecho y se quedó mirando al hombre inclinado sobre su bloc; luego recuperó las botas, se ató los cordones y, consciente del peligro, hizo todo lo posible por impedir que el sueño lo venciera en un momento de descuido. Se animaba diciéndose que no se dormiría de ningún modo, que sus miembros ya se recuperarían del agotamiento, que el cráneo dejaría de latirle y que volvería a recuperar el habla, pues tenía que hablarles como fuera y explicarles que, si hubiese escuchado a quienes guiaban su destino, no se hallaría allí, en absoluto, con ese latido en la cabeza sino mucho más adelante, seguro de sí mismo, para lo cual solo habría tenido que aceptar… los buenos consejos con que lo colmaban. Hablaría de su madre que, además de reprenderlo de continuo, lo había echado de su casa para siempre, a modo de advertencia, pero en vano, porque no había servido de nada, y que la noche anterior tampoco había olvidado… amenazarlo, diciéndole que si no volvía al «camino normal», lo agarraría de los pelos hasta que estuviera dispuesto a «entender las cosas»; hablaría de su madre y, claro está, de la señora Eszter, de cuyo ejemplo no había aprendido nada, como un estúpido, pues ella no era tal como él había pensado hasta ese día, sino una persona que, barriéndolo todo, apuntaba cada vez más alto: dura, astuta e inmisericorde; ahora veía por vez primera con total nitidez lo que significaban el señor comisario, la voz retumbante y la maleta, y que no debería haberse venido abajo cuando ocurrió, sino comprender para aprender, cuando la otra tarde, por ejemplo, en el pasaje de la Defensa Nacional, abrió el camino, por así decirlo, a los de la plaza del Mercado, venciendo la resistencia de ella y del señor comisario. Pero sobre todo debía informar sobre el señor Eszter, el cual le había explicado con infinita paciencia durante años que aquello que veía no existía, que lo que pensaba era falso, y su estúpida cabeza no se lo había creído, no creía a ese gran hombre, a quien consideraba sumido en un grave error, cuando la víctima del error era él mismo; debía hablar a todos ellos sobre ese ser extraordinario, que había visto y seguía viendo

con más claridad que nadie, de manera que no era de extrañar que enfermara de tristeza, pues cuanto sabía era cierto. Cuántas veces lo había oído decir, sentado en el sillón de la sala: «Quien crea que el mundo se sostiene por obra y gracia de lo bueno y de lo bello, querido amigo, pronto estará perdido». No pasaba un día sin que el señor Eszter le dijera: «Míreme, así acaba quien no aprende para su provecho de las evidencias que se le presentan a los ojos», pero él, ciego y sordo a estas palabras de advertencia, no entendía nada, claro, de modo que ahora, al rememorar los años pasados en común, solo se extrañaba de que el señor Eszter no se hartara de su eterno parloteo sobre la luz, el cielo y «el mecanismo fascinante del cosmos». Sin embargo, pensó Valuska, si su viejo amigo lo viese en ese momento (o más bien un poco más tarde, cuando recuperara sus fuerzas), se extrañaría mucho al constatar que su discípulo, en quien tantas horas había derrochado, era ahora realmente el que era; se sorprendería sin duda al ver que las innumerables advertencias no habían caído en saco roto y podría convencerse de que a partir de ese día Valuska «miraría las cosas exclusivamente sobre la base de lo escuchado en aquella sala». Desde luego, no tenía la menor idea de cuándo el señor Eszter podría ver todo esto, puesto que de la casa de la avenida Wenckheim no quedaba nada y él, por su parte («está decidido…»), pertenecía a este lugar, definitivamente, estaba decidido, asintió Valuska con la cabeza, se frotó luego los ojos que le ardían y apoyó los pies en la lavadora de enfrente, ya que de súbito tuvo la sensación de que el suelo helado empezaba… a inclinarse violentamente. Aún vislumbró que otro hombre se acercaba a su vigilante, le arrancaba el bloc de notas, lo hojeaba y preguntaba: «¿Esto qué es?». El vigilante respondió: «Yo qué sé… mi testamento…». Entonces se sonrieron con parsimonia… el otro arrojó el bloc al suelo… y las últimas palabras que Valuska oyó fueron: «“intenso frío”… “el chirrido centelleante”… ¡Deja de garabatear, sabidillo!». Las últimas, pues el suelo helado ya se inclinaba a tal punto que Valuska empezó a deslizarse, a rodar hasta precipitarse a un pozo sin fondo; todo duró un tiempo

inconcebible, él caía, pataleando con impotencia, pero al final tocó un terreno duro, el mismo suelo helado de antes, y abrió los ojos. Ya no estaba sentado con la espalda apoyada en la lavadora, sino tumbado en el linóleo, aovillado como un puerco espín cuando lo atacan, y tenía tanto frío que le tiritaba todo el cuerpo, y comprender que no se inclinaba el suelo, sino que él no había aguantado más, que no se estaba despeñando, sino que se había dormido, no le resultó tan difícil como entender, aterrado, lo que veían sus ojos: que se hallaba solo en la tienda del señor Sajbók. Correteó por los innumerables pasillos bordeados por las lavadoras, pero pronto tuvo que reconocer que no se había equivocado: se habían ido, lo habían dejado, y él se encontraba realmente solo; no entendía lo que había ocurrido, y en el almacén vacío de gente se preguntaba en voz alta: «¿Qué pasará ahora?». Luego redujo el ritmo de sus pasos y, para tranquilizarse, se obligó a caminar a paso lento y, en efecto, al cabo de pocos minutos logró calmarse. Pues ya nada podría cambiar el hecho de su pertenencia a ellos, pensó, el lazo que lo unía a ellos era irrompible, incluso cuando estaban ausentes, o sea, que decidió descansar mientras volvían a buscarlo, y rememorar entretanto o, para ser más preciso, tratar de colocar en su sitio lo que había aprendido de ellos. Tornó a «su» lavadora y se acomodó estirando las piernas y apoyando la espalda de nuevo en el aparato, cuando de pronto su vista se clavó en un objeto conocido que se hallaba a unos metros de distancia en el suelo, no lejos del lugar donde permaneciera su vigilante. Enseguida se dio cuenta de que se trataba del bloc de notas arrojado, por lo que se apoderó de él un intenso nerviosismo, pues no se le pasó por la cabeza que su autor y propietario lo hubiera abandonado a su destino, como si fuese un escrito innecesario y sin valor alguno, sino que consideró que se lo había dejado precisamente a él. Se acercó, pues, lo recogió, alisó las hojas arrugadas, volvió a su sitio, puso el bloc en el regazo, contempló la letra desordenada y angulosa, y entonces ya no se interesó por nada más y se puso a leer serio y concentrado.

[…] en eso ya daba igual si a izquierda o a derecha, puesto que inundamos todas las calles y plazas, y solo percibíamos una sola dirección, la que veíamos una y otra vez ante nosotros: la angustia vacía y la entrega que espera compasión, y no había consigna, ni cálculo, ni riesgo, ni peligro, pues ya no había nada que perder, pues todo se había tornado intolerable e insoportable e inaguantable; inaguantables las casas, las verjas, las carteleras, los postes de la electricidad, las tiendas, la oficina de correos o el olor tibio que emanaba la fábrica de pan; insoportables el orden y las reglas, las obligaciones burdas y mezquinas, el esfuerzo continuo y carente de esperanza que recurre a la utilidad para rebelarse contra una inaccesibilidad indiferente, implacable, universal; intolerable el fundamento inexplicable que, así y todo, mantiene las cosas humanas en la tierra. Ningún grito nuestro podía abrir una brecha en el silencio enorme que poco a poco se nos venía encima, de modo que avanzamos sin decir palabra sobre el chirrido centelleante del intenso frío, sumidos en el ruido, similar al de una lija, de nuestra marcha destructora, imparables, tensos, a punto de estallar, por las calles oscuras y asfixiantes, y a todo esto no veíamos a los otros, y no nos mirábamos, y si a pesar de todo lo hacíamos, nos mirábamos como quien mira su mano o su pie, pues éramos un solo cuerpo y una sola mirada, una sola pasión hambrienta de destrucción, implacable, letal. Y nada podía resistirse a nosotros: los pesados ladrillos volaban sin obstáculo por los aires y destrozaban los cristales mugrientos de los escaparates y de las viviendas, que parpadeaban, ciegas; los gatos callejeros, como si la luz esplendente de un foco los deslumbrara, toleraban con los músculos paralizados que los estranguláramos, y los frágiles y durmientes plantones se dejaban arrancar, dóciles, del suelo agrietado. Pero nada satisfacía la furia inconsciente del sentirse engañado, de la angustia, de la triste iluminación, y como no encontrábamos el verdadero objeto de nuestro horror y de

nuestra desesperación, destrozábamos con una cólera cada vez más desatada todo cuanto aparecía en nuestro camino; reventábamos las puertas de las tiendas, arrojábamos todo lo que podíamos al exterior, lo pateábamos en la acera, y lo demás lo rompíamos con las barras de hierro y con trozos arrancados de las cortinas metálicas; luego, caminando entre secadores de pelo, jabones, panes, abrigos, zapatos ortopédicos, conservas, libros, maletas y juguetes, despedazados todos hasta el punto de resultar irreconocibles, volcábamos los coches aparcados en las calles, arrancábamos las lamentables placas de las tiendas… ocupamos y destruimos la central telefónica porque tenía la luz encendida, y solo nos fuimos con la multitud congregada a la entrada cuando las dos empleadas, montadas hasta la saciedad, perdieron el conocimiento y cayeron, inertes, hechas un ovillo, apretando las manos contra el vientre, de la mesa embadurnada de sangre en aquella sala ya inextricable por los cables arrancados y los cuadros de distribución caídos. Vimos que ya nada era imposible, nos convencimos de que todas las experiencias cotidianas resultaban inútiles, comprendimos que nada dependía de nosotros, pues solo somos un impulso fugaz y centelleante en medio de una amplitud insaciable, y del fugaz centelleo resulta imposible derivar las dimensiones de la inmensa magnitud, como la mera velocidad tampoco sabe nada del grano de polvo que cae, como el ritmo y el objeto no se perciben el uno al otro. Rompíamos y pulverizábamos todo cuanto podíamos hasta volver al punto de partida, pero no había ni freno ni parada, la alegría cegadora de la devastación nos obligaba una y otra vez a superarnos, y seguíamos, insaciables y sin decir palabra, caminando entre restos de secadoras, jabones, panes, abrigos, zapatos ortopédicos, conservas, libros, maletas y juguetes, para poner más y más capas sobre los escombros y basuras que ya cubrían casi todas las calles de la ciudad, para atacar la ciénaga mezquina e hipócrita de la sumisión y la resignación, la que protege lo improtegible. Llegamos de nuevo a la calle que conduce a la plaza de la Iglesia; a nuestro alrededor, la noche impenetrable; en nuestro interior, la liberación de la

acción criminal, el alivio corruptor, el éxtasis palpitante de la resistencia, todo arremetida desafiante y asfixia. En la desembocadura de una serie de calles confluentes, tres figuras se perfilaron en la oscuridad a cierta distancia de nosotros (al cabo de unos pasos se descubrió que eran las sombras inseguras de un hombre, una mujer y un niño); al ver a la tropa que se les acercaba con gesto amenazante, se detuvieron asustados, retrocedieron y trataron de desaparecer sin ser vistos, al amparo de los muros, en la noche espesa; pero era demasiado tarde, ya nada ni nadie podía ayudarles, y si hasta entonces habían conseguido esconderse en los rincones más recónditos de las calles que, a buen seguro, conducían a su casa, esta vez ya no tenían escapatoria, su destino estaba sellado, ya que no había lugar para ellos allí donde operaban nuestros juicios implacables, ya que estábamos convencidos de la necesidad de extinguir el fuego, de todos mojos apagadizo, de los nidos familiares, ya que toda «salvación» resultaba superflua y sin perspectiva, ya que era inútil todo ocultamiento, inútil toda esperanza, ya que todo optimismo y toda risa alegre, toda cohesión engañosa y toda paz navideña habían caducado para siempre. Algunos, unos veinte o treinta de las primeras filas, los seguimos y, cuando llegamos al rectángulo cerrado de la plaza de la Iglesia, nos lanzamos en pos de ellos, pasando, sin perderlos de vista, por encima de montones de desechos y escombros, y ellos procuraron alcanzar el refugio de una calle que salía del otro lado de la plaza, revelando por la postura rígida de sus cuerpos que necesitaban todos los restos de su menguante valentía para no empezar a correr alocadamente y para mantener la apariencia del paso pausado de quien se dirige a su casa. Nada nos impedía alcanzarlos en pocos instantes, pero entonces tendríamos que haber renunciado al hechizo oscuro y para nosotros desconocido que supone una persecución llena de aparentes riesgos y posibilidades, y así como el cazador persigue largo rato al venado y solo lo tumba cuando el animal se ofrece, por así decirlo, al límite de sus fuerzas y resignado a su destino, nosotros no nos abalanzamos

sobre ellos, sino que les dejamos creer en la posibilidad de escapar del peligro y de salir del espacio riguroso de nuestra atención aniquiladora como de un mal sueño que hace sudar. Al principio, desde luego, no podían saber si se trataba de una verdadera amenaza o de un ridículo malentendido, y a buen seguro tardaron varios minutos en darse cuenta de que no existía tal error, de que no existía tal malentendido, de que precisamente ellos eran, sin la menor duda, los objetos de nuestra vaga amenaza, de que les seguíamos la pista a ellos, que ellos y solo ellos eran el blanco del grupo mudo y sombrío; pues antes de reventar las puertas de ciudadanos que temblaban tras sus gruesos muros, no nos habíamos topado con nadie en el camino, salvo con estas ovejas salidas del redil, con nadie que con su mala fortuna calmara y al mismo tiempo intensificara nuestro implacable deseo de un ajuste de cuentas proporcionado y mortificador. El niño se aferraba a su madre, la mujer se agarraba del brazo de su marido, y el hombre volvía una y otra vez la cabeza hacia atrás y marcaba el ritmo de la huida; pero en vano, pues la distancia no disminuía, y aunque de vez en cuando aminorábamos la marcha un poco, solo era para acto seguido acercarnos aún más, pues ver cómo oscilaban los tres entre la repentina esperanza y la escasa posibilidad de huir generaba en nosotros una excitación especial, feroz. Doblaron a la primera calle a la derecha, y la mujer, que se aferraba con movimientos convulsos a su marido, y el niño, que a veces miraba atrás con ojos aterrados, sin entender nada, también tuvieron que acelerar el paso si no querían tropezar al lado del hombre que marcaba una velocidad cada vez mayor y que, aun así, no se atrevía a correr abiertamente, y eso que en aquel momento ya no le cabía esperanza alguna de salvar a su familia y a sí mismo de un choque de imprevisibles consecuencias para ellos. El placer amargo y cruel de ver cómo las tres sombras huérfanas e impotentes no intuían siquiera lo que les esperaba, superaba todo el encanto embriagador que se desprendía del espectáculo de la ciudad devastada, era más intenso que la satisfacción provocada por todas las futilidades aplastadas con

las botas, porque en la continua retención, en el placentero aplazamiento, en la infernal espera percibimos un sabor agrio, misterioso, otoñal que proporcionaba una terrible dignidad a nuestros movimientos más insignificantes, un orgullo invulnerable a una muchedumbre bárbara, a una horda casual que tal vez se desintegraría al día siguiente, a la que ya nadie era capaz de frenar y que ni siquiera confiaría su muerte a otro, cuando diera todo esto por acabado y juzgara que ya se habían hartado para siempre del cielo y de la tierra, de la desgracia y de la tristeza, del orgullo y del miedo… y también de la pesada carga vulgar y tentadora que no permite deshabituarse del anhelo de libertad. En eso se oyó desde lejos un rumor que pronto se extinguió. Ante ellos, algunos gatos se escurrieron por los huecos de las verjas hacia el silencio sordo de los patios. El frío era glacial y el aire seco raspaba la garganta. El niño empezó a toser. Para entonces —ya habían renunciado sin duda a emprender el camino a casa y se veían obligados a alejarse del centro de la ciudad— el hombre ya había comprendido a buen seguro que su situación era cada vez más desesperada: se detenía a veces ante la puerta de alguien supuestamente conocido, pero solo por un momento, pues no le resultaba difícil llegar a la conclusión de que, antes de que los habitantes de la casa abrieran respondiendo a golpes o timbrazos y ellos lograran refugiarse ante sus perseguidores, nosotros ya los habríamos alcanzado, y bien podía imaginar, además, que esas soluciones pueriles y transparentes no le servirían, simplemente porque a estas alturas ya debía saber que, hiciera lo que hiciera, probara lo que probara, estaba de todos modos derrotado. Pero del mismo modo que la presa perseguida aún corre durante el tiempo que le ha sido asignado, él tampoco se rindió: el padre, empeñado en proteger a los suyos, trazaba con desesperada audacia más y más planes; la esperanza, que se encendía y no tardaba en apagarse, dirigía una y otra vez sus inseguros movimientos, hasta que al cabo de unos instantes descubría que el plan estaba condenado al fracaso, que la esperanza era ilusoria. De repente doblaron a la derecha y se introdujeron en

una calle angosta, pero a esas alturas ya conocíamos la ciudad lo suficiente (y hasta había entre nosotros algunos lugareños, como pronto se averiguó) para calar sus intenciones; así pues, cinco o seis de nosotros dimos la vuelta a la manzana, y cuando ellos salieron a la avenida, les cerramos el paso al edificio de la policía, de modo que no les quedó más remedio que seguir hacia la estación, expresando cada vez más con las miradas el acoso y el terror ante ese destacamento mudo que les pisaba los talones. El hombre cogió al niño en brazos; en la esquina siguiente lo entregó con un rápido gesto a la mujer y les gritó algo; pero la mujer, después de desaparecer por unos momentos en una calle lateral, enseguida volvió corriendo hacia el marido, como si reconociera que no podía asumir sola la huida con el niño y que soportaría cualquier cosa menos su separación definitiva. La sensación de que los habíamos acorralado y los empujábamos en una dirección determinada, funesta, los desorientó del todo, de modo que renunciaron al intento de desviarse de este camino realmente casual y de volver por otra calle lateral al centro de la ciudad, pues sin duda confiaban en encontrar un refugio seguro en la estación, si es que llegaban allí sanos y salvos. La distancia entre ellos y nosotros se reducía gradualmente; ellos estaban cada vez más agotados, nosotros, cada vez más animados, ya vislumbrábamos en la oscuridad la espalda encorvada del hombre, los flecos del pañuelo grueso de la mujer y el bolso que le colgaba del brazo y le golpeaba una y otra vez el cuerpo, el gorro de piel del niño empeñado en mirarnos por encima del hombro del padre, gorro cuyas orejeras se habían soltado de modo que las agitaba el viento glacial, y ellos, al mirar atrás, también podían ver claramente nuestros largos y pesados abrigos, la multitud de botas sucias que los perseguían y, aquí y allá, un cadáver de gato que algunos llevaban sobre el hombro, así como las barras de hierro en manos de otros. Cuando llegaron a la plaza vacía de la estación, solo los separaban entre diez y doce pasos de nosotros, de modo que debieron recorrer los últimos metros a la carrera, abrir de sopetón los pesados batientes de la puerta y pasar corriendo

por la sala muerta y muda, por delante de las taquillas ciegas, cubiertas por cortinas, pero las pocas esperanzas que les quedaban enseguida se vieron frustradas, pues no había allí ni un alma, de cada ventanilla y cada puerta pendía un candado, la sala de espera estaba totalmente despoblada, y si al salir al andén no hubieran visto que en la oficina ardía tenuemente una lámpara, su historia y la nuestra hubiera concluido de manera inevitable. Pero así tampoco duró mucho más: cuando oímos que en el costado del edificio una ventana se abría con un chirrido y vimos la sombra del hombre que sin duda se alejaba en busca de ayuda, atravesaba corriendo los raíles y, pasando por debajo de los topes de un largo tren de carga, trataba de desaparecer de nuestra vista, dejando atrás a los otros ante la enclenque puerta de la oficina del funcionario de ferrocarriles, para que se las arreglaran solos con la cerradura, tres de nosotros nos precipitamos en el acto en pos del hombre y, al llegar a las casas que están esparcidas como si fueran granjas detrás de la estación, nos separamos por un momento para acercarnos a él desde tres direcciones a la vez. El ruido de sus pasos, que crujían y se tambaleaban, y de su jadeo casi sibilante nos comunicaba en todo momento su situación, de modo que no nos fue difícil asestar el golpe cuando salimos al campo, detrás de las casas adormiladas. Entretanto, el hombre había comprendido que no tenía salida: corrió durante un rato por los surcos profundos, duros, helados, pero entonces fue como si hubiera topado con un muro del que solo salía un camino: el de retorno. Se volvió hacia nosotros, como si apoyara la espalda contra el cielo oscuro, y nos miró con expresión resignada…

Mientras devoraba las páginas, las iba pasando de manera que la que acababa de leer quedaba situada debajo de la anterior; así pues, al llegar a la última hoja de la delgada libreta encuadernada con una espiral, volvió a aparecer la primera, y entonces, este

fragmento de informe —que a su yo del día anterior le habría parecido escandalosamente criminal y que ahora, sin embargo, alcanzaba, a pesar de su carácter terrorífico, el plano de un mensaje rector— le llevó a pensar que lo que no había funcionado a la primera, sí funcionaría a la segunda: en primer lugar, tenía que vencer el rechazo irreprimible al hecho de que todas las frases estuvieran escritas en plural; luego, como el potro a su madre mientras corren, debía aferrarse seriamente al ritmo irrefrenable de esa descripción que cabalgaba amargamente; y por último, había de llegar lo más cerca posible del tejido más profundo de esta lección dirigida exclusivamente a él y acerar de este modo sus fuerzas para tener aguante en un futuro, cuando saliera tras sus compañeros «a la guerra que se libraba en el exterior». Dos veces más leyó el informe, pero luego se vio obligado a interrumpir su estudio, ya que las líneas empezaban a borrarse ante sus ojos y consideraba que, aunque ahora no fuera capaz de «superar (¡del todo!) el rechazo y acerar sus fuerzas», sí podía comprender con mortal precisión la esencia inherente al «camino» indicado en el mensaje. Guardó, pues, el bloc de notas en el bolsillo, se frotó los miembros, se levantó para dominar de alguna manera el temblor que no cesaba y se puso a caminar entre las lavadoras; iba arriba y abajo, pero como no le servía de nada, dejó de deambular, se dirigió a la entrada, abrió la puerta y, alzando la vista por encima de las casas de la acera de enfrente, se quedó mirando el vacío. El vacío, un alba ahogada cuya claridad lechosa no inundaba, sino que empapaba el cielo oriental… lo miró, pero no le interesó el hecho de que significara el amanecer; pensó que «era la guerra» y que «solo al inmisericorde le convenía despertar de la noche que llegaba a su fin»; la guerra, dijo para sus adentros mientras recorría los tejados con la mirada, la guerra en que todo se acumula y todo carece de reglas, la guerra en que cada cual ataca sin cesar al otro y todas las metas carecen de sentido, salvo una: la victoria. Lucha donde solo queda en pie el que no busca ni causas ni fines, el que se conforma, como él, con que todo esto carezca de explicación, porque todo esto

—y recordó entonces la advertencia del duque— todo esto no existe; y tuvo entonces la sensación de comprender por fin hasta qué punto tenía razón el señor Eszter, ya que, en efecto, el estado natural del mundo era el caos, y como nunca acababa, tampoco podía predecirse una salida. No podía predecirse, pero tampoco valía la pena, pensó Valuska al tiempo que movía los dedos doloridos en las botas heladas; no merecía la pena predecir, ni juzgar, y hasta palabras tales como «caos» y «salida» resultaban del todo superfluas, pues no existía nada con que confrontarlas, de suerte que la propia denominación se suprimía a sí misma; «aquí las cosas están simplemente tiradas una encima de la otra», pensó, y como su sentido se había quedado grabado en sus proporciones internas, toda relación entre ellas era de confusa hostilidad. Parado en el umbral, contemplaba la aurora y veía «cómo estaba allí tirado todo cuanto existe»: abajo, el portero automático, la ballena, las cortinas del señor Eszter, así como la fiambrera, la pistola y un cigarro humeante, luego, la anciana incapaz de retroceder, el sabor del aguardiente y la risita del duque; encima, su cama en casa del señor Harrer, luego, el pasillo con el tirador de latón en la casa de la avenida Wenckheim; y por último, encima de todo, un abrigo de paño, este amanecer, estos tejados y él mismo con un bloc de notas en el bolsillo: todo dentro de una prensa gigantesca, todo moliéndose, mordisqueándose, tironeándose mutuamente, de forma real e impredecible. Guerra, lucha, serie desoladora de enfrentamientos, donde cada hecho ya se sobreentiende —pensó Valuska mirando el paisaje aplastado por la prensa—, de modo que no le resultó sorprendente, sino más bien lógico y natural, que encima del caos que apisonaba su yo apareciera un tanque, seguido de cerca de una docena de soldados. Ya llevaba minutos oyendo el estrépito de su motor y, cuando el carro de combate dobló a la calle Principal junto al quiosco de periódicos (apartándolo un poco), Valuska lo vio incluso por un instante, pero enseguida entró por la puerta, retrocedió hasta las lavadoras y, tras una fugaz reflexión, se dirigió con pasos acelerados al fondo del local, empujó la puerta

trasera que incluso le obedeció y salió al patio de la tienda. Cualquiera habría dicho que se había asustado del enorme tanque, pero Valuska no le habría creído, él solo… no se creía suficientemente preparado, y su repentina decisión únicamente tenía por objeto tomar un profundo respiro; necesitaba ganar tiempo —retumbaba en su interior mientras fuera, en la calle principal, retumbaba el tanque—, necesitaba «acerar sus fuerzas», porque si lo conseguía, qué podría impedirle participar él también… de alguna manera… en los incesantes enfrentamientos. Cualquiera habría afirmado que en ese momento, tras escalar la puerta del patio, saltar y echar a correr por un sendero, se parecía al hombre del bloc de notas, cualquiera habría asegurado que por su expresión de acoso y sus gestos de extenuación parecía alguien a punto de derrumbarse, pero él habría contestado que no, que ni hablar, que era mera apariencia, que él ¡no se derrumbaba!, que él ¡no huía!, que solo… rehuía el enfrentamiento abierto. Hasta el día de ayer, cuando trazaba sus interminables círculos, nunca sabía dónde se hallaba exactamente, ni falta le hacía; ahora, en cambio, conocía su situación exacta y sabía hacia dónde dirigirse, lo estudiaba todo con suma minuciosidad, así que del sendero contiguo al patio fue a parar a una calle estrecha, y eso era bueno, y a partir de entonces siempre eligió este tipo de caminos: callejuelas y senderos; nunca se atrevía a salir a las calles principales y hasta evitaba sus alrededores, y cuando no le quedaba más remedio, actuaba como los gatos noctámbulos bajo las farolas de las esquinas: primero espiaba, afilaba la oreja, miraba con atención, y luego pasaba al otro lado como una exhalación. Avanzaba ahora a hurtadillas, ahora a la carrera, ahora reduciendo la marcha, inseguro, como si se dispusiese a detenerse; y aunque sabía dónde estaba y qué hacer en el siguiente cruce, no sabía «cómo seguir»; a su entender, no huía de nada y sobre todo hacia ningún sitio, de modo que su andar tenía una dirección, pero carecía de meta, lo cual era una incongruencia que él, no obstante, consideraba algo del todo correcto. En general, no estaba dispuesto a engañarse, reconocía

que todo estaba en el máximo orden posible, esto es, todo en su natural estado caótico, en el que él también debería emprender algo, más adelante, pronto, cuando hubiese tenido la oportunidad de reunir fuerzas, de «tomar un profundo respiro», pues solo eso le preocupaba, que la oportunidad se aplazara demasiado, pues él se veía obligado a avanzar a hurtadillas, a la carrera, reduciendo la marcha, lo cual no le daba ni un minuto de tranquilidad. En ningún modo creyó Valuska que a él también lo siguieran, pero sí tuvo que admitir, sin la menor duda, que lo perseguía la mala suerte: adondequiera que fuera, siempre se topaba con ellos, por mucho que los evitara, no podía liberarse, siempre acababan cruzándose por su camino, y al final ya se sentía como en un laberinto, en que no había manera de encontrar la salida. Comenzó en el centro de la ciudad, donde se tropezó con ellos tres veces en media hora, primero en la calle Jókai, luego en la calle Arpad y por último donde la calle Negyvennyolcas desemboca en la plaza Petofi. En las tres ocasiones lo salvó el azar, ora un profundo portal, ora, como en la plaza Petofi, el patio de una panadería, y también su presencia de ánimo, el buscar enseguida un refugio tan pronto como los veía, y asimismo, insistía, su sangre fría, su capacidad de aguantar sin moverse mientras fuera pasaban el tanque y los soldados. Retrocedió hasta el cruce del pasaje Korvin, pasó a la acera derecha, dio luego un amplio rodeo escurriéndose por detrás de los tribunales (y de la cárcel) y a punto estuvo de llegar a las callejuelas aparentemente inocuas que se extendían como una red por la parte oriental de la ciudad a partir de la fábrica de carne, cuando de súbito oyó el ruido del motor en las proximidades, ese sonido inconfundible, mezcla de ronquido, chirrido y retumbo, y vio a un grupo de soldados apostados delante de la farmacia, al final de la calle Calvino, y el que no lo descubrieran cuando sacó la cabeza desde detrás de una fuente de piedra y miró alrededor, se debió una vez más al azar o, tal como constató con cierto orgullo, al mejor funcionamiento de sus reflejos. Pues enseguida retiró la cabeza, se agazapó conteniendo la respiración y esperó a que irrumpieran en

busca de alguien en una casa de la calle Calvino, y entonces salió a todo correr por las calles laterales; decidió dirigirse al barrio rumano, con la esperanza de pasar un rato en calma; el plan parecía atrayente, hasta que en una esquina a punto estuvo de chocar otra vez con aquel monstruo de hierro. En ese momento tuvo la sensación de que, por mucho que probara, el tanque, como si conociese sus planes, siempre se le adelantaba; ahora bien, no estaba dispuesto a entregarse a la idea de que esto significara al mismo tiempo su persecución; él no era «el hombre del bloc de notas», su «destino» no estaba «sellado»; y él —Valuska se negaba a aceptar el paralelismo que aparecía a cada metro—, él no era un «venado» en busca de su salvación, ni los hombres del tanque eran sus «cazadores». Por ejemplo, pensó mientras caminaba de vuelta a lo largo de la zona pantanosa situada al lado del cementerio de la Sagrada Trinidad, podía decidir perfectamente si «se trataba de una verdadera amenaza o de un ridículo malentendido», y «no se detenía» ante un «portal supuestamente conocido», sino que escuchaba el silencio por si oía algún ruido de motor, y avanzaba, agotado, sí, pero ni «aterrado», ni «resignado» y menos aún como una «presa perseguida», «huérfano e impotente». Eso sí, había de admitir que su voluntad ya no determinaba hacía tiempo la dirección de su «avance» y que no se acercaba, sino que más bien se alejaba del lugar donde por fin tendría la oportunidad de descansar un poco; sin duda, también le resultaba un tanto perturbador el hecho, particularmente insignificante para Valuska, de que él también se aproximaba a la estación, pero hasta allí llegaban las semejanzas; así las cosas, decidió que si las frases, que se volvían contra él, seguían torturándolo, simplemente tiraría el bloc de notas en algún sitio, pues realmente no podía cometer el error de derrochar las pocas fuerzas que le quedaban. En esos instantes se hallaba a unos cien metros de la plaza de la estación y en un estado bastante lamentable en comparación con su anterior situación; las botas le habían raspado los pies, y se vio obligado a «cojear del pie izquierdo» para aliviar el dolor particularmente torturante; sentía

punzadas en el pecho cada vez que respiraba y la cabeza le latía de manera insoportable, los ojos le ardían, la boca se le había resecado, y como había perdido (quién sabía dónde) el bolso de cartero, tampoco podía agarrarse de él, de modo que no era de extrañar que, mareado y atormentado como estaba, creyera oír la voz de un fantasma cuando el señor Harrer lo llamó con un susurro desde un portal por el que Valuska acababa de pasar. De hecho, no lo llamó, sino que le siseó; luego, gesticulando con nerviosismo, lo obligó a acercarse, lo introdujo en el portal, miró hacia la estación, y allí se quedaron agazapados sin decir palabra durante medio minuto más o menos. «Hijo mío, no puedo ayudarle, no nos hemos visto, no nos hemos encontrado, si lo pillan, diga usted que no ha tenido noticias mías desde el día de ayer. ¡Ojo!, no abra la boca, asienta usted con la cabeza para darme a entender que ha comprendido —dijo el señor Harrer hablándole al oído, y Valuska seguía con la sensación de estar obedeciendo a un fantasma, pero no sabía por qué le resultaba tan conocido ese mal aliento—. Sabemos perfectamente lo que usted ha hecho —musitó el fantasma—, y de no ser por la buena de la señora Eszter, mal pintarían las cosas para usted, porque figura usted en la lista, pero, claro, ahí está el corazón de la buena señora, que a él se lo debe usted todo». Valuska sabía que era el momento de asentir, pero como no entendía ni jota, no le quedó más remedio que sacudir la cabeza. «¡Lo están buscando! ¡Lo van a ahorcar! ¡A ver si lo entiende! —añadió perdiendo la paciencia el señor Harrer, al que se le veían las ganas de largarse de allí cuanto antes—. ¡Escúcheme! Me dijo la señora: vaya a buscar a ese pobre desgraciado, y eso que aún no sabía que estaba usted en la lista, pero ya nos lo podíamos imaginar, pues todo el mundo vio que pasó usted la noche dando vueltas con ellos por ahí, vaya a buscarlo, me dijo la buena señora, que los soldados lo van a colgar como a un pajarito. ¿Me entiende?». Valuska asintió sin mucho convencimiento. «Bueno, entonces me levanta usted la tienda y largo de aquí, ¡largo! —dijo el señor Harrer señalando un punto en la lejanía—. Usted se me esfuma, me ahueca el ala, se me

larga de la ciudad, ahora mismo, y dele gracias a la buena señora; por ahí, pero cuidado con la estación, por ahí, al lado de las vías del tren, que allí no vigilan. ¿Entendido?». Valuska volvió a asentir con la cabeza. «Bueno, eso espero. Ahora ya depende de usted cómo llega a las vías, que a mí no me interesa; llega usted a las vías y continúa por ahí, nada de dar vueltas, nada de tonterías, siempre siguiendo las vías, ¿está claro? Y usted sigue y sigue mientras aguante y entonces se mete usted en algún sitio, en un cobertizo o qué sé yo, y luego ya veremos, dijo la señora, lo que podemos hacer por usted». «Señor Harrer —susurró entonces Valuska—. No teman ustedes por mí, que ya estoy perfectamente bien… que lo sé todo, quiero decir… ahora mismo me pongo en marcha, y espero el mensaje… solo quería añadir que me he cansado un poquito, que me haría bien descansar en algún lugar, porque…». «¿Qué dice? —lo interrumpió el otro—. ¿Descansar? ¿Otra vez diciendo estupideces, teniendo como tiene la soga en el cuello? ¡Escúcheme! A mí no me importa, puede usted hacer lo que quiera, que nosotros ni nos hemos visto, ni una palabra de que yo aquí… con usted… ¿Entendido? ¡Pues asienta con la cabeza, hombre! ¡Y largo!». En eso, el fantasma desapareció del portal, como si la última orden hubiese estado dirigida a sí mismo, y cuando Valuska se percató, ya lo había perdido de vista. Desde luego, no debía extrañarle, según él, que el señor Harrer, totalmente cambiado, ya no recordara al de antes o que su inesperada aparición semejara la de un espectro, no debía extrañarle «porque era la guerra…»; pero la advertencia susurrada al oído de que lo iban a «ahorcar» y la angustia que se apoderó de él de golpe cuando se quedó solo lo deprimieron de tal manera que, al salir del portal y encaminarse hacia la plaza de la estación, tuvo que admitirlo: ya no era capaz de recuperar la «intensidad» de su presencia de ánimo; de hecho, ni siquiera conseguía mantener «por desgracia, un nivel mínimo» de atención. Volvía a sentirse mareado y se tambaleó durante unos cuantos metros, hasta que la temible palabra («ahorcar») empezó a calmarse en su cabeza; entonces se detuvo, ahuyentó la imagen del

tanque que no cesaba de aparecer ante él tornando una curva, pensó en las vías del tren y solo se dijo —para sí, puesto que al señor Harrer ya nada podía decirle—: «No habrá ningún problema». Ninguno… o sea que continuó su camino hacia la plaza, sí, lo mejor era seguir el consejo del señor Harrer, marcharse de allí, no para siempre, sino solamente hasta que las cosas se arreglaran en su interior, marcharse, a lo largo de las vías, alejarse de los soldados. Llegó a la plaza vacía según todos los indicios, se arrimó a la pared, recorrió con la mirada, esmerándose al máximo, hasta los rincones más ínfimos y luego, cuando creyó llegado el momento, respiró hondo y cruzó al otro lado para introducirse enseguida en la calle de enfrente y alcanzar los raíles junto a la casa del guardavía. No puede afirmarse que se asustara al oír la interpelación («Señor… estamos aquí…»), que, a decir verdad, no contenía nada amenazador, pero en todo caso no contaba con ella, de suerte que se volvió instintivamente hacia la dirección contraria, dio un salto hacia la calzada, pero tropezó con el pie derecho contra el bordillo de la acera, de tal modo que por un instante dio la impresión que se iba a caer de bruces. Pero logró conservar el equilibrio agitando los brazos, se dio la vuelta, los miró, pero sin reconocerlos al principio, y cuando sí lo hizo, no pudo creerse lo que veían sus ojos, y hasta llegó a pensar que eran como el señor Harrer: fantasmas. Los dos hijos del señor comisario se hallaban pegados a la pared, ambos con pantalones que dibujaban la forma de un acordeón a la altura de los tobillos y con las mismas chaquetas de policía que mostraran de tan memorable manera a Valuska con ocasión de su visita; se quedaron mirándolo como en aquella ocasión, sin decir palabra, hasta que el pequeño rompió a llorar y el grande, tratando de disimular que apenas podía reprimir el llanto, le levantó la mano, furioso. Llevaban las mismas chaquetas de policía y eran los dos mismos niños, pero no se parecían en absoluto a aquellos dos que dejara la noche anterior en el piso sobrecaldeado; se les acercó, no les preguntó nada, y se limitó a decirles: «Tenéis que volver… a casa enseguida…». Enseguida, repitió Valuska, dando a entender

por el tono de voz que no había tiempo para explicaciones, los cogió de los hombros para ponerlos en movimiento con suavidad, pero ellos parecían paralizados, y no se movieron, como si no entendieran. El menor no paraba de gimotear y sollozar y el mayor le contestó, hipando, que no podían marcharse de allí, que su padre los despertó a la madrugada, les puso esta ropa y disparó contra el techo con la pistola; les ordenó que lo esperaran ante la estación y añadió a gritos que todos eran traidores y espías y que había llegado el momento de la evacuación; acto seguido cerró la puerta de un portazo y aún gritó que era preciso defender la patria hasta el último hombre. «Pero ya tenemos mucho frío —dijo el mayor haciendo pucheros—. El señor Harrer estuvo aquí, pero no se interesó por nosotros, y mi hermano no para de temblar y de berrear, ya no sé qué hacer con él, y no queremos volver a casa. Por favor, llévenos con usted hasta que papá haya dormido la mona». Valuska observó la plaza de la estación, luego miró en la otra dirección, hacia la calle, y por último examinó la placa de hormigón de la acera. Descubrió allí, a unos diez centímetros de sus pies, una piedrecita de color marrón totalmente suelta, de cuyos bordes el hormigón se había desprendido casi del todo. La empujó con la punta de la bota, la piedrecita se puso a rodar y al cabo de unas volteretas se detuvo sobre un costado; Valuska no la recogió, no se inclinó siquiera, pero no pudo quitarle la vista de encima. «¿Dónde tienes tu bolso?» —preguntó el pequeño, dejando el gimoteo por un instante, pero retomándolo enseguida—. Valuska no le respondió, siguió mirando la piedrecita, y luego dijo en voz baja: «¡A casa!», indicando la dirección con un gesto de la cabeza. Él se puso en marcha en el sentido contrario, con una sensación no de «vacío», sino de «tristeza». Dobló junto a la casa del guardavía, se detuvo, los exhortó a no seguirle, pero luego ni eso… Así siguieron acompañados de las traviesas: uno gimoteando, el otro tirando de vez en cuando del menor para impedir que se quedara rezagado, y el tercero a unos diez pasos por delante, «cojeando del pie izquierdo», sin decir palabra.

Sin decir palabra, cohibidos, bajando generalmente la vista, meneaban la cabeza, y como si tuviesen motivos para avergonzarse o para ocultar que lo conocían, todos, fuera quien fuera la persona a la que preguntaba, se sumían en un profundo mutismo, incluso aunque dijeran algo así como «¿por aquí?… no…». Porque no quieren que lo sepa, se le ocurrió ante la tienda de paños, porque no se atreven a confesarlo, pensó desesperado, porque mienten, consideró inundado por una ira impotente, mienten al decir que no tienen ni la menor idea de su paradero. Y lo peor era eso: el saber mudo a su alrededor, el rechazo envuelto en simpatía en las miradas torcidas o, a veces, la reprobación índisimulada y, en alguna ocasión, una mirada acusadora que, sin embargo, no le revelaba la causa. Los interrogaba de puerta en puerta, pasando de una acera a la otra en la avenida, pero en vano, pues nadie explicaba nada, y empezó a sentirse emparedado entre ellos; de allí no podía salir ni a derecha ni a izquierda, pues precisamente el silencio lo convencía de estar buscando en el lugar preciso, pero así como crecía el número de quienes se atrevían a salir de sus casas, se ponía asimismo de manifiesto que todos se negaban a responder y que no podría sonsacarles nada sobre lo ocurrido. Todos miraban hacia la plaza del Mercado, y cuando llegó a un coche de bomberos estacionado junto al cine y trató de preguntarles, los soldados, manguera en mano, también le señalaron, impacientes, en esa dirección, como si quisiesen sacárselo de encima en vez de orientarlo, así que a partir de ese momento no interpeló a nadie, pues había quedado claro que el buscado se hallaba allí, seguramente en un estado terrible, pensó a la vez que se recogía el abrigo abierto a la altura del pecho; y hacía allí se encaminó, hacia el lugar adonde lo habían empujado, ora andando, ora corriendo, pasando por delante del hotel Komló y cruzando luego el puente pequeño del río Körös, entre dos hileras de aterrados curiosos, y así hasta llegar lo más lejos posible. Ya no consiguió alcanzar la plaza Kossuth, pues encontró la desembocadura de la avenida bloqueada por una unidad militar mucho menos amigable; los soldados le

daban la espalda, hombro con hombro, con las ametralladoras dirigidas a la plaza, y cuando intentó abrirse paso entre ellos, uno se volvió con la intención de decirle algo, pero al ver que no serviría de nada, amartilló el arma y, tras clavarle el cañón en las costillas, le espetó en tono grosero: «¡Atrás viejo! ¡Aquí no hay nada que mirar!». Eszter dio un paso atrás, asustado, y cuando intentó explicar su caso, el otro, sospechando peligro en la desobediencia, se puso nervioso, se abrió de piernas, lo encañonó de nuevo y repitió en tono aún más rudo si cabe: «¡Atrás! ¡Hemos cerrado la plaza! ¡Prohibido el paso! ¡Largo de aquí!». La amenaza daba a entender que no se permitiría ni una palabra más, y la intimidadora exteriorización de un tenso estado de alerta revelaba que si Eszter no obedecía y no se alejaba a pesar de la insistencia, el soldado apretaría el gatillo al primer movimiento sospechoso; así pues, se vio obligado a retroceder y volver hacia el puente del Körös, pero antes de llegar a él dobló hacia un lado, por cuanto el acordonamíento no lo asustó en absoluto, sino que lo dotó, más bien, de la determinación del desesperado, para quien el obstáculo solo significaba superar el fracaso inicial e intentarlo por segunda vez desde otra dirección, hasta conseguir el éxito deseado. Desde otra dirección, desde la calle Principal, se dijo, y empezó a correr por la orilla del canal cuanto le permitían piernas y pulmones; rodear la plaza, pensó al tiempo que corría jadeando, que le zumbaba el cerebro, y luego, si no había otra salida, abalanzarse contra ellos y romper el cordón, pues tenía la sensación de que era imprescindible llegar a la plaza, ver con sus propios ojos que su amigo no estaba, o que estaba, y no temer lo peor, la posibilidad de lo terrorífico que ni siquiera se atrevía a imaginar. Corría agachado por la orilla del canal, de ninguna manera debía perder la cabeza, necesitaba controlarse para mantener la congoja alejada del corazón; y sabía que para lograrlo solo había de actuar tal como lo había hecho de forma inconsciente hasta el momento, esto es, sin mirar a ningún sitio, solo a los pies. En efecto, desde que salió de su casa, sin sombrero ni bastón, con el abrigo sobre los hombros, y se dirigió a

la carrera al centro de la ciudad, nada pudo inducirlo a prestar atención a la devastación vandálica, aunque viera las huellas por doquier, y no porque temiera tal espectáculo, que no le importaba, sino porque solo podía ocuparse de Valuska; no obstante, sí tenía miedo de encontrar entre las ruinas algún objeto, alguna señal que le indicara lo sucedido y le hiciera venirse abajo. Temía encontrar una gorra al pie de un muro, un trozo de tela azul proveniente de un abrigo de cartero, una bota en la calzada o un bolso tirado de cuyo interior emergieran entre los cierres abiertos unos periódicos arrugados, como las tripas de un gato atropellado. Lo demás no le interesaba o, para ser precisos, ni siquiera era capaz de registrar cuanto le rodeaba, pues el informe de la señora Harrer se le había quedado clavado en un punto, y aparte de la pregunta por el porqué ya nada tenía cabida en él; no importaba qué habían destrozado ni quiénes, y su atención centrada en un único tema no era suficiente para captar qué había ocurrido durante la noche sin su conocimiento, ¡sin que lo intuyese siquiera! Reconoció que su amargura tal vez no podía confrontarse con la amargura y el pasmo de quien veía la ciudad en su conjunto, admitió que, tras una derrota tan grave, la pregunta que ululaba en su interior, la pregunta por el paradero y el destino de Valuska, resultaba insignificante para cualquier otro; a él, sin embargo, al imperdonablemente desprevenido, solo esta pregunta lo acuciaba a cada metro y lo encarcelaba, por así decirlo, en esa carrera por la orilla del canal, y si hubiera habido un resquicio para mirar al exterior desde su prisión, no habría sido capaz de aprovecharlo. La pregunta ocultaba, además, otra, cuyo peso había de cargar: ¿qué ocurría si la señora Harrer lo había engañado o si su marido se había informado mal en medio del caos, de manera que la mensajera matutina se había equivocado sin querer respecto a la suerte de su inquilino? Tenía que afrontar y al mismo tiempo rechazar que el contenido de las afirmaciones de la mujer fuese casi inconcebible: de hecho, estar presente en el asalto vandálico, presenciar todo ese ataque brutal, participar como testimonio activo en ese drama inhumano y seguir

dando vueltas por ahí sano y salvo, eso, pensó Eszter, rayaba en el milagro, o era cuando menos tan dudoso como insoportable hubiera sido lo contrario: la idea de perder para siempre a su amigo por «despertar tarde» y no poder defenderlo, de tal modo que él, que lo tenía todo al alcance de la mano hacía unas horas, de pronto «se quedaba sin nada». Porque después de esa noche decisiva también para él, en la mañana de ese último vuelco de su «retirada general», ya no le quedaba nadie salvo Valuska, y solo le interesaba recuperarlo; pero para eso debía actuar sin duda con mayor frialdad, por ejemplo, pensó mientras volvía de la orilla del canal a la calle Principal, venciendo en sí mismo «el impulso de golpear a diestro y siniestro», recobrando el autocontrol, y no «abalanzándose sobre ellos» ni «rompiendo el cordón». No, decidió Eszter: a partir de ese momento actuaría de manera muy diferente, no exigiría nada, sino que se interesaría por la persona, describiría en primer lugar su aspecto, lo «identificarían», y luego pediría acceder al comandante; explicaría entonces quién era Valuska, que toda su vida garantizaba su inocencia, de modo que no lo tomaran por alguien «metido en algo», sino por un individuo que había ido a parar allí por error y que, lógicamente, no hallaba la manera de salir; que lo consideraran una víctima, que lo exoneraran de todo cargo porque, en su caso, cualquier acusación venía a ser un malentendido o una calumnia, y que lo entregaran como un «objeto sin dueño» que nadie vendría a buscar, salvo él, diría Eszter señalándose a sí mismo. Al llegar a este punto de su elección del método más adecuado y de las frases a decir, ni siquiera se le pasó por la cabeza la posibilidad de no encontrar a su amigo; cuál no sería entonces su sorpresa cuando uno de los soldados del cordón que bloqueaba esa parte de la plaza Kossuth sacudió la cabeza con gesto decidido tras escuchar la precisa descripción de la persona buscada. «¡Imposible, caballero! No hay nadie parecido entre ellos —dijo—. Aquí solo hay granujas con gorros de piel… ¿Un abrigo de cartero, dice?… ¿Una gorra?… No… —respondió al tiempo que con la ametralladora instaba a Eszter a marcharse—. Por aquí seguro que no ha aparecido…».

«Aún me queda una pregunta —insistió Eszter, pero señalando con un ademán su disposición a obedecer enseguida a la orden—. ¿Es este el único sitio donde los han reunido ustedes… o es que hay otro?». «Aquí están todos los cabrones asesinos —murmuró con desprecio el soldado—. Los demás o bien han huido… pero, vamos, no lo creo… o bien los hemos matado a tiros, o sea que están muertos». «¿Muertos?», preguntó Eszter con una sensación de vértigo y, sin preocuparse por la orden que lo conminaba a alejarse, echó a caminar, tambaleándose, a lo largo de la fila de soldados, pero siendo el cordón demasiado alto y denso, intentó en vano mirar entre ellos o por encima; así pues, tenía que buscar un punto desde el cual pudiese abarcar toda la plaza para que la palabra no siguiera resonando en su cabeza, dobló, por tanto, hacia la esquina trasera, se detuvo ante la entrada destruida de la farmacia Dorada y, avanzando como un sonámbulo, se dirigió a un pedestal de piedra del que habían derribado la estatua. Le llegaba a la altura del vientre, pero debido a su edad y, sobre todo en aquel momento, a su agotamiento, no le resultó fácil subir, pero, por otra parte, tampoco se le ofrecían otras posibilidades para demostrarse a sí mismo el evidente error («Está aquí, seguro, ¿dónde va a estar si no?») y refutar las afirmaciones del soldado; así pues, emprendió la escalada del pedestal y, después de algunos torpes intentos, logró apoyar encima la rodilla derecha, descansó un rato, tomó impulso con la otra pierna al tiempo que se agarraba del lado opuesto, pero aun así estuvo a punto de caerse, hasta que al fin logró coronar aquella pieza de piedra. Aún sentía un intenso mareo, acrecentado por el esfuerzo invertido en esta particular escalada, de modo que al principio una marea negra formada ante sus ojos le tapaba la plaza, resultaba asimismo dudoso que pudiera mantenerse en pie, pero poco a poco se fue aclarando la imagen… apareció el cordón integrado por dos hileras de soldados… aparecieron detrás de ellos, a la izquierda, entre la calle János Karácsonyi y la capilla reducida a cenizas, unos cuantos jeeps y cuatro o cinco camiones… y, por último, apareció, dentro del cordón, una multitud muda e inmóvil,

con las manos en la nuca, todos pegados los unos a los otros. Por supuesto, a cualquier otro le habría resultado imposible distinguir a la persona buscada desde esa distancia y en el denso mar de gorros de piel y sombreros campesinos, pero Eszter no dudó ni un solo instante de que, estando donde estaba y sintiéndose capaz de encontrar incluso una aguja en un pajar, él no se equivocaría, siempre y cuando la aguja fuese Valuska, claro, pero… en vano lo buscó en el pajar, pues tan pronto como se puso a peinar aquella muchedumbre, ya se dio cuenta: el «objeto sin dueño» no se hallaba allí, en efecto, y así como antes se había mareado al oír la respuesta del soldado, ahora la última palabra que este había pronunciado lo dejó clavado en su sitio, y no le quedó más remedio que permanecer en aquel lugar, contemplando la aglomeración, aun sabiendo que era inútil. Quiso moverse, quiso bajar, pero al mismo tiempo tenía miedo de hacerlo, pues peor que seguir allí recorriendo con la mirada aquella multitud carente de interés, debido a la ausencia de Valuska, sería descender y enfrentarse al hecho cuyo peso no podía soportar; el movimiento y la inmovilidad lucharon durante minutos en su interior, cuando se movía, algo le susurraba en el acto: «¡no!», cuando se quedaba en su sitio, algo le sugería enseguida: «¡arranca!», y solo tomó conciencia de haber tomado una decisión cuando de pronto se dio cuenta de que… andaba y ya se había alejado unos veinte pasos de su peana carente de estatua. Así las cosas, no podía determinar, por supuesto, la dirección y, por otra parte, estaba convencido de que, si elegía otro camino, también lo conduciría hasta Valuska; lo único que podía hacer —pensó— era no mirar ni a derecha ni a izquierda, sino solo a los pies, pero enseguida alzó la cabeza cuando descubrió que, a estas alturas, andar así a ciegas no lo salvaría de nada; debía estar preparado, se decía para animarse, y sobre todo, admitió, peor y, en particular, más dañino que la certeza era el continuo aplazamiento; sin embargo, toda esta determinación se esfumó en el acto cuando, tras pasar entre jeeps y camiones, echó un simple vistazo, tal como era su intención, a la calle János Karácsonyi, y vio el tumulto. Al

principio de la calle, ante la entrada destrozada de la tienda de confecciones para caballero Wallner, innumerables abrigos, chaquetas y pantalones cubrían la acera y también la calzada, y unas cuantas casas más allá había reunidas una treintena o cuarentena de personas, sin duda procedentes de los portales más inmediatos, y esas personas parecían rodear algo; desde la posición de Eszter era imposible precisarlo, pero algo era, sin duda, o sea que puso fin a su decisión de soportar con autodisciplina cuanto encontrara, y como si todos sus frenos se hubieran averiado al mismo tiempo en su interior, pasó a trompicones por encima de abrigos, chaquetas y pantalones esparcidos y empezó a correr a toda pastilla hacia ellos, y como no era consciente de que sus gritos interiores no podían ser oídos por nadie, le resultó a cada metro más desesperante que no se apartaran o, cuando menos, que no le abrieran paso, aunque solo fuera un poquito. Para colmo, antes de llegar allí y romper aquel cordón improvisado, salió de la aglomeración un hombre gordo, bajito, con un maletín de médico en la mano, cogió a Eszter del brazo, lo frenó y lo arrastró consigo, lo alejó del tumulto, señalando la otra acera con la cabeza e indicando así su intención de decir algo. Era Provaznyik, el médico, cuya aparición, si bien su inesperada maniobra lo cogió desprevenido, no sorprendió en absoluto a Eszter, pero no por el hecho de que viviera ahí cerca, sino porque confirmaba de manera espantosa e inequívoca sus presentimientos respecto a lo que estaba a punto de ver, los confirmaba y encajaba a la perfección en el cuadro, donde la presencia de un médico desde luego no requería ninguna explicación, pues qué podía hacer el hombre sino recorrer las calles junto con los soldados y separar a los heridos de los que la señora Harrer había definido como las víctimas, es decir, de los muertos. «Sabe usted… —dijo Provaznyik sacudiendo la cabeza cuando se detuvo por fin, considerando que la distancia era suficiente, y se volvió hacia Eszter sin soltarle el brazo— no le recomiendo que lo mire… Un espectáculo así no es para usted, créame… —añadió como experto en la materia que tiene claro que el lego suele

responder con reacciones histéricas a tales situaciones, pero que no entiende por qué la advertencia bien intencionada y basada en la experiencia suele provocar precisamente el efecto contrario al deseado. Y eso ocurrió, pues Eszter no se dejó impresionar en absoluto por la advertencia destinada a espantarlo, y el escaso autocontrol que le quedaba se fue al garete a raíz de esas dos frases; intentó liberarse de la mano del médico para dirigirse a la carrera al lugar de los hechos y abrirse paso por la fuerza a través del círculo de curiosos, pero como Provaznyik no estaba dispuesto a soltarlo, Eszter hizo algunos intentos carentes de energía y se hartó luego del combate, cedió, agachó la cabeza y solo preguntó—: ¿Qué le ha pasado?». «Aún no puedo decir nada seguro —respondió el médico con semblante sombrío, tras reflexionar un momento—, pero lo más probable es que… haya sido víctima de un estrangulamiento, al menos eso indican las señales externas. Por lo visto —prosiguió Provaznyik soltando ya a su paciente un tanto más calmado y alzó los brazos en un gesto de indignación—, por lo visto gritó, y los asesinos no encontraron otra manera de acallar a la pobre víctima». Pero Eszter ya no oyó estas últimas palabras, se dirigió de nuevo hacia el tumulto, y Provaznyik, contento de verlo más tranquilo, no se lo impidió, sino que lo siguió incluso con un ademán resignado, porque, de hecho, ya no era el de antes, no corría, y cuando llegó al lugar, no apartó a la gente a empellones, sino que les tocó el hombro con suavidad para que le abriesen paso, pues venía con el médico. Miraban hacia atrás, se apartaban sin decir palabra, y en el apretado círculo casi enseguida se abrió un pasillo, que se cerró en el acto a sus espaldas para atraparlo como una trampa: tuvo que ver el cuerpo tumbado en el suelo, con los brazos abiertos, la boca abierta y los ojos que miraban, vacíos, desde la cabeza que colgaba del bordillo; tuvo que soportar, clavada en él, esa mirada horrorizada que ya no hablaba del autor del crimen, que ya no diría nunca más nada, que callaba, del mismo modo que el propio rostro petrificado de Eszter tampoco revelaba qué le sorprendía más: si ver lo que significaba «quedar sin vida» de

esta manera tan horrenda o constatar que no había encontrado a la persona buscada, ¡aunque en aquel momento le resultara más que parecida! El cadáver no tenía abrigo, solo un vestido de franela y un suéter de color verde oscuro totalmente retorcido sobre el cuerpo, y aunque no se sabía cuánto tiempo llevaba allí tumbado, era muy probable que pronto se congelara, si es que no lo estaba ya; desde luego, decidirlo era asunto de Provaznyik, el cual, después de rodear a Eszter, prosiguió su interrumpido examen, y como si la cuestión más importante fuera saber si el cadáver podía ser transportado o no, la muchedumbre —ponderando entre susurros si se rompería el brazo, el cuello o la mano en el caso de que lo levantasen— se fue acercando poco a poco al cadáver y seguía como un solo hombre cada uno de los movimientos del doctor. El espacio en el centro se volvió aún más angosto si cabe, de suerte que los dos soldados apostados al lado de la víctima, que trataban de hacer hablar a una mujer totalmente desesperada, interrumpieron el interrogatorio y exigieron en tono decidido a los curiosos que retrocedieran, pues «de lo contrario se verían obligados a disolver la concentración»; sin embargo, cuando la gente obedeció, con dificultad, eso sí, a la orden, ellos tampoco siguieron tomando nota de las respuestas de la testigo, anegadas por el llanto a pesar del pañuelo, sino que empezaron a prestar atención a Provaznyik, que procuraba mover con cuidado primero la mandíbula y luego los miembros de la víctima. Eszter no registraba nada de todo ello, solo se esforzaba por apartar la mirada de ese rostro aterrador, pero solo se liberó del espectáculo paralizante de la imagen de la muerte cuando el médico, que daba vueltas alrededor del cadáver, de pronto lo tapó por un instante; a partir de ese momento ya no existía para él nadie salvo el doctor Provaznyik, y a él se pegó para no volver nunca más a esa imagen; y como estaba convencido de que no era que el improvisado médico forense lo hubiera malinterpretado antes, sino que lo había desorientado a propósito, rodeó con él el cadáver, y cuando el otro se agachó para proseguir el examen, se plantó detrás de él y lo espetó: «¿Y Valuska, doctor? Dígame, ¿ha

encontrado usted a Valuska?». Los murmullos se detuvieron de golpe, la mujer miró asustada a los soldados, estos, a su vez, se miraron, como si hasta el momento solo se hubiera hablado de ello, y mientras el médico, sin alzar la vista hacia Eszter, le respondía que no (y luego le susurraba a modo de advertencia: «Según tengo entendido, ahora mejor ni mentarlo…»), uno de los miembros del ejército sacó un papel, tocó con el dedo un punto en la hoja, lo enseñó a su compañero, que clavó entonces la vista en Eszter y le preguntó con voz retumbante: «¿János Valuska?». Sí, respondió Eszter volviéndose hacia ellos, de él se trata, «solo de él», a lo cual los dos soldados lo exhortaron a contar sin omitir detalles todo cuanto sabía de la «persona en cuestión»; Eszter, por su parte, dedujo que ellos no le negarían la respuesta como hiciera Provaznyik y, después de plantearles su pregunta («Quiero saber si sigue con vida»), enseguida se puso a dar una confusa explicación pensada como discurso de defensa, pero no llegó muy lejos. Lo interrumpieron de inmediato y le comunicaron, en primer lugar, que allí preguntaban ellos y, en segundo, que no les importaban «ni los ángeles, ni los abrigos de cartero ni las fiambreras»; y que si su intención era desviar la atención de las autoridades, tales «sermones estúpidos» no le servirían de nada, pues a ellos solo les interesaba el paradero del buscado, pero Eszter, malinterpretando esta última frase, respondió que podían estar tranquilos, que no podía hallarse en mejor sitio que en su casa, y cuando, perdiendo la paciencia, los dos se miraron furiosos, tuvo que reconocer que ellos tampoco le ayudarían. «No crean ustedes —declaró entonces— que nuestros puntos de vista se alejen mucho», él mismo también consideraba, señaló, que para una decisión satisfactoria para todas las partes se necesitaba la máxima prudencia, pero para ello precisaba conocer toda la verdad sobre Valuska, y como veía, dijo, que justamente sobre este punto no le informaban las personas obligadas a ello, continuó, no les debía extrañar que manifestara lo siguiente: que mientras no recibiera una respuesta clara, él no estaba dispuesto a contestar a sus preguntas. Los soldados no

abrieron la boca, se miraron de nuevo, y uno asintió con la cabeza y dijo: «Está bien, yo me quedo», mientras, su compañero cogió a Eszter del brazo y, empujándolo a través de la multitud, que enseguida les abrió paso, se lo llevó entre rostros de mirada aterrada. Eszter no opuso resistencia, ya que del inesperado vuelco de los acontecimientos dedujo que habían admitido sus exigencias, que habían aceptado su ultimátum y, como el burdo proceder no modificaba la esencia, no le importó que el trato recibido fuera el propio de un reo; así caminaron unos treinta pasos, él delante y el soldado detrás, pero entonces este le gritó «¡a izquierda!», o sea que tuvo que doblar de la calle János Karácsonyi hacia el canal y aunque no sabía dónde acabaría el paseo, obedeció a la orden con la sensación de que, adondequiera que lo llevasen, «allí al menos todo se aclararía». Decidido a conformarse, al llegar a la orilla del canal no pudo resistirse, sin embargo, a plantear de nuevo la pregunta («Dígame al menos…»), pero su acompañante le respondió de manera tan grosera que enseguida entendió que era preferible no seguir intentándolo; así pues, continuó sin decir palabra en la dirección indicada, cruzó luego, tras recibir una nueva orden, el puente de hierro y, como al otro lado enseguida doblaron a un sendero, ya sospechó que la meta solo podía ser, por el momento, la calle Principal. A partir de allí ya no atinaba a imaginar por dónde seguirían, pues en esa situación excepcional cualquier edificio público podía servir de cárcel o de morgue, y las inútiles cavilaciones dieron como resultado, para colmo, el que empezara a atormentarlo la imagen aterradora de antes, pero el escenario ya no era el «pie de un muro» con las «ruinas de las cosas», sino un depósito provisional de cadáveres. Tal como había intuido, llegaron a la calle Principal, y entonces consideró conveniente no proseguir con las adivinanzas y concentrar más bien sus fuerzas en poner orden en los confusos pensamientos que continuaban girando en torno a esa imagen aterradora: decidió analizar los hechos que se derivaban de sus impresiones y separarlos de los brumosos presentimientos, tener en cuenta cada palabra y cada fugaz mirada

por ver si algo había escapado a su atención; Eszter procuró recordar hasta los más mínimos gestos y detalles, cualquier cosa que contradijera sus funestos presagios, en una palabra, todo cuanto en las manifestaciones de la señora Harrer, de Provaznyik y de los soldados pudiese remitir al hecho de que Valuska solo se encontraba detenido esperando en algún sitio su liberación, sin entender nada, asustado, pero indemne. Sin embargo, por muchas vueltas que le daba, nada apoyaba la esperanza de recuperar sano y salvo a su amigo, excepto el informe de la señora Harrer, pues no tardó en darse cuenta de que todos los detalles y manifestaciones o bien lo arrojaban a la incertidumbre más absoluta, o bien —pensó recordando el cadáver tumbado en la acera— simplemente barrían toda esperanza; después de rodear el edificio de la Oficina de Aguas doblaron a la calle del Ayuntamiento, y por entonces ya solo se preguntaba por qué se había metido en esa arriesgada empresa de «poner orden», pues a pesar de los esfuerzos por evitarlo, siempre acababa topando con ese cadáver sumamente significativo a su juicio. Necesitaba identificarlo, es decir, saber por fin quién era y afrontarlo, pues así como en la calle János Karácsonyi lo hundió la mera visión de la muerte —con independencia de su vergonzoso alivio—, ahora lo deprimía la identidad de la víctima, que lo conducía en una dirección nada tranquilizadora: lo deprimía y lo atemorizaba, pues el atentado asesino, eso le pareció al menos en aquel momento, no se había equivocado de objetivo e incluso ofrecía una previsión de lo que le esperaba cuando llegaran al final del camino. El golpe inmisericorde que alcanzara a aquella mujer había dado demasiado cerca de Valuska, y si bien no le veía una causa racional a su sensación, la proximidad auguraba una coincidencia entre ambos destinos, y Eszter no pudo reprimir a estas alturas la certeza de que aquella cabeza que colgaba del bordillo era la de la señora Pflaum, de suerte que ya nada lo podía salvar de imaginar al hijo en aquel cuerpo rígido ejecutado de un modo terrible. No podía explicarse qué buscaba aquella mujer a altas horas de la noche, precisamente ella, la señora Pflaum, que, contrariamente a él, sin

duda estaba al tanto de lo que ocurría y que desde luego (aunque Eszter no la conociera) no habría dejado su hogar a partir del atardecer, al igual que las otras mujeres de la ciudad; no lo entendía, como tampoco entendía la otra posibilidad: que hubieran irrumpido en su casa… pero entonces, ¿por qué la habían bajado hasta allí? Todo era brumoso y lleno de enigmas, aunque de una cosa no cabía la menor duda a juicio de Eszter: de la relación entre el hijo y lo ocurrido a la madre. Por supuesto, nada justificaba esta certeza, aunque, por otra parte, ni se le ocurrió justificar nada; se lo sugería el instinto, y contra el instinto nada podía hacer, de manera que sus esfuerzos por borrar lo irremediable resultaron infructuosos: el intento de liberarse de la incertidumbre que consumía su mente tuvo un éxito estremecedor, y la ponderación de las posibilidades condujo a la destrucción de todas ellas. Ya no creía en una solución favorable, en los últimos metros ya no podía engañarse, pero no reaccionó histéricamente ante aquello que lo aguardaba, sino con una profunda apatía, y cuando el soldado volvió a gritarle: «¡Derecha!», entró roto y casi del todo amansado por la puerta del ayuntamiento; en la escalinata se sumó a ellos otro miembro del ejército, lo condujeron a la primera planta, y allí tuvo que esperar rodeado de soldados y lugareños; su acompañante entró y no tardó en salir a buscarlo para introducirlo en una enorme sala, donde enseguida hubo de sentarse junto a la entrada, al lado de otros cuatro. Eszter, mientras su vigilante se alejaba haciendo un saludo militar, se sentó obedientemente en el sitio señalado, pero ni siquiera alzó la cabeza para mirar alrededor, no era capaz de levantarla, por cuanto se apoderó de él el mismo intenso malestar que sintiera la tarde anterior, tal vez debido al aire que parecía demasiado cálido (aunque de hecho solo fuera tibio) en comparación con el frío glacial que reinaba en el exterior, o tal vez porque, ahora que se había sentado, su organismo por fin protestó contra la agotadora caminata. Tardó varios minutos en empezar a recuperarse de ese estado de mareo y debilidad y cuando consiguió recobrar las fuerzas, le bastaron una o dos miradas para tomar un

respiro y comprender: no lo habían llevado adonde debían, allí no le esperaba lo que debía esperarle, todas sus cavilaciones y adivinanzas y desesperaciones demostraron ser inútiles o al menos precipitadas, pues aquello no era ni una prisión, ni un depósito de cadáveres, y no recibiría respuesta alguna, sino solo más preguntas, cuando de hecho ya no era preciso continuar hablando ni seguir en aquel lugar, ya que, pensó Eszter y miró alrededor, no veía a Valuska por ningún lado: ni vivo ni muerto. Frente a él, las cortinas estaban corridas ante los enormes ventanales que daban a la calle, y el espacio sumido en la penumbra parecía dividido por una línea invisible en dos partes iguales, más o menos a la altura de la entrada: en la mitad en que él permanecía sentado con otros cuatro junto a la pared, había en el centro un hombre con el rostro fuertemente golpeado, con botas y chaqueta enguatada, y a un paso delante de él, un joven soldado (algo así como un oficial, según pudo concluir Eszter a pesar de sus escasos conocimientos de la jerarquía militar). Detrás de ellos, en la esquina, se hallaba ni más ni menos que la esposa del propio señor Eszter, la cual observaba con mirada concentrada, sin prestar atención a los demás, la otra parte de la sala, que parecía separada y donde la penumbra —al menos a primera vista— apenas permitía distinguir nada salvo una silla de respaldo alto provista de entalladuras ornamentales y destinada, según él recordaba, a acoger al presidente del consejo municipal. En el banco donde permanecían sentados el uno junto al otro, el vecino de la izquierda de Eszter, un hombre de una obesidad increíble, hasta diríase que fantasmal, respiraba jadeando, daba de vez en cuando una calada a un fragante cigarro, como si quisiese poner más obstáculos a su respiración, y durante sus consiguientes ataques de tos se ponía a buscar una y otra vez un cenicero, pero como no lo encontraba, acababa tirando la ceniza en el suelo; los otros tres, sentados a su derecha, meneaban nerviosos la cabeza, y cuando Eszter los reconoció y les saludó, respondieron con frialdad y se volvieron hacia otro lado, como si no fuesen los mismos que el día anterior, ante el Casino de Señores de la fábrica de medias,

apenas podían resignarse a la separación; sus miradas iban y venían entre la señora Eszter, el joven oficial y la penumbra de la otra mitad de la sala, al tiempo que deliberaban entre susurros sobre quién debería empezar cuando —como señaló el señor Volent— «le bajaran los humos a ese criminal impertinente y depravado» y el «señor teniente» les cediera la palabra. No le fue difícil averiguar el significado de esa frase varias veces repetida porque, si bien la amarga certidumbre respecto al destino de Valuska ya había eliminado cualquier curiosidad relativa a todo cuanto sucedía en aquella sala, no podía menos de observar al hombre de la cara golpeada y al oficial incapaz de disimular su impaciencia, situados ambos en el centro de una mitad de la sala, y casi a primera vista constató que los «humos» del hombre de la chaqueta enguatada dominaban la situación, para enfado de los tres señores, y que, considerando la tenacidad de esos «humos», el interrogatorio (que de eso se trataba, sin duda), más parecido a un duelo que a otra cosa, no parecía que fuera a desembocar pronto en un final satisfactorio para los presentes. El teniente, obligado a hacer una breve pausa mientras Eszter entraba en la sala y tomaba asiento, también permaneció en silencio durante un buen rato hasta que al recién llegado se le pasó el malestar y centró su atención en ellos, y se limitó a clavar la mirada amenazadora y centelleante en el otro, inclinando hacia él el rostro afectado por un tic, como si en ese momento de inactividad confiase en su mirada insistente, penetrante y acerada no solo para forzar al testarudo rival a rendirse, sino incluso para aniquilarlo. Pero el adversario ni siquiera se inmutó y lo miró todo el rato con la expresión de una persona nada fácil de intimidar, aguantó la mirada del oficial con una indiferencia burlona e inamovible en el rostro golpeado, y cuando el teniente se hartó y se volvió furioso hacia otro lado, él lo certificó con una fugaz sonrisa, pues por lo visto no le interesaba en absoluto lo que pretendía hacer ese militar de lustrosas condecoraciones en el pecho y de mirada centelleante, aniquiladora y «acerada», que soportaba cada vez menos su derrota y no sabía si reconocer que nada podía contra él

o devolverlo otra vez (pues por lo visto no era la primera oportunidad en que elegía esta opción, a tenor de las huellas en la cara, pensó Eszter) con quienes no habían logrado ablandarlo ni a fuerza de golpes, para obligarlo a confesar, para «romper —la voz del señor Volent se inmiscuyó en ese instante en los pensamientos de Eszter — a ese mudo incorregible». El oficial dio por fin un paso atrás y gritó al prisionero («¿Por qué no abres la boca?»), y este le respondió en tono duro: «Ya lo he dicho. Si me dais una pistola cargada y me dejáis solo en una habitación vacía, hablaré…», y se encogió de hombros, indicando que «no estaba dispuesto a regatear». Esto fue todo, pero bastó para adivinar lo ocurrido antes de la llegada de Eszter, que ya había comprendido que la esencia del duelo consistía en hacer hablar al hombre de la chaqueta enguatada y sonsacarle lo que también los vecinos sentados junto a la pared esperaban en un estado de tensa curiosidad, a pesar de su intenso deseo de tomar la palabra. Algo querían saber de él sobre lo ocurrido durante la noche pasada, querían que alguien a quien habían escogido con arbitrariedad militar entre los «cerdos asesinos» de la plaza del Mercado les diera detalles, querían enterarse —tal como adelantó el teniente tras la respuesta afirmativa a la condición planteada anteriormente («Pues entonces pálmala solo»)— de «los hechos, de las circunstancias, de datos concretos» para luego, con todos estos elementos en las manos, poder elaborar una explicación amplia, precisa y satisfactoria tanto para los militares como para los ciudadanos. Eszter, en cambio, no deseaba saber nada de nada, pues en su opinión todos los «hechos, circunstancias y datos» solo podían en el mejor, o sea en el más doloroso, de los casos rodear a Valuska, pero no podían acercarlo a él, de suerte que habría preferido taparse los oídos a partir del momento en que, tras el largo silencio y después de que los dos acordaran las garantías relativas al cumplimiento de la condición, se inició un intercambio de palabras consistente en preguntas tensas y secas y en respuestas terriblemente frías, insolentes, desafiantes.

—¿Nombre?

—A ti qué te importa.

—¡Dígame el nombre!

—Déjame en paz con el nombre.

—¿Lugar de residencia?

—¿No quieres saber el nombre de mi madre?

—¡Responda a mis preguntas!

—Pues ya estoy harto, payaso.

—Usted no me ofende a mí, sino a la autoridad.

—Que se joda la autoridad.

—Hemos acordado que contestaría a mis preguntas. Pero si sigue así, no solo no le daré ninguna pistola, sino que le haré arrancar la lengua. Y no lo digo en broma. Póngase recto. ¿Con qué fin vino usted a la ciudad?

—A divertirme. Me interesa el circo. Siempre me ha gustado.

—¿Quién es ese duque?

—No conozco a ningún duque. No conozco a nadie.

—¡No mienta!

—¿Y por qué no?

—Porque no le servirá de nada. Ya he tenido el honor de conocer a algunos de los suyos.

—Eso ya es otra cosa. O sea que ya podemos acabar. ¿Será esa pistola, la de tu cinturón?

—No. ¿El duque les ordenó levantarse la tapa de los sesos si la rebelión era sofocada?

—El Duque nunca ordena nada.

—¿Sino…?

—¿Sino qué? Tú no entiendes nada de esto.

—¡Responda!

—¿A qué? De todos modos no entenderás nada.

—Me gustaría advertirle que lo intenta usted en vano, que no podrá sacarme de quicio. ¿Cuándo y dónde se sumó usted por primera vez al circo?

—Me cago en tus advertencias.

—¿Cuándo vio por primera vez al duque?

—Una sola vez, su rostro. Siempre lo envuelven en un abrigo de piel cuando sale del vehículo a vernos.

—¿Por qué hay que envolverlo?

—Porque tiene frío.

—Afirma usted que ha visto una vez su rostro. Descríbalo.

—Que lo describa. No solo eres tonto, sino también un soso.

—¿Dónde tiene el tercer ojo? ¿Atrás? ¿En la frente?

—Tráelo, si tienes agallas para ir a buscarlo, y te lo mostraré.

—¿Agallas? ¿Por qué he de tenerle miedo? ¿Acaso puede convertirme en rana por arte de magia?

—¿Para qué encantarte si ya eres un sapo?

—A lo mejor me lo pienso dos veces y te pego yo el tiro en los sesos.

—Pruébalo, payaso.

—Paciencia… ¿Qué hora era ayer cuando el duque salió del vagón del circo?

—Conque la hora, ¿eh? Ya te he dicho que no entiendes un huevo.

—¿Escuchó usted las palabras del duque con sus propios oídos?

—Solo lo escucharon los que estaban muy cerca.

—¿Y entonces cómo sabe lo que dijo?

—El Factótum lo entiende. El pregona sus palabras.

—¿Qué pregonó anoche?

—Que los sapos como tú no sirven para nada.

—¿Les ordenó lo siguiente: «destrozadlo todo»?

—El Duque nunca ordena nada.

—¿Les dijo: «Haced de las ruinas un todo»? ¿Sí?

—Caray, sí que sabes, payaso.

—¿Qué significa «haced de las ruinas un todo»? Explíquemelo.

—¿Explicártelo a ti? No tiene sentido.

—Está bien. ¿Cuál es su ocupación? No tiene usted pinta de vagabundo.

—¿Por qué? ¿Crees que tu pinta es mejor? ¿Qué son esos cachivaches en tu pecho? Yo no andaría así por el mundo.

—Le he preguntado por su ocupación.

—Removía la tierra para vosotros.

—Pero usted no es campesino, ¿no?

—No, el campesino eres tú.

—Por el habla parece usted una persona culta.

—Vas muy equivocado, tío. Eres un granuja de poca monta.

—Le gustaría que le pegara un tiro como a un perro sarnoso, ¿no?

—Ahora has dado en el clavo.

—¿Por qué?

—Porque no quiero seguir removiendo la tierra para vosotros.

—¿Qué quiere decir con eso?

—Pues que tú también remueves la tierra. Como un escarabajo. Remueves y remueves y para colmo te gusta. Yo ya no la remuevo más.

—Supongo que se trata de una indirecta, que tiene un sentido metafórico. ¿No es así?

—¡Cómo voy a ser yo un hombre culto! Sentido metafórico… Voy a acabar mal, lo intuyo. Pues antes tendré que vomitar.

—Usted conteste: cuando se llevaron al duque de vuelta al vagón, ustedes abandonaron la plaza en el acto. ¿Quién llevaba la voz cantante? ¡Descríbamelo! ¿Quién les dijo lo que debían hacer? ¿Quién los organizó delante de la oficina de correos para que se dividieran en pequeños grupos?

—Vaya, tienes una fantasía exuberante.

—¡Nómbreme a la persona que los dirigía!

—Tenemos un solo líder. Y no lo pillaréis nunca.

—¿Cómo sabe usted que ha huido? ¿Se lo ha comunicado él? ¿Adónde ha ido?

—¡Jamás lo pillaréis!

—¿Es su duque algo así como un espíritu infernal?

—No saldremos de esta tan fácilmente. Es de carne y hueso, pero de otro tipo de carne y hueso.

—Ahora que ya todo da la mismo, explíqueme usted una cosa: ¿Cómo pudo encantarlos de esa manera? ¿Existe realmente ese duque suyo? ¿Por qué atacaron esta ciudad? ¿Por qué vinieron ustedes aquí? ¿A devastarla? ¿Con las manos? ¿Qué querían ustedes? La verdad, no lo entiendo.

—No puedo contestar a todas las preguntas a la vez.

—Entonces contésteme: ¿participó usted en los asesinatos?

—Pues sí. Pero me parecieron pocos.

—¿Qué dice?

—Eso: que me parecieron pocos.

—Mataron a un niño en la estación, y ahora le hago una pregunta, no como oficial encargado del interrogatorio, sino de hombre a hombre: ¿no existe nada sagrado para ustedes?

—De hombre a hombre te lo voy a confesar: nada. ¿Cuándo me das la pistola?

—Creo que lo más correcto sería que le retorciera a usted poco a poco el pescuezo.

—No tengo nada que ver con aquel niño. Pero retuércemelo.

—Esos más de cien hombres de la plaza, ¿son todos como usted?

—¿Cómo lo voy a saber?

—Me dan ganas de vomitar ahora mismo, por usted.

—Me parece que así y todo te he sacado de quicio. ¿Qué es ese tic que tienes en la cara? ¿Dónde has metido la disciplina militar?

—¡Cuádrese!

—¿Cómo quiere que me ponga? Tengo cosquillas en la nariz y las manos esposadas a las espaldas.

—¡He concluido el interrogatorio! ¡Lo entregamos al consejo de guerra! ¡Diríjase a la puerta!

—Me prometiste una pistola.

—¡¡A la puerta!!

—Un soldado tan guapo, y cómo miente. Consejo de guerra. ¿Qué te has creído? ¿No te han dicho todavía que aquí ya no funciona nada? Consejo de guerra…

—¡A la puerta, he dicho!

—Qué colorado que estás. Te digo que eres un payaso. Pero da lo mismo, ya está bien así. Hasta la próxima, payaso.

Había dos soldados junto a la entrada, y cuando el hombre de la chaqueta enguatada llegó allí, lo agarraron de los brazos, lo sacaron de la sala y cerraron la puerta tras de sí. Aún se oyó cómo empezaban a bajar con él por la escalera; callaron entonces los ruidos, el teniente se alisó la guerrera y los demás observaban si sería capaz de dominarse, ya que hacía unos instantes apenas había podido reprimir su cólera. Nadie sabía con qué posibilidad contaba; de todos modos, daba la impresión de que todos los presentes —salvo uno— esperaban que el teniente se dirigiera personalmente a ellos, con un comentario capaz de cohesionarlos contra la insolencia del hombre de la chaqueta enguatada, dando así pie a que manifestasen su indignación. Salvo uno… ya que el interrogatorio no causó en absoluto la misma impresión a Eszter que a los otros, pues lo que oyó, lo que averiguó sobre el prisionero de las manos esposadas a las espaldas a partir de esa serie de preguntas y respuestas, no lo indignó, sino que lo sumió en una apatía más profunda incluso que la anterior, por cuanto le confirmaba de manera definitiva que Valuska, si en efecto había ido a parar entre esos hombres —y todo apuntaba a ello—, sin duda no había sobrevivido. No solo no quería, sino que tampoco podía «manifestar» nada, de modo que, lógicamente, tampoco pudo participar en ese furibundo cuchicheo que, a falta de un «comentario personal» del teniente, que había recuperado el autodominio, iniciaron sus vecinos deseosos de dar su opinión, pues a él le daba igual «¡qué clase de granuja!» era, ni le interesaba saber «si ese tipo se llevaría una bala» o no se la llevaría, y cuando el señor

Volent, su vecino inmediato, le susurró, sin duda esperando una respuesta afirmativa: «Este delincuente impío e infame no merece siquiera la muerte, ¿no le parece?», despachó el amistoso acercamiento asintiendo inexpresivamente con la cabeza, y permaneció inmóvil en medio del discreteo, mirando con cara atormentada al vacío y sin darse cuenta que de pronto se hizo el silencio a su alrededor. Se abrió la puerta, pero él no lo oyó, alguien pasó delante de él sin hacer ruido, pero él ni siquiera alzó la vista; tampoco se percató de que el teniente invitaba a uno de los hombres sentados a acercarse al centro, así que cuando por fin levantó la cabeza, casi se asombró al ver a su orondo vecino ocupando el lugar del prisionero y a Harrer apostado atrás en el rincón, contando en tono febril algo a la señora Eszter; pero Eszter no mostró ningún asombro, el repentino cambio de los actores no modificó un ápice su profunda apatía respecto a los acontecimientos que allí se producían, de suerte que tampoco dio ninguna importancia al hecho de que Harrer —mientras la mujer lo dejaba en el rincón y se dirigía al teniente para explicarle una significativa noticia traída por el mensajero—, le guiñara primero el ojo y tratara luego de comunicarle algo a la vez que daba a entender con un gesto de la mano que «todo estaba en perfecto orden». Eszter no comprendía ni lo que quería de él ni lo que podían significar esos guiños y señales de ánimo cada vez más expresivas procedentes del rincón de enfrente, pero tuvieran los gestos la intención que tuvieran, a él lo dejaban frío, y acabó apartando la mirada de él, para visible enfado del mensajero. Se quedó observando al teniente, que escuchaba con suma atención a la señora Eszter, asintiendo brevemente con la cabeza, pero solo entendió de qué iba la conversación cuando el oficial dio las gracias con una mirada llena de confianza por la información ofrecida en voz baja, interrumpió el recién empezado interrogatorio del gordo, dio media vuelta y se dirigió con pasos decididos al otro lado de la sala, se detuvo ante la silla presidencial, se cuadró y dijo: «Teniente coronel, el hombre al que enviamos ha vuelto. Según su información, el comisario de

policía se halla en este momento en su vivienda, pero no puede personarse debido a la influencia del alcohol». «¿Cómo dice?» —estalló una voz impaciente y furiosa, como si acabaran de espabilar de golpe a su propietario de una profunda meditación—. «Que está como una cuba, señor. El policía al que buscábamos está como una cuba y no consiguen reanimarlo». Durante un rato, Eszter forzó la vista en vano; tal como había ocurrido a su llegada, desde su asiento no podía reconocer nada en la penumbra, sobre todo en la que reinaba en la otra mitad de la sala, pero como era consciente de que alguien debía de estar oculto tras el alto respaldo de esa silla hecha a la medida de un gigante, logró descubrir con sumo esfuerzo una mano que poco a poco se posaba en el brazo derecho, ricamente tallado. «¡Vaya pueblo de mierda! —graznó la voz de antes—. Uno se pone borracho perdido, y el otro se queda cagado de miedo en casa y no hay manera de traerlo… ni siquiera con escolta… ¿Qué me dice usted de esos cagones?». «Pues que hay que sacar las consecuencias pertinentes, señor». «¡Así me gusta! Tráigame esposados a esos dos cerdos, ¡ahora mismo!». «¡Sí, señor! —respondió el teniente cuadrándose, transmitió la orden a los dos soldados apostados junto a la puerta y añadió—: ¿Sigo con el interrogatorio?», a lo cual la respuesta («Usted haga, mi querido Géza, usted haga…») sonó con un matiz de desaliento, como si el señor invisible de la silla presidencial, pensó Eszter, reconociera la necesidad de un procedimiento reglamentario, pero quisiera dar a entender al mismo tiempo el dolor que le suponía ver a su teniente —llamado a misiones más altas— obligado a realizar tareas indignas de su rango. Más tarde, sin embargo, Eszter —que después de mucho tiempo logró emerger de su estado de desánimo y mirar alrededor— tomó conciencia de la situación y encontró también una explicación para el hecho de no haberse percatado hasta entonces de la presencia del teniente coronel; para empezar se puso a examinar, en la medida de sus posibilidades, las circunstancias de la misteriosa presencia, y únicamente descubrió que la silla situada en el centro de la parte vacía de la sala no solo

pretendía expresar el deseo del comandante de permanecer en un segundo plano durante los interrogatorios y también, sin duda, durante toda la intervención militar, sino que la habían colocado, además, frente a una pared lateral de aquella antaño famosa sala, concretamente frente a una pared cuyo papel pintado de color verde oscuro quedaba casi del todo oculto por un gigantesco cuadro enmarcado en oro que representaba una batalla y recordaba la antigua gloria del lugar. En el primer minuto solo comprendió esto —como una hipótesis no del todo segura, a decir verdad—, pero no fue capaz de responder a más preguntas relativas a este extraño comandante de las fuerzas libertadoras, ni de aclarar, por ejemplo, por qué no encendían la ataña colgada del techo una vez que habían corrido las cortinas («Tal vez por motivos de seguridad…»), ni qué hacía el teniente coronel en ese cuartel general provisional sumido en la penumbra, dando la espalda a los presentes y contemplando el cuadro de una batalla; no podía responder a todo esto entre otras razones porque Harrer, procedente del otro rincón, se le acercó de puntillas, se sentó en el asiento que había quedado vacío a su lado y, como si solo se interesara por el interrogatorio del vecino, reiniciado tras la vuelta del teniente, clavó la vista en ellos, pero al mismo tiempo trató de explicar a Eszter, después de aclararse la garganta, que solo se había acercado para comunicarle lo que, por desgracia, no había podido hacer mediante gestos y guiños. «El susodicho está en perfecto orden —susurró entonces, sin dejar de fijar la vista en el teniente, al tiempo que no solo él, sino también los otros tres caballeros parecían concentrados en cuanto ocurría en el centro de esa parte de la sala—. Pero usted no diga nada, señor director. ¡Usted no sabe nada! ¡Si le preguntan, dígales que desde ayer no le ha visto ni el pelo! ¿Entendido?». «¡No! —respondió Eszter mirándolo fijo—. ¿De qué me habla?». «¡No se vuelva hacia mí! —le advirtió Harrer y sin apenas ocultar su inquietud por el hecho de tener que nombrar de nuevo al sujeto en cuestión, repitió en tono insistente y, por así decirlo, didáctico—: ¡Del susodicho! Lo encontré en la estación, le dije por dónde debía

huir, el hombre ha puesto tierra de por medio, y ahora su tarea, señor director, consiste en negarlo todo si le preguntan —farfulló y cuando vio que a los señores Volent les llamaba la atención tanto bisbiseo, se limitó a añadir—: ¡Todo!». Eszter miraba al vacío con cara de no entender nada («¿Qué he de negar…? ¿Qué… susodicho?»), pero entonces se sintió de pronto inundado por una sensación de fiebre, alzó la cabeza y, sin importarle la prudencia exigida por Harrer, soltó, reprimiendo el grito, pero aun así con voz lo bastante alta para que todos se fijaran en ellos: «¿Está vivo?». Ante la mirada furiosa del teniente, Harrer sonrió turbado y abrió los brazos como si pidiera perdón y rechazara a un tiempo cualquier responsabilidad, dando a entender que él nada tenía que ver con lo que hacía y deshacía su vecino, pero el teniente parecía aún más encolerizado, probablemente por esa sonrisa avergonzada imposible de ocultar; y como era de temer, para colmo, que el «señor director» no se conformaría con la información recibida, Harrer consideró oportuno levantarse en el acto; arrimándose a la pared, volvió de puntillas, para no estorbar el interrogatorio, al rincón del otro lado y se puso detrás de la señora Eszter, que seguía observando, impávida, a su marido. Eszter habría querido seguir a Harrer, pero cuando se incorporó de un salto dispuesto a hacerlo, el teniente lo abroncó («¡Silencio!»), de modo que se vio obligado a ocupar de nuevo su asiento y, después de repasar velozmente cuanto acababa de oír, lo comprendió todo: no tenía por qué asediar a Harrer con más preguntas, ya que solo repetiría lo que antes le había expuesto con su particular y circunspecto estilo. Y no necesitaba escucharlo otra vez, pues lo entendía todo con claridad, el «susodicho», la «estación», el haber «puesto tierra de por medio», mas el temor a la desilusión le recomendó al principio mantener la calma y no profundizar enseguida en el sentido de esas palabras; las saboreaba con suma cautela y consideraba necesario comprobar con absoluta precisión la fiabilidad de la información, pero aun así la noticia rompió de golpe el frágil dique de la duda, barriendo todos los temores y, con ellos, los motivos para averiguar

la veracidad del relato de Harrer. Pues lo oído le recordó el informe de la señora Harrer, y en ese instante se dio cuenta de que la información recibida era cierta en todos sus puntos, el relato escuchado en la sala confirmaba el de la mañana y viceversa, de manera incontestable a juicio de Eszter: en un momento de iluminación, vio a Harrer dirigirse a la estación y hablar con Valuska, vio luego a su amigo ya lejos de la ciudad, y sintió un alivio, como si le hubieran quitado un peso insoportable de los hombros, una carga que, a decir verdad, había permanecido allí desde que sacó el pie de la casa de la avenida Wenckheim. Sintió alivio y al mismo tiempo una nueva sensación de nerviosismo porque, pensándolo bien, enseguida se percató de que ni siquiera buscándolo podía haber encontrado un lugar mejor que este cuartel general, el sitio idóneo para aclarar el caso de su amigo y para hacer que retiraran la acusación contra Valuska, si es que por error existía. Ya no quedaba en él ni huella de desesperanza y de impotencia e incluso voló más allá de lo inmediato, pero cuando a punto estaba de sumirse del todo en los detalles del retorno de Valuska, se obligó a la cordura y puso toda su energía en recuperar el hilo de cuanto sucedía en la sala de reuniones, convencido de la conveniencia de insertar su explicación aclaratoria en el contexto de los testimonios. Se concentró, pues, con el máximo rigor posible, y al cabo de pocas frases tomó conciencia de que la persona interrogada en aquel momento, su orondo vecino, era ni más ni menos que el director del circo, un hombre que por su estilo particularmente cortés le recordaba muchísimo a Eszter un señor feudal de los Balcanes en la Edad Media y que corregía sin cesar, pero con tacto y delicadeza, al teniente, que se aferraba al texto literal del «permiso de actividad» que tenía en la mano, lo citaba de vez en cuando y, a pesar de las rectificaciones, insistía en llamarlo «jefe de la compañía» cuando trataba de intervenir con alguna pregunta a fin de detener el imparable alud de frases que soltaba el testigo. Pero el oficial, de aspecto cada vez más agotado, en vano lo intentaba, en vano lo conminaba a «limitarse a responder a mis preguntas», y apenas

lograba interrumpirlo y menos aún frenarlo, puesto que el director, que a cada advertencia se inclinaba ligeramente respondiendo con un «claro, claro, por supuesto», no perdía en ningún momento la paciencia, siempre proseguía su discurso justo donde lo había dejado y no solo retomaba el hilo tras cada llamada al orden, sino que no se desviaba ni un ápice del sendero de su argumentación para, tal como manifestó en más de una ocasión alzando un tanto la voz con el fin de ser oído en la otra mitad de la sala, «conducir a los señores oficiales presentes a una mejor comprensión de la esencia del arte y, en particular, del arte circense». Habló de la naturaleza del arte y del conocimiento ineludible de sus milenarios derechos de libertad, «¡en nuestro caso!», al tiempo que describía amplios círculos en el aire con el cigarro apagado entre los dedos; señaló que lo inesperado, lo asombroso, lo extraordinario siempre había formado parte esencial de las grandes manifestaciones artísticas, en igual medida que la «disposición» del público y su «imprevisibilidad» ante las novedades revolucionarias; insistió —mientras asentía con la cabeza hacia el teniente, que trataba de terciar en el discurso— en que el carácter excepcional de la producción y la inmadurez del público se observaban como perros de presa, lo cual implicaba, tal como parecían exigir antes algunos testigos del lugar, que el creador empeñado en enriquecer el mundo con más y más invenciones hiciese concesiones a la inmadurez, por el simple hecho —dijo el director, remitiéndose a sus muchos años de experiencia—, por el simple hecho de que el público no solo se mostraba inmaduro, sino también cuando menos curioso por ver todo cuanto lo superaba en excepcionalidad, esto es, por ver aquello que al principio acogía «por capricho» para luego demandarlo con hambre insaciable. Se sentía, declaró, entre personas que le permitían hablar con total franqueza, de modo que se veía obligado a realizar una breve digresión, de una sola frase, estrechamente vinculada con las preguntas del teniente: por mucho que le costara, debía confesar que no cabían grandes esperanzas de llegar a una solución positiva en la mencionada lucha entre el arte liberador y la postura inmadura,

para expresarlo con suavidad, pues «como si el propio Creador lo hubiese rociado con una laca fijadora de duración eterna», el público se había quedado estancado en la inmadurez, de modo que un triste destino aguardaba a quien se basara en la fuerza motriz de las manifestaciones artísticas excepcionales. Un triste destino, repitió el director con voz retumbante, y si el señor teniente, dijo señalando respetuosamente al oficial con el cigarro, le preguntaba si consideraba heroico o cómico y embarazoso el humilde, pero constante, esfuerzo realizado con sus excelentes colegas en tales circunstancias, él prefería no manifestarse, y sin duda apreciarían sus razones; en todo caso opinaba que ya no necesitaba más explicaciones, después de su digresión y de haber arrojado luz sobre los diversos nexos existentes, ya que no le cabía la menor duda de que si hiciera hincapié, con brevedad, en la evidente inocencia de su compañía en los desgraciados incidentes ocurridos durante la noche —debidos exclusivamente al estrecho campo visual de los lugareños—, enseguida lo frenarían tras las primeras frases, dándole a entender que no valía la pena derrochar el precioso tiempo en tales demostraciones. Empezaría, continuó a la vez que encendía la colilla del cigarro, diciendo que su producción no guardaba relación alguna con nada que no fuese el arte circense; así pues, era a todas luces falsa la primera parte de la acusación, a tenor de la cual la atracción y sus accesorios solo pretendían encubrir algo determinado; además, él, como director responsable y padre espiritual de su compañía artística, siempre había deseado solo confrontar a la creciente comunidad de interesados con la «realidad de una existencia excepcional» y así procedería también en el futuro, puesto que —si se le permitía una broma amarga en este punto— ya estaba hasta el moño. Y así como esta parte de la acusación carecía de toda lógica, con más razón podía afirmarse lo mismo de la otra, según la cual, como había deducido de ciertas palabras irreflexivas de los indignados lugareños al comienzo de los interrogatorios, el miembro de su compañía que solía actuar bajo el nombre de «Duque», señaló exhalando el humo ante las narices del

teniente y tratando de dispersarlo con la mano, que el tal Duque era el principal instigador de los actos vandálicos; esto, sin embargo, no solo no se sostenía, sino que resultaba, añadió pidiendo permiso para usar tal expresión, simplemente ridículo, por el mero hecho de que calumniaba precisamente a la persona que más temía el cariz que habían tomado los acontecimientos —debido a que se le identificaba con su papel, cosa que incluso provocaba discusiones dentro de la compañía—, al compañero que al ver que los temores del director estaban plenamente justificados y que el público confundía la creación auténtica con la realidad, y que ejercía influencia en este sentido, huyó presa del pánico, reacio a admitir cualquier argumento razonable, con la ayuda de su colega, al comienzo de los actos violentos, no por miedo a ser declarado responsable, sino ante las pasiones desatadas, a su juicio, contra él. Por ende, continuó el director llevándose las manos a las espaldas para dejar caer la ceniza en el suelo, los respetables encargados de la investigación llegarían sin duda a la conclusión de que cualquier palabra adicional resultaba superflua, que las acusaciones referentes al circo carecían de todo fundamento y que los artistas trastornados por las circunstancias deberían intentar calmarse, volver al tajo y dejar lo demás, esto es, la interpretación de los hechos, en manos de las personas más adecuadas para tal tarea, ante las cuales él se inclinaba, dispuesto, lógicamente, a obedecer, aunque al mismo tiempo se sentía obligado a no callar nada, por lo que, profundamente abatido por los sucesos, desearía contribuir a modo de despedida con una declaración decisiva, a su juicio, al seguro éxito de las pesquisas. Se refería él a esos veinte o treinta delincuentes, a uno de los cuales acababa de ver de cerca para su asombro, a esos no más de veinte o treinta granujas envilecidos que desde la primera etapa de su gira por la zona sur de la Alföld se ocultaban en cada pueblo, en cada actuación, entre las filas de los espectadores con el fin de poner en peligro el normal desarrollo de la función. Aprovechando la fantasía exacerbada, la influenciabilidad y la credulidad del público fijo que acompañaba al circo, que

normalmente se había comportado con moderación, pero que esa noche se había desmadrado, difundieron la noticia de que «mi excelente colega y artista no representaba el papel del duque, sino que lo era», que se trataba de algo así como del «duque del infierno», señaló el director esbozando una sonrisa de disculpa, y que este recorría la tierra como príncipe juzgador y utilizaba su séquito para ejecutar sus «sentencias»; precisamente él, exclamó el director alzando indignado las manos al cielo, un compañero dotado de enormes facultades artísticas, pero, prosiguió bajando poco a poco los brazos al tiempo que la indignación se convertía en simpatía, pero «golpeado por una gravísima deficiencia física y, por tanto, inerme y del todo dependiente de otros para poder mantenerse activo». De esto podía deducirse, prosiguió lanzando una severa mirada al teniente, que esta banda era de lo más cínica, de lo más perversa; para ella, según una frase que acababa de oír poco antes, realmente «nada era sagrado», y como él, el director, por fortuna tomó conciencia de ello desde el inicio de su gira, en ninguna localidad dejó de solicitar la protección de las fuerzas del orden con el fin de asegurar el desarrollo pacífico de la actuaciones. De hecho, siempre recibió dicha protección y, como era lógico, también en esta ciudad su primera gestión lo condujo a la autoridad policial, pero cuando un comisario puso en sus manos el documento oficial que acreditaba y garantizaba la protección de los artistas —«y permítame añadir, ¡del arte!»—, no intuyó siquiera que se las estaba viendo con un personaje incapaz de cumplir su tarea. Se sentía profundamente abatido y asombrado, dijo, por cuanto se habría tratado de un grupo de a lo sumo veinte o treinta delincuentes y ahora se hallaba con la compañía disuelta, con los colegas «huidos presa del pánico» y no sabía de veras quién lo resarciría de los daños materiales, pero sobre todo de los morales. Tenía claro, declaró, que no era el momento de paliar los daños personales, pero en todo caso prefería quedarse entretanto en la ciudad, siempre y cuando recibiera la autorización correspondiente, pues confiaba en que no tardaría en producirse la debida reparación. Y hasta

entonces pedía que los señores oficiales procedieran sin contemplaciones a su tarea de averiguar la verdad de lo sucedido y, dijo a modo de colofón, prometía entregar el documento del comisario por si servía de algo, que él no lo sabía, y se despedía de ellos con la esperanza de haber aportado algo, en la medida de sus modestas posibilidades, a aclarar los hechos y descubrir a los verdaderos culpables. Tras poner punto final a su discurso, el director sacó un papel del bolsillo interior de su enorme abrigo de piel y lo entregó al oficial que lo miraba agotado e impotente, se dirigió a la salida a la vez que mantenía el cigarro apagado alejado de su cuerpo y hacía una reverencia primero hacia la mitad casi vacía de la sala y luego hacia los testigos; y en la puerta aún señaló que «me alojo en el hotel llamado Komló» y dejó allí plantado a ese grupo de interrogadores e interrogados, parecido más que nada a un ejército derrotado. Pues todos, desde Harrer y la señora Eszter hasta los señores Volent, parecían no ya convencidos, sino directamente subyugados por el imparable aluvión de palabras del director, como si esa enorme mezcla de manifestaciones, argumentaciones, informaciones e interpretaciones de lo ocurrido se les hubiera venido encima y esperasen ahora enterrados que alguien viniera a rescatarlos de allí abajo; así pues, no fue de extrañar que tardaran cierto tiempo en volver en sí y en recuperarse, a duras penas, de su estado de parálisis, después de lo cual el teniente se precipitó, ofendido y furioso, tras el orador que acababa de abandonar la sala muy dueño de sí mismo, pero se detuvo a medio camino al ver el documento que llevaba en la mano; a todo esto, la señora Eszter y Harrer se miraron, a la vez que los señores Volent, estatuas vivas de la protesta contra las declaraciones del director, abrieron los brazos en un gesto de incredulidad y empezaron a soltar palabras los tres al alimón. Eszter, en cambio, no compartió la excitación generalizada, sintomática del estado de ánimo de los testigos, pues lejos estaba él de juzgar cualquier cosa, y se limitó a informarse y a ponderar la situación, como una persona que considera igualmente importantes el discurso pronunciado y la

reacción de los oyentes, pero sobre todo —ya que convenía ajustar su petición al estado de ánimo del tribunal— le interesaba saber qué pensaba sobre la declaración del director y sobre las consiguientes muestras de indignación el futuro, invisible, pero aun así presente juez de cuya decisión dependía el caso de Valuska. No le resultó fácil averiguarlo, pues cuando el teniente se dirigió de nuevo, sin saber qué hacer, a su superior, se cuadró y preguntó: «¿Quiere que lo llame otra vez a declarar, señor teniente coronel?», el otro despachó la pregunta con un gesto pesaroso de la mano que denotaba sea un desinterés absoluto, sea una amargura absoluta y, después de un largo silencio, dijo lo siguiente en un tono a todas luces amargo: «Dígame, Géza, ¿se ha fijado usted bien en este cuadro?». El teniente, envolviendo su desconcierto en la franqueza propia de un militar, respondió: «No, mi teniente coronel». «Pues entonces échele un vistazo», prosiguió la voz colmada de pesadumbre y nostalgia, «al orden de la batalla allá arriba, en la esquina derecha. Artillería, caballería, infantería. ¡Esto no es —prorrumpió de golpe—, no es la persecución de unos gamberros insolentes, sino el arte de la guerra!». «¡Sí, mi teniente coronel!». «O mire ese cúneo de húsares allá en el centro, y cómo, ¿ve usted?, el regimiento de dragones se divide en dos y lo rodea. Y contemple usted al general allá en la colina y a sus soldados en el campo de batalla y entonces comprenderá la diferencia entre una pocilga de mierda y una guerra». «Sí, mi teniente coronel. Ahora mismo acabo el interrogatorio». «¡Tranquilo, teniente! Ya no aguanto seguir escuchando estos chillidos y lamentos, esta sarta de estupideces en este chiquero de los cojones. ¿Cuántos quedan?». «Me daré prisa, mi teniente coronel». «Eso, dese prisa, mi querido Géza —despachó el jefe en tono tristón a su subordinado—, dese prisa». Aún se le veía solo una mano, pero a Eszter ya no le cabía la menor duda respecto a lo que venía haciendo allí sentado: a buen seguro se había consolado contemplando el grandioso combate del cuadro histórico en aquella penumbra desde luego tranquilizadora para él, mientras debía soportar hasta el final todos los interrogatorios en su

calidad de comandante de las tropas; está impaciente, constató Eszter, y considera injusto el destino que lo ha traído aquí, de modo que lo mejor será exponer una petición concisa, pensó, resumirla en dos o tres breves frases, y así tendría la partida ganada. No dependió de él el que sus planes acabaran en agua de borrajas y el que todas sus precauciones no bastaran para granjearse la simpatía de los jefes militares, puesto que los tres caballeros, convocados por el teniente, no tardaron en hacer trizas sus fantasías cuando se plantaron en el centro de la sala a realizar sus declaraciones. Ya al oír la primera manifestación, la intención de «decir toda la verdad», el teniente frunció el ceño y lanzó una mirada inquieta hacia la silla presidencial; y cuando señalaron que rechazaban contundentemente el intento de «ultrajar con mentiras descaradas a esta ciudad que lleva luto», intento emprendido, para colmo, por el verdadero causante de los males, le empezó a temblar el mentón. El circo y la gentuza eran, desde luego, una y la misma cosa; no vivimos en un mundo, declararon, donde nadie pueda lavar las culpas de una compañía tan turbia y de sus bandidos («Esa agua no existe», gritó el señor Mádai), de modo que suponía un esfuerzo inútil e infame llenarle la cabeza a la gente con mentiras sobre la inocencia de «los de la ballena», no se podía engañar a esas cabezas ya canosas cargadas de experiencia que estaban hechas de otra madera y «sabían lo que valía un peine». Es mentira, gritaron pasando por encima de la orden del teniente, deseoso de obligarlos a ceñirse a los hechos, mentira, exclamaron cortando el uno al otro la palabra, es mentira atribuir la terrible catástrofe a unos cuantos alborotadores, puesto que estaba más claro que el agua quién inició el ataque infernal en nombre del Juicio Final. Pues la patraña más grande, añadieron en tono misterioso, consistía en presentar los hechos como si la «magia maligna» no hubiese desempeñado papel alguno, porque en definitiva —a todo esto no se percataron de que el dueño de la silla presidencial se había levantado de un salto de su invisibilidad al oír la palabra «magia» y se dirigía hacia ellos con gesto amenazador—, porque en definitiva

todo el mundo sabía que no fueron «veinte o treinta gamberros» quienes asaltaron la ciudad, sino un destacamento enviado por el mismísimo diablo, cuya inminente llegada se presentía hacía meses debido a diversas señales premonitorias. Aún pudieron informar de la «torre del agua sacudida desde la distancia, del reloj de la iglesia averiado que se había puesto a funcionar de golpe y porrazo y de los árboles caídos en el territorio municipal», pero ya no les dio tiempo para manifestar su disposición a «emprender la lucha contra las intrigas satánicas» y a «ofrecer sus débiles brazos a las fuerzas regulares», por cuanto el comandante de dichas fuerzas se plantó en ese momento ante ellos y los abroncó con una claridad que incluso satisfizo las exigencias auditivas del señor Mádai: «¡Pues ya está bien, malditos cabrones! ¿Qué os habéis imaginado —se empinó ante Nadaban que retrocedió aterrado—, hasta cuándo creéis que voy a aguantar estos aspavientos? ¿Quiénes sois vosotros para divertiros poniendo a prueba mis nervios? Desde primera hora de la mañana no oigo más que vuestras sandeces, ¿y aún creéis que podéis hacerme esto sin recibir el merecido castigo? ¿A mí, que anteayer, en Telegerendás, no tardé ni un segundo en meter en el manicomio a todos los idiotas de mierda? ¿Creéis que haré una excepción? No os hagáis ilusiones, que voy a encerrar a toda esta manada hedionda, a todo este pueblucho asqueroso y podrido donde cualquier bruto y cretino se da pote como si esto fuese el centro del mundo y él, el mandamás, ¡me cago en Dios! ¡Catástrofe! ¡Claro que sí! ¡El Juicio Final! ¡Una puta mierda! ¡Vosotros sois la catástrofe, vosotros sois el Juicio Final, que no tocáis con los pies en el suelo, carajo! ¡Apostemos —sacudió a Nadaban agarrándolo de los hombros—, apostemos a que ni se entera de lo que digo! Porque vosotros no habláis, sino que “susurráis” y “vociferáis”, vosotros no andáis por la calle, sino que “corréis febrilmente”, no entráis en un sitio, sino que “franqueáis el umbral”, no tenéis ni frío ni calor, sino que “tiritáis” o “estáis bañados en sudor”. Llevo horas sin escuchar una palabra normal, porque solo sois capaces de cagaros y de gimotear hablando del Juicio Final

cuando un gamberro os rompe una ventana, que sois todos unos alelados, que cuando os meten la nariz en la mierda, os quedáis mirando y husmeando para decir: “¡Magia!”. La magia consistiría en despertaros de una vez, degenerados, para que veáis que no estamos en la luna, sino en Hungría, que arriba está el norte y abajo el sur, que el lunes es el primer día de la semana y enero, el primer mes del año. ¡No tenéis ni puñetera idea de nada, no seríais capaces de distinguir siquiera un lanzaminas de tres ametralladoras puestas en pirámide, pero mientras tanto no paráis de gimotear sobre un supuesto “cataclismo definitivo del mundo” y no sé que cono más, y yo en cambio tengo que ir de la Ceca a la Meca para traer a dos compañías de soldados bien adiestrados para defender a esta gente de sus gamberros! Mírese usted a este —dijo al teniente al tiempo que señalaba al señor Volent y encaraba luego a su víctima—, a ver, ¿en qué año estamos? ¿Quién es el primer ministro, eh? ¿Es navegable el Danubio, eh? Ya ve —remató volviéndose hacia el teniente—, ¡el hombre no tiene ni puñetera idea! ¡Y son todos así, toda esta ciudad piojosa, todo este país leproso está lleno de ellos! Mi querido Géza —prosiguió ya en un tono entre amargo y apático—, haga trasladar el vagón del circo a la estación, remita el caso a la justicia militar, deje cuatro o cinco escuadras en el lugar y saque de aquí a estos alfeñiques porque lo único que quiero… ¡es acabar de una vez por todas, carajo!». Los tres caballeros estaban ante él como si un rayo del infierno hubiese dado de lleno en ellos, incapaces de abrir la boca para respirar, y menos aún para hablar, y cuando el teniente coronel les dio la espalda, no consiguieron mover ni un solo miembro del cuerpo; no les costó reconocer, pues, que ninguno de ellos era capaz de captar el meollo de la situación, de modo que el teniente señaló la puerta con ademán decidido, sin más aclaraciones, y ellos salieron de la sala en un abrir y cerrar de ojos, dando la impresión de no necesitar más ayuda y de poder regresar solitos a casa. No así Eszter, cuyas ideas relativas a una decisión favorable a sus intereses quedaron en entredicho por el inesperado estallido del teniente coronel y que no

sabía qué hacer, si marcharse o quedarse. A él solo seguía interesándole lo mismo, solo deseaba formular la declaración que exculpara a Valuska de la manera más conveniente posible, pero después de lo oído ni siquiera una fórmula breve y concisa prometía nada bueno, así que se quedó sentado, pero mostrando su disposición a marcharse en el acto, y vio que el jefe militar, un hombre corpulento y rubicundo empeñado en tironear de su bigote, se dirigía irritado, seguido del teniente, a la esquina donde esperaba la señora Eszter. A ese enorme cuerpo, el uniforme le quedaba a la medida, de suerte que no se le veía ni una sola arruga, y esto caracterizaba de algún modo toda su personalidad, que parecía como si le hubiesen pasado la plancha por dentro y por fuera; la presencia decidida, la postura erguida, el lenguaje soez, pero abierto, todo ello servía a un objetivo, a la imagen ideal que, según el supuesto credo del teniente coronel, debía representar un soldado; y el hecho de que él se ajustara a dicha idea y se sintiera satisfecho con el resultado quedaba demostrado de manera inequívoca por su voz, por esa voz áspera, chispeante, creada para dar órdenes, con que en aquel instante, por ejemplo, se dirigió a la señora Eszter: «Confiéseme, señora, ¿cómo ha aguantado una mujer tan lista como usted todos estos años aquí?». La pregunta no pedía respuesta, pero a la señora Eszter, que lanzó una mirada reflexiva al techo, se le notaba que algo quería decir, algo que, sin embargo, no llegó a pronunciar por cuanto el teniente coronel, mirando casualmente hacia una lado, se percató de la escandalosa presencia de uno de los testigos junto a la otra pared y le espetó, encolerizado, al teniente: «¡He dicho que haga salir a todo el mundo!». «Me gustaría hacer una declaración respecto a la persona de János Valuska —dijo levantándose con gesto inseguro Eszter y, al ver que el comandante le daba la espalda y se cruzaba de brazos, añadió en voz baja, resumiendo todo cuanto debía decir en una sola frase—: Es del todo inocente». «¿Qué sabemos de él? —soltó, impaciente, el jefe militar—. ¿Está implicado?». «Según las afirmaciones unánimes de los testigos, sí —replicó el teniente—. Ha

huido». «¡Pues al tribunal militar!» —tronó el teniente coronel, pero antes de poder dar carpetazo al asunto y proseguir su conversación, la señora Eszter intervino con expresión decidida: «¿Me permite un pequeño comentario, mi teniente coronel?». «Señora, usted sabe perfectamente —respondió el militar con una reverencia— que es usted la única persona cuya voz escucho encantado. Exceptuando la mía, claro» —añadió y reaccionó, primero con una fugaz y satisfecha sonrisa y luego con una carcajada estridente que hizo temblar las paredes, a la risotada con la cual los presentes manifestaban su asombro por el hecho de que el indudable dueño y señor de la situación no solo fuera capaz de fascinarlos por su imperturbabilidad, sino también, caray, por su ingenio. «La persona en cuestión —dijo la señora Eszter después de que se calmaran las muestras de buen humor— está incapacitada». «¿Qué quiere decir con eso?». «Pues que es un enfermo mental». «Entonces lo encerraré en el manicomio —contestó el teniente coronel encogiéndose de hombros—. Así al menos puedo encerrar a alguien —prosiguió y, al esbozar una sonrisa bajo el bigote, anunció a sus oyentes que se preparaba otra irresistible broma—, ya que no puedo encerrar a toda la ciudad…». No faltó, desde luego, el estallido de risas, y cuando Eszter contempló a los presentes, sobre todo a su mujer, que no se dignaba a mirarlo, comprendió que todo estaba decidido, que allí no tenía nada que hacer, que en vano intentaría inducir a esta alegre compañía a una determinación más justa y que lo mejor era volver a casa sin decir palabra. «Valuska está con vida y lo demás no importa…», pensó y abandonó en silencio la sala, pasó entre los soldados y los lugareños apostados ante la puerta, bajó las escaleras oyendo todavía el eco sordo y cada vez más intenso del intercambio de risotadas entre su mujer y el teniente coronel, recorrió el pasillo vacío de la planta baja del ayuntamiento, y cuando salió a la calle y, obedeciendo a su instinto, dobló hacia la calle Arpad, se sumió tanto en su interior que ni siquiera oyó —al pasar con la cabeza gacha ante ellos— que algunos ciudadanos situados en los portales, esto es, los capaces de superar el asombro

de ver deslucido el soberbio lustre de su ciudad, le saludaban con indecisa simpatía: «Buenos días, señor director…».

«Lo demás no importa», pensó Eszter, y como le había dado calor el abrigo que se había dejado puesto en la sala de reuniones del ayuntamiento, empezó a temblar en mitad de la calle Arpad debido al frío glacial, no importa, se decía una y otra vez, y lo repitió también ante la casa de la avenida Wenckheim, al llegar allí ciegamente, guiado por el instinto. Abrió la puerta de la calle, entró, la cerró, sacó del bolsillo la llave de la puerta que daba al pasillo, pero cuando apretó el picaporte, descubrió que la señora Harrer la había dejado abierta, con la idea, sin duda, de no dejar fuera a su patrón que había salido corriendo a primera hora de la mañana; guardó, pues, la llave, entró en el pasillo, pasó entre las estanterías de libros y, con el abrigo puesto para calentarse un poco, se sentó sobre la cama en la sala. Se levantó al cabo de un rato, se quedó un tiempo ante la biblioteca y repasó, ladeando la cabeza, los títulos; después entró en la cocina y empujó un vaso colocado al borde de la pila para que no se le cayera por algún movimiento imprudente. Pero entonces decidió no quedarse con el abrigo puesto, se lo quitó, cogió un cepillo y lo frotó con cuidado para eliminar las motas; después de acabar, volvió con el abrigo a la sala, abrió la puerta del armario, sacó una percha, colgó la prenda y la guardó en su sitio. Examinó la estufa por ver si quedaban brasas, le echó unos cuantos leños confiando en que prenderían. Y como no tenía hambre, no volvió a la cocina para prepararse el almuerzo, ya comería más tarde, pensó, ya estaría bien. Le habría gustado saber la hora, pero como no le había dado cuerda al reloj de pulsera, y este solo mostraba las ocho y cuarto, decidió seguir su costumbre de mirar la hora de la torre de la iglesia evangélica, pero, claro, no podía abrir la ventana por las planchas que la cubrían. Trajo, pues, el hacha, arrancó las tablas, abrió la ventana de par en par y se inclinó hacia fuera; luego puso las manecillas en hora, mirando ya el reloj de la iglesia, ya el suyo, y le dio cuerda. Después se fijó en el Steinway y pensó que nada lo relajaría tanto como tocar «algo de Johann

Sebastian», pero no a la manera que había utilizado en los últimos años, sino «tal como lo concibiera el propio Johann Sebastian en su día». Sin embargo, el piano seguía desafinado, de suerte que era preciso restablecer «todas las armonías de Werckmeister». Levantó, pues, la tapa del instrumento, buscó el diapasón, sacó el oscilógrafo del fondo del armario, desmontó el atril (para llegar a las clavijas) y se sentó con el utensilio de medición en el regazo. Asombrado, se dio cuenta de que resultaba mucho más fácil reafinar el instrumento ahora que cuando, hacía años ya, lo afinara conforme a las instrucciones de Aristóxenes; aún así, tardó unas tres horas en poner cada nota en su sitio. Tan sumido estaba en su tarea que apenas prestó atención cuando de golpe se armó un gran barullo en el pasillo. Arrastraban algo por el suelo, se oían portazos, y hasta creyó oír gritar a la señora Eszter: «¡Esto aquí! ¡Y eso allá atrás, que ya lo guardaré luego!». A él, sin embargo, no le interesaba; por él, podían gritar y dar portazos «si les divertía», después tecleó rápidamente una escala para comprobar el estado de ese instrumento de sonido puro y consolador y tocó los primeros acordes del preludio en mi bemol mayor.

# SERMO SUPER SEPULCRUM

## *Deducción*

Las guindas al ron eran desde luego lo mejor. También le gustaba lo demás, pero ese día, tras exactamente dos semanas de denodados trabajos organizativos y a la espera de un acontecimiento vespertino de suma importancia, le dio tiempo asimismo para dedicarse a los pequeños detalles, para compartir, por ejemplo, con Harrer, bajo el título de «aprovechamiento social», los llamados «productos perecederos» llevados el día anterior del piso de la señora Pflaum a los sótanos del ayuntamiento y para decidir, tras elegir jamones y tocinos, cuál de las compotas, trasladadas provisionalmente al armario de secretaría y guardadas allí para ella, le apetecía más; entonces optó de forma decidida por las guindas al ron, no porque la calidad de las peras y melocotones no alcanzara la de las guindas, sino porque al probar este sofisticado preparado de la señora Pflaum, «mujer de tan triste destino», las frutas impregnadas de ron no solo transmitieron enseguida a su boca un sabor ligeramente amargo —recordándole aquella visita nocturna ocurrida, por así decirlo, antes del diluvio universal—, sino también el de la victoria, el del triunfo, del que durante todo este tiempo solo pudo tomar conciencia por breves momentos, pero al que ahora ya pudo entregarse definitivamente, pues allí tenía ante ella —se instaló cómodamente tras su enorme

escritorio— toda una mañana en que no debía hacer nada salvo, inclinándose sobre el tarro con la cucharita en la mano para que no se le derramara ni una gota del jugo, ir sacando y mascando una a una las crujientes guindas, sumirse en el disfrute sereno del poder conseguido y rememorar las estaciones del camino que la habían conducido hasta allí. Pues no consideraba exagerado definir la historia de los últimos quince días como una «auténtica toma del poder» que había catapultado a una persona «poseedora de méritos suficientes» desde un cuarto de realquiler sito en el pasaje de la Defensa Nacional y desde el puesto insignificante, aunque sin duda prometedor, de la Comisión Femenina directamente a la silla de secretaria del ayuntamiento; no era una exageración, pensó mientras mordía otra guinda y escupía el hueso dentro de la papelera colocada a su pies, por cuanto este importante cargo no suponía, en el fondo, más que la «consecuencia lógica del reconocimiento por parte de una autoridad clarividente», la cual había puesto de una vez para siempre, de forma enérgica y sin admitir contradicciones, la ciudad en manos de la persona más digna para ejercer tal función, asegurándole que podía hacer lo que… (a punto estuvo de decir: lo que le diera la gana) bueno, lo que la señora Eszter, hacía dos semanas todavía relegada escandalosamente a un segundo plano, pero hoy en día dueña y señora de la situación… («que ahora se llevaba todas las palmas a la vez», añadió con una fugaz sonrisa) lo que ella considerara oportuno en interés del presente y del futuro de la localidad. Por supuesto, no podía decirse que hubiera sido «coser y cantar», la cosa tuvo su precio, porque ella se jugó el todo por el todo para llegar a este punto; sea como fuere, no habría protestado si hubiesen «comparado su ascenso con el de un cometa», por cuanto ella misma tampoco encontraba fórmula mejor para expresar la vertiginosa velocidad de su éxito, ya que había necesitado solo dos semanas para que toda la ciudad «se postrara a sus pies», dos semanas o, más bien, tan solo una noche, incluso unas cuantas horas, a decir verdad, en las cuales se decidió «quién era quién y

dónde estaban las verdaderas fuerzas». Unas horas tardó aquella noche o, mejor dicho, aquella tarde decisiva para su destino en comprender, a raíz de una inspiración divina, que no debía obstaculizar los acontecimientos que se iban gestando, sino todo lo contrario: darles vía libre en la medida de lo posible; percibió en las puntas de los dedos, por así decirlo, lo que para ella podían suponer «esos trescientos turbios bandidos» de la plaza del Mercado, siempre y cuando —pues ya entonces consideró tal posibilidad— no fueran «unos calzonazos que huyen ante su propia sombra tan pronto como llega la hora de actuar». Pero ellos, pensó reclinándose, no se arredraron ante nada, y ella, a su vez, no perdió la cabeza desde el instante mismo de tomar la decisión, contó siempre con todas las posibilidades, dio los pasos necesarios con una seguridad mortífera, y la «situación» avanzó con exactitud de ingeniería en la dirección más conveniente, hasta tal punto que hubo momentos, sobre todo en la segunda mitad de la noche, en que empezó a sentirse como si, más que aprovechar el rumbo favorable de los hechos, los dirigiera y organizara. A ella —se inclinó hacia adelante para zamparse otra guinda— nunca se le pudo acusar, en su opinión, de soberbia o de vano engreimiento, aunque siempre tuvo una conciencia clara de su valía; ahora, sin embargo, sí se le podía permitir al menos, mientras comía guindas en solitario, que no solo «considerara genial la idea básica de la organización de los acontecimientos, sino también el trabajo en los detalles», sin cuya concurrencia hasta el pensamiento más excelente está abocado al fracaso. No, se confesó, no necesitó una inteligencia superior para engatusar a los escasos miembros del gabinete de crisis creado por ella misma en el pasaje de la Defensa Nacional, en particular al presidente del consejo municipal atenazado por el miedo, como tampoco le costó excesivo esfuerzo dirigir al comisario de policía, que al llegar la noche empezó a volverse peligrosamente sobrio y a manifestar su deseo de «ir en busca de refuerzos», hacia la vivienda de su casera (de forma clandestina e inadvertida por los otros, como si lo acompañase a la calle para despedirse de él), de la casera que,

con sus vinos imbebibles, consiguió atar a un sueño dulce, sin duda, a ese «borracho venido a menos»; «no supuso ningún problema», pensó la señora Eszter esbozando una mueca, sacar de Harrer al criado que obedecía ciegamente ni acallar y alejar con urgencia al «tonto de Valuska», el cual, si hubiese intuido algo, habría sido capaz de enredar con su «cerebro magullado» todo cuanto, de hecho, funcionaba como la seda… Toda la operación, o sea, la de camelar a la distinguida compañía, no exigió «una particular inteligencia», pero la tem-po-ra-li-za-ción de las cosas —golpeó el tablero del escritorio con la cuchara—, ¡eso sí!, organizado todo de suerte que las ruedecillas del engranaje funcionasen bien engrasadas, «construir y ejecutar apoyándose en la improvisación», retirando los potenciales obstáculos del camino de sus oportunos «aliados» y procurando en el mismo sagrado momento que se fortaleciera su fama, que la convertía en líder cada vez más indiscutible de la resistencia, todo eso solo podía calificarse, «hablando con modestia», como un logro «excepcional», remató su hilo de pensamientos al tiempo que se despejaba la frente oscurecida por un rizo. Vamos, desechó con ademán despectivo una objeción que se le acababa de ocurrir, a ella no podían venirle diciendo que todo el trabajo invertido en los pormenores no habría servido de nada si se hubiese fallado en lo esencial, «con lo que se jugaba su futuro», por cuanto una cosa estaba más clara que el agua: además de la coordinación temporal de los detalles, el éxito dependía sobre todo de la temporalización principal, esto es, de definir, intuir, per-ci-bir el momento oportuno, enviar a Harrer «en nombre del comisario» a los dos policías que llevaban horas aguardando, listos, detrás de la fábrica de leche y que no sabían nada de la demora planificada, para que partieran «en el acto» en el jeep a la capital provincial en busca de refuerzos… Si los «libertadores» hubieran llegado antes de tiempo, los hechos se habrían limitado a una «lamentable gamberrada», a algunas ventanas y escaparates rotos, y al día siguiente todo habría seguido su curso normal, y si los hubieran reprimido demasiado tarde, las

dimensiones bélicas de lo sucedido fácilmente la habrían barrido a ella misma del escenario y entonces todo, planificación, trabajo menudo, coordinación, todo se habría ido al garete; sí —la señora Eszter recordó «el ambiente fervoroso de las horas heroicas»—, ella debía encontrar el momento decisivo entre esos dos puntos y —recorrió con mirada triunfante el despacho de la secretaría— lo encontró gracias a los servicios de mensajería y a las informaciones siempre frescas de un Harrer merecedor de todos los reconocimientos, de tal modo que, al enterarse de la entrada de las tropas, solo le quedó soltar al presidente del consejo municipal, «lívido y deseoso de volver a casa y ver a los suyos», y preparar su discurso para cuando llegaran los dos policías e invitaran a la «heroína de la ciudad a pasar al ayuntamiento». Rememorando lo sucedido, la asombró sobre todo que, al hallarse ante el teniente coronel, no debiera modificar ni un ápice los hechos y pudiera decir toda la verdad, aunque, por otra parte, tampoco habría sido capaz de actuar de otro modo, ya que un «intenso latido del corazón» le indicó en el primer momento de su encuentro que el comandante de las tropas no solo era el «libertador» de la ciudad, sino también de ella misma. Todo fue coser y cantar, y después de rechazar de entrada los epítetos elogiosos (rogando que no la consideraran una heroína, que ella solo había hecho lo que podía esperarse de una débil mujer en tales circunstancias, cuando la torpeza, la incapacidad y la cobardía le habían sacado los colores a la cara), solo tuvo que exponer la verdad en frases breves y concisas, siguiendo el orden de los hechos, esto es, que hubo «negligencias por parte de las fuerzas de seguridad», que el «jefe de la policía no estuvo en su sitio» y que, de no ser así, la muchedumbre —azuzada por unos cuantos alborotadores en avanzado estado etílico— jamás se habría desmadrado con tal descaro. Una vez concluido el minucioso informe sobre los acontecimientos, agregó que este aturdimiento reflejaba a la perfección el estado de la ciudad, por cuanto el motivo primordial de tanto gamberrismo residía en la «molicie generalizada». El señor teniente coronel, continuó la

señora Eszter señalando la puerta de la sala de reuniones en «esa mañana radiante en todos los aspectos», se sorprendería al escuchar los insufribles testimonios de los lugareños apostados en el exterior de la sala, pues comprendería con qué miserable manada de alfeñiques se había visto confrontada durante décadas una persona que, basándose en los nobles principios del orden y de la utilidad, había intentado reconducir a los «ciudadanos pegados a la gelatina de los sueños» hacia la realidad, frase que hizo temblar incluso al secretario sumido en sus cavilaciones. Reconducirlos hacia el respeto a la acción, a la fuerza, al re-a-lis-mo, que exigía «barrer» a todos los autoengañados, a los mistificadores, a los incapaces de actuar, que se ocultaban ante las «verdaderas órdenes del día de la vida» y que, para no enterarse de la ley a tenor de la cual la vida es lucha, languidecían en los vapores engañosos de sus ilusiones, referidas a la seguridad de los débiles, y ahogaban con blandos cojines todo «viento vivificante». ¡Papadas y panículos adiposos en vez de músculos, flaccidez y laxitud en vez de cuerpos entrenados, estrabismo mezquino y egoísta en vez de miradas transparentes, en una palabra: espejismo edulcorado en vez de sentido de la realidad! No quería embalarse, pero a decir verdad el ambiente en que debía vivir era asfixiante, soltó en tono amargo la señora Eszter dirigiéndose al teniente coronel, aunque sabía asimismo, añadió, que el pescado empieza a pudrirse por la cabeza, pero la comisión investigadora ya había tenido ocasión de ver en las calles adonde había abocado su evidente falta de liderazgo en la ciudad y sin duda sacaría las imprescindibles conclusiones… En este punto, sin embargo —recordó ella sonrojada — ya apenas prestaba atención a cuanto decía, pues se hallaba cada vez más bajo el influjo del teniente coronel, el cual, antes de que la «heroína de la ciudad» se turbara del todo, agradeció la declaración asintiendo con la cabeza y le pidió, acompañando la invitación con una «mirada significativa», que participara en los interrogatorios; cayó bajo su influjo, el calor le recorrió el cuerpo, y aquel asentimiento la fulminó del todo, ya que el corazón le dio a

entender, no con pobres latidos, sino con un intenso martilleo, que si durante cincuenta y dos años nadie había logrado «ponerlo a funcionar», ahora, ¡sí!, existía alguien capaz de atraerla en el acto a su círculo mágico, alguien con quien a partir de los primeros instantes inició un «diálogo mudo», alguien que podía hacer realidad (que hizo realidad, se corrigió poniéndose de todos los colores) cuanto ella jamás habría osado imaginar: el que «realmente existiera tal sentimiento», el que eso de «a primera vista» y «para siempre» y «a ciegas» no fuera una estupidez romántica, el que una se quedara paralizada, como fulminada por el rayo, y se preguntara atormentada si el otro compartía sus sensaciones… Pues, en efecto, a partir del inicio de los interrogatorios se quedó «paralizada» en la sala de reuniones y, si bien no dejó de prestar atención al ambiente cada vez más favorable para ella, «en el fondo» seguía cautivada por el comandante que se había retirado a un segundo plano. ¿Su porte? ¿Su aire? ¿Su postura? Le habría resultado difícil responder a estas preguntas, al menos mientras «se decidía el destino de ambos», mientras ella esperaba, consumiéndose entre el «¡sí, piensa en mí!» y el «¡no, no se ha percatado de mi presencia!», a que él se levantara, sí, ahora, y se acercara a ella para hacerle una señal, sin decir palabra, y quitarse así la careta. Era todo fuego, todo llama en su interior, ora se sentía en una cumbre, ora en un abismo, aunque nadie podía percibir nada de todo ello, pues incluso cuando, sin ningún tipo de interludio embarazoso y después de que la señora Eszter consiguiera el resultado más favorable posible en el caso Valuska, ambos lograron librarse de Eszter, que había ido a parar allí por desgracia, pero que por fortuna había callado su nombre, y despachar asimismo, mediante un tácito acuerdo de complicidad, a Harrer con una pila de encargos, y se quedaron por fin solos, incluso entonces fue capaz de dominar la expresión de su rostro, que no sus sentimientos, imposibles de sujetar a esas alturas, pensó ella al tiempo que reprimía una regocijada sonrisa dibujada en la comisura de los labios. Cogió otra guinda, se la llevó a la boca, pero no la mordió,

sino que la fue chupando, mientras recordaba aquellos diez o quince minutos siguientes en la sala de reuniones ya vacía: el teniente coronel pidió perdón por su estallido de cólera, a lo que ella respondió diciendo que, a su entender, era normal que un verdadero hombre no pudiese contenerse entre tantos soldados que parecían alfeñiques, a lo cual pasaron a comentar la situación del país, pero en el breve diálogo se insertó también una mención a esos «pendientes pequeñitos» que le quedaban de maravilla, cosa esta que «una parte» negó con gestos de gratitud y «la otra parte» confirmó con apasionamiento. Hablaron también del futuro de la ciudad y no les cupo ni la menor duda de que «se necesitaba mano dura», pero las tareas concretas habían de decidirse en el transcurso de ese mismo día y en un ambiente más tranquilo, señaló el teniente coronel sumergiéndose con la mirada en los ojos de ella, a lo cual la señora Eszter, tras una breve pausa dedicada a la reflexión, admitió la propuesta y, como siempre ponía su vida privada al servicio del interés general, consideró que el escenario adecuado para ello era su vivienda situada en la avenida Béla Wenckheim, 36, donde podrían acompañar las deliberaciones con una taza de té y unas pastas secas…

Todo estaba decidido de antemano, pensó la señora Eszter asintiendo con la cabeza y frotando con la lengua la guinda en el paladar, todo, pues de lo contrario no habría existido una explicación para esa atracción mutua, para esos sentimientos encendidos y, ya podía manifestarlo con franqueza, para el carácter explosivo de su encuentro, ya que, aparte de la propia maravilla acontecida, lo que más la seguía asombrando era la inmediatez del reconocimiento de haber sido creados el uno para el otro, la increíble velocidad del hallarse el uno al otro, el hecho de que «todo» se decidiera en el primer momento, no solo para ella, sino —como no tardó en descubrirse— para ambos. ¿Acaso se necesitaban más de diez o quince minutos para «construir los pontones», como dijo él más tarde con palabras que continuaban resonando en ella? No titubeó, no ponderó otras posibilidades y se preparó para la noche

resolviendo de paso los asuntos inaplazables del «interregno» que prometía ser breve, pronunciando discursos en los portales, calmando a quienes se lamentaban y anunciando el «inicio de la reconstrucción» para el día siguiente; luego —¡pues cuán lejos estaba ya de entretenerse con maletas!— contrató a unos mozos para trasladar sus pertenencias, embaladas por Harrer, desde el pasaje de la Defensa Nacional a la casa de la avenida Wenckheim y, después de asignar a Eszter, que no ofreció resistencia y que se veía superado por los acontecimientos, el cuarto de la criada contiguo a la cocina, ocupó la sala, hizo sacar los enclenques muebles y colocó allí los suyos (cama, mesa, silla). Se atavió con su mejor vestido, el de terciopelo negro provisto de una larga cremallera a la espalda, puso a hervir el agua para el té, preparó las pastas secas en una bandeja de aluminio cubierta con una servilleta de papel y se peinó con esmero dejando libres las orejas. Esto fue todo, y tampoco hacía falta más, por cuanto en la persona del teniente coronel, que se presentó a las ocho en punto, y en la de ella, que apenas podía dominar sus sentimientos, se encontraron dos pasiones puras que no se interesaban por nada salvo por ellas mismas, dos almas que mediante el «frotamiento de los cuerpos» expresaban su eterna pertenencia mutua. Veinticinco años había tenido que esperar, pero no había aguardado en vano, pues en esa noche maravillosa se enteró a través de un verdadero hombre de que «el cuerpo no valía nada sin el alma», por cuanto el enfrentamiento, que duró hasta la madrugada, no solo significó la realización de los sentimientos hasta llegar al paroxismo, sino —y no le dio vergüenza utilizar esta palabra al despuntar el alba— el despertar del amor. Jamás habría imaginado que conociera tantos «ardides en las dulces escaramuzas», ni que existiera, en general, tal reino de la belleza, ni que las «oleadas del corazón» embriagaran de forma tan liberadora, aunque por otra parte —constató bajando los ojos y sonrojándose incluso en ese momento— podía confesar colmada de felicidad lo siguiente: la llave que abrió las puertas a esos rincones todavía desconocidos de su personalidad se hallaban

en manos del teniente coronel. Del teniente coronel al que por entonces ya podía llamar Péter, «Pedro» en el sentido estricto de la palabra, y sobre cuyo brazo apoyó ocho veces la cabeza, como recordó al tiempo que cerraba el tarro de compota con el celofán y la cinta de goma, ocho veces mientras, además de resolver el futuro de la ciudad, también hablaban de la situación general. Qué país es este, manifestaron mostrando total unanimidad en siete ocasiones seguidas, según calculó ella *a posteriori*, donde una unidad de combate dotada de jueces militares y encabezada por un comandante provisto de plenos poderes debe presentarse aquí y allá con el fin de apoyar ni más ni menos que las fuerzas del orden del lugar; qué país es este donde los soldados son utilizados como bomberos para apagar aquí y allá las Uamitas encendidas por unos gamberros que por supuesto iban lanzados. «Créame, mi querida Tunde —se quejaba una y otra vez el teniente coronel—, que me da vergüenza mirar siquiera ese pobre tanque solitario que usted vio en la plaza principal. Lo llevo conmigo como aquel viejo su ballena, me limito a mostrarlo y a asustar a la gente; desde que tengo uso de razón, solo le he ordenado disparar una sola vez, excepto en las maniobras, y eso que no me dedico al circo, sino que elegí la profesión militar, ¡y como militar quiero disparar, claro!». «¡Pues dispare usted, Péter…!» —respondió ella con desparpajo siete veces seguidas, pues más que la unanimidad y las órdenes relativas al día siguiente la cautivaba en aquel momento el presente, la inagotable dulzura de la convivencia amorosa; luego llegó el amanecer y, en consecuencia, la despedida junto al jeep que esperaba ante el portal, las palabras, «¡Tunde!», «¡Péter!», tan llenas de significado y la promesa pronunciada a voz en grito desde la ventanilla del vehículo que se alejaba poco a poco: «¡Apenas pueda le haré llegar noticias mías!». Se levantó del escritorio e hizo la siguiente reflexión: quien la conocía, aunque fuera un poquito, no podía afirmar que careciera de energía, pero la fuerza con que inició los trabajos organizativos tras esa noche decisiva para su destino la asombró incluso a ella misma, pues en dos semanas no solo

«arrasó con lo viejo e implantó lo nuevo», sino que, «a raíz de las radiaciones» de esa fuerza recibió también los elogios, el reconocimiento y el apoyo de los lugareños, los cuales, según todos los indicios, tomaron conciencia por fin de que era preferible «arder por la fiebre de la acción a esconderse entre los cojines con las pantuflas puestas» y que, desde el momento en que ella se granjeó su confianza, ya no la miraban con desprecio, sino que «alzaban la mirada hacia ella», pensó mientras se acercaba a una de las ventanas de la secretaría juntando las manos en la espalda. En verdad, dijo para sus adentros al tiempo que recorría la calle con la mirada, se hallaba en una situación en que todo cuanto hacía le salía a la perfección, todo le funcionaba; de hecho, «toda la toma del poder» fue un juego de niños, ya que solo había de cosechar los frutos de su trabajo. En la primera semana se dedicó en gran parte a «atar los hilos», esto es, se ocupó de que los destinos de los principales testigos de los incidentes y, en general, «la interpretación y las consecuencias de los alborotos» se desarrollaran conforme a los planes o, mejor dicho, a su memorable informe presentado en la sala de reuniones, y constató estupefacta que todo se cerraba de un modo idóneo y que las sentencias judiciales y «celestiales» emitidas contra los participantes confirmaban de manera pasmosamente unánime sus palabras pronunciadas en aquella ocasión. El circo dio por concluida su bendita actividad, pues si bien no pudieron detener ni al supuesto Duque ni al Factótum, expulsaron del país al director (al «viejo», como lo llamaba Péter) e hicieron desaparecer la ballena; llenaron la cárcel hasta los topes con sus «aliados del momento» y, con el fin de apaciguar las minúsculas olas que se habían levantado en la región a raíz de los acontecimientos, difundieron hábilmente la noticia de que la compañía trabajaba por encargo de unos servicios de inteligencia extranjeros. Antes de trasladar al comisario de policía a la provincia de Vas, lo enviaron a un sanatorio situado donde Cristo dio las tres voces, a que recuperara su estado de salud y se sometiera durante tres meses a una cura de desintoxicación para superar su alcoholismo, al tiempo

que ingresaban a sus dos hijos en un centro de menores; por otra parte, las competencias del presidente del consejo municipal fueron traspasadas a la recién nombrada secretaria, aunque se le mantuviera el título honorífico. Valuska, que desde luego no llegó lejos en esa «mañana funesta» (pues esa misma noche se había dirigido a un policía para preguntarle por el camino hacia la capital de la provincia), fue ingresado en régimen de reclusión en el hospital psiquiátrico municipal para recibir un tratamiento forzoso «hasta el final de sus días, en el fondo»; Harrer fue empleado como técnico de la secretaría municipal, hasta su inclusión definitiva en una categoría funcionarial; y para coronar el proceso, la ciudad recibió una suma considerable en forma de crédito para el «desarrollo». Luego llegó la segunda semana, siguió reflexionando la señora Eszter mientras castañeteaba los dedos a sus espaldas, y el movimiento «PATIO LIMPIO, CASA ORDENADA» se puso en marcha «con ganas» y, como cinco días después de los «espantosos pillajes» las tiendas volvieron a abrir y las estanterías «empezaron a mostrar síntomas de abundancia de productos», los habitantes se pusieron a cumplir con sus deberes como un solo hombre y lo seguían haciendo; las oficinas públicas reanudaron su actividad, en gran parte con el aparato de antes, pero con un espíritu nuevo, constató la secretaria municipal, las clases se reiniciaron en las escuelas, las comunicaciones telefónicas mejoraron; volvía a haber gasolina y, por tanto, circulaban de nuevo los coches —pocos, pero aún así era una señal positiva—, como también los trenes, dependiendo de las circunstancias; las calles se veían inundadas de luz por las noches y la leña y el carbón se acumulaban en los puestos de venta. En una palabra, la circulación sanguínea parecía funcionar, la ciudad volvía a respirar y en lo más alto, pensó la señora Eszter moviendo poco a poco la cabeza para refrescarse, en lo más alto se hallaba ¡ella! Sin embargo, ya no tuvo tiempo para seguir reflexionando sobre los pasos a dar en el futuro, pues en ese preciso instante llamaron a la puerta, dando por concluidas sus ininterrumpidas cavilaciones, de modo que volvió a su escritorio,

guardó el tarro de la compota, tomó asiento, se aclaró la garganta y cruzó las piernas. A la invitación a entrar, expresada con voz sonora («¡Adelante!»), se presentó Harrer, cerró la puerta, dio un paso hacia la mesa, dio después un paso atrás, se detuvo, juntó las manos ante el vientre y, como solía hacer siempre, trató de averiguar, paseando aquí y allá su mirada de buitre, si había ocurrido algo importante entre el momento de llamar a la puerta y el de entrar. Traía noticias, dijo, sobre «el asunto» que la señora le había encargado el lunes, esto es, había encontrado a un hombre que, a su juicio, quizá podía servir como miembro a la nueva policía; cumplía los dos requisitos, pues, de un lado, era del lugar y, de otro, había demostrado su aptitud «en un día concreto», añadió Harrer guiñando el ojo, de modo que, como había tiempo suficiente hasta el entierro, se había permitido traerlo desde la fonda El Nilo; y como le había prometido mantener en secreto todo cuanto dijera, el «tipo» se mostró dispuesto a someterse a la «prueba», de suerte que, según él, ya podían iniciar el interrogatorio. Podían, sí, le espetó la secretaria, pero «¡no aquí!». Luego, después de una breve reflexión, abroncó a Harrer, lo acusó de no actuar con la cautela necesaria, le preguntó qué buscaba él en El Nilo cuando su obligación era estar al lado de ella desde la mañana hasta la noche y, tras rechazar las excusas, le explicó que se presentara «con el tipo» en media hora, ni antes ni después, en la casa de la avenida Wenckheim. Harrer no se atrevió a abrir la boca, se limitó a asentir con la cabeza, manifestando así que entendía la consigna, volvió a hacerlo cuando la señora Eszter le gritó a sus espaldas: «¡y quiero que el coche oficial de la secretaría esté allí a las doce y cuarto!» y se escurrió por la puerta. La señora Eszter, con el rostro marcado por la preocupación, constató que tendría que acostumbrarse, pues «en esa posición, nadie tiene ni un minuto libre». Su mano derecha, al que había que atar corto («para que no se desbocara…»), pero que por lo demás actuaba de maravilla, le había interrumpido, pues, la paz de una mañana tranquila; sin embargo, la señora Eszter no hubo de renunciar del todo al «disfrute del poder conseguido» que

prometía aquel día, pues tan pronto como salió por la puerta del ayuntamiento, tras haberse puesto su sencillo abrigo de cuero, enseguida se dirigieron a ella no cientos, pero sí «una decena» de personas, y cuando llegó a la calle Arpad, los ciudadanos concentrados en el trabajo delante de sus casas «formaron calle, por así decirlo, para recibirla». Trabajaban los abuelos y las abuelas, los padres y las madres, los mayores y los pequeños, los gordos y los flacos, empeñados todos en quitar con picos, palas y carretillas la basura congelada en la acera y la calzada delante de sus casas, y lo hacían, como saltaba a la vista, con sumo entusiasmo. Cuando llegaba a un grupo, se detenían por un instante los picos, las palas y las carretillas y se oía un alegre «¡Buenos días!» o un «¿Tomando un poco de aire?» y como era un secreto a voces que ella presidía asimismo el jurado del movimiento, los trabajos se reanudaban con un entusiasmo aún mayor si cabía. A veces ya oía desde lejos el «¡ya viene nuestra secretaria!» y no le daba vergüenza afirmar que a partir de la mitad de la calle Arpad sentía los latidos del corazón, pero no reducía el paso, sino que saludaba a unos y a otros; no obstante, cuando llegó al último tercio de su camino bajo un chaparrón cada vez más intenso de respetuosos saludos, se vio obligada a suavizar la expresión de su rostro, siempre «sombría» por el peso de la preocupación y de la responsabilidad sobre sus hombros. En el transcurso de esas dos semanas había dicho unas cien veces que era preciso correr un tupido velo sobre el pasado, pues «solo podremos avanzar poquito a poco si nos preocupamos por “lo que ha de ser” y “lo que queremos”»; no cejó en su empeño por gritarles esto a los oídos, por así decirlo, pero en medio de estas gratificantes manifestaciones consideró también, mientras doblaba a la avenida, que ella también podía aplicarse eso de «correr un tupido velo» sobre «lo que yo fuera para vosotros y lo que vosotros fuerais para mí»… La muchedumbre no es nada cuando carece de líder, pero el líder se paraliza cuando carece de confianza, pensó al abrir la puerta de su casa, pero luego reconoció que «no era tan malo este material humano», para agregar finalmente que «ella

tampoco era una líder cualquiera». Ya nos vamos entendiendo, señoras y señores, pensó recordando satisfecha a los hombres y mujeres de la calle Arpad, y luego, cuando las cosas mejoren, «podremos aflojar un poco las riendas y la secretaria se mostrará más pacífica», pues ya no quería nada para ella, ya que —el suelo del pasillo retumbaba bajo sus pasos— todo cuanto ella deseaba ya le pertenecía… Había recuperado lo que le habían quitado, había conseguido lo esperado, el poder, el poder supremo para más inri, ya estaba en sus manos, y la «coronación» de sus éxitos —en ese momento entró, ya emocionada, en la sala— le había «llovido del cielo, en el sentido estricto de la palabra». Pues si bien sus pensamientos se le escapaban sin cesar hacia aquí y hacia allá desde hacía dos semanas, cosa comprensible debido a su función y a las circunstancias, siempre volvía a la persona a la que no cesaba de esperar de día y de noche, pero que, por desgracia, no «le hacía llegar noticias suyas». En algunas ocasiones se despertaba de sus sueños creyendo oír el ruido del jeep, en otras, cada vez con mayor frecuencia, sobre todo estando en la sala, de pronto… no sabía por qué, pero… se daba la vuelta pues tenía la sensación de que alguien —¡él!— se hallaba a sus espaldas, bueno, no pretendía afirmar que se preocupara, eso no, pero es que «sin él todas las horas parecían vacías…», lo cual era bien comprensible «tratándose de un corazón enamorado». Lo esperaba por la mañana, al mediodía y por la noche, y su imaginación siempre lo veía en la misma imagen, con la postura digna e inmóvil del comandante que permanece de pie en el tanque conducido a toda velocidad, que luego se lleva a los ojos los binoculares que le cuelgan del cuello y «otea el horizonte»… Esta imagen heroica tornó a encenderse en su mente, pero se esfumó en un santiamén cuando oyó que alguien «se arrastraba de nuevo» por el pasillo, alguien sobre el que ella «había corrido un tupido y definitivo velo», pero que desde hacía nueve días, desde que se resolviera el destino de Valuska, volvía a agitar el velo, siempre a las once de la mañana y a eso de las ocho de la noche. De hecho, solo por esto percibía ella la existencia de

Eszter, aunque también por el ruido de la cisterna del WC, por el sonido sordo del piano, trasladado al cuarto de la criada, y de las noticias que recibía sobre él, pues por lo demás era como si no estuviera allí y como si su cuchitril ya no perteneciese al resto de la vivienda. Lo había visto un total de dos o tres veces en el transcurso de las dos semanas y, claro está, el día de la «reconquista de la casa», y como los controles de seguridad realizados en el cuarto de la criada siempre arrojaban el mismo resultado, esto es —en vista de las partituras abiertas y de las obras completas de Jane Austen apiladas en dos columnas junto a la cama—, que cuando estaba en casa solo se dedicaba a leer («¡Vaya aburrimiento!») y a tocar el piano («¡Romántico!»), la señora Eszter decidió el día anterior suspender dichos controles. No solo no suponía ya ningún peligro para ella, sino que «no le interesaba en absoluto» su existencia o no-existencia y en un momento hasta llegó a plantearse la siguiente pregunta: «¿Había luchado contra esto?». ¿Contra este desgraciado, contra este estúpido, contra este «despojo humano» convertido en una simple sombra de sí mismo debido a su funesto apego a un idiota? Porque era eso, pensó la señora Eszter mientras escuchaba cómo se arrastraba aquel hombre por el pasillo, una miserable sombra de su anterior yo, un anciano lastimoso, un gallina asustado, un «imbécil enclenque y de ojos llorosos» que en vez de huir a toda pastilla incluso del recuerdo mismo de Valuska, «se dejaba llevar» por sus recién aparecidos sentimientos «paternales» y se permitía dejar de ser una celebridad rodeada de un respeto —del todo incomprensible, por cierto— para convertirse «de golpe y porrazo en blanco de las risas generalizadas». Desde la mañana en que se tomara la tranquilizadora decisión en el caso Valuska, se arrastraba dos veces al día por la ciudad a la vista de todos (una vez de ida, a las once, otra vez de vuelta, a eso de las ocho), en vez de esconderse, y pasaba el tiempo sentado en la Casa Amarilla junto al traje a rayas de un Valuska totalmente mudo y, según decían, reacio incluso a abrir los ojos y, a tenor de las noticias, le contaba alguna historia o, en la mayoría de las ocasiones, permanecía igualmente

callado, ¡como un verdadero loco! Nada indicaba —la señora Eszter respiró aliviada al oír que por fin salía y cerraba la puerta de la calle —, nada sugería que «esa estatua viviente de la más lastimosa derrota» recuperase alguna vez la cordura, y sin duda no harían otra cosa hasta el final de sus días que permanecer callados uno al lado del otro, cogiditos de la mano, para regocijo generalizado de una ciudad que se adentraba en una nueva era; así será, desde luego, pensó, se levantó y preparó la sala para el «interrogatorio», pero no sintió ni la más mínima inquietud, pues, hallándose como se hallaba «en la cima», qué daño podía hacerle esa pequeña mácula de su pasado… Además, hasta que pudiera despachar «en el momento oportuno» la ceremonia del divorcio, que realmente ya era hora, aguantaría dos veces al día ese «arrastrarse apenas perceptible que parecía provenir del interior de una cripta»… Trasladó la silla y la mesa hasta la ventana de la sala para que el declarante no pudiese «aferrarse» a nada en el escenario casi del todo vacío, y cuando, al cabo de más de un minuto («¡Con retraso!», apuntó la señora Eszter frunciendo el entrecejo), Harrer introdujo al «futuro miembro de la policía» y lo acompañó hasta el centro de la habitación, el hombre, que había llegado dando muestras de fatuidad, no tardó en desinflarse según las previsiones. Desde detrás de la mesa, la secretaria miró de arriba abajo a ese tipo fuerte como un toro, y después de que el «etílico habitante de El Nilo» perdiera su «seguridad» bajo la presión de las amenazantes preguntas introductorias de Harrer y de su «colocación en el centro», la dueña y señora de la situación tomó la palabra «para transmitir una pequeña advertencia» y comunicó que «las cosas claras, no estamos para entretenernos con desechos de las fondas» y que registrara de una vez para siempre todo cuanto oyera, pues ella no estaba dispuesta a repetírselo. Para evitar malentendidos, señaló con expresión glacial, «investigaremos ahora si lo entregamos en el acto a los tribunales o sí puede usted demostrar que sirve para algo», cosa esta que solo podría probar si informaba con precisión y todo lujo de detalles sobre aquella noche «concreta». Esto sería lo

decisivo, señaló la secretaria levantando el dedo índice, la precisión, los detalles y, claro está, «las señales que denotaran el deseo» y la capacidad de convertirse en un miembro útil de la sociedad, pues de lo contrario lo esperaban los jueces y luego la celda, es decir, como suele ocurrir en estos casos, la cadena perpetua. El declarante que, angustiado, no cesaba de mover las piernas, apoyándose ahora en un pie, ahora en el otro, manifestó su intención de no acabar en ninguna celda y dijo, señalando a Harrer, que el Buitre le había prometido que darían carpetazo al asunto «si no se guardaba nada en el buche». No había venido a entregarse, «no estaba loco» para venir voluntariamente a confesarlo todo, de modo que no necesitaba amenazas, que él lo diría todo punto por punto, pues sabía «por dónde iban los tiros» —continuó mientras se rascaba un arañazo ya bastante cicatrizado en el mentón— y que buscaban policías y que él, harto ya de El Nilo, estaba dispuesto a presentarse. Ya verían lo que podrían hacer, intervino con dignidad y severidad la señora Eszter, pero antes deseaban saber si no había cometido algún crimen «de cuyas consecuencias jurídicas ni el buen Dios podría salvarlo»; que relatara «punto por punto» los detalles, añadió, y que luego ya verían si ella, la secretaria del ayuntamiento, podía ayudarle en algo.

Pues sí (el candidato se aclaró la garganta), bastante jaleo hubo, que se mascaba en el ambiente, digo yo. Pero nosotros no estuvimos en el ajo desde el comienzo, sino solo cuando llegaron noticias a El Nilo de que había un poco de follón en la ciudad; entonces solté mi copla a los otros, al Gyömró y al Feri Holger, pues eso: «arriba húngaros, al ataque —dije— que allí donde no hay orden está nuestro lugar»… A nosotros, sabe usted… (señora, le ayudó Harrer) señora, nos llaman los pulverizadores y le diré por qué, le voy a ser sincero, porque, no sé cómo decirlo, porque nosotros tres, vamos a ver… pues eso, que cuando estamos amuermados, nos da por meter un poquito de orden… y nos tienen un miedo que no vea, cuando alguno de nosotros levanta la vista del vaso de vino con sifón todos callan. Pero lo nuestro no era nada en comparación con lo que nos encontramos cuando llegamos allí, a la calle Principal y al comienzo de la avenida, y le digo al Gyömró: «venga compadre, que estos de aquí van en serio, que al final nos van a dejar sin nada», o sea que nos pusimos nosotros también manos a la obra, no lo niego. Pero entonces vino el gran chasco, porque cuando quisimos empezar la bronca, vemos que la cosa va por otro lado, que los tíos van a por la gente de la calle, o sea que le aviso al Feri Holger: «oye, que se acabó lo que se daba» y el tío suelta a los dos pacientes a los que estaba tratando, se viene conmigo, y el Gyömró igual, y juntamos las cabezas, a ver qué hacemos. Pero entretanto el gentío se había vuelto enorme, venían de la plaza del Mercado, parecían los rusos, y digo yo: «compadres, aquí ha estallado la revolución, o sea que, a largarse». Pero el Gyömró dice que si mal no recuerda, siempre abren las tiendas para los pobres y que vayamos a ver una, dice, que había por allí un chiringo lleno de priva gratis, a ver si estaba abierto, y que luego podríamos largarnos… Pues sí, el chiringo estaba abierto, pero allí, señora, no nos cargamos nosotros el candado, sino que estaba todo hecho añicos, nosotros solo entramos por ver si podíamos pillar al

menos una botella, pero los tíos habían hecho un trabajo tan de puta madre que allí no quedaban enteros ni los cascos. Nos cabreamos un poquito los tres porque, claro, no podía ser, pensamos, que cuando estalla la gran libertad, pues creíamos que había estallado de verdad, que nosotros nos quedemos con las manos vacías, y le juro por mi madre (se llevó la mano al corazón) que solo queríamos beber uno o dos traguitos y tirar luego para casa, porque yo, por ejemplo, soy de esos que un poco de jaleo, sí, un par de guantazos en la jeta de este o de aquel, sí, pero nosotros no teníamos nada que ver con todo aquello, a mí me gusta el orden en general, por eso pienso que soy la persona idónea para la policía… tú cierra el pico, Buitre (espetó a Harrer, que pretendía intervenir), que bastante tienes sobre la conciencia… O sea que nos ponemos en marcha a averiguar qué pasa, le echamos un vistazo a *El Hogar*, nada de nada, al café de la calle Principal, allá junto al puente, también hecho trizas, pues nada, pensamos, aquí no podemos pillar ni un pijo, lo mejor será buscar algo más afuera. Entonces vamos a… este… a El Gulash, pero entonces el Feri Holger se acuerda de que hay algo así como una pastelería al final de la Papsor, y allí sí, le voy a ser sincero, allí sí que fuimos nosotros los que forzamos la puerta. Pero no hicimos más que buscar atrás, en el almacén, los aguardientes, unas bebidas extranjeras, miramos las etiquetas, buena pinta tenían. Sí, señora (asintió con la cabeza hacia la señora Eszter, mostrando así su buena voluntad), que ya voy al grano, porque allí empezó nuestra mala pata, que no estábamos acostumbrados a esa mierda extranjera, o sea que, como decía, nos sentimos tan mareados los tres que ya he decidido no tocar nunca más una bebida de esas. Porque entonces apareció un grupo de los tíos esos por la calle y se pusieron a cargarse todo con sus barras de hierro, y le digo a uno: «oye, dame un palo de esos»; pues nada, que reconozco que enseguida le cogimos el gustillo al asunto. Pero usted no crea, señora, por favor, que yo acostumbro a cascar todo lo que encuentro, lo que pasa es que el bebercio ese de mierda me trastocó la cabeza, y el daño tampoco fue muy grande, ahora que lo

recuerdo, un espejo o algo por el estilo y unos cuantos vasos en la barra, no es suficiente, digo yo, para que te corten la cabeza… te digo que cierres el pico, Buitre (volvió a reprender a Harrer), y el espejo ya se lo pagaré yo al pastelero de mierda y no me digan cómo. No sé qué carajo le meten a la bebida esa que no vale una puta mierda, perdone usted la palabra, pero lo cierto es que me pasé horas sin saber ni qué ni dónde, hasta que de golpe y porrazo me encontré sentado en la acera delante del Komló, cagado de frío. Miro alrededor, veo que del cine salen unas llamaradas así de altas (señaló hacia arriba) y me digo, «caray, esto va en serio». Que cómo fui a parar allí, que dónde carajo se habían metido el Gyömró y el Feri Holger, pues no lo sé, ni que me torturen, así que me puse a dar vueltas por ahí con los tíos esos, y no me enteraba una mierda (el candidato se puso rojo de ira) de qué estaba ocurriendo. Porque me sentía fatal, créame, me ardía el estómago, y el hígado, y ante mis ojos ardía el puto cine, y, le voy a ser sincero, yo con mi estúpido cerebro me creía que lo había encendido yo, pues no me acordaba de lo que había hecho, no me acordaba de nada de nada, solo miraba el fuego y decía para mí: ¿yo? ¿O no?, y no sabía qué coño hacer. Porque de lo contrario no me habría largado, pero lo malo era que no sabía si había sido yo o no, ahora ya se sabe, pero entonces no lo sabía seguro, o sea que, dije entonces para mis adentros: «chaval, ahora toca largarse»… Atravieso el barrio alemán, siempre por callejuelas para no encontrarme con quienes no quiero, y me paro un rato a descansar junto a la puerta del cementerio, apoyo, así (mostró como), la espalda en la verja, y de repente alguien que está detrás mío me habla. ¡La puta!, perdone la palabra, pero es que pensé «ya te han pillado»; yo no soy un cagao, ya lo verá usted, señora, pero me llevé un buen susto, la verdad: en aquel silencio de muerte, alguien a mis espaldas. Nada, era uno de los tíos esos del jaleo; sabía que era el momento de esfumarse, y dice el tío: «cambiémonos los abrigos y luego tú para allá y yo para acá, que así se harán un lío». «Vale —digo—, cambiemos». Pero había algo en ese tío que no me gustaba nada de nada, y le digo

entonces: «escucha, espero que tu abrigo no tenga ningún problema, vamos, que no te creas que voy a pagar el pato por alguna cagada tuya». Era una farda barata, sabe, señora, un abrigo de paño gris, pero, claro, cómo iba a saber yo lo que había hecho con el abrigo puesto, o sea que le digo: «¿Sabes qué?, me lo he pensado mejor y prefiero no cambiártelo, pruébalo con otro y olvidemos el tema». No vi nada de nada, tan rápido fue el cabrón… se me presentó de tal manera que no sospeché nada y hasta creí, de verdad, que podía ser mi amigo. Me la clavó debajo del hombro, aquí (se desabotonó la camisa y enseñó el lugar), pero le aseguro, señora, que el tío buscaba el corazón. Me tumbó el hijo de puta, y cuando recobré la conciencia, no sé cómo, la herida me dolía un huevo y estaba cagado de frío. Claro, no llevaba puesto el abrigo, y en el abrigo lo tenía todo: el documento de identidad, el dinero y las llaves de casa, pero, eso sí, el puto abrigo de paño estaba allí tirado a mi lado en el suelo. ¿Qué podía hacer? ¡Pues nada, ponérmelo y meterme en el cementerio! Porque entonces ya sabía que el tío estaba metido en algo gordo, o sea que no iba a ser yo tan estúpido como para dejarme pillar por culpa del abrigo, pero, claro, tenía que ponérmelo porque con aquel frío me habría helado, o sea que mi única escapatoria era el cementerio. A casa no me atrevía a ir por lo del cine, que eso me tenía todo mareado, y largarme de la ciudad, como quería al principio… usted comprenderá, con la herida esa, que dolía y hasta me sangraba un pelín, pues nada, que me quedé donde estaba. Encontré una cripta abierta, con todos mis respetos, recogí leña menuda en una punta del cementerio, monté, como pude, una fogata, apreté la camiseta contra la herida y esperé el anochecer… Me habría desangrado, pero es que tengo un organismo, señora… o sea que aguanté hasta la noche y nada, me escabullí por fin para casa; desperté, no sé cómo, a la mujer para que me abriera, porque, claro, las llaves de casa, nada, el documento de identidad, nada, el dinero, nada de nada, o sea que metí rápido el puto abrigo en la estufa y no cerré la portezuela hasta que del paño ese no quedó ni un grano. Y después, rápido al

médico, que vivía uno allí cerca, vendaje, medicamento, tres días en cama… y… nada… aquí estoy… No sé, señora, pero de verdad que esto fue todo, no me he dejado nada en el tintero, este es mi delito, y antes, le voy a ser sincero, unas cuantas broncas… No sé cómo lo ve, si puedo ser policía a pesar de este delito… pero hoy, cuando vino el Buitre a decirme que quizá podía presentarme si lo confesaba todo con franqueza, pues pensé… nada… me presento… porque, bueno, tengo la sensación de que podría ser un miembro útil, pero ahora no sé cómo… lo ve usted, señora, esos dos delitos, claro…

Claro, sacudió la señora Eszter la cabeza y se quedó un buen rato mirando al vacío con expresión adusta, murmurando algo, y dijo después «desde luego, desde luego»… Acto seguido puso los labios en punta, siguió murmurando y a continuación, mientras tamborileaba con los dedos un ritmo trepidante en la mesa, miró varias veces de arriba abajo al candidato, que parecía a punto de derrumbarse, para darle por último la llamada «puñalada de gracia» con una frase pronunciada casi para sus adentros, pero perfectamente audible («Me gustaría conocer a la persona capaz de dar car-pe-ta-zo a este asunto»). El problema, prosiguió clavando la mirada en Harrer y pasando, por así decirlo, por encima de la cabeza del candidato, era mucho más grave de lo que había creído ella, que de hecho solo buscaba a hombres con un pasado irreprochable, porque en este caso podía hablarse de unos antecedentes que incluían gandulería, gamberrismo, robo, profanación de tumbas y algunos delitos más, y desde luego no de un pasado irreprochable, concluyó esbozando una sonrisa dirigida únicamente a Harrer. No le cabía la menor duda respecto a la sinceridad del aspirante, pero, suspiró mirando siempre a Harrer, eso era «muy poquito», de modo que ni siquiera sabía si podía asumir el asunto con la conciencia tranquila, y si a pesar de todo lo hacía y se reunía con los «expertos competentes» para consultarlos,

ya podía adelantar que en el mejor de los casos solo se podría hablar de un «período de prueba». «¿Período de prueba…?», preguntó el candidato a policía, tragando y mirando de reojo a Harrer, por si podía explicarle «qué era eso» o, al menos, qué significaban esas palabras, pero Harrer no estaba en condiciones de dar ninguna explicación, por cuanto la secretaria miró el reloj e hizo una seña «con la mano derecha a su mano derecha», dando a entender que era hora de «despejar el terreno», pues pronto debían partir. Harrer sacó de la sala, pues, al bisoño turbado y atemorizado (aún pudo oírse cómo lo abroncaba en el pasillo: «Deja de tironear, burro, ¿no te das cuenta de que estás admitido?»); la señora Eszter se levantó de la silla, cruzó los brazos bajo los senos y, siguiendo una nueva costumbre, se acercó a la ventana «para mirar un poco afuera»; pensó que estos eran los primeros pasos, pero «con estos toros vamos bien encaminados hacia la meta»; previsión y organización: quien en ellas se basaba, tenía el éxito asegurado —hizo una seña al chófer apostado en la acera para avisarle que ya salía—, porque en este caso, por ejemplo, cuando nombraran al nuevo comisario de policía, este se encontraría con una unidad contundente y repleta, además, de hombres eternamente agradecidos a la secretaria municipal. De eso se trata —se puso entonces el abrigo de cuero, se abrochó una tras otras las hebillas de acero—, se trata de ser precavida, ponderada y sobre todo sobria, «sin dejarse engañar por las pequeñas y babosas ilusiones, y contando siempre con lo tangible y factible». Pues no podía ser de otro modo, pensó mientras volvía a comprobar si el discurso seguía en el bolso; lo más importante era no «dejarse engañar» por la ilusión siempre destructiva de que «todo estaba dirigido por el llamado buen Dios o por la moral ni, claro está, por la buena voluntad»; todo era mentira y engaño, dijo para sus adentros al tiempo que salía de la sala, y añadió «que ella no se lo iba a tragar». «¿Belleza?», «¿compasión?», «¿el bien inherente a todo ser humano?», vaya estupidez, decía para sí inflando los mofletes a cada una de estas palabras, pues por muy poética que quisiese

mostrarse, solo podía afirmar —salió por la puerta del edificio— que el mundo humano era un «juncal de intereses mezquinos». Un juncal, pensó haciendo una mueca y ocupando el asiento trasero del Volga negro, un juncal donde mandaba el viento y, en este caso concreto, ella; esperó a que Harrer se subiese por la puerta delantera y se limitó a ordenar al chófer: «¡En marcha!», para reclinarse luego cómodamente en el asiento revestido con piel sintética de color amarillo y contemplar las casas que pasaban por delante de sus ojos. Miraba las casas y a algunos ciudadanos muy atareados (a pesar de que casi todos los hombres de bien se encontraban ya en el cementerio); y, como siempre que iba sentada dentro de su «puesto de mando móvil» y sentía «el encanto irrepetible» de ese deslizarse por las calles, veía con absoluta claridad —como el propietario que recorre en coche sus tierras para inspeccionarlas— que todo eso, en efecto, le pertenecía; le pertenecía en la práctica, y ella ya había hecho planes para el futuro, o sea que —miró con una sonrisa por la ventanilla del Volga — «seguid trabajando y empujadlas carretillas, que pronto empezaremos… por dentro»… Pues ni siquiera Harrer sabía aún que el movimiento del PATIO LIMPIO… no suponía más que la primera mitad de la «evolución», que el segundo paso, el de la CASA ORDENADA —el coche dobló de la calle de San Esteban al cementerio central— vendría a continuación, después de la limpieza de los jardines, hasta que «las pulgas se cayeran de bruces» en las aceras, y que entonces un jurado recorrería las viviendas para repartir premios considerables, mucho más valiosos que los anteriores, a la «forma de vida más sencilla y práctica». «Bueno, no nos adelantemos a los acontecimientos —pensó la señora Eszter para enfriar su ánimo—, concentrémonos en lo inmediato», o sea, en el entierro —por la ventanilla del Volga contempló la enorme multitud reunida ante la capilla ardiente—, en que nada se tuerza durante esta celebración de suma importancia, en que todo «vaya como la seda», pues tanto para la líder como para la comunidad deseosa de renovación se trataba de la primera manifestación

«seria» y «sintomática de la unidad reinante». «Ahora se verá si merecemos la confianza», señaló a modo de advertencia a Harrer, se apeó del coche y se dirigió, con el andar decidido de siempre, hacia el catafalco entre la multitud, que enseguida le abrió paso; luego se puso junto a la cabeza del ataúd, comprobó mediante unos golpecitos que el micrófono funcionaba a la perfección, lanzó una mirada severa alrededor y constató llena de satisfacción que su mano derecha, encargada de organizar el entierro, había vuelto a realizar un excelente trabajo. Según las directrices dadas tres días antes por la secretaría, las honras fúnebres debían expresar el espíritu de la nueva era, esto es, no se necesitaba la presencia de la iglesia y, además, era preciso liberar el acto de «toda carga edulcorada»; que tirara todo lo «cutre», instruyó a Harrer, y convirtiera «todo el proceso en algo socializado», o sea que en ese momento asintió —«muy bien»— al organizador atenazado por el miedo escénico. El ataúd hecho de madera basta descansaba sobre una mesa simple, pero bien fregada, utilizada para la matanza del cerdo, una medalla otorgada «a título póstumo» y colocada en una cajita roja —con la inscripción («Por sus importantes logros en el campo del deporte») vuelta hacia abajo, claro está— remitía a la importancia de la difunta; el lugar de los habituales candelabros lo ocupaban, de una manera quizá un tanto sorprendente, pero no por eso menos emocionante, dos antiguos peones de Harrer vestidos de húsares debido a las prisas y a falta de algo mejor, y cada uno de ellos llevaba en la mano una enorme espada de plástico, procedente del depósito municipal de máscaras y disfraces, que servía para indicar con claridad a los presentes que el público acababa de perder a una heroína ejemplar. La secretaria se quedó mirando el ataúd de la señora Pflaum, y entre tanto los reunidos iban comprendiendo que «esto empezaba» y comenzaron a callar; rememoró la visita realizada, ahora ya podía decirlo, en la noche previa al diluvio universal. Quién habría imaginado en aquel momento que, poco más de dos semanas más tarde, ella precisamente daría el último adiós a «la enana pechugona»

tratándola de heroína ejemplar, quién habría creído aquella noche en que salió —¡hecha un basilisco!— de esa casa edulcorada y asfixiante que dieciséis días después aún recordaría la escena, que se hallaría sin ira junto a su féretro, porque, a decir verdad, ahora que recordaba la figura de la señora Pflaum con sus pantuflas, no sentía nada de todo aquello e incluso, por qué negarlo, le daba un poco de pena. Y eso que ella misma se había buscado su destino, reflexionó la señora Eszter con la mirada clavada en el catafalco, pues, tal como declaró la vecina, no soportó la vergüenza, se lanzó esa noche en pos de su hijo dispuesta a traerlo de vuelta aunque fuese agarrándolo de los pelos y, para su desgracia, se topó ante la tienda de Wallner con un granuja que elegía un disfraz y que —según el informe de unos testigos acurrucados detrás de sus ventanas en la calle János Karácsonyi—, antes de hacerla callar definitivamente, aún «dedicó» cinco minutos a «divertirse con ella» del modo más perverso. Una desgracia personal, resumió con expresión triste la señora Eszter, para no decir mala pata, un vuelco realmente trágico al final de una «vida acomodada entre cojines», pues ciertamente no lo merecía, pensó despidiéndose de ella; aunque ahora, para resarcirse, al menos se marchaba como una heroína, continuó reflexionando al tiempo que abría su bolso, sacaba la copia mecanografiada de su discurso y, al ver que la atención era total, respiró hondo para pronunciar la primera frase. Pero he aquí que en ese instante —«debido a una mala coordinación», como se descubrió más tarde— aparecieron a sus espaldas otros cuatro húsares y, antes de que pudiese intervenir, metieron dos palos cortados a medida debajo del ataúd, lo levantaron y, siguiendo las instrucciones recibidas, se marcharon felices y contentos a través de la muchedumbre que, acostumbrada ya a soluciones poco habituales, se adaptó con presteza, facilidad y flexibilidad a la nueva situación. La señora Eszter lanzó una mirada aniquiladora a Harrer que, con el rostro como la grana, se había quedado clavado en el suelo, pero como no se podía hacer nada y el acto tomaba ese cariz, se lanzó en pos de los cuatro húsares, los

cuales, atravesando la multitud que retrocedía atemorizada por su ímpetu y sintiéndose agradecidos por el hecho de haber sido elegidos «por causa de su forma física», se dirigían hacia el hoyo casi con alegría y a una velocidad vertiginosa, como si la carga fuese una pluma. No solo se vio obligada a seguirles el paso la oradora, sino también todos los congregados, que no querían dejarla sola; para colmo, con el fin de mantenerla dignidad del acto, todos debían ocultar de algún modo la necesidad de «correr un poquito»; todo esto, sin embargo, constituía un mal menor, pues el verdadero problema surgió en torno al ataúd, como pudo verse enseguida, ya que los cuatro húsares, que estaban en su salsa, no reaccionaron ni a señales, ni a silbidos, ni a siseos y, por consiguiente, no se dieron cuenta de que el ataúd transportado sobre palos saltaba y se tambaleaba con la misma alegría de sus porteadores, pero de forma harto peligrosa. Llegaron al hoyo jadeando y agotados, pero todos con la seriedad debida, y bien «podía afirmarse» que, en vista del ataúd intacto, el alivio fue general; y como si el carácter extraordinario de ese «último camino realizado entre silbidos y siseos» hubiera forjado la unidad de una muchedumbre dispuesta a dar el postrer adiós, todos prestaron atención como un solo hombre cuando la señora Eszter —en la mano las dos hojas que ondeaban al viento— inició el discurso aplazado de tan extraña manera.

*Los aquí reunidos sabemos que el final de la vida es la muerte. Alguno pensará quizá que no digo nada nuevo, pero se lo refregaré al poeta por las narices y le diré que no hay nada nuevo bajo el sol, la muerte es nuestro destino, es el punto final de la frase, no nace ningún niño que pueda esperar otra suerte. Todos lo sabemos, pero en este caso ello no significa que deba apoderarse de nosotros la tristeza, sino un sentimiento de decisión y de elevación, por cuanto, conciudadanos, en esta tumba no estamos depositando a cualquiera. No soy amiga de palabras altisonantes, por eso solo*

*quiero decir que nuestra ciudad se despide en este momento de un ser humano. Grandes y pequeños, jóvenes y ancianos se reúnen ahora junto a la tumba porque quieren estar donde una persona concluye su vida. Una persona a la que queríamos, una persona que cumplió con su deber, una persona para la cual la modestia era el día a día y cuya muerte supone un acontecimiento festivo para todos. Es la fiesta de la valentía, por cuanto esta persona sencilla, conciudadanos, avergonzándonos a ti y a mí y a todos, osó enfrentarse a aquello que nadie se atrevió a arrostrar. ¿Fue una heroína?, me pregunto. Sí, respondo, y aplico con toda sinceridad esta gran palabra a la señora Pflaum. Fue en pos de su hijo en esa noche que puso a prueba a los hombres, en pos de su hijo, pero también en pos de ti, de mí, de él y de ella, en pos de todos nosotros, conciudadanos, para demostrar que el espíritu de la valentía y de la lucha no ha muerto del todo en esta época de molicie. Nos mostró cómo hay que vivir, nos mostró qué significa ser una persona en todas las circunstancias, nos dio un ejemplo a nosotros y a las generaciones futuras, un ejemplo de cómo se comporta alguien cuyo corazón está en su sitio. Despedimos hoy a una madre, madre de un hijo desagradecido, despedimos a una viuda, viuda de dos esposos, despedimos a una mujer sencilla, mujer amante de lo bello, que dio su vida para que nosotros vivamos mejor, la veo ahora en esa noche terrible, la veo decir para sus adentros que no puede tolerar lo que está presenciando, la veo ponerse el abrigo y dirigirse a luchar contra unas fuerzas superiores. Sabía, conciudadanos, que podía perder, sabía que con sus débiles brazos había de enfrentarse a malhechores y depravados, lo sabía todo, y aun así no se arredró ante el peligro y fue, porque era una persona que no se rinde. Se impuso la superioridad de fuerzas y ella salió derrotada. No obstante, afirmo que ella es la vencedora y que perdieron sus asesinos, pues ella sola fue capaz de derrotarlos poniendo en ridículo a todos esos infames agresores, nos cubrió de vergüenza. ¿Cómo? Pues oponiendo resistencia. Reacia a entregarse sin resistir, ella sola entabló la lucha, y por eso afirmo*

*que la victoria le pertenece. Ve pues a tu merecido descanso, recupérate por fin de tus fatigas, que tu espíritu, tu recuerdo, tu ejemplo heroico y fortificante seguirán entre nosotros, que ya eres nuestra, pues solo tu cuerpo es pasto de la destrucción. Te devolvemos a la madre tierra, no lloraremos porque tus huesos se conviertan en polvo, no lloraremos, porque cuidaremos eternamente tu verdadera esencia y solo tu envoltura mortal estará a merced de los trabajadores de la descomposición…*

Los trabajadores de la descomposición, ya liberados de sus ataduras, esperaban todavía adormilados a que se dieran las circunstancias adecuadas para proseguir el enfrentamiento interrumpido poco después de empezar, el ataque implacable sobre cuyo desenlace no cabía la menor duda, para poder desintegrar en diminutos trocitos, aprovechando el silencio definitivo de la *mors*, aquello que en su día fuera un todo vivo e irrepetible. Las circunstancias desfavorables existentes durante semanas y meses, esto es, las bajísimas temperaturas exteriores o, mejor dicho, superiores y, en consecuencia, el hecho de que el organismo que debían despachar se hallara congelado y duro como una piedra, habían reunido en una parálisis común tanto a los sitiadores, abocados a la inactividad, como a la fortaleza condenada a la destrucción; en una parálisis donde, en efecto, no ocurría nada, donde reinaba una permanencia impecable y perfecta: panóptico inmóvil, bloqueo total, vacío excepcional del tiempo, existencia carente de duración. Luego se produjo un lento, lentísimo despertar, el cuerpo se liberó de la prisión del hielo, y conforme a la orden impartida en su contra, el ataque pudo empezar de nuevo con creciente ahínco. En las albúminas musculares volvió a producirse, ya de manera imparable y en una sola dirección, el metabolismo de disimilación, las enzimas de la adenosintrifosfatasa siguieron desintegrando la base energética general, el ATP, de tal modo que la energía procedente de las disociaciones combinadas provocaba, incluso en la fortaleza desprotegida, una transformación de la actomiosina asociada al ATP, lo cual condujo a la contracción de los

músculos. A todo esto, el adenosintrifosfato sumido en un proceso de desintegración y, lógicamente, de reducción continua ya no podía sustituirse ni desde las fuentes de oxidación ni a través de la glucólisis, de manera que, a falta de una resíntesis, las disponibilidades fueron disminuyendo hasta que, con el apoyo del ácido láctico acumulado paralelamente, la contracción muscular acabó reemplazada, tal como correspondía, por el *rigor mortis*. Desde dos lados se procedía al ataque contra la sangre o, más concretamente, contra la fibrina contenida en la sangre, sometida a los efectos de la ley de la gravedad y, por tanto, reunida en los puntos más profundos del sistema vascular, que constituía uno de los puntos centrales a asediar en las operaciones de destrucción, al menos hasta el momento de la victoria definitiva y aniquiladora. En la primera fase del proceso, ocurrida con anterioridad, antes de producirse la pausa en el asedio, la trombina activada separó sendos péptidos de los fibrinógenos que circulaban con forma fluida por el flujo sanguíneo y, al combinarse las moléculas de fibrina surgidas por todas partes, crearon un coágulo formado por trenzados fibrosos sumamente resistentes. Todo esto, sin embargo, no duró mucho, ya que, como consecuencia de la anoxia propia de la *mors*, el plasminógeno activado y convertido en plasmina dividió en polipéptidos esta cadena de trenzados de fibrina, de suerte que la lucha —atacando el efecto (disolvente para la fibrina) de la adrenalina que asediaba desde otro lado y tenía una presencia masiva— concluyó con la recuperación de la fluidez de la sangre y con un rápido y evidente éxito de las unidades que andaban a la brega para combatir la hemostasia. Con el coágulo habrían encontrado mayores dificultades y, lo que es más importante, sin duda habrían actuado con mayor lentitud, de modo que el mantenimiento de la fluidez facilitó la tarea, concretamente, el siguiente paso, cuyo objetivo consistía en la eliminación de los glóbulos rojos. Con la lógica desaparición de la capacidad de los tejidos para retener líquidos, la materia intercelular se reunió en las zonas de textura blanda situada en torno a los grandes vasos

sanguíneos con el resultado de que las membranas globulares se volvieron accesibles y la extracción de la hemoglobina pudo ponerse en marcha. El pigmento sanguíneo se desprendió de la estructura de los glóbulos rojos y se mezcló con este fluido incontenible, se filtró en los tejidos, tiñéndolos, de tal modo que las implacables fuerzas destructoras pudieron contabilizar otra importante victoria. En el trasfondo de estas operaciones generales y sincronizadas, y al alimón con los golpes asestados contra los músculos y la sangre, la oposición interior del otrora maravilloso reino del organismo, ahora incapaz de defenderse, se rebeló en el momento de la *mors* y, al venirse abajo barreras y obstáculos, se abalanzó a modo de una «revuelta palaciega» sobre el sistema de hidratos de carbono, grasas y proteínas que en su día funcionara con inimitable elegancia. La unidad estaba compuesta por los llamados fermentos tisulares y la acción llevaba el nombre de *autodigestio postmortalis*, aunque no puede negarse que esta denominación objetiva, más que revelar, oculta la triste esencia del proceso, pues en este punto sería más idóneo hablar de un «motín de la servidumbre». De una servidumbre pérfida, que antes, cuando la fortaleza aún se hallaba sumida en una vida sumamente activa, debía ser controlada por todo un sistema inhibidor, puesto que su verdadera actividad había de limitarse a la desintegración y preparación de los nutrientes introducidos en la despensa del reino, y solo mediante una vigilancia continua y rigurosa podía conseguirse que no siguieran adelante y atacaran al propio sistema madre a cuyo servicio estaban. Por ejemplo, a las enzimas proteolíticas, las proteasas, les correspondía la tarea de catalizar las albúminas nutrientes mediante la separación de las combinaciones de péptidos; al mismo tiempo, solo la importante presencia de la mucina impedía que el ácido gástrico desintegrara también las albúminas propias de las células. La situación no era distinta en el caso de los hidratos de carbono y de las grasas, donde el NADP y la coenzima A, así como la lipasa y la dehidrogenasa del ácido graso necesitaban el acompañamiento de un destacamento inhibidor, pues de lo contrario nada podía impedir

que se liberaran las enzimas asociadas para la desintegración. Por supuesto, al no existir ya ningún freno ni resistencia y al presentarse una temperatura favorable, la «revuelta palaciega» pudo empezar o, más bien, proseguir en las zonas más adecuadas; la sangre convertida en hematina ácida en los vasos de la mucosa gástrica destruyó en varios sitios la estructura de la pared estomacal y, en particular, la unidad formada básicamente por pepsina y ácido clorhídrico pudo lanzarse contra los tejidos de los órganos abdominales. Como consecuencia de la actividad del regimiento de criados enzimáticos, se desintegró el glucógeno hepático y se produjo la autólisis del tejido pancreático, autólisis que proyecta una luz implacable sobre aquello que oculta: el hecho de que todo ser vivo lleva inherente, desde el momento de su nacimiento, su propia destrucción. No cabe la menor duda, sin embargo, de que, debido a la relativa escasez de oxígeno en el ambiente, gran parte del trabajo era llevado a cabo por la putrefacción, que avanzaba lenta, pero segura, es decir, por la actividad fermentativa de los microorganismos encargados de la desintegración de los compuestos orgánicos nitrogenados y, en particular, de las albúminas, microorganismos que, uniendo sus fuerzas con las de la avanzadilla, iniciaban su tarea en el sistema intestinal, el cual contenía gran cantidad de dichos organismos, para luego extender su poder a todo el universo de la fortaleza. Descontando algunos microbios anaerobios, las baterías de ataque estaban compuestas sobre todo por gérmenes de la putrefacción aerobios; sin embargo, resultaría casi imposible enumerar todas las formaciones, ya que además del *Bacteriumproteus vulgaris*, del *B. subtilis mesentericus*, del *B. pyocyaneus*, de la *Sarcina flava* y del *Streptococus pyogenes*, numerosísimos microorganismos participaban en los combates definitivos, el primero de los cuales se desarrollaba junto a los principales vasos sanguíneos, primero en la zona de la pared abdominal y de la ingle, luego entre las costillas y en la región de las fosas supraclaviculares e infraclaviculares, donde el sulfuro de hidrógeno producido durante la putrefacción, en combinación con la

hemoglobina de la sangre, creaba de un lado la verdoglobina y, de otro, sulfuro férrico por el hierro de los derivados del pigmento sanguíneo desintegrado, cosa esta que luego ocurrió también en los músculos y en los órganos internos. Gracias, una vez más, a la fuerza de gravedad, prosiguió la filtración de los jugos corporales impregnados de pigmento sanguíneo en los tejidos, que no cesaban de descomponerse, y el lento peregrinaje de estos materiales de construcción duró hasta que llegaron a la capa cutánea, donde empezó su derrame hacia las profundidades.

Un acontecimiento paralelo a la historia de la heterólisis estaba ligado al nombre de cierto microorganismo anaerobio, al *Clostridium perfrigens*, bacteria de efectos poderosísimos que desde el reinicio de las hostilidades se multiplicaba con suma rapidez en el intestino y expandía sus actividades más allá de su lugar de origen hasta el estómago y los vasos sanguíneos, y que pronto se extendía por todo el organismo, generaba burbujas de gas en el espacio pericárdico, bajo la pleura, y contribuía de manera decisiva a la formación de burbujas de putrefacción cutánea, que concluía con la exfoliación de la piel. En ese momento, el reino proteínico, invulnerable en su día y dirigido con suma sencillez a pesar de su complejidad, se había desintegrado del todo: primero se generaban peptonas de albumosas, amidas orgánicas, sustancias aromáticas nitrogenadas y exentas de nitrógeno y, por último, ácidos grasos orgánicos tales como ácidos fólicos, acéticos, butíricos, esteáricos, valéricos y palmíticos, así como productos finales inorgánicos tales como el hidrógeno, el nitrógeno y el agua. El amoníaco, con la ayuda de las bacterias de nitritos y nitratos que habitaban el suelo, se oxidó para convertirse en salitre, el cual, una vez transformado en sales, retornaba a través de los filamentos propios de las raíces de las plantas al mundo del que había surgido. Un resto de los hidratos de carbono desintegrados, el dióxido de carbono, alcanzaba el aire para poder participar —aunque solo fuese en principio— de la fotosíntesis. Aquí y allá era recogido todo, pues, por un grado de organización superior y repartido cuidadosamente entre

la vida orgánica y la inorgánica, y cuando, tras una larga resistencia, el tejido conjuntivo, los cartílagos y los huesos abandonaron la inútil lucha, no quedó nada de la antigua fortaleza, aunque no desapareciera de ella ni un solo átomo. Todo seguía allí, aunque no exista el contable capaz de registrar sus elementos; aún así, aquel reino singular y verdaderamente irrepetible se había esfumado de forma definitiva, triturado por el impulso sin fin del caos que guardaba en su interior la estructura cristalina del orden, por el tráfico indiferente e incontenible entre las cosas. Pulverizado y convertido en carbón, en hidrógeno, en nitrógeno y en azufre, su delicado tejido se desintegró en sus partes, se descompuso y desapareció, consumido por una sentencia inconcebiblemente remota —así como ahora, en este punto, este libro es consumido por la última palabra—.

LÁSZLÓ KRASZNAHORKAI, nacido en 1954 en Gyula (Hungría), recorrió durante años el país después de estudiar en Budapest y ejerció diversas profesiones en pueblos y ciudades de provincias. Ha publicado *Tango satánico* (1985), *Circunstancias de gracia* (1986), *El prisionero de Urga* (1992), y *Guerra y Guerra* (1999). Algunas de sus obras han sido llevadas al cine.